el estado en la sociedad capitalista

ralph miliband

10-18
STRAND PRICE
$ 1.00

11ª edición

siglo veintiuno editores

sociología
y
política

traducción de
FRANCISCO GONZÁLEZ ARAMBURU

EL ESTADO EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA

por
RALPH MILIBAND

siglo veintiuno editores

MÉXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA

siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO. BOGOTA, D.E. COLOMBIA

portada de anhelo hernández

primera edición en español, 1970
decimoprimera edición en español, 1981
© siglo xxi editores, s.a.
ISBN 968-23-0086-X

primera edición en inglés, 1969
© 1969 by ralph miliband
publicado por weidenfeld and nicolson, londres
título original: the state in capitalist society

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

ÍNDICE GENERAL

	PRÓLOGO	1
1	INTRODUCCIÓN	3
2	ÉLITES ECONÓMICAS Y CLASE DOMINANTE	24
3	EL SISTEMA DEL ESTADO Y LA ÉLITE DEL ESTADO	50
4	EL OBJETIVO DE LOS GOBIERNOS Y EL PAPEL QUE DESEMPEÑAN	68
5	SERVIDORES DEL ESTADO	115
6	COMPETENCIA IMPERFECTA	142
7	EL PROCESO DE LEGITIMACIÓN-I	173
8	EL PROCESO DE LEGITIMACIÓN-II	211
9	REFORMA Y REPRESIÓN	255
	ÍNDICE ANALÍTICO	266

Como indica el título, este libro se ocupa de la naturaleza y papel desempeñado por el Estado en lo que, a menudo, se llama "sociedades capitalistas avanzadas". Por razones explicadas en la Introducción, pienso que estas sociedades, no obstante sus múltiples diversidades, tienen en común un número suficiente de rasgos fundamentales que presentan un contexto general en donde podemos estudiar el papel que el Estado desempeña en ellas. Otros tipos de sociedades que nos plantean problemas totalmente diferentes en lo que respecta a la relación con el Estado no se hace mención de ellos en esta obra.

El libro tiene la estructura siguiente: el capítulo 1 se ocupa, principalmente, de examinar las principales características económicas y sociales de las sociedades capitalistas avanzadas. El capítulo 2 analiza, con mayor detalle, la estructura del poder económico que se encuentra en ellas. El capítulo 3 nos da un esbozo de las instituciones fundamentales del "sistema estatal" y de la composición social de la "élite estatal". En el capítulo 4 se habla de las finalidades y de los papeles que desempeñan los gobiernos en el contexto de un capitalismo avanzado; y en el capítulo 5 se consideran las actividades de la burocracia en general, del instituto armado y del poder judicial. El capítulo 6 se ocupa de la participación del Estado como mediador en la competencia entre diferentes "intereses" de la sociedad capitalista. En los capítulos 7 y 8 se estudian diversas "fuentes de legitimación" entre las que figuran los partidos, los grandes medios de comunicación y educación. Por último, el capítulo 9 indica algunas de las direcciones en que avanzan los regímenes políticos de los capitalismos adelantados.

Expreso mi gratitud a los siguientes amigos y colegas que tuvieron la bondad de leer el manuscrito de esta obra y hacer útiles críticas e indicaciones: Ernest Gellner, H. G. R. Greaves, J. A. G. Griffith, W. L. Guttsman, Marcel Liebman, Robert Looker, John Saville, John Westergaard y Ernest Wohlgemuth. Mi mayor gratitud es para mi esposa por sus inapreciables críticas y estímulos.

Agradezco, a la vez, a la Research Division of the Government Department de la London School of Economics, por permitirme utilizar los servicios de investigación de la señorita Ann Marcus, durante cuatro meses. A la misma señorita Marcus por el útil trabajo realizado en ese tiempo; a la Louis M. Rabinowitz Foundation que permitió tomarme una licencia de mis obligaciones pedagógicas; a la señora Linda Snowden, que mecanografió una

y otra vez el manuscrito con paciencia y habilidad ejemplares, y al personal de la British Library of Political and Economic Science por su ayuda.

Puesto que las opiniones expresadas en este libro son algo polémicas, es conveniente recalcar que me hago único responsable de todo lo que aparece en las páginas siguientes.

RALPH MILIBAND

The London School of Economics
and Political Science
Julio de 1968

1
INTRODUCCIÓN

I

Como nunca antes, los hombres viven hoy a la sombra del Estado. Lo que desean realizar, individualmente o en grupos, depende hoy, en lo fundamental, de la venia y apoyo del Estado. Pero como esa venia y ese apoyo no se otorgan indistintamente, tienen que procurar, cada vez más directamente, influir y dar forma al poder y a las intenciones del Estado, o si no, intentar apropiarse de él por completo. Por la atención del Estado, o por su control, compiten los hombres; y contra el Estado rompen las olas del conflicto social. En grado cada vez mayor, el Estado es aquello con lo cual los hombres tropiezan al enfrentarse a otros hombres. Por esto, porque son seres sociales, son también seres políticos, lo sepan o no. Nos está permitido no interesarnos en lo que hace el Estado; pero es imposible dejar de sentir su influencia. Lo que acabo de decir ha cobrado una dimensión nueva y única en la época actual: si grandes partes del planeta quedan, algún día, devastadas por una guerra nuclear será porque hombres que actúan en nombre de su Estado y están investidos de su poder así lo habrán decidido, o erróneamente apreciado.

Sin embargo, aunque la enorme inflación de los poderes y las actividades del Estado en las sociedades capitalistas avanzadas, de que se ocupa este libro, se ha convertido en uno de los lugares comunes del análisis político, la paradoja notable es que el mismo Estado, como sujeto del estudio político, hace mucho tiempo que ha dejado de estar en boga. En las últimas décadas, se ha llevado a cabo una enorme cantidad de trabajo en materia de gobierno y administración pública, de élites y burocracias, de partidos y conducta de los votantes, de autoridad política y de las condiciones de estabilidad política, de la movilización y de cultura políticas, y gran parte de este trabajo, por supuesto, se ha ocupado de la naturaleza y el papel del Estado, o ha tocado, por lo menos, el tema. Pero, en su calidad de institución, en tiempos recientes ha recibido mucho menos atención de la que merece su importancia. A principios de la década de 1950, un destacado científico político norteamericano descubrió que "ni el Estado, ni el poder son conceptos que sirvan para llevar al cabo la inves-

tigación política".[1] Independientemente de lo que se pueda pensar respecto del concepto de poder, esta opinión, en lo que respecta al concepto de Estado, parece haber sido aceptada en general por los "estudiosos de la política" que han trabajado en el campo de los sistemas políticos occidentales.

Sin embargo, esto no quiere decir que los científicos políticos occidentales, así como los sociólogos políticos no hayan tenido lo que se solía llamar una "teoría del Estado"; por el contrario, precisamente la teoría del Estado que, en su mayoría, suscriben es lo que nos permite comprender el abandono relativo en que han tenido al Estado como foco del análisis político. Pues esa teoría *da por resueltos* algunos de los problemas más importantes que tradicionalmente se han planteado a propósito del Estado, y hace que resulte innecesario, y de hecho impide, toda preocupación especial por su naturaleza y por el papel que desempeña en las sociedades de tipo occidental.

Una teoría del Estado es también una teoría de la sociedad y de la distribución del poder en esa sociedad. Pero la mayoría de los "estudiosos de la política" occidentales, a juzgar por sus obras, argumentan, a partir del supuesto de que el poder, en las sociedades occidentales, es competitivo, y está fragmentado y difuso: todo el mundo, directamente o a través de grupos organizados tiene algún poder y nadie posee o puede poseer una cantidad excesiva del mismo. En estas sociedades, los ciudadanos disfrutan de sufragio universal, de elecciones libres y regulares, de instituciones representativas, de derechos ciudadanos efectivos, entre los que figuran los derechos de libre expresión, libre asociación y oposición; y así los individuos, como los grupos, hacen amplio uso de estos derechos, bajo la protección de la ley, de un poder judicial independiente y de una cultura política libre.

A consecuencia de esto, sigue la argumentación, ningún gobierno, que actúe en nombre del Estado puede dejar de responder, a no muy largo plazo, a los deseos y exigencias de los intereses concurrentes. Al final, todo el mundo, incluso el que está en último lugar, es servido. Para decirlo con palabras de un destacado expositor de esta concepción democrático-pluralista, he aquí un sistema en el que "todos los grupos activos y legítimos de la población pueden hacerse oír en algún momento crítico del proceso de decisión".[2] El profesor Dahl ha señalado también a otros autores pluralistas,

> ...afirman que a las decisiones políticas se llega por diversos medios; que los hombres de negocios, los sindicatos, los políticos, los consumidores, los agricultores, los votantes y muchos otros conjuntos ejer-

[1] D. Easton, *The Political System*, 1953, p. 106.
[2] R. A. Dahl, *A Preface to Democratic Theory*, 1965, pp. 137-8.

cen influencia sobre los resultados políticos; ninguno de estos conjuntos es homogéneo desde cualquier punto de vista; cada uno de ellos ejerce una poderosa influencia en ciertas esferas, pero es débil en muchas otras, y que el poder de rechazar indeseables posibilidades de acción es más común que el poder de dominar directamente sobre los resultados.[3]

Otro autor, que critica la tesis pluralista, la resume de la manera siguiente, en relación con los Estados Unidos:

Se considera al Congreso como el punto focal sobre el que ejercen presiones los grupos de intereses a lo largo de la nación, ya sea a través de los dos grandes partidos o directamente a través de "camarillas". Las leyes que emanan del gobierno han sido forjadas por las múltiples fuerzas que han ejercido su poder sobre la legislatura. Idealmente, el Congreso refleja tan sólo estas fuerzas y las combina —o "resuelve", como dicen los físicos— en una sola decisión social. A medida que cambia la fuerza y la dirección de los intereses particulares, se observa una correspondiente modificación en la composición y las actividades de los grandes grupos de intereses: obreros organizados, grandes empresas, agricultura. Lentamente, la gran veleta del gobierno gira para recibir los cambiantes vientos de la opinión.[4]

Esta concepción ha sido más ampliamente desarrollada en los Estados Unidos, y en relación con este país. Pero también, en una u otra forma, ha llegado a dominar la ciencia y la sociología políticas y, dicho sea de paso la propia vida política, en todos los demás países capitalistas avanzados. Su primer resultado es suprimir, por definición, la noción de que el Estado podría ser una institución algo especial, cuya finalidad primordial sería defender el predominio en la sociedad de una clase particular. En las sociedades occidentales no existen tales clases, intereses o grupos predominantes. Existen únicamente bloques de intereses que compiten entre sí, y cuya competencia, sancionada y garantizada por el propio Estado, garantiza la difusión y el equilibrio del poder, y que ningún interés particular pesará demasiado sobre el Estado.

Por supuesto, es verdad, como reconocen muchos de los que aceptan esta opinión, que hay élites en las diferentes pirámides del poder económico, social, político, administrativo, profesional y de otra índole. Pero estas élites carecen totalmente del grado de cohesión que se necesita para convertirlas en clases dominantes o regentes. De hecho, el "pluralismo de las élites" y la omnipotencia, entre diferentes élites que trae consigo, es, en sí mismo, una garantía primordial de que el poder en la sociedad *estará* difundido en vez de estar concentrado.

[3] R. A. Dahl, y otros, *Social Science Research on Business: Product and Potential*, 1959, p. 36.

[4] R. P. Woolf, *A Critique of Pure Tolerance*, 1965, p. 11.

En pocas palabras, el Estado, sujeto como está a una multitud de presiones encontradas, provenientes de grupos e intereses organizados, no puede exhibir ninguna predisposición en favor de unos y en contra de otros: de hecho, el papel especial que tiene que desempeñar es el de componer y reconciliar a todos. En el desempeño de ese papel, el Estado es tan sólo el espejo que la propia sociedad se pone ante los ojos. La imagen tal vez no sea siempre agradable, pero tal es el precio que se debe pagar y bien vale la pena pagarlo, con tal de tener una política democrática, competitiva y pluralista en las modernas sociedades industriales.

Esta dominante concepción pluralista de las sociedades de tipo occidental y del Estado, no estorba, como también puede señalarse, al mantenimiento de una actitud crítica respecto de alguna faceta del orden social o del sistema político. Pero las críticas y las proposiciones de reforma se conciben, primordialmente, en relación con el mejoramiento y fortalecimiento de un sistema cuyo carácter fundamentalmente "democrático" y deseable se pretende estar sólidamente establecido. Aunque puedan tener muchos defectos son *ya* "sociedades democráticas" con las que no tiene nada que ver la noción de "clase dominante" o de "élite del poder".

El vigor de esta ortodoxia actual ha contribuido a trocar estas pretensiones (que no son otra cosa) en firmes artículos de sabiduría política, y el clima ideológico y político engendrado por la guerra fría, ha determinado que la aceptación de esta sabiduría se convierta en piedra de toque no sólo de la inteligencia política, sino también de la moralidad política. Sin embargo, la aceptación general de un concepto particular de lo que deben ser los sistemas sociales y políticos no la convierte en justa y correcta. Uno de los objetivos primordiales de esta obra, en efecto, es el de mostrar, pormenorizadamente, que la concepción democrático-pluralista de la sociedad, de la política y del Estado, en lo que respecta a los países del capitalismo avanzado, está, en todos sus aspectos esenciales, equivocada y, en vez de servirnos de guía para la comprensión de la realidad, viene a ser una profunda ofuscación.

No obstante la elaboración de diversas teorías elitistas del poder, la más importante con mucho, de las concepciones del poder, diferentes de la democráticopluralista, sigue siendo la marxista. En verdad, podría alegarse que el rápido desarrollo de la sociología política democráticopluralista después de 1945, sobre todo en los Estados Unidos, estuvo inspirado por la necesidad de salir al paso del "desafío del marxismo", en este campo, con argumentos más plausibles que los que podía aducir la ciencia política común y corriente.

Sin embargo, el análisis político marxista ha padecido desde

hace mucho tiempo notables deficiencias. Como trataré de demostrar, el pluralismo democrático tal vez ande por caminos totalmente equivocados. Pero el análisis político marxista, sobre todo en relación con la naturaleza del Estado y el papel que éste desempeña desde hace tiempo, no ha podido salir de su propio camino trillado y no ha mostrado poseer mayores capacidades de renovación.

Vale la pena recordar que el propio Marx nunca intentó realizar un estudio sistemático del Estado. Era ésta una de las tareas que confiaba emprender como parte de un vasto programa de trabajo proyectado en la década de 1850 y cuya única parte plenamente terminada es el tomo I del *Capital*.[5] Sin embargo, en casi todos sus escritos aparecen constantemente referencias al Estado en los diferentes tipos de sociedad; y en lo referente a las sociedades capitalistas, su concepción fundamental del Estado aparece resumida en la famosa expresión del *Manifiesto comunista*: "el ejecutivo del Estado moderno no es sino un comité para arreglar los asuntos comunes de toda la burguesía". De una o de otra forma, el concepto que esto encarna aparece una y otra vez en las obras tanto de Marx como de Engels y, no obstante los matices y las apreciaciones delicadas que ocasionalmente exhibieron en su examen del Estado —sobre todo para explicar un determinado grado de independencia que el Estado podía disfrutar en "circunstancias excepcionales"—,[6] nunca se deshicieron de la opinión de que en la sociedad capitalista el Estado era, sobre todo, el instrumento de coerción de la clase dominante, definida ésta en función de la propiedad y el control de los medios de producción.[7]

[5] Véase K. Marx a F. Lassalle, febrero 22 de 1858, y K. Marx a F. Engels, abril 2 de 1858, en *Selected Correspondence*, Moscú, sin fecha, pp. 125, 126.

[6] Véase también p. 93.

[7] Véase, por ejemplo, Marx 22 años después del *Manifiesto comunista*: "Al mismo ritmo con que el progreso de la industria moderna desarrolló, amplió e intensificó el antagonismo de clase entre el capital y los trabajadores, el poder estatal fue cobrando cada vez más el carácter del poder nacional del capital sobre los trabajadores, de una fuerza pública organizada para la esclavización social, de un artefacto del despotismo de clase" (K. Marx, "La Guerra Civil en Francia", en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, 1950, vol. I, p. 496); y Engels, "El Estado moderno, independientemente de cuál sea su forma, es en lo esencial un aparato capitalista, el estado de los capitalistas, la personificación ideal del capital nacional total... una organización de la clase particular que ha sido *pro tempore* la clase explotadora, una organización que tiene como fin impedir toda intromisión exterior en las condiciones existentes de producción, y, por tanto, esencialmente, con la finalidad de mantener por la fuerza a las clases explotadas en las condiciones de opresión que corresponden a un determinado modo de producción (esclavitud, servidumbre, trabajo asalariado)". (F. Engels, *Socialismo utópico y científico, ibid.*, vol. 2, pp. 136, 138.) Esto fue escrito en 1887. Es la misma opinión, por supuesto, desarrollada en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* y en muchas de las obras posteriores de Engels.

La mayoría de los marxistas se han contentado en tomar por más o menos evidente por sí misma a esta tesis, y en tener como libro fundamental, en materia de Estado, a la obra de Lenin *El Estado y la revolución*, hoy en día con medio siglo de antigüedad, y, en esencia, una reafirmación y desarrollo de la concepción fundamental del Estado de Marx y Engels, así como una vívida aseveración de su validez en la era del imperialismo.[8] Desde entonces, la única aportación marxista importante a la teoría del Estado ha sido la de Antonio Gramsci, cuyas interesantísimas notas sobre el tema sólo recientemente han sido reconocidas y han llegado a ejercer influencia fuera de Italia.[9] Por lo demás, los marxistas no han realizado mayores intentos de abordar el problema del Estado en función de la realidad concreta socioeconómica, política y cultural de las sociedades capitalistas modernas. Cuando lo han intentado han dado una explicación excesivamente simple de las relaciones recíprocas entre la sociedad civil y el Estado. Aun cuando ese "modelo" coincide mucho más con la realidad que con la teoría democráticopluralista necesita también que se le "trabaje" mucho más de lo que hasta ahora se ha hecho: Paul Sweezy no exageraba cuando, hace algunos años, señaló que "es éste el campo en donde el estudio del capitalismo monopolista, no sólo por parte de los científicos sociales burgueses, sino también de los mismos marxistas, exhibe las más graves deficiencias".[10] El objeto de la presente obra es contribuir a poner remedio a tal deficiencia.

II

Los países que estudiaremos son muy distintos unos de otros por múltiples causas. Poseen historias, tradiciones, culturas, idio-

[8] Por ejemplo, "El imperialismo —la era del capital bancario, la era de los monopolios capitalistas gigantescos, la era de la transformación del capital monopolista en capitalismo monopolista-estatal— ha presenciado sobre todo un insólito fortalecimiento del 'aparato estatal' y un desarrollo insólito de su aparato burocrático y militar en relación con el aumento de las medidas represivas contra el proletariado tanto en los países monárquicos como en los países republicanos más libres" (vol. I, Lenin, *El Estado y la revolución*, 1941, p. 27). De manera semejante, "las formas del estado burgués son extremadamente variadas, pero en esencia son todas lo mismo; de una o de otra manera, en última instancia, todos los estados son, inevitablemente, la *dictadura de la burguesía*" (*ibid.*, p. 29).

[9] El único estudio importante de Gramsci en inglés que existe hasta ahora, es el de J. M. Cammett, *Antonio Gramsci and the Origins of Italian Communism*, 1967; véase también J. Merrington, "Theory and Practice in Gramsci Marxism", en *The Socialist Register*, 1968.

[10] S. Tsuru (comp.), *Has Capitalism Changed?*, 1961, p. 88. Obsérvese, sin embargo, un importante intento de elaboración teórica del "modelo" marxista del estado, aparecido cuando la presente obra estaba a punto de terminarse, a saber, la de N. Poulantzas, *Pouvoir politique et classes sociales* 1968.

mas e instituciones diferentes; pero también tienen en común dos características fundamentales: la primera, son países muy industrializados; la segunda, la mayor parte de sus medios de actividad económica están sujetos a la propiedad y control privados. Éstas, combinadas, son las características que los convierten en países capitalistas avanzados, en primer lugar, y en segundo, las que los distinguen radicalmente no sólo de los países subindustrializados, como la India, Brasil o Nigeria, aun cuando también en éstos los medios de la actividad económica sean, predominantemente, de propiedad privada y estén sujetos a su control; sino también de aquéllos en los que prevalece la sociedad estatal, aun cuando algunos, como la Unión Soviética, Checoslovaquia y la República Democrática Alemana, estén también muy industrializados. El criterio de distinción, dicho de otra manera, es el nivel de la actividad económica combinado con el modo de organización económica.

Las mismas características combinadas de los países capitalistas avanzados nos sirven también para reducir la significación de las demás diferencias que se observan entre ellos. Joseph Schumpeter señaló que

> ...las estructuras, los tipos y las actitudes sociales son monedas que no se funden fácilmente: una vez forjadas, persisten, a veces durante siglos; y como estructuras y grupos diferentes exhiben grados diversos de capacidad de supervivencia, casi siempre encontramos que la conducta colectiva o nacional real difiere más o menos de lo que creeríamos que debería ser si tratásemos de inferirlas de las formas dominantes del proceso productivo.[11]

Esto es muy cierto. Sin embargo, una vez que se han tomado en cuenta tales diferencias y rasgos específicos nacionales, subsiste el hecho de que el capitalismo avanzado ha impuesto muchas uniformidades fundamentales a los países comprendidos en su esfera de acción, y que ha contribuido grandemente a atenuar, aunque no a borrar del todo, las diferencias existentes entre ellos. A consecuencia de esto se ha producido un grado notable de semejanza, no sólo en lo económico y lo social, sino también en lo político, entre estos países: por muchos conceptos fundamentales, pueblan, en grado creciente, mundos materiales y mentales que tienen mucho en común. Como ha dicho un autor reciente:

> Existen grandes diferencias entre las instituciones fundamentales y los métodos económicos de un país y otro. Las diferencias son, a menudo, causas de agudas escisiones ideológicas. Sin embargo, cuando se examina el cuadro total, se observa una determinada uniformidad en la textura de sus sociedades. En lo que hacen, más que en lo que

[11] Citado en R. Bendix, *Nation-Building and Citizenship*, 1964, p. 8.

dicen, y todavía más notable, en su conducta a lo largo de un determinado período de tiempo, las semejanzas son notables.[12]

Ya hemos señalado la más importante de estas semejanzas, referente a lo económico: son sociedades que tienen una base económica amplia, compleja, grandemente integrada y tecnológicamente avanzada, en donde a la producción industrial le corresponde, con mucho, la parte mayor de su producto nacional bruto, en tanto que la agricultura constituye una esfera relativamente pequeña de la actividad económica;[13] y son también sociedades en las que la parte principal de la actividad económica se lleva a cabo con fundamento en la propiedad y el control privados de los medios de tal actividad.

En lo que respecta a esto último, es cierto, por supuesto, que los países capitalistas avanzados poseen ahora un "sector público" que a menudo es muy grande, a través del cual el Estado posee y administra una amplia gama de industrias y servicios, que sobre todo, pero no exclusivamente, pertenecen a la infraestructura, y poseen una enorme importancia para su vida económica; y el Estado desempeña, también, en todas las economías capitalistas, un papel económico cada vez mayor a través de la regulación, el control, la coordinación, la planeación y así sucesivamente. Asimismo, el Estado es, con mucho, el cliente principal del "sector privado" y algunas de las industrias más importantes no podrían sobrevivir en el sector privado sin las compras del Estado y sin los créditos, subsidios y beneficios que éste les dispensa.

Esta intervención estatal en cada uno de los aspectos de la vida económica no tiene nada nuevo en la historia del capitalismo. Por el contrario, la intervención estatal asistió a su nacimiento, o por lo menos dio auxilio a sus primeros pasos, no sólo en casos tan conocidos como los de Alemania y Japón, sino también en todos los demás países capitalistas;[14] y no ha dejado nunca de poseer una importancia fundamental para el funcionamiento del capitalismo, incluso en el país más consagrado al *laissez faire* y al individualismo extremo.[15] No obstante, las dimensiones y la difusión de la intervención estatal en el capitalismo contemporáneo son ahora inconmensurablemente mayores

[12] A. Schonfield, *Modern Capitalism*, 1965, p. 65.

[13] Así, por ejemplo, el porcentaje del producto interior bruto originado en la agricultura en 1961 fue de un 4 % en los Estados Unidos e Inglaterra, de un 6 % en la Alemania Federal y de un 9 % en Francia; la cifra correspondiente al Japón en 1960 fue de 15 % (B. H. Russett y otros, *World Handbook of Political and Social Indicators*, 1964, pp. 163-4).

[14] Véase también Barrington Moore Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, 1966.

[15] Véase también P. K. Crosser, *State Capitalism in the Economy of the United States*, 1960, y G. Kolko, *The Triumph of Conservatism*, 1963.

que antes, y, sin duda, seguirán aumentando; lo mismo puede decirse de la amplia gama de servicios sociales que han pasado a ser obligación directa o indirecta del Estado en estas sociedades.[16]

La importancia que tiene el "sector público" y la intervención del Estado en la vida económica en general es una de las razones que, en años recientes, se han aducido en favor de la opinión de que el término "capitalismo" se ha convertido en un mal nombre para designar al sistema económico predominante en estos países. Se ha dicho que, junto con la separación constantemente creciente entre la propiedad de la empresa capitalista y su administración,[17] la intervención pública ha transformado radicalmente al capitalismo malo de los viejos tiempos: estos países, como dijo, entre otros, en cierta ocasión el señor Crosland, se han convertido en sociedades "poscapitalistas", materialmente diferentes de lo que fueron en el pasado, incluso en fecha tan reciente como la de la segunda guerra mundial.

Esta creencia, no simplemente de que se hayan efectuado cambios muy importantes en la estructura del capitalismo contemporáneo, que no se duda, sino de su trascendencia real en su evolución hasta convertirse en un sistema completamente *diferente* (sobra decir en uno mucho *mejor*), constituye un elemento fundamental de la concepción pluralista de las sociedades occidentales. *Este* sistema económico, a diferencia del antiguo, no sólo cuenta con una administración diferente, sino también ha contemplado la aparición, para decirlo con palabras del profesor Galbraith, de un "poder contrapesador" efectivo del poder del capital privado; que ha sido transformado, también, por la intervención y control del Estado. Por todo esto, ha desaparecido muy oportunamente la necesidad de liquidar al capitalismo; de hecho, la tarea ya ha sido ejecutada. El problema capital de la política, como dice el profesor Lipset, ya no gira "en torno a los cambios que se necesitan hacer para modificar o destruir al capitalismo y sus instituciones"; el "problema medular" está constituido, más bien, por "las condiciones sociales y políticas de la sociedad burocratizada"; [18] o como él mismo dice, "los problemas políticos fundamentales de la revolución industrial se han resuelto: los trabajadores han obtenido la ciudadanía industrial y política; los conservadores han aceptado al Estado benefactor y la izquierda democrática ha reconocido que el aumento del poder estatal general traía consigo más peligros para la libertad que soluciones para los problemas económicos".[19] En otras palabras,

[16] Un oportuno examen se encuentra en Schonfield, *Modern Capitalism.*

[17] Véase más adelante, pp. 29 *ss.*

[18] S. M. Lipset, "Political Sociology", en R. K. Merton (comp.), *Sociology Today*, 1959, p. 9.

[19] S. M. Lipset, *Political Man*, 1963, p. 406. También del profesor Talcott

"abajo Marx y arriba Weber". Y la misma creencia de la transformación radical de la sociedad capitalista ha servido también para dar pie a la afirmación, actualmente en boga, de que la división verdaderamente fundamental se establece en el mundo entre sociedades "industrializadas" y sociedades "subindustrializadas".[20]

En capítulos posteriores diré que la creencia de que el capitalismo y sus deficiencias han pasado al limbo histórico es del todo prematura. Pero lo que necesita aclararse desde ahora, como correctivo preliminar esencial, es que no obstante la existencia de un "sector público", son éstas las sociedades en las cuales, con mucho, la mayor parte de la actividad económica está dominada aún por la propiedad y la empresa privadas: en *ninguna* de ellas posee el Estado más que una parte subsidiaria de los medios de producción.[21] En este sentido, al menos, hablar —como se hace comúnmente— de "economías mixtas" es atribuir un sentido especial, y muy equívoco, a la noción de mixta.[22] Como veremos más adelante, la intervención, la regulación y el control del Estado en la vida económica, por importante que sea, no ha afectado a las actividades de las empresas capitalistas del modo como los teóricos poscapitalistas han dicho. No obstante los ingeniosos eufemismos que se puedan inventar para designarla, son todavía, en todos sus elementos esenciales y a pesar de las transformaciones que han sufrido, sociedades auténticamente capitalistas.

En todos los países capitalistas avanzados podemos encontrar un gran número de empresas pequeñas y medianas de propiedad individual u organizadas en forma de sociedad, que suman mi-

Parsons: "a través del desarrollo industrial auspiciado por las democracias, las más legítimas aspiraciones de la 'clase trabajadora' se han realizado de hecho", T. Parsons, "Communism and the West. The Sociology of the Conflict", en A. y E. Etzioni (comp.), *Social Change*, 1964, p. 397.

[20] Véase, por ejemplo, el rechazo de la "oposición socialismo y capitalismo" de Raymond Aron, y su opinión: el "socialismo y el capitalismo son dos modalidades de un mismo género, la sociedad industrial". R. Aron, *Dix-huit Leçons sur la société industrielle*, 1962, p. 50.

[21] Véase, por ejemplo, J. F. Dewhurst, y otros, *Europe's Needs and Resources: Trends and Prospects in Eighteen Countries*, 1961, pp. 436-42, especialmente los cuadros 13-17; también P. Lowell, "Lessons from Abroad", en M. Shanks (comp.), *Lessons of Public Enterprise*, 1963.

[22] En tanto que el término "economía mixta" lleva consigo la implicación grandemente justificada de que el capitalismo es *realmente* cosa del pasado, la expresión "capitalismo monopolista estatal", usada en la bibliografía comunista para describir al capitalismo avanzado, tiene como objeto, por el contrario, hacer hincapié en la alianza de poderosas fuerzas capitalistas con el Estado. La fórmula, sin embargo, es ambigua, puesto que impide ver el grado en que el "capitalismo monopolista" sigue siendo, y el Estado lo ayuda a ello, un asunto privado.

llones de unidades económicas,[23] y constituyen una parte distinta e importante de su paisaje económico, el cual afecta profundamente también a su paisaje social y político. Sin duda, las tendencias económicas van en contra de las empresas pequeñas y medianas, y muchas de éstas dependen de una u otra forma y son subsidiarias de las organizaciones mayores. Pero la importancia que tienen en la vida de estas sociedades sigue siendo tan considerable que no debe ocultar, desde un punto de vista económico, social o político, la importancia mayor de las empresas gigantescas. La historia política de estos países hubiera sido, sin duda, radicalmente diferente, si la concentración del poderío económico se hubiera efectuado tan rápida e incesantemente como creía Marx. De hecho, como ha señalado el profesor E. S. Mason referente a los Estados Unidos, "las más grandes sociedades por acciones han crecido enormemente, pero también lo ha hecho la economía".[24]

No obstante, el capitalismo avanzado es prácticamente sinónimo de empresa gigantesca; y nada de la organización económica de estos países tiene más importancia fundamental que el creciente dominio de sectores claves de su vida industrial, financiera y comercial por un número relativamente pequeño de empresas gigantescas, fuertemente conectadas. "Unas cuantas sociedades" por acciones gigantescas —ha observado el profesor Carl Kaysen, también en lo que se refiere a los Estados Unidos— tienen una importancia aplastantemente desproporcionada en nuestra economía, y sobre todo en algunos sectores claves de ella. "Cualquiera que sea el aspecto de su actividad económica —empleo, inversión, investigación y desarrollo, suministros militares— veremos la misma situación."[25] De manera semejante, el profesor Galbraith escribe también:

[23] En los Estados Unidos, observa el profesor C. Kaysen, "actualmente hay cerca de 4.5 millones de empresas de negocios. Más de la mitad son pequeñas negociaciones dedicadas al comercio al menudeo y a los servicios. Las grandes sociedades por acciones constituían sólo el 13 % del total; el 95 % de las negociaciones que no estaban organizadas en sociedades por acciones contaban con menos de veinte empleados". C. Kaysen, "The Corporation: How Much Power? What Scope?", en E. S. Mason (comp.), *The Corporation in Modern Society*, 1960, p. 86. En Francia, las empresas que empleaban de uno a diez obreros constituían el 98.3 % de todas las empresas en 1896, y el porcentaje, en 1958, era todavía de un 95.4 %. Por otra parte, aunque las pequeñas negociaciones daban empleo al 62.7 % de todos los asalariados en 1896, este total había descendido a un 20 % en 1958. E. Mendel, *Traité d'économie marxiste*, 1963, vol. 2, p. 11. Según el censo de población japonés de 1960, los pequeños industriales sumaban dos millones setecientos cincuenta mil en el Japón, de los cuales sólo 360 mil eran patronos. Un millón doscientos diez mil no empleaban personal, y 860,000 sólo a miembros de su propia familia. Existían también 3 440 000 comerciantes en pequeño. H. Tamuna, "Changes in Factors Conditioning the Urban Middle Class", en *Journal of Social and Political Ideas in Japan*, 1963, núm. 2, p. 82.

[24] Mason, *The Corporation in Modern Society*, p. 10.

[25] Kaysen, *ibid.*, p. 86.

...[nada caracteriza tanto al sistema industrial como la magnitud de la empresa moderna por acciones. En 1962, las cinco sociedades industriales por acciones más grandes de los Estados Unidos, con activos combinados de más de 36 000 millones de dólares, poseían más del 12 % de todos los activos empleados en la manufactura. Las cincuenta sociedades por acciones más grandes poseían más de un tercio de todos los bienes industrializados. Las quinientas más grandes poseían más de dos tercios. Y las sociedades por acciones con activos de más de diez millones de dólares, unas doscientas en total poseían alrededor del 80 % de todos los recursos empleados en la industria de los Estados Unidos. A mediados de la década de 1950, veintiocho sociedades por acciones proporcionaban aproximadamente el 10 % de la totalidad de la ocupación en la industria, la minería y el comercio al por mayor y al por menor. Veintitrés sociedades por acciones daban el 15 % de toda la ocupación en la industria. En la primera mitad de la década (junio de 1950 junio de 1956) un centenar de empresas obtuvieron dos tercios del valor de todos los contratos para defensa; diez empresas recibieron un tercio. En 1960, cuatro sociedades por acciones se quedaron con un 22 % estimado de todos los gastos de investigación y desarrollo industrial. 384 sociedades por acciones, que daban ocupación a cinco mil o más trabajadores, se quedaron con el 55 % de este gasto; 264 mil empresas que daban empleo a menos de mil obreros se quedaron tan sólo con el 7 %.[26]

Y lo mismo puede decirse, más o menos, de los demás países capitalistas avanzados. Así, por ejemplo, el señor Kidron observa que

...en Inglaterra, ciento ochenta empresas, que daban empleo a un tercio de los obreros industriales, efectuaron la mitad del gasto de capital neto en 1963; setenta y cuatro de éstas, con 10 mil trabajadores cada uno, dos quintos del mismo. Doscientas empresas produjeron la mitad de las exportaciones industriales; una docena hasta una quinta parte. Y lo mismo ocurre en Alemania, donde las cien empresas mayores a las que les correspondieron casi dos quintas partes de la producción industrial total, emplearon a un tercio del total de trabajadores y enviaron al exterior una mitad de todas las exportaciones industriales en 1960; y las cincuenta empresas más grandes incrementaron la parte que les correspondió en las ventas hasta un 29 % a partir del 18 % que les tocó en 1954. Y así ocurre casi en todas partes, siendo la única excepción importante Francia, patria tradicional de las unidades pequeñas, pero incluso en este país las fusiones están cambiando rápidamente la escena.[27]

[26] J. K. Galbraith, *The New Industrial State*, 1967, pp. 74-5.

[27] M. Kidron, *Western Capitalism since the War*, 1968, p. 14. En relación con Francia, un autor observa que "fuera de las sociedades dependientes del Estado, solamente unas cincuenta juegan un papel motor en la economía". M. Drancourt, *Les clés du pouvoir*, 1964, p. 14. Un examen general de la concentración monopolista se encuentra en Mandel, *Traité d'économie marxiste*, vol. I, cap. 12.

Hay sobradas razones para pensar que este dominio de las economías capitalistas por las empresas gigantescas se hará aún más pronunciado en años venideros; una de las razones, y no la menos importante, es que la propia intervención del Estado, directa o indirectamente, tiende a acelerar el proceso,[28] no obstante la intención, frecuentemente expresada, de proteger a las empresas pequeñas y combatir los monopolios.

La enorme importancia *política* de esta concentración del poder económico privado en las sociedades capitalistas avanzadas, incluyendo su influencia en el Estado, es uno de los temas primordiales de este estudio. Pero es necesario señalar también que la empresa gigantesca no es simplemente un fenómeno nacional que afecta tan sólo a la vida económica y política de los países considerados por separado. Desde 1848 Marx y Engels señalaron, en el *Manifiesto comunista*, las propensiones internacionales del capitalismo y su forzosa indiferencia por las fronteras nacionales. Esto ha cobrado hoy dimensiones completamente nuevas, pues otro rasgo primordial del capitalismo contemporáneo es que un número cada vez mayor de las más grandes empresas del mundo capitalista estén cobrando un carácter transnacional cada vez más pronunciado, en lo que respecta a la propiedad y a la gerencia. Gran parte de esto es consecuencia de la adquisición, por parte de las empresas norteamericanas, de intereses rápidamente crecientes en la vida económica de los demás países capitalistas avanzados, a menudo hasta el punto de ejercer un control real de las principales empresas e industrias de estos países.[29] Esto ha despertado cierta resistencia nacional aquí y allá, no la suficiente para poner un freno decisivo al proceso.[30]

Al mismo tiempo, un proceso semejante de internacionalización capitalista ha cobrado fuerza recientemente en la Europa occidental, a veces en oposición a la penetración norteamericana y más a menudo en conjunción con ella. También han comenzado a surgir nuevas y formidables empresas capitalistas cuyo carácter transnacional tienen muy amplias concomitancias, no sólo en lo económico, sino también en lo político.[31] La Comu-

[28] Véase, por ejemplo, el establecimiento de la Industrial Reorganization Corporation por el gobierno laborista de Inglaterra, cuya finalidad concreta fue estimular las funciones.

[29] Un examen reciente de esta gigantesca implantación norteamericana en la Europa occidental se encuentra en J. J. Servan-Schreiber, *Le défi américain*, 1967, parte I. En relación con Inglaterra, *véase también* J. Dunning, *American Investment in the British Manufacturing Industry*, 1958 y J. McMillan y B. Harris, *The American Take-Over of Britain*, 1968.

[30] Como muestra de la fuerza de este proceso y de los atractivos irresistibles que tiene para los intereses capitalistas locales, obsérvese, por ejemplo, su avance en la Francia de De Gaulle, no obstante el llamado "anti-norteamericanismo" del general.

[31] Acerca de esto véase, por ejemplo, E. Mandel, "International Capitalism and Supra-Nationality", en *The Socialist Register*, 1967.

nidad Económica Europea es una expresión institucional de este fenómeno y constituye un intento de superar, en el contexto del capitalismo, una de sus principales "contradicciones", a saber, la obsolescencia cada vez más notable del Estado-nación como unidad fundamental de la vida internacional.

Pero el capitalismo avanzado es internacional también en otro sentido, más tradicional, a saber, que la empresa capitalista en gran escala está profundamente implantada en las zonas subindustrializadas del mundo. El que grandes zonas de explotación hayan alcanzado la independencia política formal, junto con los elementos revolucionarios en muchas otras, han hecho que la preservación y la ampliación de estos intereses capitalistas sea ahora más cara y más precaria que en el pasado. Pero, por el momento, estos intereses occidentales en la América Latina, el Medio Oriente, Africa y Asia siguen siendo muy grandes;[32] pesan por cierto, considerablemente en las políticas exteriores de los estados capitalistas y son de hecho uno de los elementos dominantes, por no decir *el* elemento dominante, de las relaciones internacionales actuales.

III

Las características económicas comunes del capitalismo avanzado proporcionan a estos países una "base económica" considerablemente semejante. Pero esta base económica también da lugar, y en verdad es lo que da sobre todo lugar, a semejanzas muy notables en su estructura social y en su distribución de clases.

Así, por ejemplo, en todos estos países existe un número relativamente pequeño de personas que poseen una porción notablemente descomunal de riqueza personal y cuyos ingresos provienen en gran parte de esa propiedad.[33] Muchas de estas personas ricas controlan también los usos que se hacen de sus bienes. Pero en grado cada vez mayor, este control se deja en manos de personas que, aunque también puedan ser ricas, (y, de hecho, lo son generalmente) no poseen más que una pequeña parte y a veces, incluso, nada de los bienes que controlan y administran. Estas personas en su conjunto constituyen la clase que los marxistas, tradicionalmente, han calificado de "clase im-

[32] Véase, por ejemplo, P. A. Baran, *The Political Economy of Growth*, 1957; H. Magdoff, "Economic Aspects of U. S. Imperialism", en *Monthly Review*, 1966, vol. 18, núm. 6; y "The Age of Imperialism", en *Monthly Review*, 1968, vol. 20, núms. 5 y 6; M. Barratt Brown, *After Imperialism*, 1963; y P. Jalée, *The Pillage of the Third World*, 1968, y El Tercer Mundo en la economía mundial, Siglo XXI, México, 1970.

[33] Véase el capítulo 2.

perante" de los países capitalistas. En el capítulo siguiente veremos si se pueden juntar de esta manera a los dueños y a los que controlan el sistema económico, y uno de los temas principales de este estudio es averiguar si se puede hablar de una "clase imperante" en relación con estos países. Por el momento, podemos, al menos, señalar la existencia de elites económicas que, gracias a la propiedad o al control, o ambos a la vez, rigen muchos de los más importantes sectores de la vida económica.

Así también, estos son los países en los que el otro extremo de la escala social está ocupado por una clase trabajadora constituida en su mayor parte de obreros industriales, en tanto que lo asalariados agrícolas constituyen la parte constantemente decreciente del total de trabajadores.[34] En otras palabras, las "relaciones de producción", en estos países, tienen como forma principal la que separa a los patronos capitalistas de los asalariados industriales. Éste es uno de los principales elementos de diferenciación entre las sociedades capitalistas avanzadas y las sociedades colectivistas, por una parte, y las sociedades preindustriales del "Tercer Mundo", por otra.

Como otras clases, la obrera de las sociedades capitalistas avanzadas ha estado siempre, y sigue, muy diversificada; también existen diferencias importantes en la composición interna de la clase trabajadora en un país que en otro. Sin embargo, a pesar de estas diferencias, en los países y entre ellos mismos, la clase trabajadora permanece, siempre como una clara y específica formación social, en virtud de una combinación de características que afectan a sus miembros en comparación con los de otras clases.[35] La más obvia de estas características es que son personas que, en general, "obtienen menos de lo que hay" y necesitan trabajar más duramente que los demás para obtenerlo. Y de entre sus filas, por así decirlo, salen también los desempleados, los viejos pobres, los crónicamente desposeídos y el subproletariado de la sociedad capitalista. A pesar de toda insistencia en una creciente "desaparición de las clases", o de las pretensiones de haber llegado a una sociedad sin clases ("ahora, todos somos clase trabajadora") la condición proletaria sigue siendo un hecho indubitable y fundamental en estas sociedades, por el proceso del trabajo, los niveles de ingreso, las oportunidades o la falta de ellas, y toda la definición total de la existencia.

La vida económica y política de las sociedades capitalistas está determinada *primordialmente* por la relación, nacida del modo de producción capitalista, por estas dos clases: la que es dueña y controla y la clase trabajadora. Éstas son todavía las

[34] Algunas cifras referentes a esto se encuentran en Russett, y otros, *World Handbook*, pp. 177-8.

[35] Véase el capítulo 2.

fuerzas sociales cuyo choque configura, como ninguna otra, el clima social y el sistema político del capitalismo avanzado. De hecho, el proceso político en estas sociedades gira principalmente *en torno* al enfrentamiento de estas fuerzas y pretende sancionar los términos de la relación existente entre ellas.

Al mismo tiempo, sería un error evidente atribuir un papel figurativo tan sólo a las demás clases y a las demás formaciones sociales de una sociedad capitalista. Poseen de hecho, una importancia considerable, entre otras importantes razones, porque afectan grandemente a las relaciones entre las dos clases "polares". Estas sociedades son de una densidad social extremadamente elevada, cosa natural dada su estructura económica. Esta elevada densidad social encuentra, naturalmente, expresión en términos políticos y ayuda en grado sumo a impedir la polarización política de las sociedades capitalistas.

Sin embargo, lo que es necesario señalar sobre todo es que estas sociedades presentan una estructura social a grandes rasgos semejante, no sólo en función de sus clases "polares", sino en relación también con las demás clases.

Así, en todas las sociedades capitalistas se advierte la existencia de una clase grande y creciente de profesionistas (abogados, contadores, empleados de mediana categoría, arquitectos, técnicos, científicos, administradores, médicos, maestros, etc.) que constituyen uno de los dos elementos principales de una "clase media", que desempeña en la vida de estas sociedades un papel que tiene gran importancia, no sólo económica, sino también social y política.

El otro elemento de esta "clase media" está ligado a las empresas pequeñas y a las medianas, cuya importancia numérica ya hemos mencionado. En ésta se observa también mucha disparidad, puesto que se encuentran los hombres de negocios que dan trabajo a unos cuantos trabajadores y también los propietarios, o copropietarios de toda clase de empresas de tamaño considerable; y a esta clase pertenecen también los pequeños o medianos agricultores que alquilan mano de obra.[36]

Pero, a pesar de tales desemejanzas, esta clase de empresarios puede considerarse también como un elemento claro y distinto de la estructura socioeconómica del capitalismo avanzado; no se la puede asemejar económica y socialmente con la de los propietarios y administradores de las empresas en gran escala, ni con los tenderos, artesanos, que trabajan por su cuenta.

Éstos últimos, considerados como clase, son los que han resultado más afectados numéricamente por el desarrollo del capitalismo. En todos los países capitalistas avanzados, la propor-

[36] A los grandes terratenientes, por otra parte, se les debe agrupar junto con los dueños y directores de las empresas en gran escala.

ción de personas que trabajan por su cuenta ha mostrado una disminución notable, y en algunos casos aparatosa, como ocurrió, por ejemplo, en los Estados Unidos donde bajó del 40.4 %, en 1870, al 13.3 %, en 1954.[37]

No obstante, esta clase de comerciantes, artesanos y gentes de diversos oficios que trabajan por su cuenta no se ha extinguido todavía, ni mucho menos. Uno de los rasgos constantes de la historia del capitalismo es, en efecto, la resistencia tenaz que ese tipo de hombres (lo mismo puede decirse del pequeño empresario) opone a la absorción en las filas de los empleados por otros, no obstante que las recompensas son, por lo general, pequeñas y los esfuerzos y ansiedad implacables no terminan nunca para ellos. Aquí también debemos señalar que la dirección de la tendencia no debería impedirnos ver la continua existencia de esta clase, cuya consecuencia importante, entre otras, es la de seguir ofreciendo, por lo menos a algunos miembros de las clases trabajadoras, una vía de escape de la condición proletaria.

La decadencia continua del artesano y del tendero independientes, que trabajan por su cuenta, ha tenido, como paralelo, el crecimiento extraordinario de una clase de trabajadores de oficina, en la que podemos colocar a la fuerza de vendedores del capitalismo avanzado. Esta clase es la que ha absorbido una proporción constantemente mayor del número total de trabajadores, y la inflación del número de personas que la componen, constituye de hecho el mayor cambio ocupacional producido en los últimos cien años, en las economías capitalistas.[38]

Es casi tan adecuado hoy como lo fue hace medio siglo, el término de "cuasiproletarios" con que Werner Sombard describió a este elemento del grupo de los trabajadores considerado como clase. Con la clase trabajadora, constituye el elemento principal de lo que podríamos llamar, con propiedad, clases subordinadas de las sociedades capitalistas avanzadas. Al mismo tiempo, las perspectivas que ofrecen sus carreras, las condiciones de trabajo, la posición social y el estilo de vida son, en conjunto, más elevadas que los de la clase obrera industrial; [39] y sus

[37] K. Mayer, "Changes in the Social Structure of the United States", en *Transactions of the Third World Congress of Sociology*, 1965, vol. 3, p. 70.

[38] En algunos países constituye por lo menos la cuarta parte, y en los Estados Unidos una tercera, de la población empleada. Véase, por ejemplo, M. Crozier, "Classes sans conscience ou préfiguration de la société sans classes", en *Archives Européennes de Sociologie*, 1960, vol. 1, Nº 2, p. 236; también R. Dahrendorf, "Recent changes in the class structure of european societies", en *Daedalus*, invierno de 1964, p. 245.

[39] Véase S. M. Lipset y R. Bendix, *Social Mobility in Industrial Society*, 1959, pp. 14 y *ss;* también R. Sainsaulieu, "Les employés á la recherche de leur identité", en "Darras", *Le partage des bénéfices, expansion et inégalités en France*, 1966.

miembros se forman de sí mismos una opinión que *no es* la de la clase trabajadora —la cual a menudo les desagrada o les produce alguna intimidación— que ha tenido consecuencias importantes para la vida política de estas sociedades, puesto que ha contribuido a impedir la coalición política de las fuerzas subordinadas hasta formar una suerte de bloque político.

Por último, en estas sociedades existe un gran número de "trabajadores culturales", escritores, periodistas, críticos, predicadores, poetas, intelectuales de diversas clases, los cuales pueden incluirse, en el caso de los que han "triunfado" v gozan de una posición más o menos desahogada, entre la clase media profesional o, como ocurre con los demás, entre los artesanos independientes o entre los trabajadores de "cuello blanco". Pero esta asimilación tal vez sea por demás arbitraria y propenda a impedirnos ver con claridad el papel particular que tales personas desempeñan en la vida de estas sociedades.[40]

En esta breve enumeración no se toma en cuenta todos y cada uno de los grupos, sociales, económicos y ocupacionales de una sociedad capitalista avanzada. No se enumera, por ejemplo, a un elemento delictuoso nada despreciable, más o menos profesional, cuyo papel en algunos campos de la actividad económica, sobre todo en los Estados Unidos, debe tomarse en consideración. Tampoco se incluye a una población estudiantil que actualmente posee una gran importancia y crece constantemente tanto numérica como políticamente. A estos elementos no se les puede "colocar" en la estructura social con tanta facilidad como a los trabajadores culturales.

Pero la omisión más grande es la de las personas dedicadas profesionalmente al gobierno del Estado, sea como políticos, burócratas, jueces o militares. Esta omisión, deliberada, que subsanaremos en capítulos posteriores, no se debe a que tales personas sean "desplazadas", sino más bien porque el lugar ocupado por ellos en el sistema social y político tiene importancia capital para el análisis de la relación entre el Estado y la sociedad y no puede resumirse brevemente en este momento.

Debo señalar que la enumeración anterior no nos revela nada del grado de conciencia que poseen sus miembros de su posición de clase, ni de las actitudes ideológicas y políticas particulares que tal conciencia (o la falta de ella) puedan engendrar, ni —por consiguiente—, de las relaciones reales entre las clases. Evidentemente, son cuestiones importantes, sobre todo por su relación con el proceso político mismo. Pero toda solución a estas cuestiones tiene que provenir de un conocimiento inicial de quiénes son realmente los actores de ese proceso. Y podría-

[40] Véase capítulos 7 y 8.

mos añadir que tal necesidad no es menos real porque muchos de los actores, valga la expresión, no sepan su texto, o porque insistan en hacer el papel "que no les corresponde", como dijo C. Wright Mills:

...que estos hombres no tengan "conciencia de clase" en todo momento y en todo lugar, no significa que "no haya clases" o que "en los Estados Unidos todo el mundo pertenece a la clase media". Una cosa son los hechos económicos y sociales, y los sentimientos psicológicos podrán estar o no asociados a ellos como racionalmente creeríamos que deberían estarlo. Ambos son importantes y si los sentimientos psicológicos y las opiniones políticas no coinciden con la clase económica ocupacional, lo que debemos hacer es tratar de encontrar la razón, en vez de arrojar al bebé económico con el agua del baño psicológico, lo cual nos impedirá entender de qué manera encaja cada uno de ellos en la bañera nacional.[41]

Es evidente que la observación es válida también para los demás países capitalistas, aparte de los Estados Unidos.

Pero el caso no sólo es que estos países tienen clases sociales fácilmente descubribles, cualquiera que sea el grado de conciencia de clase que posean sus miembros; sino que las divisiones sociales enumeradas anteriormente son *comunes* a todos los países capitalistas avanzados. Sin duda hay variaciones, de mayor o menor magnitud; pero en ninguna parte son de tal índole que determinen la existencia de estructuras sociales *radicalmente* diferentes.

Esto se manifiesta, especialmente, cuando se comparan estos países, por una parte, y los países subindustrializados o colectivistas, por otra. Así muchas de las clases que se encuentran en los países que tienen un capitalismo avanzado se encuentran también en países del Tercer Mundo, por ejemplo, grandes dueños de propiedades, o pequeños hombres de negocios y pequeños comerciantes, o profesionistas, o empleados de cuello blanco o trabajadores industriales. Pero se encuentran en ellos en proporciones totalmente diferentes, sobre todo, como ya señalamos, en lo que respecta a los trabajadores industriales y agrícolas; o en los empresarios en gran escala (en donde existen aparte de las empresas extranjeras) y en los grandes terratenientes. Una clase que tenga capital importancia en el capitalismo avanzado, por consiguiente, es marginal o prácticamente inexistente en las condiciones de la subindustrialización; en tanto que clases que tengan importancia subsidiaria en las primeras (por ejemplo, los terratenientes y los campesinos) son a menudo elementos capitales de la ecuación social en las segundas.

[41] C. W. Mills, *Power, Politics and People*, comp. por I. L. Horowitz, 1962, p. 317.

Por diferentes razones, otro tanto puede decirse de las sociedades del mundo colectivista. La afirmación oficial de ser sociedades constituidas por "obreros, campesinos e intelectuales" no puede considerarse, de ninguna manera, como una descripción completa de su estructura social. Pero cualquiera que sea la clasificación que ideemos para ellas, tendremos que tomar en cuenta la falta de una clase de dueños y empleados capitalistas y la presencia, en el ápice de la pirámide social, de grupos cuya preeminencia se deriva de un determinado sistema político que afecta también, fundamentalmente, a todas las demás partes del sistema social. En comparación con los países del capitalismo avanzado, independientemente de las diferencias que existan entre éstos, son mundos esencialmente diferentes.

Aunque podemos decir que el capitalismo avanzado constituye un ambiente socioeconómico, a grandes rasgos semejante a la vida política de los países en donde existe, esa vida política misma, a menudo, ha sido muy diferente.

Así es no sólo en lo que respecta a las diferencias manifiestas entre ellos, como la fuerza relativa del ejecutivo frente al legislativo, o la existencia en algunos de ellos de un sistema de dos partidos y, en otros, de un sistema multipartidista, o como la organización federal en vez de una sociedad unitaria, o un poder judicial fuerte en comparación con un poder judicial débil. Lo más impresionante de todo es que, en el siglo XX, el capitalismo avanzado ha constituido el contexto del poder nazi en Alemania y del gobierno de Stanley Baldwin en Inglaterra, de Franklin Roosevelt en los Estados Unidos y de esa clase especial de autoritarismo que prevaleció en el Japón en la década de 1930. Como ha mostrado la experiencia una y otra vez, el capitalismo puede producir muchos tipos diferentes de régimen político o, si esta expresión molesta, acomodarse a ellos, sin exceptuar regímenes ferozmente autoritarios. Que el capitalismo es incompatible con el autoritarismo, o que constituye una garantía de protección contra el autoritarismo, podrá ser buena propaganda, pero muy triste sociología política.

Sin embargo, aunque las estructuras socioeconómicas ampliamente semejantes del capitalismo avanzado no tienen por qué estar asociadas, necesariamente, a un determinado tipo de régimen político o de instituciones políticas determinadas, no obstante *han pretendido* hacerlo, y a partir de la segunda guerra mundial, por lo menos, *todos* los países capitalistas avanzados han tenido regímenes caracterizados por la competencia política entre más de un partido, derecho a la oposición, elecciones regulares, asambleas representativas, garantías individuales y otras restricciones al uso del poder estatal, etc. Este tipo de régimen es el que Marx y Engels describieron, y lo siguen

haciendo los marxistas, llamándolo "democrático burgués" más comúnmente llamado "democrático". La primera descripción pretende indicar que estos son regímenes en donde una clase económicamente dominante manda *a través* de instituciones democráticas y no mediante una dictadura. La segunda se funda, entre otras cosas, en la pretensión de que son regímenes en donde, precisamente por sus instituciones democráticas, ninguna clase o grupo puede asegurar su predominio político permanente. En el capítulo siguiente procuraremos sopesar la fuerza de estas respectivas afirmaciones. Por el momento, sin embargo, quiero señalar que, independientemente de considerarlas como "democráticoburguesas", o simplemente "democráticas", todas estas sociedades poseen semejanzas fundamentales no sólo económicas, sino también políticas. Por esto, se prestan, a pesar de sus múltiples rasgos particulares, a lo que podríamos calificar de sociología política general del capitalismo avanzado.

2
ÉLITES ECONÓMICAS Y CLASE DOMINANTE

Según el esquema marxista, la "clase imperante" de la sociedad capitalista es la que posee y controla los medios de producción y, en virtud del poder económico de tal manera detentado, puede utilizar al Estado como instrumento para el dominio de la sociedad. En contra de esta concepción, los teóricos de la democracia liberal (y, a menudo, de la democracia social) han negado que sea posible hablar, con sentido, de la existencia de *una* clase capitalista y que el poder económico detentado en la sociedad capitalista es algo tan difuso, fragmentado y sujeto a competencia y a tal punto sometido a una multitud de frenos y contrapesos que resulta imposible que se haga valer hegemónicamente *frente* al Estado y frente a la sociedad. Como dijimos en el capítulo anterior, cuando mucho podría hablarse de una pluralidad de élites políticas y de otra índole, competidoras entre sí, incapaces, de constituir, por la razón misma de su pluralidad competidora, de su falta de cohesión y de objetivo común, cualquier suerte de clase dominante.

Por consiguiente, lo primero que debemos hacer no es determinar si una clase dominante económicamente ejerce un poder económico decisivo en estas sociedades, sino más bien determinar si existe tal clase. Sólo una vez aclarado esto podremos pasar a analizar su peso político.

I

En un famoso pasaje de su introducción a *"la democracia en América"*, Alexis de Tocqueville informa al lector que él escribió su libro "estando presa de una suerte de temor religioso producido en mente por la contemplación de esta irresistible revolución que ha avanzado durante tantos siglos a pesar de todos los obstáculos".[1] Por supuesto, se refería al avance del igualitarismo democrático.

Y esto ocurrió hace más de treinta años. Desde entonces, en cada generación ha habido hombres que han hecho eco de la creencia de Tocqueville en la marcha irresistible del igualitarismo. Sobre todo desde que terminó la segunda guerra mundial,

[1] A. de Tocqueville, *De la démocratie en Amérique*, 1951, vol. I, p. 6.

se propaló la opinión de que una potente máquina niveladora operaba incesantemente y con fuerza enorme en todos los países capitalistas avanzados para convertirlos en sociedades niveladas, igualitarias. "Fundándose en la tradición de la ética estoicocristiana" escribe un sociólogo, "el igualitarismo representa el más potente solvente sociopolítico de los tiempos modernos".[2] Otros autores han atribuido la propensión igualitaria a causas menos etéreas, más mundanas, como las de la industrialización, las cuestiones populares. las instituciones democráticas, etc. Pero la creencia en la fuerza y en la efectividad de esta tendencia, por diversas que puedan ser sus causas, ha sido uno de los temas más comunes y penetrantes de la bibliografía social y política de posguerra, y, sin exageración, puede decirse que ha sido una de las grandes "ideas-fuerzas" de la época, en la que se han apoyado vastas teorías acerca de la "sociedad de masas", del "fin de la ideología", de la transformación de la vida y la conciencia de clase obrera, de la naturaleza de la política democrática en las sociedades occidentales y de muchas otras cosas más. Pero, aunque esta noción del igualitarismo triunfante no tenga nada de nuevo, hasta hace poco autores conservadores sobre todo fueron los que propendieron a recalcar los extremos a que había llegado este proceso de liberación y a lamentarse de lo que para ellos eran sus consecuencias desastrosas. En fechas recientes, sin embargo, se les han unido una multitud de autores, los cuales rechazarían airadamente la etiqueta de conservadores, pero que también han proclamado la llegada real o inminente de la igualdad, no para lamentarse, sino para aclamarla. Así por ejemplo, toda una escuela de "revisionistas" socialdemócratas ingleses, haciendo eco de autores conservadores, se pusieron a la tarea, en los años de posguerra, de persuadir al movimiento obrero inglés del impresionante avance hacia la igualdad que supuestamente se debió producir en ese período.[3]

Testimonios más recientes, sin embargo, han mostrado, para decirlo con palabras del profesor Titmuss, que "deberíamos pensar mucho más antes de ponernos a decir que las fuerzas igualadoras que han venido operando en Inglaterra desde 1938 pueden elevarse al rango de "ley natural" y proyectarse hacia el futuro... existen otras fuerzas, profundamente arraigadas en la estructura social, y alimentadas por múltiples factores institucionales inherentes a las economías en gran escala, que operan en sentido contrario".[4] Por lo que respecta a los Estados Uni-

[2] J. H. Meisel, *The Myth of the Ruling Class: Gaetano Mosca and the Elite*, 1962, p. 6.

[3] Un examen de este esfuerzo se encuentra en J. Saville, "Labour and Income Redistribution", en *The Socialist Register*, 1965.

[4] R. Titmuss, *Income Distribution and Social Change*, 1965, p. 198. Véase también R. Blackburn, *"The Unequal Society"*, en R. Blackburn y A. Cock-

dos, el profesor Kolko ha indicado que no se observa "una tendencia importante hacia la igualdad del ingreso" en ese país entre 1910 y 1959;[5] y otro autor norteamericano, que se opone vigorosamente a este punto de vista, en relación a la primera parte del período mencionado, señala sin embargo que "si no se emprende una acción remediadora, esta nación no tardará en enfrentarse a un incremento en la disparidad de ingresos. Entonces tal vez descubramos que nuestra 'revolución social' no sólo se ha detenido durante veinte años, sino que además ha comenzado a marchar hacia atrás".[6]

Tales descubrimientos tendrían mucho menos importancia si las desigualdades económicas *existentes* no fueren ya muy grandes en los países capitalistas avanzados: podría alegarse entonces, plausiblemente, que, como se había alcanzado en algún punto del pasado un grado elevado de igualación, no tenía nada de sorprendente, ni era verdaderamente importante que una ulterior igualación no hubiese avanzado con rapidez.

Pero no puede aducirse esta razón, por el hecho de existir, en estos países, diferencias muy grandes en la distribución del ingreso;[7] y también lo que el profesor Meade ha calificado recientemente de "desigualdad verdaderamente fantástica en la tenencia de propiedades".[8]

El ejemplo más evidente de esta última forma de desigualdad lo proporciona Inglaterra, donde el 1 % de la población poseía el 42 % de la riqueza personal en 1960, el 5 % poseía el 75 % y el 10 % poseía el 83 %.[9] En lo que respecta a los Estados Unidos, un estudio señala que la parte de riqueza correspondiente al 2 % superior de las familias norteamericanas, en 1953, ascendía al 29 % (en vez de un 33 %, en 1922),[10] y que el 1 % de los adultos era dueño del 76 % de las acciones de las compañías, por comparación con el 61.5 % en 1922.[11] En Inglaterra, sólo el 4 % de la población de adultos poseía acciones de las compañías comerciales o industriales a mediados de la década de 1960, mientras que, en 1961, el 1 % de la población de adultos era

burn (comp.), *The Incompatibles, Trade Union Militancy and the Consensus*, 1967.

5 G. Kolko, *Wealth and Power in America*, 1962, p. 13.

6 H. P. Miller, *Rich Man, Poor Man*, 1964, p. 54.

7 Véase, por ejemplo, Miller, *ibid.*, p. 12.

8 J. E. Meade, *Efficiency, Ecuality and the Ownership of Property*, 1964, p. 27. Véase también J. Revell, *Changes in the Social Distribution of Property in Britain during the Twentieth Century*, 1965.

9 *Ibidem*, p. 27. Las cifras correspondientes a 1911-13 fueron de 69 %, 87 % y 92 % respectivamente. Véase también *The Economist*, "Still no Property-Owning Democracy", 15 de enero de 1966, donde se encuentran cifras que indican una desigualdad mayor aún.

10 R. J. Lampman, *The Share of Top Wealth-Holders in National Wealth*, 1962, p. 26.

11 *Ibidem*, p. 209.

dueña del 81 % de las acciones de las compañías de propiedad privada y casi todo lo demás era propiedad del 10 % superior.[12] Aun cuando es verdad que la propiedad de acciones está hoy un poco más ampliamente distribuida que en el pasado, esto difícilmente justifica la creencia en un "capitalismo del pueblo", pues no sólo la propiedad de acciones está aún extremadamente limitada, sino también está muy desproporcionada, en el sentido de que la gran mayoría de accionistas posee muy poco, en tanto que un número relativamente pequeño cuenta con propiedades extremadamente grandes.[13]

En pocas palabras, son países en donde, a pesar de todo lo que se ha dicho acerca de la nivelación, sigue existiendo una clase de personas, relativamente pequeña, que posee grandes cantidades de propiedad en una o en otra forma, y recibe también grandes ingresos, por lo general, provenientes en todo o en parte de su propiedad o de su control de esa propiedad.[14]

Pero estos países no sólo son los que cuentan con una pequeña clase de personas ricas, sino también países en los que existe una clase muy grande de personas que poseen muy poco o casi nada,[15] y cuyos ingresos, provenientes sobre todo de la venta de

[12] H. F. Liddell y D. Tipping, "The Distribution of Personal Wealth in Britain", en *Bulletin of the Oxford University Institute of Statistics*, 1961, vol. 3, Nº 1, p. 91; véase también *The Economist*, "Shareholders: Why so Few", 2 de julio de 1966. Este último señala también que Inglaterra "va a la cabeza en Europa. No existen estadísticas acerca de las tenencias de acciones en Europa, pero podemos decir, sin temor, que en Europa la inversión está grandemente limitada a los comparativamente ricos" p. 52.

[13] Véase por ejemplo V. Perlo, "'The People's Capitalism' and Stock-Ownership", en *American Economic Review*, 1958, vol. 48 Nº 3.

[14] En el caso de Inglaterra, por ejemplo, el 10 % de la población, que poseía el 83 % de la riqueza personal total en 1960, recibió el 99 % del ingreso personal (antes de pagar los impuestos) proveniente de la propiedad. Meade, *Efficiency, Equality and the Ownership of Property*, p. 27. Es también muy cierto que la recaudación del impuesto sobre la renta está muy por debajo de los ingresos realmente percibidos. En los Estados Unidos, un autor ha señalado que "el historial es increíblemente malo; el fisco calcula que cerca de 3.3 miles de millones de dólares en forma de dividendos e intereses —gran parte de los mismos pagados a familias ricas— escapan a la imposición fiscal en virtud de un flagrante fraude. Al gobierno esto le cuesta, en forma de impuestos sobre la renta una cantidad que oscila entre 800 millones y unos mil millones de dólares al año". H. Rowen, *The Free Enterprisers. Kennedy, Johnson and the Business Establishment*, 1964, p. 52. El mismo autor señala que, según un informe del Inland Revenue Report de 1961, "el 48 % de las utilidades asignadas a cuenta de gastos estuvieron falsificadas y que dos terceras partes de las deducciones denegadas fueron realmente gastos personales y no gastos de representación de buena fe". *Ibid.*, p. 56.

[15] En 1959-60 el 87.9 % de los contribuyentes ingleses poseía el 3.7 % de la riqueza total, y la tenencia de "riqueza" por término medio era de 107 libras. *The Economist*, "Still no Property Owning Democracy", 15 de enero de 1966, p. 218.

su trabajo, los sumen en estrecheces materiales muy grandes, en la pobreza real o en la miseria.

El concepto de pobreza, como se ha dicho a menudo (sobre todo por personas que no la padecen), es muy fluido, pero ahora es mucho más difícil que hace algunos años, cuando se inventó la "sociedad opulenta", negar la existencia, en las sociedades del capitalismo avanzado, de la pobreza y de las privaciones en escala enorme y, a menudo, de carácter extremo. Desde los primeros años de la década de 1960 han aparecido testimonios suficientes de países como Inglaterra, los Estados Unidos y Francia, que muestran, sin lugar a dudas, que no es éste un fenómeno marginal o residual, sino una afección endémica que afecta a grandes partes de sus poblaciones.[16]

Mucho se ha hablado recientemente de la "revolución del consumidor" en estos países, y de la "semejanza en los estilos de vida" de las diversas clases sociales a las que supuestamente ha dado lugar.[17] Pero esta insistencia en las cambiantes pautas del consumo es doblemente engañosa: en primer lugar, porque sistemáticamente rebaja las grandes diferencias que siguen existiendo, tanto cuantitativa como cualitativamente, en las posibilidades de consumo de las clases trabajadoras y de las demás clases,[18] y, en segundo lugar, porque la posibilidad de obtener más bienes y servicios, no obstante lo apetecible que resulte, no afecta fundamentalmente al lugar que ocupa la clase obrera en la sociedad y a la relación entre el mundo de la clase obrera y el mundo del capital. Tal vez sea cierto, como ha dicho Serge Mallet, que "en

[16] Así, por ejemplo, los descubrimientos de una conferencia sobre el progreso económico, de carácter oficial, en los Estados Unidos, que rindió informes en 1962, se han resumido de la siguiente manera: "34 millones de personas en familias y cuatro millones de individuos sueltos [es decir, que no estaban ligados económicamente a una unidad familiar] vivían en la pobreza; y 37 millones de personas en familias y dos millones de individuos sueltos vivían en estado de privación. El total de 77 millones abarcaba a dos quintas partes de la población norteamericana en 1960". H. Magdoff, "Problems of United States Capitalism", en *The Socialist Register*, 1965, p. 73. Por el término "privación" la Conferencia entendió el estado de personas que vivían por encima del nivel de la más pura pobreza, pero por debajo de lo que una investigación del Departamento del Trabajo consideró que constituía un "presupuesto familiar obrero modesto, pero adecuado". *Ibidem*, p. 73. Véase también J. N. Morgan, y otros, *Income and Welfare in the United States*, 1962; M. Harrington, *The other America*, 1962, y P. Baran y P. Sweezy, *El capital monopolista*, Siglo XXI, 1968. Respecto a Inglaterra, véase por ejemplo B. Abel-Smith y P. Townsend, *The Poor and the Poorest*, 1965, y P. Townsend, *Poverty, Socialism and Labour in Power*, 1967. Respecto a Francia, véase P. M. de la Gorce, *La France pauvre*, 1965.

[17] Para una crítica de esta tesis véase J. H. Goldthorpe y D. Lockwood, "Affluence and the British Class Structure", en *Sociological Review*, vol. 10, núm. 2, 1963; y D. Lockwood, "The 'New Working Class'", en *European Journal of Sociology*, vol. 1, núm. 2, 1960.

[18] Véase, por ejemplo, A. Pizzarno, "The Individualistic Mobilisation of Europe", en *Daedalus*, invierno de 1964, pp. 217 *ss*.

los centros de vacaciones de la Costa Azul, de Sicilia y Grecia, los jóvenes metalurgistas comparten los bungalows 'tahitianos' de las hijas de los directores. Compran los mismos discos y bailan los mismos ritmos".[19] Pero cualesquiera que sean las relaciones de vacaciones entre los "jóvenes metalurgistas" y las "hijas de directores" la relación de los primeros con los "directores" sigue siendo la misma. Aun cuando las manifestaciones externas y visibles de las clases no fuesen tan conspicuas como de hecho lo siguen siendo, no habría ninguna razón en interpretar esto como testimonio de la erosión, y mucho menos de la disolución, de las divisiones de clases firmemente arraigadas en el sistema de propiedad de las sociedades capitalistas avanzadas. Para alcanzar su disolución, o incluso su erosión en grado apreciable, se necesita algo más que el poder comprar por la clase obrera refrigeradores, aparatos de televisión, automóviles o, incluso, el poder alquilar bungalows tahitianos en la Riviera; y más aún que los impuestos sobre herencias, o el impuesto progresivo sobre la renta e infinidad de otras medidas que los ricos han denunciado y tildado de ruinosas y paralizadoras, las cuales, sin embargo, no han ejercido una influencia fundamental en la desigualdad económica, y lo cual nada tiene de sorprendente, pues este sistema de propiedad funciona conforme al principio de "dar al que tiene" y ofrece amplias oportunidades para que la riqueza engendre más riqueza.[20]

II

No se puede discutir seriamente que una clase relativamente pequeña de personas posee una porción muy grande de riqueza en los países capitalistas avanzados o que gozan de muchos privilegios en virtud de esa propiedad. Por otra parte, se ha alegado a menudo que la propiedad es ahora un hecho de importancia decreciente, no sólo porque gravitan sobre ella multitud de restricciones —legales, sociales y políticas— sino también en virtud de la separación constantemente creciente entre la tenencia de la riqueza y de los recursos privados y entre su control real.

[19] S. Mallet, *La nouvelle classe ouvrière*, 1963, p. 8.

[20] "En los capitalismos de la vida real se han necesitado los mayores esfuerzos del 90 % de la población para impedir que disminuya la parte que les corresponde en el producto nacional, y, de tal manera, para elevar su nivel de vida de acuerdo con la elevación de la productividad. El capitalismo posee, en efecto, una tendencia innata a una desigualdad extrema cada vez mayor. Pues, de otra manera, "¿cómo podría ser que todas las medidas igualitaristas que acumulativamente han ido logrando establecer las fuerzas populares durante los últimos cien años no hayan conseguido mayor cosa que mantener constantes las posiciones relativas?" J. Strachey, *Contemporary Capitalism*, 1956, pp. 150-1.

El control, dice el razonamiento de todos conocido, ha pasado, o está pasando, en sectores decisivos de la vida económica, a manos de gerentes que no poseen, en el mejor de los casos, más que una pequeña parte de los bienes que administran. Así pues, aunque la propiedad pueda conferir aun algunos privilegios, ya no constituye un elemento decisivo del poder económico o político. Se dice que ésta es otra razón más para rechazar no sólo la noción de una "clase imperante" basada en la propiedad de los medios de producción, sino también la de una "clase capitalista". Este argumento de la gerencia debe ser estudiado más detalladamente.

No cabe duda que el nuevo poder de los gerentes representa un fenómeno importante en la evolución del capitalismo. Hace un centenar de años, Marx, fundándose en el crecimiento de las sociedades anónimas, había señalado la "transformación del capitalista realmente en activo en un simple gerente, administrador de capital ajeno, y de los propietarios de capitales en simples capitalistas de dinero".[21] Pero luego Marx señaló (con notable presciencia) un fenómeno que entonces se hallaba tan sólo en sus primeras etapas. Desde entonces, y sobre todo en las últimas décadas, esta separación de la propiedad y el control, al menos en las empresas en gran escala, se ha convertido en uno de los rasgos más importantes de la organización interna de la empresa capitalista.

Al mismo tiempo, es totalmente incorrecto sugerir o inferir, como se hace constantemente, que este proceso es casi completo y desentenderse de la importancia que sigue teniendo lo que Jean Meynaud ha llamado "vigoroso capitalismo familiar",[22] no sólo en lo que respecta a las empresas pequeñas y medianas, sino también a las muy grandes. Así por ejemplo, recientemente se ha observado, en los Estados Unidos, que "en cerca de ciento cincuenta compañías de la lista actual de la revista *Fortune* (es decir, de las quinientas empresas industriales más grandes) la propiedad que da el control sigue estando en manos de un individuo o de los miembros de una sola familia",[23] y el autor añade, no sin razón, que "la prueba de que el 30 % de las quinientas empresas industriales más grandes está claramente controlado por individuos a quienes es fácil señalar, o por grupos familiares... nos indica que la desaparición del tradicional propietario norteamericano se ha exagerado ligeramente y el triunfo de la organización, al que tanta publicidad se ha dado, dista mucho

[21] Marx, Carlos, *El capital*, vol. III, FCE, México, 1946, p. 415.
[22] J. Meynaud, *la Technocratie*, 1964, p. 131.
[23] R. Sheehan, "Proprietors in the World of Big Business", en *Fortune*, 15 de junio de 1967, p. 178.

de ser total".[24] De manera semejante, "por lo menos diez compañías sujetas a control de una familia figuran entre las cien superiores, y varias de éstas están activamente dirigidas por sus propietarios".[25] Y "aproximadamente setenta compañías que llevan un nombre de familia, de entre las quinientas, están controladas aún por la familia que las fundó".[26]

Son estas reservas muy grandes. No obstante, es verdad que a la cabeza de las empresas más grandes, más dinámicas y más poderosas del sistema se encuentran ahora, y se encontrarán cada vez más, gerentes y ejecutivos que deben su posición no a la propiedad, sino a la designación y a la coopción. La tendencia es desigual, pero es también muy fuerte e irreversible; en su lugar no se puede optar por un imposible retorno a la gerencia por parte de los dueños, sino por la propiedad y el control público o social.

Por supuesto, desde hace mucho tiempo se ha reconocido que las personas que constituyen la gerencia gozan de inmunidad muy grande respecto del control e incluso de la presión efectiva de los accionistas individualmente considerados; y que cuanto más grande es la empresa y más dispersa su propiedad, tanto más completa suele ser esa inmunidad. "En la práctica —dice Adolf Berle, refiriéndose a los Estados Unidos, aunque lo que afirma tiene validez general— las empresas institucionales están guiadas por oligarquías diminutas, que se perpetúan a sí mismas. Éstas, a su vez, se sacan y son juzgadas por las opiniones de grupo de un pequeño fragmento de los Estados Unidos, el de su comunidad, financiera, comercial, industrial... el único control real que guía o limita sus acciones económicas y sociales es la filosofía real, aunque indefinida y tácita, de los hombres que la constituyen."[27]

De esta concepción de los elementos de la gerencia considerados como inmunes a las presiones directas de los dueños de las propiedades que controlan, dista muy poco la afirmación de que estos gerentes constituyen un grupo económico y social distinto, con impulsos, intereses o motivaciones fundamentalmente diferentes de los intereses de los simples propietarios o incluso antagónicos a ellos; que, de hecho, constituyen una clase nueva, destinada, según las primeras y más extremas versiones de la teoría de la "revolución de la gerencia" a ser no sólo los depositarios del poderío de las empresas, sino a convertirse también en los regentes de la sociedad.

Pero la teoría del capitalismo de los gerentes no sólo se funda en la noción de que a éstos los mueven móviles diferentes de

[24] *Ibidem*, p.178.
[25] *Ibidem*, p. 180.
[26] *Ibidem*, p. 182.
[27] A. A. Berle, *The XXth Century Capitalist Revolution*, 1960, p. 180.

los de los dueños. Tiende también en general implícita o, muy a menudo, implícitamente, a afirmar que los motivos e impulsos de los gerentes son necesariamente *mejores*, menos "egoístas", más "responsables" socialmente, más estrechamente ligados al "interés público", que el antiguo capitalismo de dueños. Así, por ejemplo, el enunciado clásico de la teoría del gerencialismo —la obra de Berle y Means, *The Modern Corporation and Private Property*— sugirió, desde 1932, que para que sobreviviese el "sistema de sociedades por acciones" era, "casi inevitable... que el 'control' de las grandes sociedades evolucionase hasta convertirse en una tecnocracia puramente neutral, que ponderase toda una variedad de demandas de los diversos grupos de la comunidad y asignase a cada quien una porción de la corriente de ingresos sobre la base de una política pública en vez de una *codicia privada*".[28] Y esto, dijeron, era lo que, en efecto, ya estaba ocurriendo. Esta opinión ha venido desarrollándose desde entonces, hasta tal punto que ahora forma parte de la ideología dominante de representar a la empresa capitalista en gran escala, para decirlo con la frase del profesor Carl Kaysen, como "la empresa con alma".[29]

Es obvia la importancia de este tipo de afirmación. Pues las decisiones de quienes están implicados para gobernar las vastas y poderosas empresas industriales, financieras y comerciales afectan no sólo a sus propias organizaciones, sino a una zona mucho más amplia que, a menudo abarca a toda la sociedad. Pero si tienen "tanta alma" como se afirma, y poseen una con-

[28] A. A. Berle, y G. G. Means, *The Modern Corporation and Private Property*, 1932, p. 356. (El subrayado es del autor.)

[29] "El gerente, que ya no es simple agente de los propietarios que procuran obtener el máximo de rendimientos para su inversión —escribe el profesor Kaysen—, considera que es responsable ante los accionistas, empleados, clientes, público en general y, lo que tal vez es más importante, ante la empresa misma entendida como institución... no se dan señales de avaricia y rapacidad; no se intenta descargar en los trabajadores o en la comunidad en general parte de los costos sociales de la empresa. La gran compañía moderna es una empresa con alma." C. Kaysen, "The Social Significance of the Modern Corporation", en *American Economic Review*, mayo de 1957, vol. 47, núm. 2, pp. 313-14. Véase también C. A. R., Crosland, *The Conservative Enemy*, 1962, pp. 88-9: "En la actualidad, lo más característico entre las empresas más grandes, es la compañía que persigue la finalidad de un crecimiento rápido y la obtención de ganancias elevadas, pero sujeta a su 'sentido de responsabilidad social' y a su deseo de mantener buenas relaciones públicas y obreropatronales... Sus metas son la obtención de una utilidad ya no máxima sino 'justa', un crecimiento razonablemente rápido y la agradable sensación que proviene del actuar con conciencia del deber publico". Véase también F. X. Sutton, y otros, *The American Business Creed*, 1956, *passim*. Algunas versiones francesas de la misma noción, se encuentran por ejemplo en H. W. Ehrmann, *Organised Business in France*, 1957, *passim*, y R. Barre, "Le 'Jeune Patron' tel qu'il se voit et tel qu'il voudrait être", en *Revue Economique*, 1958, núm. 6, pp. 896-911.

ciencia tan profunda, como gerentes, de sus más amplias obligaciones públicas, entonces se les puede describir, plausiblemente, como eminentemente dignos de detentar el poder que les viene del control de los recursos de las empresas; decir que son en verdad sus custodios más dignos y naturales; y, por tanto, será más fácil argumentar entonces que a estos hombres de claro sentido en sus obligaciones no se les deberá sujetar a un indebido e innecesario grado de "interferencia" estatal. Sin duda, un grado considerable de intervención estatal en la vida económica es hoy inevitable y aun conveniente; pero incluso ésta deberá emprenderse únicamente con fundamento en una estrecha cooperación entre los ministros y los funcionarios públicos en quienes se ha confiado la salvaguardia del "interés público", por una parte, y los representantes del mundo de los negocios, que a su vez abrigan las mismas preocupaciones, por otra. Y, conforme a este mismo razonamiento, nada tiene de sorprendente que durante las controversias "revisionistas" de la década de 1950 en el seno del Partido Laborista, los que se oponían a la nacionalización hayan descubierto, en términos de un importante documento político de inspiración "Gaitskellita", que "dirigidas por gerencias cada vez más profesionales, las grandes empresas, en su conjunto, sirven bien a la nación".[30]

Al considerar tales afirmaciones y sus consecuencias, vale la pena recordar que afirmaciones muy semejantes se hicieron en favor y por cuenta del capitalista del viejo estilo, tan denigrado hoy. Así, por ejemplo, el profesor Bendix señala que "la aparición de la clase de los empresarios como fuerza política dio origen a una ideología esencialmente nueva... los títulos de autoridad de los empresarios ya no se fundaron en una crítica acre de los pobres y en una simple negación de abusos, por todos conocidos, sino en una suerte de mando moral y de autoridad en nombre de los intereses nacionales".[31] En esta perspectiva, advertimos que no hay mucha novedad en la propaganda de la clase de los empresarios, con excepción tal vez de su intensidad y su volumen.

Así también, el agudo contraste establecido, a menudo, en relación con las ganancias, entre el hombre de empresa capitalista clásico obsesionado por la obtención de la ganancia máxima y el gerente profesional, serenamente despegado, imbuido de espíritu público, es muy injusto para el primero.

Pues los motivos e impulsos del empresario clásico, sin duda, fueron tan variados, complejos e incluso contradictorios como

[30] *Industry and Society*, 1957, p. 48.

[31] R. Bendix, "The Self-Lagitimation of an Entrepreneurial Class in the Case of England", en *Zeitschrift für die Gesammter Staatswissenschaft*, 1954, p. 48. Véase también, del mismo autor, *Work and Authority in Industry*, 1956.

los del moderno gerente de empresa. En un famoso pasaje de *El capital*, Marx dice que el capitalista está atrapado en un "conflicto demoniaco entre el instinto de acumulación y el instinto de goce".[32] Por "disfrute" podemos entender aquí una multitud de propósitos que entraban en conflicto con la acumulación o se consideraban tan importantes, por lo menos, como la ganancia. Un antiguo estudio de la conducta de los gerentes sugiere que "los acicates más importantes de la acción de los hombres de negocios, aparte del deseo de bienes que permitan una satisfacción directa de necesidades, son probablemente los siguientes: el apetito de poder, el deseo de prestigio y el impulso emparentado de la emulación, el apetito creador, la propensión a identificarse con un grupo y el sentimiento afín de fidelidad a un grupo, el deseo de seguridad, la sed de aventuras y de 'jugar el juego' por sí mismo, así como el deseo de servir a otros..."[33] Independientemente de lo que podamos pensar de este amplio catálogo, resulta obvio que cada uno de sus artículos es tan válido respecto del empresario-dueño tradicional como del gerente que no es dueño. También un sociólogo inglés escribe que mientras en el capitalismo familiar la meta de la empresa industrial estaba "muy claramente definida con la ganancia para los dueños de la empresa, en el sistema actual la meta se ha fusionado con otras, tal vez existentes latentemente antes, como la de la productividad, la expansión y la innovación, sin que exista una idea muy clara de si están relacionadas mutuamente o son contradictorias entre sí".[34] Pero parece noción muy curiosa la de que "el capitalista familiar" no haya estado (o no esté) extremamente preocupado por la productividad, la expansión y la innovación, y no haya advertido (o no advierta) de qué manera están "fusionadas" con la ganancia.

El "conflicto fáustico" mencionado por Marx, sin duda arde también en el pecho del moderno gerente de empresa, aun cuando pueda cobrar toda una variedad de formas nuevas y diferentes. No obstante, al igual que el vulgar dueño empresario de los malos tiempos pasados, el gerente moderno, por más inteligente y espléndido que sea, tiene también que someterse a las imperiosas demandas que se le hacen en el sistema del cual es, a la vez, amo y criado, y la primera y más importante de tales demandas es la necesidad de obtener las ganancias "más altas posibles". Sean cualesquiera sus motivos y fines, sólo puede realizarlos si tiene éxito en la obtención de ganancias. El objetivo

[32] Marx, *El capital*, FCE, vol. III, p. 500.
[33] R. A. Gordon, *Business Leadership in the Large Corporation*, 1945, p. 305.
[34] J. A. Banks, "The Structure of Industrial Enterprise in Industrial Society", en P. Halmos (comp.), *The Development of Industrial Society*, 1965, p. 50.

más importante del hombre de negocios, lo mismo en calidad de dueño que de gerente, tiene que ser la persecución y el alcance de las ganancias "más altas posibles" en sus propias empresas. Por cierto que una élite económica que fuera sólo alma dada la naturaleza del sistema, no podría de ninguna manera perseguir un objetivo diferente. Pues el marco de referencia principal, por no decir único, de esa élite y de todo hombre de negocios, es la empresa particular de que se trate y las ganancias que pueda obtener para ella. En última instancia, para eso está investido de poder, y a ello debe subordinar todas las demás consideraciones, sin exceptuar al bienestar público.

No es una cuestión de "egoísmo" anidado en el alma del empresario o del gerente; o, más bien, que el "egoísmo" sea algo inherente al modo capitalista de producción o las decisiones que dicta.

Al igual que el capitalismo de viejo estilo, el capitalismo gerencial es un sistema atomizado que sigue llevando la marca (de hecho, la lleva con más profundidad que nunca) de la contradicción suprema de la que habló Marx hace cincuenta años, a saber, entre su carácter cada vez más *social* y su persistente finalidad *privada*. Es absurdo pensar que los hombres de empresa, de cualquier clase que sean, y son, quiérase o no, los instrumentos principales de esa contradicción, habrían de poderla superar gracias a algún "espiritual" esfuerzo de voluntad. Pues si así lo hicieren, negarían el propósito mismo de su actividad, que es la obtención de ganancia privada. Como dicen Baran y Sweezy, "las ganancias, aun cuando no sean la meta última, sí los medios necesarios para todos los fines últimos. Y de tal manera, se convierten en el único fin inmediato, unificador, cuantitativo de las actividades de las empresas, en la piedra de toque de la racionalidad de las mismas, en la medida del éxito de las grandes sociedades industriales o mercantiles".[35] Por cierto que el gerente moderno tal vez se muestre más vigoroso en su búsqueda de la ganancia que el empresario de viejo estilo, porque, como ha dicho otro autor, gracias "al uso rápidamente creciente de los economistas, de los analistas de mercados y de otros tipos de especialistas y consultores de la gerencia por parte de nuestras empresas más grandes... la racionalidad orientada a la ganancia es cada vez más representativa de la conducta del mundo de los negocios".[36]

Conforme a esta opinión, los accionistas de empresas controladas por gerentes modernos no deben temer que sus intereses se vean sacrificados en aras ajenas a ellos. Podrán producirse

[35] Baran y Sweezy, *El capital monopolista*, Siglo XXI Editores, p. 37.

[36] J. S. Early, "Contribution to the discussion on the impact of some new developments in economic theory; exposition and evaluation", en *American Economic Review*, mayo de 1957, vol. 47, núm. 2, pp. 333-4.

tensiones entre gerentes y accionistas, y a veces, desembocar en conflicto. Por ejemplo, los accionistas podrán considerar que a los gerentes no les preocupan lo suficiente los dividendos, o que son demasiado generosos consigo mismos en materia de emolumentos, o que se muestran muy propensos a gastar dinero con fines no inmediata y evidentemente relacionados con la obtención de ganancia; y los gerentes, por su parte, podrán pensar que los accionistas, o por lo menos aquellos accionistas que se toman la molestia de hacerse oír, son una banda de codiciosos, ignorantes y miopes. Pero estas diferencias son tácticas dentro del consenso estratégico, y de todas maneras es muy poco lo que comúnmente pueden llevar a cabo los accionistas para dar eficacia material y real a su descontento, salvo, por supuesto, deshacerse de sus acciones. Sea como fuere, subsiste el hecho de que por todos conceptos importantes no es verdad que la función gerencial aliene a quienes la cumplen de aquellos en cuyo favor la desempeñan; las diferencias de objetivo y de motivación que puedan existir entre ellos quedan borradas por su fundamental comunidad de intereses.

En todo caso, en términos de propiedad gerencial, se puede exagerar mucho la noción de separación. Pues, como se ha observado a menudo, los gerentes son frecuentemente grandes accionistas de sus empresas. En los Estados Unidos, ha dicho Kolko, "la clase de los gerentes constituye el grupo más grande de la población de los accionistas, y el número de individuos de esta clase, dueños de acciones, es mayor que el de cualquier otra clase".[37] Además, a través de las opciones sobre el stock, los gerentes también aumentan sus tenencias en las mejores condiciones imaginables.[38] La parte mayor del ingreso de los gerentes quizá no

[37] Kolko, *Wealth and Power in America*, p. 67. Véase también C. W. Mills, *The Power Elite*, 1956, pp. 121-2 [trad. esp. *La élite del poder*, FCE, México], y D. Villarejo, "Stock Ownership and the Control of Corporations", en *New University Thought* (otoño de 1961 e invierno de 1962), vol. 2, pp. 33-77 y pp. 45-65.

[38] "Un estudio reciente de la National Industrial Conference Board muestra que el 73 % de 215 ejecutivos superiores, durante el período 1950-60, ganó, por lo menos, 50 mil dólares mediante el uso de opciones sobre acciones, el 32 % ganó 250 mil dólares y el 8 % ganó, por lo menos, un millón de dólares." R. C. Heilbroner, "The View from the Top. Reflections on a Changing Business Ideology", en E. F. Cheit (comp.), *The Business Establishment*, 1964, p. 25. Hacia 1967, planes de opciones habían sido instituidos por el 77 % de las empresas industriales inscritas en las bolsas de Nueva York y de otras ciudades norteamericanas. E. F. Cheit, "The New Place of Business. Why Managers Cultivate Social Responsibility", en Cheit, *ibidem*, p. 178. Kolko señala también que "a principios de 1957, 25 altos empleados de la General Motors poseían un promedio de 11 500 acciones cada uno. Colectivamente, sus tenencias no les hubiesen servido de mayor cosa para intentar controlar la General Motors a través de sus acciones. Sin embargo, cada uno de estos hombres tenía una participación personal de alrededor de medio millón de dólares en la compañía..." *Wealth and Power in America*, p. 65.

provenga de la propiedad de acciones, ni dependa de tal propiedad, pero los gerentes, de todas maneras, rara vez consideran que sus acciones, en cualquier momento que sea, poseen un interés despreciable.[39] Conforme a esta perspectiva, resulta exagerada la representación del gerente como sujeto "separado y distante" de los recursos que controla.

Además, los salarios elevados son característica común de las capas superiores de la gerencia, salarios que, en muchos casos, son elevadísimos. Así por ejemplo, un autor ha señalado que "son muy comunes [en los Estados Unidos] salarios de más de un cuarto de millón de dólares al año para los principales ejecutivos de las grandes empresas y no puede decirse que sean precisamente raros salarios más elevados. Esto no toma en cuenta las bonificaciones en forma de acciones y las opciones sobre acciones, a precios reducidos, que pueden duplicar efectivamente el ingreso del ejecutivo.[40] Así también, de los novecientos altos ejecutivos norteamericanos estudiados por la revista *Fortune*, el 80 % ganaba más de 50 000 dólares anuales, sin contar acciones, pagos por concepto de pensiones y retiros, cuentas de gastos, etc.,[41] y Kolko nos da una cifra de 73 600 dólares como ingreso medio de los 700 ejecutivos de sociedades por acciones más altamente pagados en los Estados Unidos en 1958.[42] A las capas superiores de la gerencia tal vez no les vaya tan bien en otros países capitalistas avanzados, pero, no obstante, en todas partes se hallan situados en las alturas superiores de la pirámide de ingresos.

Por último, hay que señalar también que el origen social de quienes militan en las gerencias en estos países es, por lo general, el mismo que el de los demás hombres de ingresos elevados y grandes propiedades. En relación a los Estados Unidos, señala un autor, "tocante al reclutamiento de los modernos gerentes industriales, tres estudios diferentes han mostrado, más o menos, lo mismo. La mayoría de los gerentes de las más grandes empresas proviene de familias de las clases media superior y superior y tuvieron padres dedicados a los negocios".[43] En lo que respecta a la Europa occidental, el señor Granick señala que "uno de los principales rasgos del mundo de los negocios en el conti-

[39] Como el señor Sheehan observa, "el presidente Frederic C. Donner, por ejemplo, es dueño tan sólo del 0.017 % de las acciones preferenciales de la General Motors, pero éstas valían recientemente alrededor de 3 917 000 dólares. El director Lynn A. Townsend es dueño del 0.117 % de la Chrysler, que vale alrededor de 2 380 000 dólares. Apenas podrá ser impersonal el interés que pongan en las ganancias provenientes de tales inversiones". "Propietors in the World of Big Business", p. 242.

[40] W. E. Moore, *The Conduct of the Corporation*, 1962, p. 13.

[41] S. Keller, *Beyond the Ruling Class*, 1963, p. 224.

[42] Kolko, *Wealth and Power in America*, p. 66.

[43] Keller, *Beyond, the Ruling Class*, p. 63.

nente europeo, aunque no especialmente del inglés, es que todas las capas de la gerencia provienen primordialmente de la burguesía, y piensan y obran en función de la propiedad privada, que ellos mismos poseen".[44] No parece estar justificada la exclusión de Inglaterra a este respecto. Tal vez, como ha dicho el señor Guttsman, "una considerable proporción de los gerentes se ha reclutado siempre de entre los hombres que ingresaron en la industria a trabajar en los oficios más humildes, aunque no todos, necesariamente, hayan sido hijos de familias de la clase obrera".[45] Pero también se ha señalado, recientemente, que el 64 % de los ejecutivos de las cien compañías inglesas más grandes llevaban la significativa marca de membrecía de las clases superior y media superior, es decir, que habían asistido a escuelas particulares.[46] Evidentemente es cierto que, "a medida que se asciende por la escala social, mejoran grandemente las posibilidades de llegar a figurar en la junta de administración, las cuales de ser prácticamente nulas en la base, son extremamente buenas en la cúspide".[47]

Por todo, no parecen existir buenas razones para aceptar la validez de la tesis de que el capitalismo avanzado ha producido una "nueva clase" de gerentes y directores de las grandes empresas, radical o, incluso, considerablemente distinta de los dueños capitalistas de grandes empresas. En el pasaje de *El capital* consagrado al fenómeno gerencial, Marx habla de divorcio entre la propiedad y la gerencia como "la supresión del régimen de producción capitalista dentro del propio régimen de producción capitalista y, por tanto, a una contradicción que se anula a sí

[44] D. Granicks, *The European Executive*, 1962, p. 30.
[45] W. L. Guttsman, *The British Political Elite*, 1963, p. 333.
[46] H. Glennerster y R. Pryke, *The Public Schools*, 1965, p. 17.
[47] R. V. Clements, *Managers. A Study of their Career in Industry*, 1958, pp. 83-4. Un reciente estudio francés señala también que "la mayoría de los dirigentes viene de la burguesía". N. Delefortrie Soubeyroux, *Les dirigeants de l'industrie française*, 1961, p. 51. En el Japón, la mayor parte de los dirigentes del mundo de los negocios desciende de padres que fueron ejecutivos o dueños de grandes empresas, en tanto que el segundo lugar lo ocupan los hijos de terratenientes y de pequeños hombres de negocios, mientras que no hay un solo hijo de obreros. J. C. Abegglen y H. Mannari, "Leaders of Modern Japan: Social Origins and Mobility", en *Economic Development and Cultural Change*, vol. 9, núm. 1, segunda parte (octubre de 1960), cuadro I, p. 112. R. P. Dore señala también "la falta total, en la muestra japonesa, de hijos de trabajadores manuales y de aparceros en las filas de los directores actuales de los negocios en el Japón". R. E. Ward y D. A. Rustow (comp.), *Political Modernisation in Japan and Turkey*, 1964, p. 203. En el caso de Suecia, un estudio realizado en 1958 mostró que el 3.5 % de los directores de empresas industriales que contaban con más de 500 empleados provenía de la clase obrera, y que este porcentaje se ha venido reduciendo desde fines de la década de 1940. G. Therborn, "Power in the Kingdom of Sweden", *International Socialist Journal*, 1965, vol. 2, núm. 7, p. 60.

misma y aparece *prima facie* como simple fase de transición hacia una nueva forma de producción".[48] Sin duda es una mera fase de transición. Pero no serán los gerentes quienes cavarán la tumba del antiguo orden y darán origen a una "nueva forma de producción". Ni, por supuesto, adjudicó Marx a los gerentes tal insólito papel. El gerencialismo significa que los elementos más importantes de la propiedad capitalista son ahora demasiado grandes como para que dueños empresarios puedan administrar eficientemente, o poseer en su totalidad. Eso no significa, de ninguna manera, la trascendencia del capitalismo.[49] Para decirlo con palabras de Jean Meynaud, "los factores que asemejan a los patronos de estilo familiar y a los gerentes profesionales son mucho más fuertes que los elementos que los distinguen: así, los primeros, como los segundos, son dirigentes capitalistas".[50] Y esto es tan válido en el campo de las "relaciones industriales" como en cualquier otro. Al igual que todos los demás grandes contratadores de trabajadores, los gerentes que tienen a su cargo complejas empresas, que llevan a cabo múltiples actividades, se interesan, obviamente, en mantener sin fricciones las relaciones obreropatronales y en "rutinizar" los conflictos que surjan dentro de la empresa; y para la consecución de tal finalidad bien pueden considerar que los sindicatos son, más que enemigos, sus aliados, o mejor dicho, ambas cosas a la vez. Pero sea lo que fuere su significado, no es evidente que haya determinado que las empresas dirigidas por gerentes estén organizadas de manera diferente a las dirigidas por los dueños de las mismas.[51] En ambas, el

[48] Marx, *El capital*, vol. 3, p. 417.

[49] Es oportuno señalar que el profesor Galbraith recientemente ha afirmado que el poder de la gerencia ha pasado realmente a la "tecnoestructura", que abarca a un grupo "muy grande" de personas, comprendiendo "desde los más altos empleados de la empresa hasta, en el perímetro exterior, los trabajadores de 'cuello blanco y de cuello azul' cuya función es la de ajustarse más o menos mecánicamente a las órdenes y a la rutina". Galbraith, *The New Industrial State*, p. 71. "No son los gerentes los que deciden, el poder efectivo de decisión está profundamente alojado en el personal técnico, de planeación y de otras tareas especializadas", *ibidem*, p. 69. Conforme a los testimonios que disponemos, me parece que esta tesis carece de sólido fundamento, como ya he señalado en "Professor Gilbraith and American Capitalism", *The Socialist Register*, 1968.

[50] J. Meynaud, *La Technocratie*, 1964, p. 169. En el artículo anteriormente citado el señor Sheehan de manera semejante llega a esta conclusión: "muy pocos ejecutivos dirán que los gerentes de una compañía que cuente con numerosos accionistas administre su negocio de manera diferente a como lo hacen los propietarios de una compañía cuyo capital esté muy poco distribuido"; "no tiene sentido de la realidad inferir que porque un gerente es dueño de sólo una pequeña fracción de las acciones de su compañía carece del incentivo para la elevación al máximo de las utilidades". "Proprietors in the World of Bib Business", pp. 183-242.

[51] Véase, por ejemplo, Serge Mallet, *La nouvelle classe auvrière*, donde se encuentran algunos estudios del caso, muy interesantes, de las relaciones obreropatronales en algunas de las empresas más modernas de Francia. En

proceso de trabajo sigue estando caracterizado por el dominio y la sujeción: los ejércitos industriales del capitalismo avanzado, sean cualesquiera sus patronos, siguen funcionando dentro de organizaciones en donde la determinación de la autoridad y de las formas en que se ejercerá no han tenido arte ni parte, y a cuya determinación de objetivos y procedimientos de acción no se le ha dado voz ni voto.

III

Como acabamos de ver, los gerentes provienen sobre todo de las clases profesionales y propietarios. Pero éste no es sino un ejemplo de un proceso de reclutamiento para nutrir las filas de los ricos y los puestos de mando de la sociedad capitalista avanzada, típico de estos sistemas, no obstante la afirmación muy conocida de ser sociedades fluidas, socialmente abiertas, en las que se efectúa una rápida "circulación de élites".

De hecho, el reclutamiento para las élites, en estas sociedades, posee un carácter acusadamente hereditario. Por lo general, es escaso el acceso de las clases trabajadoras a las clases media y superior. Como señala el señor Westergaard, existe "mucho movimiento de individuos entre las diferentes capas" pero "gran parte de este movimiento recorre distancias considerablemente cortas del espacio social, y encierra desplazamientos dentro del grupo manual o del grupo no manual con mucha mayor frecuencia que entre estos grupos, y está caracterizado por desigualdades tajantes y persistentes en la distribución de oportunidades".[52] Los estudios realizados, con datos que llegan hasta 1960, han descubierto que el número de hijos de trabajadores manuales que pudieron realizar lo que el profesor Miller llama "el gran salto" hacia las ocupaciones superiores en el mundo de los negocios y de las profesiones independientes fue mucho menos del 5 %, en tanto que a los Estados Unidos les correspondió la cifra elevada de casi un 8 %.[53] Tal vez no sea esencial, para

uno de esos estudios, Mallet señala que "los gerentes y tecnócratas que gobiernan la empresa Bull no son teóricos del neocapitalismo; de ninguna manera procuran desempeñar el papel de precursores en materia de relaciones obreropatronales y, siempre que pueden, utilizan los métodos acostumbrados de dirección y disciplina..." (p. 81). Véase también R. Blauner, *Alienation and Freedom. The Factory Worker and his Industry*, 1964.

[52] J. Westergaard, "The Withering Away of Class. A Contemporary Myth", en P. Anderson y R. Balckburn (comp.), *Towards Socialism*, 1965, p. 89. Véase también en lo que respecta a este movimiento intraclase, por oposición a la movilidad interclase, R. Bendix y S. M. Lipset, *Social Mobility in Industrial Society*, 1964, capítulo I.

[53] S. M. Miller, "Comparative Social Mobility", en *Current Sociology*, 1960, vol. 9, núm. 1, pp. 39-40. Véase también D. V. Glass (comp.), *Social Mobility in Britain*, 1954.

alcanzar un éxito material o profesional, ser hijo de padres ricos o siquiera acomodados; pero, sin duda, constituye una enorme ventaja, semejante a la de ingresar en un club escogido en donde ser miembro ofrece inapreciables oportunidades, para la confirmación e incremento de las ventajas que de todas maneras confiere.[54]

En cierto sentido, podría decirse, incluso, que la difusión del gerencialismo propende a reforzar la ventaja de lo que Harold Laski acostumbraba llamar "cuidadosa selección de los padres de uno". Pues el ingreso en las capas superiores de la empresa capitalista del tipo gerencial requiere cada vez más, como no lo requirió el capitalismo de los dueños, algunos títulos de instrucción superior, que son obtenidos mucho más fácilmente por los hijos de los acomodados que por cualesquiera otros niños y jóvenes; y ocurre exactamente lo mismo en relación a todas las demás "calificaciones" profesionales.[55] Evidentemente el haber recibido una buena instrucción no es suficiente para llegar a las capas superiores de la gerencia y aun, como ocurre muy a menudo, puede resultar innecesario. Pero existe claramente la tendencia a la profesionalización del mundo de los negocios, al menos en el sentido de que el poder ingresar en esta carrera particular requiere, cada vez más, poseer los títulos educativos obtenidos en las universidades, o en instituciones equivalentes; y esto es todavía más cierto en relación a otras posiciones de la élite.

Pero estas instituciones son todavía mucho más accesibles a los hijos de padres de las clases media y superior que a los nacidos en otras clases. Un examen general, por ejemplo, señaló, hace unos cuantos años, que

> ...la composición de la población estudiantil, en todos sus elementos esenciales, es la misma en toda la Europa occidental. Las clases superior y media, independientemente de cómo se las defina, nunca constituyen menos de una gran minoría (45 % en Holanda) y comúnmente constituyen una considerable mayoría (56 % en Suecia y más del 80 % en los países mediterráncos). El resto está constituido principalmente por hijos de empleados asalariados, pequeños hombres de negocios y agricultores; la clase obrera, incluso en donde es casi o igualmente próspera, está muy escasamente representada; en el

[54] "El autorreclutamiento, es decir, la invisible mano de la familia, sin duda desempeña un papel todavía mayor en las carreras de quienes se mueven en los círculos más altos, que en la sociedad en general." R. Dahrendorf, "Recent Changes in the Class Structure of European Societies", en *Daedalus*, invierno de 1964, p. 235.

[55] No es indiferente a la política este punto. Como señala el profesor Meynaud, "una educación terminada al nivel de la escuela primaria constituye un grave impedimento para quien aspire a figurar en el Parlamento". J. Meynaud, "The Parliamentary Profession", en *International Social Science Journal*, 1961, vol. 13, núm. 4, p. 520.

mejor de los casos constituye del 10 al 15 %, y más comúnmente oscila entre el 4 y el 8. %.[56]

En relación a la Alemania Federal, el profesor Dahrendorf ha dicho:

...hasta hace poco, sólo el 5 % de todos los estudiantes universitarios alemanes proveía de familias que, en la estructura profesional total, representan poco más del 50 %. Esta proporción se ha elevado ahora a un poco más del 5 %, pero es aún notablemente baja.[57]

Dos autores franceses, por su parte, han observado:

...un cálculo aproximado de las posibilidades de acceso a la universidad, según la profesión del padre, muestra que ascienden a menos del 1 % para los hijos de los asalariados agrícolas y a cerca del 70 % para los hijos de los hombres de negocios y a más del 80 % para los miembros de las profesiones liberales. Estas estadísticas demuestran claramente que el sistema educativo lleva a cabo, objetivamente, un proceso de eliminación que resulta más completo a medida que nos vamos acercando a las clases menos privilegiadas.[58]

Respecto de Inglaterra, el Informe Robbinson señaló en 1963 que

...la proporción de jóvenes que ingresan como estudiantes de tiempo completo en las instituciones de enseñanza superior es de un 45 % para aquellos cuyos padres figuran en el grupo "profesional superior", en comparación con sólo un 4 % de aquellos cuyos padres trabajan en ocupaciones manuales calificadas.[59]

Un estudio comparado que abarcó a los Estados Unidos, Alemania federal y Francia en los años de posguerra señaló también que

...el cuadro general registra claras desigualdades de oportunidad para obtener educación superior. Los sectores no agrícolas no obre-

[56] A. Kerr, *Universities of Europe*, 1962, p. 51. En el caso de Inglaterra, sin embargo, véase la nota 65 de este capítulo.

[57] R. Dahrendorf, "The Crisis in German Education", en *Journal of Contemporary History*, 1967, vol. 2, núm. 3, p. 143.

[58] P. Bourdieu y J. C. Passeron, *Les héritiers*, 1964, pp. 13-14. Véase también M. Praderie, "Héritage social et chances d'ascension", en "Darras", *Le partage des bénefices*, y H. Girard, *La réussite sociale en France*, 1961, pp. 345 *ss*.

[59] *Higher Education*, Cmd, 2154, 1963, p. 51. Dos sociólogos ingleses han observado también que "en el extremo de la escala, la hija de un obrero manual no calificado tiene tan sólo una posibilidad de cinco o seis entre cien de ingresar en una universidad; posibilidad cien veces menor que la que tendría si hubiese nacido en una familia de profesionistas". A. Little y J. Westergaard, "The Trend of Class Differentials in Educational Opportunity in England and Wales", en *British Journal of Sociology*, 1964, vol. 15, núm. 4, pp. 307-8.

ros de la sociedad suministran de tres quintas partes a más de nueve décimas partes del número de alumnos, aun cuando este grupo es una fracción pequeña de cualquier sociedad.[60]

Bendix y Lipset escribieron en 1959, refiriéndose a los Estados Unidos:

...como en otros países, la enorme mayoría de los estudiantes norteamericanos son hijos de hombres de negocios, agricultores prósperos o profesionistas,[61]

mientras que otro autor señaló, en 1961, que

...la oportunidad para que un niño de la clase media norteamericana termine estudios superiores es casi de un 50 %, en tanto que la de un niño de la clase trabajadora es de 1 a 12 %.[62]

Este predominio de las clases superior y media, en lo que respecta a la educación superior, nada tiene de sorprendente. Tal educación requiere una preparación a temprana edad que los niños de la clase trabajadora son los que menos suelen recibir. En la mayoría de los casos, estos niños asisten a escuelas que, para decirlo con la atinada frase del señor Meyer, son "instituciones de custodia" en donde aguardan el momento de que los reglamentos de educación les permitan comenzar a desempeñar el papel reservado por las circunstancias de su clase desde su nacimiento, a saber, el de partidores de leña y acarreadores de agua. Lo que el profesor Dahrendorf dice, en relación a esto, refiriéndose a la Alemania federal, tiene una validez más amplia:

A veces los sociólogos describen a la sociedad alemana, y los políticos a menudo lo creen, como si estuviese virtualmente exenta de clases, y se dice, generalmente, en los debates políticos, que en el mundo moderno, evidentemente, estas clases y estos estratos sociales han desaparecido, y que en la actualidad todo el mundo tiene las mismas oportunidades, etc. A mi juicio, sobre todo cuando se estudia el problema educativo, es ésta una concepción notablemente ideológica de la sociedad alemana, que, en sí misma, refleja la esperanza de preservar condiciones en las que las ambiciones de las personas queden limitadas, más o menos, a su propia esfera social, a su propio rango social.[63]

Por supuesto, muchos maestros procuran desempeñar, y a

[60] C. A. Anderson, "The Social Status of University Students in Relation to the Type of Economy: an International Comparison", en *Transactions of the Third World Congress of Sociology*, 1956, vol. 5, pp. 51-2.

[61] Bendix y Lipset, *Social Mobility in Industrial Society*, p. 94.

[62] M. Meyer, *The Schools*, 1961, p. 116.

[63] R. Dahrendorf, "The Crisis in German Education", p. 144. Véase también H. Adam, "Social Mobility through Education?" en *International Socialist Journal*, 1964, vol. I, p. 4.

veces pueden cumplir un papel educativo positivo. Pero los niños de la clase trabajadora tienen que lidiar con un ambiente incomparablemente menos favorable que sus contemporáneos de las clases superior y media, y están sujetos a una multitud de impedimentos económicos, sociales y culturales.[64]

No obstante, los niños de la clase obrera, a pesar de todos los obstáculos, ingresan en la educación superior en número constantemente creciente,[65] entre otras cosas y sobre todo porque el capitalismo avanzado necesita un personal mejor entrenado que el del antiguo sistema industrial. Pero como señaló un informe de la OCED, en 1967 "la expansión educativa *per se* no ha disminuido necesariamente la participación diferencial entre las clases".[66] Y a medida que la educación superior se difunde, va cobrando una importancia nueva, una antigua distinción *entre* las instituciones que la proporcionan. Algunas instituciones ofrecen facilidades de toda clase, mucho mayores que otras, disfrutan de un mayor prestigio y tienden más que otras a proporcionar reclutas para los puestos de mando de la sociedad. Estas instituciones, cuyo ingreso pone obstáculos más severos que otras, suelen ser más accesibles a los alumnos de las clases superior y media que a los de la obrera.

Quienes temen la aparición de una sociedad "meritocrática", en donde todo mundo, que habrá comenzado más o menos en la misma forma, será juzgado tan sólo por "sus méritos", no tienen por qué alarmarse mucho: la carrera está todavía "arreglada" en contra de los competidores de la clase obrera.

Aun, si hacemos caso omiso de todo esto, es necesario recordar, no obstante, que una preparación universitaria ofrece tan sólo *un lugar de partida* en la carrera posuniversitaria. Y esta carrera también está arreglada. Pues intervienen otros varios factores, que afectan materialmente a las carreras. Uno de ellos es el de la red de "relaciones e influencias" que conecta a los miembros de los grupos componentes de las élites; las familias

[64] Véase por ejemplo J. W. B. Douglas, *The Home and the School*, 1964; J. Floud y otros, *Social Class and Education Opportunity;* Bendix y Lipset *Social Mobility in Industrial Society*, pp. 94-5 *n.* 24; *Higher Education*, Apéndice I (Cmd, 2154-I) 2ª parte, *Factors Influencing Entry to Higher Education*, y 3ª parte, *The Pool of Ability;* P. Bourdieu, "La transmission de l'heritage culturel en "Darras", *Le partage des bénefices;* y A. Girard, "Selection for Secondary Education in France", en A. H. Halsey, J. Floud, C. A. Anderson (comp.), *Education, Economy and Society*, 1961, p. 186 *ss.*

[65] Así por ejemplo, al informar de una conferencia de la UNESCO de los ministros europeos de educación en noviembre de 1967, un corresponsal de *The Times* señaló que "más de una cuarta parte de la población universitaria inglesa es de extracción obrera. Esta cifra puede compararse con las del 14 %, en Suecia, el 8.3 %, en Francia y el 5.3 %, en la Alemania occidental". *The Times*, 20 de noviembre de 1967.

[66] Organisation for Economic Cooperation and Development, *Social Objectives in Educational Planning*, 1967, p. 307.

de la clase obrera, por regla general, no tienen muy buenas "relaciones e influencias".

Podríamos añadir, también, que el hecho de existir una mayor "igualdad de oportunidades", en todo caso, poco tiene que ver con la igualdad auténtica, dado el contexto en el cual se presenta. Tal vez permita a un número mayor de niños de la clase obrera llegar "a lo más alto". Pero esto, lejos de destruir las jerarquías clasistas del capitalismo avanzado, contribuye a fortalecerlas. La infusión de sangre nueva en las capas superiores de la pirámide económica y social podrá ofrecer una amenaza, por competencia, a los individuos que ya se encuentran en ellas, pero no es una amenaza para el sistema mismo. Incluso una manera mucho más "meritocrática" de llegar a la cúspide, injertada en el sistema económico existente, no haría sino determinar que un número mayor de personas de origen obrero pasasen a ocupar los peldaños superiores del sistema *existente*. Esto podría considerarse conveniente, pero no determinaría su transformación en un sistema *diferente*.

Sin embargo, este punto es en gran medida académico. Pues las clases superior y media de éstas sociedades, sin exceptuar a su elemento empresarial y gerencial, son todavía, en gran parte, autosuficientes en materia de reclutamiento y, por consiguiente, en grado notable, socialmente coherentes. En cierto sentido, en verdad, son ahora *más* socialmente coherentes que en el pasado. Hace cien años, la aristocracia constituía, económica y socialmente, todavía una clase tajantemente distinta de las demás clases en la mayoría de las sociedades capitalistas avanzadas. Desde entonces, los aristócratas, en todas partes, han quedado incorporados al mundo de la industria, de las finanzas y del comercio y han sufrido una "burguesificación" que, tal vez, en algunos aspectos todavía no sea completa, pero se encuentra, no obstante, muy avanzada. Es cierto que la aristocracia todavía tiene mucho *cachet* pero las clases industriales y comerciales ya no tienen conciencia de ser *parvenu* y socialmente inferiores a cualquier otro grupo o clase, incluso en países como Alemania y Japón en donde el hombre de negocios común estuvo hasta hace poco grandemente opacado, en términos sociales, por una clase aristocrática.

"Antes de la primera guerra mundial", señala el señor Granick, "el mundo alemán de los negocios había fracasado completamente en establecer su prestigio dentro de clases superiores... entre las guerras, este mundo se volvió mucho más prestigioso... en la década de 1950, por primera vez en la historia alemana, las clases tradicionales superiores preindustriales perdieron su importancia"; [67] y un autor japonés señala que en su

[67] Granick, *The European Executive*, p. 30. Otro autor observa, de manera semejante que "la segunda guerra mundial produjo la caída de

país "quienes hoy se dedican al comercio y a la industria se consideran pilares de la comunidad y no les cuesta trabajo ingresar en los niveles más respetados de la sociedad. Quienes andan en pos de riquezas ya no tienen por qué andar ofreciendo justificaciones, pues su número es legión. El cambio de actitud emocional no es sino una de las medidas de la elevación del mundo de negocios a una posición de predominio en la vida nacional".[68] Este proceso ha estado algo encubierto en Inglaterra, en donde los empresarios, que han tenido éxito, han logrado complementar el dinero en efectivo capitalista con el *cachet* aristocrático, pero en este país también la riqueza es un pasaporte válido para los rangos superiores.

De manera semejante, los empresarios y gerentes triunfadores de extracción obrera son fácilmente asimilados en las clases poseedoras, tanto en su modo de vida, como en sus puntos de vista. Algunos podrán conservar algún sentimiento rudimentario y latente de sus antecedentes, pero no suele tener mayor importancia, ni social ni ideológicamente. La riqueza, en este sentido limitado al menos, es una gran niveladora.

Pero la riqueza es también una gran niveladora en lo que respecta a lo ideológico y a lo político. Schumpeter señaló, en cierta ocasión, que "los miembros de una clase... se entienden mejor entre sí... ven la misma porción del mundo con los mismos ojos, desde el mismo punto de vista y en la misma dirección".[69] No es necesario llevar demasiado lejos esta afirmación. Hay otras influencias, aparte de la membrecía de clase, que producen congruencia ideológica y política entre los hombres; y a la inversa, la membrecía de clase a veces no produce tal congruencia. Es evidente que los miembros de las clases dueñas de propiedad están, a menudo, divididos por una multitud de cuestiones y políticas concretas, por no mencionar las diferencias de religión y de cultura.

Pero tampoco a *esto* hay que darle una importancia exagerada. El profesor Aron se ha quejado, irónicamente, de una de sus "decepciones" por haber descubierto que quienes, "en la

grupos de élites rivales tales como la nobleza latifundista prusiana, la casta militar y la aristocracia. Después de unos cuantos retrocesos al principio, en la última década el poder del hombre de empresa ha aumentado rápidamente y ahora puede considerarse a sí mismo como persona influyente" G. Braunthal, *The Federation of German Industry in Politics* 1965, p. 58.

[68] N. Ike, *Japanese Politics*, 1958, p. 82. Otro autor señala que "la capa superior de los ejecutivos industriales y comerciales ha sustituido en gran parte a las más antiguas familias *zaibatsu* y se ha convertido en la élite principal del Japón de la posguerra" A. B. Cole, *Japanese Society and Politics: The Impact of Social Stratification and Mobility on Politics*, 1956, p. 86.

[69] J. Schumpeter, "Social Classes in and Ethnically Homogeneous Enviroment", en *Imperialism, Social Classes*, 1955, p. 109.

representación marxista del mundo determinaban supuestamente el curso de los acontecimientos", de hecho, "las más de las veces, no tenían concepciones políticas" (*sic*) "en lo que respecta a la mayoría de las grandes cuestiones debatidas en Francia, en los últimos diez años, fue imposible averiguar qué es lo que querían los capitalistas franceses, grandes, medianos y pequeños, qué es lo que deseaban los 'monopolistas' y los hombres de los *trusts*. He conocido a algunos representantes de esta 'raza maldita' y no he podido descubrir nunca que tengan una opinión definida y unánime, ya sea, en lo que respecta a la política que se debió seguir en Indochina, o a la política más adecuada en Argelia".[70]

No cabe duda que ésta opinión es por demás superficial. Pues las divisiones que puedan haber existido entre las élites económicas francesas en relación a Indochina y a Argelia se produjeron dentro de un campo de opciones *conservadoras*, y firmemente excluyeron cualquier otro. Tal vez algunos miembros de esas élites desearon una descolonización rápida, pero la historia, quién sabe por qué, no registra un grado elevado de presión ejercido, por parte de alguno de los sectores de la burguesía francesa, en favor de las luchas de liberación vietnamitas y argelinas, o de la nacionalización de las empresas privadas, de una gran redistribución de la riqueza, de una radical ampliación de los beneficios sociales o de una ampliación de los derechos sindicales, etcétera.[71]

Las diferencias específicas entre las clases dominantes, por auténticas que puedan ser, desde muchos puntos de vista, están, sin riesgo alguno, contenidas dentro de un particular espectro ideológico, y no estorban un consenso político fundamental, en lo que respecta a las cuestiones capitales de la vida económica y política. Una manifestación evidente de este hecho es el apoyo que las clases dominantes prestan a los partidos conservadores. Como más adelante comentaremos de nuevo, diferentes segmentos de estas clases dan su apoyo, a veces, a distintos partidos conservadores, que compiten entre sí; pero no tienden, que digamos, a dar su apoyo a partidos anticonservadores. De he-

[70] R. Aron, *Sociologie des sociétés industrielles. Esquisse d'une théorie des régimes Politiques*, 1958, p. 81.

[71] En un libro reciente sobre la Alemania federal, el profesor Dahrendorf, como el profesor Aron en el caso de Francia, insiste vigorosamente en la carencia de cohesión ideológica y política de las élites alemanas, pero después hace mención del acuerdo concertado entre las élites para alterar lo menos posible las estructuras actuales" R. Dahrendorf, *Society and Democracy in Germany*, 1968, p. 275. No es una mala base, pensamos para levantar una cohesión. "Quienes se encuentran en la cúspide de la sociedad alemana", afirma también, "son esencialmente extraños unos para con otros" (p. 271). Pero estos "extraños" cuentan con un medio excelente de reconocimiento, a saber su común deseo de "alterar lo menos posible" las estructuras actuales.

cho, las clases dominantes han cumplido hasta ahora, mucho más que el proletariado, la condición puesta por Marx para la existencia de una "clase para sí misma", a saber, que tenga conciencia de sus intereses de clase: los ricos han tenido siempre mucho más "conciencia de clase" que los pobres. Esto no quiere decir que hayan sabido siempre cuál era la mejor manera de salvaguardar sus intereses —las clases, como los individuos, cometen errores— aunque su historial, bajo este punto de vista, al menos en los países capitalistas avanzados, no es especialmente malo. Pero tampoco esto cambia la validez de la afirmación que, más allá de todas sus diferencias y desacuerdos, los ricos y los propietarios han estado siempre fundamentalmente unidos, para sorpresa de nadie, en defensa del orden social que les otorgaba sus privilegios. Como ha dicho el profesor Kolko, refiriéndose a los Estados Unidos:

> ...el hecho capital en la historia norteamericana del mundo de los negocios es el del consenso que existe entre sus representativos, con diversos grados de importancia y en diferentes actividades, de que el sistema capitalista tiene que ser mantenido de una u otra manera; esto ha dado como resultado una actitud general que no se ha opuesto necesariamente a la innovación decisiva en la esfera económica, pero sí a los programas económicos radicales que, en el proceso de modificar la concentración del poder económico, podían también minar la estabilidad o la existencia misma del *status quo*.[72]

No existe, añado, la menor prueba para pensar que los hombres que forman las gerencias en la sociedad capitalista se hayan apartado, ni por un momento, de este acuerdo fundamental acerca de la necesidad de preservar y fortalecer la propiedad y el control privados de la mayor parte posible de los recursos de la sociedad y, como señalamos anteriormente, acerca de la necesidad de elevar al punto más alto posible las ganancias que se desprenden de esa propiedad y de ese control.

No obstante, se puede reconocer fácilmente que existe una pluralidad de élites económicas en las sociedades capitalistas avanzadas; y que no obstante las tendencias integradoras del capitalismo avanzado, esas élites constituyen agrupamientos e intereses distintos, cuya competencia afecta grandemente al proceso político. Sin embargo, este "pluralismo de las élites" no estorba que las diversas élites de la sociedad capitalista constituyan una clase económica dominante, que posee un grado elevado de cohesión y solidaridad así como intereses y objetivos comunes que trascienden, sobradamente, sus diferencias y desacuerdos particulares.

En el contexto de este estudio, la cuestión más importante de todas las planteadas por la existencia de esta clase dominante

[72] Kolko, *The Triumph of Conservatism*, p. 12.

es la de saber si constituye también una "clase imperante o gobernante". No se trata de averiguar si esta clase está dotada de una medida *considerable* de poder y de influencia políticas. Nadie puede negar que la tiene: al menos, no podemos tomar en serio a nadie que quiera negarlo. La cuestión es totalmente distinta, a saber, la de si esta clase dominante ejerce también un grado mucho mayor de poder y de influencia que cualquiera otra clase; si ejerce un grado *decisivo* de poder político; si su propiedad y su control de campos fundamentales de la vida económica asegura también su control de los medios de la toma de decisiones políticas en el particular ambiente político de un capitalismo avanzado. Esto nos lleva de nuevo a la averiguación de la naturaleza y el papel del Estado en estas sociedades.

3

EL SISTEMA DEL ESTADO Y LA ÉLITE DEL ESTADO

I

Hay un problema preliminar acerca del Estado al que rara vez se le presta atención, y sin embargo tiene que ser considerado para enfocar con propiedad, el examen de su naturaleza y del papel que desempeña: esto es que "el Estado" no es una cosa, no existe como tal. El término "estado" designa a cierto número de instituciones particulares que, en su conjunto, constituyen su realidad y ejercen influencia unas en otras en calidad de partes de aquéllo a lo que podemos llamar sistema del Estado.

Y no es esta una cuestión puramente académica. Pues el tratar a una parte del Estado —comúnmente, el gobierno— como si fuese el Estado mismo introduce un importante factor de confusión en el examen de la naturaleza y la incidencia del *poder* estatal que puede tener grandes consecuencias políticas. Así, por ejemplo, si se cree que el gobierno es, en efecto, el Estado, también se puede creer que el asumir el poder gubernamental equivale a adquirir el poder estatal. Tal creencia, fundada, como lo hace, en amplios supuestos acerca de la naturaleza del poder estatal, nos expone a grandes riesgos y desencantos. Para comprender la naturaleza del poder estatal, es necesario, ante todo, distinguir, y después poner en relación recíproca, los diversos elementos que constituyen el sistema estatal.

Nada tiene de sorprendente que a menudo gobierno y Estado nos parezcan sinónimos. Pues el gobierno es el que habla en nombre del Estado. Al Estado se refería Weber cuando dijo, en frase famosa, que, para ser, tiene que "arrogarse con éxito el monopolio del uso legítimo de la fuerza física en un determinado territorio". Pero "el Estado" no puede arrogarse nada: sólo puede hacerlo el gobierno del momento, o sus agentes en los que haya delegado debidamente su poder. Se ha dicho, a menudo, que los hombres no prestan acatamiento al gobierno del momento, sino al Estado. Pero el Estado, desde este punto de vista, es una entidad nebulosa, y aunque los hombres tal vez decidan prestarle su acatamiento, es al gobierno al que se les exige que den obediencia. Un desacatamiento de sus órdenes es un desacato contra el Estado, en cuyo nombre sólo el gobierno puede hablar y de cuyas acciones, en última instancia, tiene que asumir la responsabilidad.

Sin embargo, esto no quiere decir que el gobierno sea fuerte necesariamente, tanto en relación con los demás elementos del sistema del Estado como con las fuerzas existentes fuera del mismo. Por el contrario, puede ser muy débil y constituir una simple fachada de alguno o algunos de esos demás elementos y fuerzas. En otras palabras, que el gobierno hable en nombre del Estado y esté formalmente *investido* del poder estatal no significa que *controle* efectivamente este poder. Una de las cuestiones que es preciso ventilar es ver hasta qué punto los gobiernos ejercen efectivamente el control.

El segundo elemento del sistema estatal, al que debemos dedicar nuestra investigación, es el administrativo, que hoy se extiende mucho más allá de la tradicional burocracia estatal y abarca una gran variedad de instituciones y organismos, a menudo, relacionados con algunos departamentos ministeriales, o disfrutan de un menor o mayor grado de autonomía —empresas públicas, bancos centrales, comisiones reguladoras, etc.— y se ocupan de la dirección de las actividades económicas, sociales, culturales y de otra índole en donde el Estado actual participa directa o indirectamente. El crecimiento extraordinario de este elemento administrativo y burocrático en todas las sociedades, sin exceptuar a las capitalistas avanzadas, es uno de los rasgos más conspicuos de la vida contemporánea; y la relación de sus miembros más destacados con el gobierno y la sociedad posee, también, una importancia capital para la determinación del papel que desempeña el Estado.

Formalmente, el mundo oficial está al servicio del ejecutivo político, y es su dócil instrumento y herramienta de su voluntad. Pero de hecho, no es tal. En todas partes, inevitablemente, la actividad administrativa es parte también de la actividad política; la administración es siempre tanto política como ejecutiva, al menos en los niveles en que viene al caso actuar políticamente, es decir, en las capas superiores de la vida administrativa. Esto no se debe, por fuerza, porque los administradores así lo deseen. Por el contrario, muchos de ellos desearían hacer a un lado totalmente la "política" y dejar que los políticos se encargasen de los "políticos", o, si no, "despolitizar" las cuestiones debatidas. En cierta ocasión, Karl Mannheim señaló que "la tendencia fundamental de todo pensamiento burocrático es la de trocar todos los problemas políticos en problemas de administración".[1] Esto, en su mayor parte, significa tan sólo que las consideraciones, las actitudes y los supuestos políticos están incluidos, conscientemente o no, en los "problemas de administración" y afectan, en compensación, a la naturaleza del consejo y la acción administrativos. Los funcionarios y los administra-

[1] K. Mannheim, *Ideology and Utopia*, 1952, p. 105.

dores no pueden despojarse, totalmente, de todo ropaje ideológico al expresar las recomendaciones que ofrecen a sus amos políticos, o al tomar las decisiones independientes que pueden decidir. El poder que los servidores públicos de mayor rango y otros administradores del Estado poseen varía, sin duda, en los diversos países, en los distintos departamentos y en cada individuo. Pero, en ninguna parte dejan estos hombres de contribuir, directa y apreciablemente, al ejercicio del poder estatal. Si el régimen es débil, hay rápidos cambios ministeriales y no existe la posibilidad de una dirección ministerial sostenida, como ocurrió en Francia durante la Cuarta República, los burócratas llenarán el vacío y desempeñarán un papel, frecuentemente, dominante en la toma de decisiones. Pero, aun donde el ejecutivo político es fuerte y estable, los altos servidores públicos pueden desempeñar un papel importante en algunas esferas fundamentales de la política al ofrecer recomendaciones, que a los gobiernos les resulta, muy a menudo, difícil desoír, por alguna razón. Por mucho que se discuta acerca del carácter y el grado del poder burocrático en estas sociedades, en la gama de posibilidades no puede figurar la idea de que los servidores públicos de más alta categoría pueden reducirse al desempeño del papel de simples instrumentos de la política. Como ha observado el profesor Meynaud, "el establecimiento de una separación absoluta entre los sectores político y administrativo jamás ha sido mayor cosa que una simple ficción jurídica, cuyas consecuencias ideológicas no son menospreciables".[2]

Algunas de estas consideraciones son válidas para todos los demás elementos del sistema estatal. Son válidas, por ejemplo, respecto de un tercer elemento, a saber el militar, al cual, para nuestro propósito, se le pueden añadir las fuerzas para-militares, de seguridad y policíacas del Estado, que en conjunto, constituyen su rama que se ocupa principalmente de la "administración de la violencia".

En la mayoría de los países capitalistas, este aparato de coerción constituye una institución vasta, extendida y dotada de abundantes recursos, cuyos dirigentes profesionales son hombres de encumbrada posición y gran influencia, tanto dentro del sistema del Estado como en la sociedad. En ninguna otra parte del mundo, la inflación del instituto armado ha sido más notable desde la segunda guerra mundial que en los Estados Unidos, país en donde, anteriormente, el civilismo había imperado indiscutiblemente.[3] Una inflación muy semejante se ha producido, también, en las fuerzas de "seguridad interna", y no sólo en los Estados Unidos; probablemente nunca antes, en ningún país ca-

[2] Meynaud, *La Technocratie*, p. 68.

[3] Véase Mills, *The Power Elite*, capítulo 8. [trad. esp. *La élite del poder*, FCE, México.]

pitalista, con excepción de la Italia fascista y la Alemania nazi, un número tan grande de personas encuentra ocupación en la policía y en cumplimiento de tareas represivas de diversas clases.

Cualquiera que pueda ser el caso en la práctica, la posición constitucional formal de los elementos administrativo y coercitivo es prestar servicio al Estado al rendir servicios al gobierno del momento. En cambio, no es de ninguna manera obligación constitucional formal de los jueces, al menos en los sistemas políticos de tipo occidental, cumplir los objetivos de sus gobiernos. Son, constitucionalmente, independientes del ejecutivo político y están protegidos contra él mediante la perpetuidad de su cargo y otras garantías. Por cierto que el concepto de independencia judicial encierra, por fuerza, no sólo la exención de los jueces de responsabilidad ante el ejecutivo político, sino también su obligación activa de proteger al ciudadano *en contra* del ejecutivo político o de sus agentes, y actuar, en los choques del Estado con miembros de la sociedad, como defensores de los derechos y las libertades de estos últimos. Como veremos, esto puede significar muchas cosas diferentes. Pero, en todo caso, el judicial es una parte integrante del sistema estatal, que afecta, a menudo profundamente, al ejercicio del poder estatal.

Y también lo hace, en grado más o menos grande, un quinto elemento del sistema estatal, a saber, las diversas unidades del gobierno subcentral. En uno de sus aspectos, el gobierno subcentral constituye una prolongación del gobierno y de la administración centrales, y son las antenas o tentáculos de estos últimos. En algunos sistemas políticos, por cierto, carecen, de hecho, de otra función. En los países de capitalismo avanzado, por otra parte, el gobierno subcentral es poco más que un recurso administrativo. Además de ser agentes del Estado, estas unidades del gobierno han cumplido también, tradicionalmente, otra función. No sólo han sido los canales de la comunicación y la administración desde el centro hasta la periferia, sino han sido también la voz de la periferia, o de algunos intereses particulares existentes en la periferia; han sido un medio para la superación de particularidades locales, pero también voceros para su expresión, instrumentos del control central y obstáculos opuestos al mismo. A pesar de toda la centralización del poder, rasgo capital del gobierno en estos países, los órganos subcentrales de gobierno, sobre todo en sistemas generales, como el de los Estados Unidos, han seguido siendo estructuras de poder por derecho propio, y, por consiguiente, capaces de afectar, marcadamente, las vidas de las poblaciones que han gobernado.

Lo mismo puede decirse acerca de las asambleas representativas del capitalismo avanzado. Como nunca antes, su vida gira en torno al gobierno; incluso donde, como ocurre en los Estados Unidos, son órganos formalmente independientes del poder cons-

titucional y político, su relación con el ejecutivo político no puede tener, exclusivamente, un carácter crítico y obstaculizador. Media, entre ellos, una relación de conflicto y cooperación.

Tampoco es cosa de división entre un lado pro-gobiernista y un lado anti-gobiernista. *Ambos* lados reflejan esta dualidad. Pues los partidos de la oposición no pueden negar totalmente su cooperación. Con sólo tomar parte en el trabajo de la legislatura, ayudan al cumplimiento de las actividades del gobierno. Es éste uno de los problemas principales de los partidos revolucionarios. Al ingresar en los organismos parlamentarios existentes, se ven obligados, por más que les pese, a ejecutar en ellos un trabajo que no puede ser puramente obstruccionista. Tienen que apreciar cuál es el precio que están dispuestos a pagar. Pero al ingresar en la arena parlamentaria, necesitan hacer posible, por lo menos, un determinado juego político y jugarlo conforme a reglas que no han sido elegidas por ellos mismos.

En lo que respecta a los partidos del gobierno, rara vez, o nunca prestan apoyo incondicional y unánime al ejecutivo político y están totalmente sometidos al mismo. Figuran, en ellos, personas a las que, en virtud de su posición e influencias, hay que persuadir, engatusar, amenazar o comprar.

A través del cumplimiento constitucionalmente sancionado de esta función cooperativa y crítica, participan las asambleas legislativas en el ejercicio del poder estatal. Esa participación es un poco menos amplia y de menor altura que la que a menudo pretenden realizar sus organismos. Pero, como aclararemos más adelante, no es, ni siquiera en una época de dominio ejecutivo, una participación carente de importancia.

Estas instituciones —el gobierno, la administración, el instituto armado y la policía, el poder judicial, el gobierno subcentral y las asambleas parlamentarias— son las que constituyen "el Estado" y cuyas relaciones recíprocas dan forma al sistema estatal. En estas instituciones descansa el "poder del Estado" y a través de ellas se esgrime, en sus diferentes manifestaciones, por las personas que ocupan las posiciones más destacadas en cada una de las instituciones: presidentes, primeros ministros y demás miembros del gabinete; altos servidores públicos y demás administradores del Estado; altos jefes militares; jueces de las cortes supremas; algunos, por lo menos, de los más destacados miembros de las asambleas parlamentarias; aunque, a menudo, sean estos los mismos hombres que los miembros de mayor antigüedad y rango del ejecutivo político; y, muy atrás, sobre todo en los estados unitarios, los dirigentes políticos y administrativos de las unidades subcentrales del Estado. Éstas son las personas que constituyen lo que podemos calificar de élite del Estado.

Por supuesto, sistema estatal no es sinónimo de sistema polí-

tico. En este último, por ejemplo, figuran muchas instituciones, partidos y grupos de presión, que tienen importancia capital en la actividad política y afectan vitalmente a las operaciones del sistema estatal. Tampoco de muchas otras instituciones que no son, de ninguna manera, políticas; por ejemplo, las gigantescas sociedades industriales o comerciales, las iglesias, los grandes medios de comunicación y publicidad etc. Evidentemente, los hombres que están a la cabeza de estas instituciones pueden ejercer tal poder e influencia considerables que deben integrarse en el análisis del poder político en las sociedades capitalistas avanzadas.

No obstante, aunque hay muchos hombres con poder fuera del sistema estatal, que afecta al Estado grandemente, no son ellos los depositarios reales del poder estatal, y para analizar el papel desempeñado por el Estado en estas sociedades, es necesario estudiar a la élite estatal, que esgrime el poder del Estado como entidad distinta y aparte.

Es necesario hacerlo especialmente al analizar la relación del Estado con la clase económicamente dominante. Pues el primer paso del análisis consiste en señalar que esta clase mantiene, obvia y fundamentalmente, una *relación* con el Estado que no podemos *suponer*, en las condiciones políticas características del capitalismo avanzado, como la del director con el agente. Quizás encontremos que la relación sea muy íntima, en verdad, que los detentadores del poder estatal, por muchas y diversas razones, sean los agentes del poder económico privado, y que quienes esgrimen ese poder constituyan, por tanto, y sin ampliar exageradamente el significado de los términos, una auténtica "clase imperante". Pero esto es, sencillamente, lo que se tiene que *determinar*.

II

En 1902, Karl Kautsky observó que "la clase capitalista impera, pero no gobierna", aunque añadió inmediatamente: "se contenta con regir al gobierno".[4] Ésta es la proposición que debemos analizar. Pero es evidentemente cierto que la clase capitalista, como clase, no "gobierna" realmente. Debemos remontarnos a casos aislados de la antigua historia del capitalismo, como el de los patriciados comerciales de ciudades como Venecia y Lübeck, para descubrir un gobierno directo y soberano de hombres de negocios.[5] Aparte de estos casos, la clase capitalista, por lo general, se ha enfrentado al Estado como entidad aparte; incluso, en los días de su elevación al poder, como un elemento

[4] K. Kautsky, *The Social Revolution*, 1903, p. 13.

[5] Véase, por ejemplo, O. C. Cox, *The Foundations of Capitalism*, 1959.

extraño y a menudo hostil, sometido a menudo al control y la influencia de una clase establecida y terrateniente, cuya presa sobre el Estado tuvo que aflojarse mediante una revolución, como en Francia, o por erosión, como en Inglaterra en el siglo XIX[6] proceso de erosión enormemente facilitado, en el caso de Inglaterra, por los cambios constitucionales y políticos llevados a cabo por la violencia en el siglo XVII.[7]

Ni tampoco ha sido el caso, ni siquiera en la época del capitalismo avanzado, que los hombres de negocios hayan tomado en sus manos el papel principal en el gobierno. Por otra parte, han estado, generalmente, bien representados en el ejecutivo político y también en las demás partes del sistema estatal; esto ha sido especialmente cierto en la historia reciente del capitalismo avanzado.

Este ingreso de los hombres de negocios en el sistema estatal, ha sido frecuentemente muy subestimado. Max Weber, por ejemplo, creía que los industriales carecían del tiempo y cualidades particulares necesitadas para la vida política;[8] y Schumpeter dijo del industrial y del comerciante "que carecen, sin duda, del menor rasgo de atractivo místico, lo cual es importante para dirigir a los hombres. La bolsa de valores es un triste sustituto del Santo Grial... Un genio en la oficina de negocios puede ser, y a menudo es, totalmente incapaz, fuera de la misma, de espantar a una gallina, tanto en el gabinete como en el entarimado de discursos. Sabiéndolo, desea que se le deje en paz y no meterse para nada en política".[9] Menos dramáticamente, pero con el mismo carácter definitivo, Raymond Aron, más recientemente, ha dicho de los hombres de negocios que "no han gobernado ni a Alemania, ni a Francia, ni siquiera a Inglaterra. Indudablemente han desempeñado un papel decisivo en la administración de los medios de producción y en la vida social. Pero su característica, como clase social dominante, es que, en la mayoría de los países, no han deseado desempeñar funciones políticas por sí mismos.[10]

Los mismos hombres de negocios, a menudo, han pretendido subrayar su alejamiento, incluso su desagrado, de la "política", y también, formarse un concepto poco halagador de los políticos, por considerarlos como hombres que, para decirlo con frase consagrada, nunca han tenido que enfrentarse a una nómina de pagos y, por consiguiente, saben muy poco acerca del mundo *real*; no obstante pretenden intervenir en los asuntos de los hombres prácticos y de mente sólida a quienes incumbe encontrar

[6] Véase, por ejemplo, J. D. Kingsley, *Representative Bureaucracy*, 1944.
[7] Acerca de esto véase por ejemplo, Barrigton Moore Jr, *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, capítulo I.
[8] R. Bendix, *Max Weber; An Intellectual Portrait*, 1960, p. 436.
[9] J. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, 1950, pp. 137-8.
[10] R. Aron, *La lutte des classes*, 1964, p. 280.

con qué pagar una nómina, y, por consiguiente, saben lo que es el mundo. Esto significa que los hombres de negocios, en calidad de administradores, desean "despolitizar" cuestiones muy contenciosas y conseguir que se juzguen estas cuestiones conforme a criterios que plazcan al mundo de los negocios. Esto podrá parecer como eludir la política y la ideología: de hecho representan su introducción clandestina en los asuntos públicos.

En todo caso, que los hombres de negocios se sientan distantes de los asuntos políticos, de manera directa y personal, exagera grandemente su renuencia a buscar el poder político; e igualmente subestima la frecuencia con que tal búsqueda ha sido coronada por el éxito.

En los Estados Unidos, los hombres de negocios, en efecto, constituyeron el grupo ocupacional que más individuos colocó en los gabinetes desde 1889 hasta 1949; del número total de miembros del gabinete, durante el intervalo comprendido entre estas fechas, más del 60 % fueron hombres de negocios de diversas clases y señales.[11] Y la membrecía de hombres de negocios en los gabinetes norteamericanos no fue menos notable en los años del gobierno de Eisenhower, desde 1953 hasta 1961.[12] En lo que respecta a los miembros de los gabinetes ingleses, entre 1886 y 1950, cerca de un tercio fueron hombres de negocios, sin exceptuar a los tres primeros ministros, Bonar Law, Baldwin y Chamberlain.[13] Así también, los hombres de negocios no estuvieron mal representados, de ninguna manera, en los gabinetes conservadores que ejercieron el poder entre 1951 y 1964. Y aunque los hombres de negocios, a este respecto, no han hecho tan buen papel en otros países capitalistas avanzados, en ninguno su representación ha sido de poca monta.

Pero el gobierno mismo no es, de ninguna manera, la única parte del sistema estatal en donde los hombres de negocios han tenido ingerencia inmediata. En verdad, uno de los rasgos más notables del capitalismo avanzado es, precisamente, el que podríamos describir, sin exageración mayor, calificándolo de creciente colonización de los estratos superiores de la parte administrativa de ese sistema.

La intervención estatal ha tenido mayores alcances y adquirido formas institucionales más complejas en Francia que en cualquier otro país del mundo capitalista.[14] Pero tanto en la

[11] H. D. Lasswell, y otros, *The Comparative Study of Elites*, 1952, p. 30.

[12] Véase, por ejemplo, Mills, *The Power Elite*, pp. 232 *ss*. [Trad. esp. *La élite del poder*, FCE, México.]

[13] Lasswell, y otros, *The Comparative Study of Elites*, p. 30. Véase también Guttsman, *The British Political Elite*, pp. 92 *ss*.

[14] Aun aquí, sin embargo, a la noción de "planificación" no se debería atribuir un significado demasiado positivo; véase, por ejemplo, J. Sheahan, *Promotion and Control of Industry in Post-War France*, 1963, el cual observa que "a lo largo de la década de 1950, la técnica francesa de planificación

elaboración de los Planes franceses como en su ejecución, los hombres que pertenecen al mundo de los negocios, sobre todo de los grandes negocios, han disfrutado de una notable y casi aplastante preponderancia sobre cualquier otro grupo ocupacional o "sectorial". Como ha señalado el señor Schonfield: "en cierta manera, el desarrollo de la planeación francesa, en la década de 1950, puede interpretarse como un acto de colusión voluntaria entre los principales servidores públicos y los gerentes principales de los grandes negocios. Se hizo a un lado, en gran medida, a los políticos y a los representantes de los trabajadores organizados".[15]

Una preponderancia muy semejante del mundo de los negocios sobre los demás grupos económicos se descubre también en las instituciones financieras y crediticias del Estado,[16] y en el sector nacionalizado.[17] Se ha pensado frecuentemente que la creación de ese sector extrajo otro importante sector de la actividad económica al control y a la influencia capitalistas. Pero aparte de todas las demás fuerzas que impiden que un sector nacionalizado subsidiario se administre como no sea ortodoxamente, existe también el que los hombres de negocios se han apartado un lugar extremamente favorable para sí mismos en los órganos directores de ese sector; o más bien, que los gobiernos, independientemente de su coloración política, los han invitado a desempeñar el papel capital en la administración del control del sector público.[18] En comparación con ellos, los representantes de los trabajadores han hecho figura de parientes muy pobres, es necesario añadir, no porque el ingreso de un gran número de dirigentes sindicales "seguros" lograría modificar mayor cosa la orientación de instituciones que son, en efecto, parte integrante del sistema capitalista.

Es evidentemente falsa la noción de que los hombres de negocios no participan directamente en el gobierno y la administración

utilizó un benigno sistema de favores diferenciales para obtener la cooperación, pero no impuso castigos directos a quienes se negaron a cooperar" (p. 181); el mismo autor describe a los "planificadores" franceses diciendo que eran un "grupo de personas inteligentes y bien intencionadas que se esforzaron por aclarar, al gobierno y a los círculos de negocios, las opciones que se les presentaban" (p. 181).

15 Schonfield, *Modern Capitalism*, p. 128.

16 En el caso de Inglaterra véase, por ejemplo, S. Wilson y T. Lupton, "The Social Background and Connections of 'Top Decision-Makers' ", en *The Manchester School of Economic and Social Studies*, vol. 27, 1959.

17 Véase, por ejemplo, *Universities and Left Review*, *The Insiders* (s. f.); C. Jenkins, *Power at the Top*, 1959; y J. Hughes, *Nationalised Industries in the Mixed Economy*, 1960.

18 Un típico ejemplo reciente es la designación por el gobierno de Wilson de un destacado hombre de negocios, sin relaciones laboristas, para encabezar la Steel Corporation recientemente nacionalizada (o, mejor dicho, renacionalizada).

(y tampoco en las asambleas parlamentarias).[19] Participan, y más estrechamente aún a medida que el Estado se va interesando más intensamente en la vida económica; dondequiera que el Estado "interviene", encontramos a los hombres de negocios, en una posición excepcionalmente fuerte, en comparación con otros grupos económicos, para influir (e inclusive determinar) en la naturaleza de esa intervención.

Es fácil conceder que los hombres de negocios que ingresan en el sistema estatal, en calidad de lo que sea, tal vez no se consideran representantes del mundo de los negocios en general, o inclusive menos aún de sus propias industrias o empresas en particular.[20] Pero aun cuando la *voluntad* de pensar en términos "nacionales" pueda ser fuerte, no es probable que los hombres de negocios metidos en el gobierno y en la administración descubran mayor mérito en políticas que parecen contrariar a los intereses del mundo de los negocios, y mucho menos que se conviertan en abogados de tales políticas, puesto que, casi por definición, lo más probable es que crean que tales políticas son contrarias al "interés nacional". Es mucho más fácil para los hombres de negocios, cuando así se les exige, desprenderse de sus acciones y participaciones como una suerte de *rite de passage* al servicio del gobierno, que deshacerse de una determinada concepción del mundo y del lugar que ocupan las empresas en él.

No obstante la considerable participación de los hombres de negocios en los asuntos del Estado, es verdad que nunca han constituido y no constituyen hoy más que una minoría relativamente pequeña de la élite estatal en su conjunto. En este sentido, las élites económicas de los países capitalistas avanzados no son, propiamente hablando, una clase "gobernante", equiparable a las clases aristocráticas y latifundistas de la era preindustrial. En algunos casos, estas últimas casi pudieron prescindir de una maquinaria estatal clara, distinta y plenamente articulada y fueron ellas mismas, prácticamente, el Estado.[21] Las élites eco-

[19] Véase más adelante, p. 66.

[20] Obsérvese, sin embargo, la conclusión a la que llegó un comité de investigación del Senado de que, en la segunda Guerra Mundial, "los hombres que 'ganaban un dólar al año' (como se les llamaba entonces) eran 'personas que tenían cuentas pendientes' y 'cabilderos' ". D. C. Blaisdell, *American Democracy under Pressure*, 1950, p. 190.

[21] Así, por ejemplo, el profesor Habbakuk dice de Inglaterra de 1918 que "los terratenientes ingleses eran la clase gobernante del país. Los ministros provenían, comúnmente, de las grandes familias y aunque a los requisitos de propiedad impuestos por la Ley de 1711 se les podía dar la espalda fácilmente, los procesos sociales y políticos normales determinaban que la mayoría de los representantes ante la Cámara de los Comunes proviniesen de familias de terratenientes. De igual manera, el gobierno local estaba en manos, no de la burocracia, sino de los jueces de paz, que por

nómicas capitalistas no han alcanzado tal posición y no podrían alcanzarla nunca dada la naturaleza de la sociedad capitalista.

Sin embargo, la importancia de esta distancia relativa entre los hombres de negocios y el sistema estatal queda marcadamente reducida por la composición social de la élite estatal propiamente dicha. Pues los hombres de negocios, en términos económicos y sociales, pertenecen a las clases superior y media y de estas clases también se sacan predominante, por no decir aplastantemente, a los miembros de la élite estatal. La pauta es monótonamente semejante en todos los países capitalistas y vale no sólo para las élites administrativa, judicial y militar, aisladas del sufragio universal y de la competencia política, sino también para las élites política y electiva, que no lo están. En todas partes, y en todos sus elementos, el sistema estatal ha conservado, socialmente hablando, un marcadísimo carácter de clase superior y media, que tiene un elemento aristocrático lentamente decreciente en un extremo, y un elemento lentamente creciente de clase obrera y clase media inferior, en el otro. El campo de reclutamiento es mucho más estrecho de lo que se ha solido decir. Como observa el profesor Dahrendorf, "la 'clase media' que constituye el principal campo de reclutamiento de la élite del poder de la mayoría de los países europeos, en la actualidad, está constituida, a menudo, por el 5 % superior de la jerarquía ocupacional en prestigio, ingreso e influencia".[22]

Una de las razones principales de este predominio burgués en las instituciones del sistema estatal cuyos miembros se eligen por nombramiento se ha comentado al hablar de las jerarquías económicas y sociales de fuera del sistema, a saber, que los hijos de padres de las clases superior y media cuentan con oportunidades de acceso enormemente mejores que otros niños, a la clase de educación y entrenamiento necesarios para alcanzar posiciones de élite en el sistema estatal. Oportunidades muy desiguales en materia de educación se reflejan también en el reclutamiento para el servicio del Estado, pues las "calificaciones" que sólo se pueden obtener en instituciones de enseñanza superior constituyen un *sine qua non* para el ingreso a tal servicio.

Así en Francia, por ejemplo, el medio de ingreso principal a los cargos administrativos superiores es la École Nationale d'Administration (ENA). Pero el profesor Meynaud señala que, en

lo general eran terratenientes. El impuesto sobre tierras era administrado por la misma clase e incluso en los departamentos con personal profesional, los cargos más importantes y honrosos recaían comúnmente en familias de terratenientes". H. J. Habbakuk, "England", en A. Goodwin (comp.), *The European Nobility in the 18th Century*, 1953, pp. 11-12. Hay que señalar también que las familias de los terratenientes predominaban en el ejército, en la armada y en la Iglesia.

[22] Dahrendorf, *Recent Changes in the Class Structure of European Societies*, p. 238.

el año de 1962, cincuenta y seis de cada setenta y un estudiantes universitarios, que pasaron con éxito los exámenes de admisión para dicha escuela, pertenecían, por su origen social, a "la mejor sociedad"; y que de veintiún aspirantes exitosos, del mismo servicio civil, diez pertenecieron a esa sociedad. De los estudiantes universitarios que se presentaron, no hubo uno sólo cuyos padres fuesen obreros o campesinos. "En conjunto —comenta Meynaud— la selección social para los altos cargos públicos es completamente desigual. En otras palabras, a pesar de la reforma de 1945, la democratización sigue siendo muy limitada."[23] Lo mismo puede decirse del instituto armado francés[24] y del poder judicial francés.[25]

Por supuesto, no es que Francia sea notablemente más "indemocrática" a este respecto que otros países capitalistas. Así, por ejemplo, la mayor parte de los altos servidores públicos ingleses han seguido proviniendo, en grado notable, de un sector estrechamente restringido de la población, en gran parte educado en las escuelas particulares y en Oxford y Cambridge;[26] y la misma predisposición notable en favor de las clases superior y media sigue siendo evidente en los escalones superiores del ejército inglés[27] y del poder judicial.[28] Un panorama apreciablemente diferente no lo hay en los Estados Unidos, en donde la clase de desigualdad de oportunidad educativa, mencionada en el últi-

[23] Meynaud, *La technocratie*, p. 51. Otro autor nos dice que en los años de 1952-8, alrededor del 60 % de los 547 aspirantes admitidos en la ENA a "los mejores a la vez que minoría y más elevados en la jerarquía social, funcionarios de categoría A1 y 2, cuadros y jefes de empresas". A. Girard, *La réussite sociale en France*, 1961, p. 308. Véase también F. Bon y M. A. Burnier, *Les nouveaux intellectuels*, 1966; T. B. Bottomore, "Higher Civil Servants in France", en *Transactions of the Second World Congress of Sociology*, 1953; y P. Lalumière, *L'inspection des finances*, 1959.

[24] Véase, opr ejemplo, R. Girardet, *La crise militaire française*, 1945-1962, 1964, pp. 39-46. Otro autor señala, sin embargo, que "en relación a los orígenes sociales, el centro de gravedad de los oficiales del ejército en su conjunto, conforme a una pauta característica de un período de escaso prestigio militar, probablemente había descendido hacia la clase media inferior hacia fines de la década de 1950. Sin embargo, en los grados superiores la burguesía media y superior, y, en menor grado, la nobleza, estaban aún representadas, aunque en decadencia". J. S. Ambler, *The French Army in Politics 1945-1962*, p. 134.

[25] Véase, por ejemplo, Girard, *La réussite sociale en France*, p. 336.

[26] Véase, por ejemplo, R. K. Kelsall, *The Higher Civil Servants in Britain*, 1955; Wilson y Lupton, "Top Decision Makers", en *The Manchester School of Economics and Social Studies*, vol. 27, 1959; y "Recruitment to the Civil Service", 6th Report of the Committee on Estimates H. C., 308, 1964-5.

[27] Véase, por ejemplo, J. Harvey, y K. Hood, *The British State*, 1958, pp. 112 *ss.*

[28] No menos del 76 % de los jueces, en 1956, se habían educado en escuelas particulares. Glennerster y Pryke, *The Public Schools*, p. 17. Véase también "Well-Bred Law", en *The Sunday Times*, 18 de agosto de 1963.

mo capítulo, ha contribuido también a reducir el campo de reclutamiento para el servicio del Estado. Como señala el profesor Matthews:

Los hombres que toman decisiones políticas en los Estados Unidos[29] *de los que se tiene información* son, con muy pocas excepciones, hijos de profesionistas, propietarios, funcionarios, y de agricultores acomodados. Una muy pequeña minoría estuvo constituida por hijos de jornaleros, obreros pobremente pagados, trabajadores agrícolas o aparceros pobres... La estrecha base de la cual se saca a quienes toman decisiones políticas es clara.[30]

En el caso del instituto armado norteamericano, se ha señalado también que

...en términos generales, los oficiales superiores del ejército y de la marina han sido hombres de la clase superior media más que de la verdaderamente superior o decididamente inferior. Sólo un muy pequeño porcentaje de los mismos son de origen obrero.[31]

Y en lo que respecta a los jueces de la Suprema Corte, se ha señalado que

...a lo largo de la historia norteamericana ha existido una vigorosísima tendencia a que los presidentes elijan a los futuros jueces de la Suprema Corte de entre las familias socialmente privilegiadas... En la historia antigua de la Suprema Corte, solieron provenir de la clase aristocrática latifundista, pero más tarde tendieron a provenir de la clase profesional superior media.[32]

La misma clase de preponderancia de las clases superior y media se encuentra de nuevo en la Alemania federal:

...aunque menos del 1 % de la población actual de la República federal (señala un autor) lleva un "von" en el apellido familiar, los

[29] "Por tomadores de decisiones políticas" hay que entender "funcionarios públicos de alto nivel".

[30] D. R. Matthews, *The Social Background of Political Decision-Makers*, 1954, pp. 23-4 (las cursivas están en el texto).

[31] Mills, *The Power Elite*, p. 192. (Trad. esp. *La élite del poder*, FCE, México.) El profesor Janowitz señala, también, que "los altos jefes militares norteamericanos han provenido, tradicionalmente, de las capas más privilegiadas". M. Janowitz, *The Professional Soldier*, 1960, p. 69. Añade que, "sin embargo, tendencias recientes observadas en su extracción social proporcionan abundante confirmación de la decadencia de los orígenes sociales relativamente elevados de los militares, y su transformación en un grupo socialmente más heterogéneo" (p. 89). Pero este "grupo socialmente más heterogéneo" todavía exhibe a hombres nacidos en las clases "de los negociantes, los profesionistas y los gerentes" en un número aplastantemente superior al de los nacidos en las clases trabajadoras y de "cuello blanco" (véase *ibidem*, cuadro 14, p. 91).

[32] J. R. Schmidhauser, "The Justices of the Supreme Court — A Collective Portrait", en *Midwest Journal of Political Science*, 1959, vol. 3, p. 45.

portadores de títulos aristocráticos tal vez han aumentado numéricamente en las filas de los principales funcionarios públicos. Los altos funcionarios públicos procedentes de familias de la clase obrera brillan tanto, por su ausencia, como siempre.[33]

De manera semejante, el profesor Dahrendorf observa que:

...a pesar del quebrantamiento del antiguo monopolio y de la consiguiente reducción de la importancia de la nobleza, los grupos de la élite alemana, desde 1918 hasta la actualidad (sin exceptuar a la élite del Estado), se han reclutado en una forma desproporcionadamente grande de entre los grupos medio y superior de la clase de los servidores y de la clase media, así como de sus propios predecesores en posiciones de élite.[34]

Más o menos lo mismo se ha dicho de Suecia [35] y del Japón.[36]

Aunque la desigualdad de oportunidades educativas, basada en la clase social, explica en parte esta pauta, hay otros factores que contribuyen a su formación. A este respecto también, como en el caso del acceso a las posiciones de élite fuera del sistema estatal, existe también la cuestión de conexiones. Ciertamente, las formas más aparatosas de nepotismo y de favoritismo ligadas a una era aristocrática y preindustrial en toda su pureza no son parte del actual servicio del Estado, competitivo, de la clase media: la liberación parcial de ese servicio respecto de la presa aristocrática fue, por cierto, uno de los aspectos capitales del incremento del poder burgués en el Estado y en la sociedad. Pero, de todas maneras, sería insensato pensar que, incluso en una época en que están en boga los exámenes, la membrecía en un sector relativamente estrecho de la población no constituya una clara ventaja, no sólo para ingresar a los niveles superiores del servicio del Estado, sino también, y con no menor importancia, para las posibilidades de ascender dentro del mismo. Tal membrecía establece vínculos de parentesco y amistad y, por lo general, refuerza un sentimiento de compartir valores, todo lo cual es útil para tener éxito en la carrera. Dos autores franceses aclaran muy acertadamente el punto, y lo que dicen no es válido, ni con mucho, exclusivamente para Francia:

[33] L. J. Edinger, "Continuity and Change in the Background of German Decision-Makers", en *Western Political Quarterly*, 1961, vol. 14, p. 27.

[34] Dahrendorf, *Society and Democracy in Germany*, p. 228.

[35] "El número de hijos de trabajadores que figuran en los escalones superiores burocrático políticos ha disminuido desde un 10 %, en 1949, hasta un 9 %, en 1961, en tanto que el porcentaje de hijos de grandes hombres de negocios ascendió de un 12 % a un 17 %". Therborn, *Power in the Kingdom of Sweden*, p. 59.

[36] Véase, por ejemplo, Abegglen y Mannari, "Leaders of Modern Japan: Social Origins and Mobility".

Si un estudiante de origen modesto ha estudiado con éxito sus cursos universitarios, ha pasado el examen de ingreso de la ENA e incluso, por qué no, el examen final donde la criba "cultural" es todavía más fina que en el momento del ingreso, no estará, sin embargo, al mismo nivel que los vástagos de las grandes familias burguesas o de altos funcionarios: el espíritu de casta y las relaciones familiares personales operarán constantemente en su contra, cuando se decreten los ascensos (en el nivel más elevado, el ascenso es más inseguro que en los niveles inferiores).[37]

Lo más probable es que quienes controlan y determinan la selección y los ascensos en el nivel más elevado del servicio del Estado sean miembros de la clase superior y media, por su origen social o en virtud de su propio éxito profesional, y probablemente tengan en sus mentes una determinada imagen de cómo debe pensar, hablar, comportarse y reaccionar un servidor civil de elevada categoría o un oficial militar de elevado rango; y esa imagen se trazará en relación con la clase a la que pertenece. Sin duda, los reclutadores, conscientes de las presiones y demandas de una era "meritocrática", podrán tratar de corregir conscientemente sus predisposiciones; pero probablemente lo harán en el caso de aspirantes de la clase obrera que den señales de buena disposición y de capacidad para adaptarse y obrar de conformidad con las pautas de conducta y de pensamiento aprobadas por una determinada clase.[38] "Los diamantes en bruto" gozan ahora de una mayor aceptación que en el pasado, pero de preferencia deberán hacer concebir esperanzas firmes de que alcanzarán la clase adecuada de pulimento.

Max Weber afirmó que el desarrollo de la burocracia tendía a "eliminar los privilegios de clase, entre los que figuran la apropiación de los medios de administración y la apropiación de la autoridad, así como el detentamiento de cargos a título honorario o como una vocación en virtud de la riqueza".[39] Pero esto subestima singularmente el grado en que los privilegios de clase existentes contribuyen a restringir este proceso, aun cuando no lo detengan por completo.

Es cierto sin duda que se ha efectuado, en el servicio del Estado, un fenómeno de dilución social que ha llevado a personas de origen obrero, y, todavía más comúnmente, de la clase media inferior, a posiciones de élite dentro del sistema estatal. Pero es un tanto engañoso hablar de "democratización" en relación con esto. Se trata más bien de un proceso de "burguesificación" de los reclutas más aptos y dignos de confianza provenientes de las clases subordinadas. A medida que estos reclutas

[37] Bon y Burnier, *Les nouveaux intellectuels*, p. 165.
[38] Véase también el capítulo 5.
[39] M. Weber, *The Theory of Social and Economic Organisation*, 1947, p. 340.

van ascendiendo en la jerarquía estatal, van pasando a formar parte, por diversos e importantes conceptos, de la clase social a la cual le dan acceso su posición, su ingreso y su rango social. Como ya señalamos en relación a reclutamiento en la clase obrera de los miembros de la élite económica, esta clase de dilución no afecta materialmente al carácter de clase del servicio del Estado y en verdad puede fortalecerlo. Además, tal reclutamiento, al dar pábulo a la creencia de que las sociedades capitalistas se rigen conforme al principio de "abrir el camino a los talentos", comúnmente no permite advertir el grado en que esto no se cumple en realidad.

Dadas las jerarquías particulares del orden social existente, es prácticamente inevitable que los reclutas de las clases subordinadas que llegan a las capas superiores del sistema estatal, precisamente por el hecho de haber ingresado en el mismo, pasen a formar parte de la clase que sigue dominando. Para que ocurriese de manera diferente, el reclutamiento actual no sólo tendría que aumentarse grandemente: el mismo orden social tendría que transformarse radicalmente también, y disolverse sus jerarquías clasistas.

Una dilución social aún más pronunciada que la observada en las instituciones del sistema estatal, a cuyos individuos se escogen por nombramiento, ha ocurrido también en las instituciones del mismo en donde el personal depende, directa o indirectamente, de una elección, a saber, el ejecutivo político y las asambleas parlamentarias. Así, por ejemplo, hombres de extracción obrera, o provenientes de la clase media inferior, frecuentemente se han abierto paso hasta los gabinetes de los países capitalistas avanzados; algunos de ellos, han llegado a ser presidentes y primeros ministros; y una enorme cantidad de poder personal, a veces, ha sido conquistada por individuos totalmente *desclasados*, como Hitler o Mussolini.

Más tarde estudiaremos la significación que ha tenido esto para la política del capitalismo avanzado. Pero, por el momento, podemos señalar que los hombres provenientes de las clases subordinadas nunca han constituido más que una minoría de quienes han llegado a desempeñar altos cargos políticos en estos países: en su gran mayoría, han pertenecido siempre, por su origen social y sus ocupaciones anteriores, a las clases superior y media.[40]

[40] Véase Lasswell, y otros, *The Comparative Study of Elites*, p. 30; Guttsman, *The British Political Elite*, pp. 79 *ss.*; Matthews, *The Social Background of Political Decision-Makers*, pp. 23-4; D. Lerner, *The Nazi Elite*, 1951, p. 6; L. D. Edinger, "Post-Totalitarian Leadership: Elites in the German Federal Republic", en *American Political Science Review*, 1960, vol. 54, núm. 1, p. 70; Abegglen y Manari, "Leaders of Modern Japan: Social Origins and Mobility", en *Economic Development and Cultural Change*, vol. 9, núm. 1, 2ª Parte, octubre de 1960, p. 116.

En grado un poco menor, pero aún muy marcado, esto ha sido, también, característico de las legislaturas de los países capitalistas avanzados. El incremento en la representación de los partidos de la clase obrera (con excepción, por supuesto, de los Estados Unidos) ha llevado a estas asambleas, aunque en forma de minoría, a hombres (y a veces a mujeres) que no sólo nacieron en las clases obreras sino que, hasta el momento de su elección, fueron obreros o por lo menos participaron íntimamente en la vida de la clase obrera, e incluso los partidos burgueses han sufrido una determinada dilución social. No obstante, estos últimos partidos, que, por lo general, han dominado las asambleas parlamentarias, han seguido siendo, en su composición social, firmemente, de clase superior y media y en ellos los hombres de negocios y otras personas relacionadas con las diversas clases de propietarios constituyen una parte considerable y a menudo muy grande de sus miembros.[41] En términos de clase, la política nacional (y, por demás, la política subnacional)[42] ha seguido siendo una "actividad" en la que las clases subordinadas han desempeñado un papel francamente subsidiario. El señor Guttsman escribe acerca de Inglaterra que:

> ...si ascendemos por la jerarquía política, a partir del votante, descubrimos que a cada nivel —los miembros de los partidos políticos, los activistas del partido, los líderes políticos locales, los diputados, los líderes nacionales— el carácter social del grupo es ligeramente menos "representativo" y está ligeramente más inclinado en favor de quienes pertenecen a los niveles medio y superior de nuestra sociedad.[43]

De hecho esta inclinación o predisposición es mucho más que ligera, lo dicho vale tanto para Inglaterra como para otros países.

Los testimonios indican de manera concluyente que, en relación al origen social, a la educación y a la situación en clase, los hombres que encontramos en todas las posiciones de mando del sistema del Estado han provenido en gran parte, y en muchos casos, en mayoría abrumadora, de los círculos de los negocios y de los propietarios, o de las clases medias profesionales. Aquí, como en todos los demás campos, los hombres y las mujeres nacidos en las clases subordinadas, que constituyen, por supues-

41 Véase, por ejemplo, Guttsman, *The British Political Elite*, pp. 97 *ss.*; H. Berrington y S. E. Finer, "The British House of Commons", en *International Social Science Journal*, 1961, vol. 13, núm. 4, pp. 601 *ss.*; J. Blondel, *Voters, Parties and Leaders*, 1963, capítulo 5; M. Dogan, "Political Ascent in a Class Society: French Deputies 1870-1958", en M. Marvick (comp.), *Political Decision-Makers*, 1961; G. Braunthal, *The Federation of German Industry in Politics*, 1961, pp. 152 *ss.*; T. Fukutaky, *Man and Society in Japan*, 1962, p. 117.

42 Véase pp. 165 *ss.*

43 Guttsman, *The British Political Elite*, p. 27.

to, la gran mayoría de la población, han corrido con muy poca suerte, y no sólo, permítaseme recalcarlo, en aquellas partes del sistema estatal, como la administración, el instituto armado y el poder judicial, que dependen de nombramientos, sino también en las expuestas, o que parecen estarlo, a los caprichos del sufragio universal y de la fortuna de la política de competencia. En una época en que tanto se habla de la democracia, de la igualdad, de la movilidad social, de la desaparición de las clases y de todo lo demás, en los países capitalistas avanzados ha seguido siendo un hecho fundamental el que la gran mayoría de hombres y de mujeres de estos países ha sido gobernada, representada, administrada, juzgada y mandada en la guerra por personas procedentes de otras clases económica y socialmente superiores y relativamente distantes.

4

EL OBJETIVO DE LOS GOBIERNOS Y EL PAPEL QUE DESEMPEÑAN

I

La razón de dar considerable importancia a la composición social de la élite estatal en los países capitalistas avanzados es la fuerte suposición a que da lugar acerca de sus concepciones generales, de sus disposiciones ideológicas y de sus propensiones políticas. En el caso de los gobiernos de estos países, sin embargo, no podemos hacer más que simples suposiciones: después de todo, casi no hay día en que los dirigentes políticos encargados de los asuntos del país no hagan llegar al público, insistentemente, sus ideas y creencias. Gran parte de esto suele ocultar tanto como revela. Pero falta mucho para que, sumado a muchos otros testimonios, sobre todo, en relación a lo que los gobiernos hacen realmente, permita formarnos una clara concepción de lo que son, en términos generales, sus propósitos.

A primera vista, se nos ofrece un cuadro de interminable diversidad entre los sucesivos gobiernos, y dentro de cada uno de ellos, como también entre los gobiernos de países diferentes. Los presidentes, los primeros ministros y sus colegas han llevado pegadas múltiples y diferentes etiquetas políticas (a menudo, tremendamente engañosas), y han pertenecido a muchos partidos diferentes o, a veces, a ninguno.

Esta diversidad de concepciones, actitudes, programas y políticas, sobre infinidad de materias, es, por cierto, muy notable y da ocasión a un debate y a una competencia políticos vívidos. Esta impresión de diversidad y conflicto queda realzada todavía más por la insistencia de los líderes de los partidos, sobre todo en tiempos de elecciones, en el abismo amplio y casi insalvable, o realmente insalvable, que los separa de sus rivales y competidores.

Que existan tan profundas diferencias es cosa que tiene gran importancia para el funcionamiento y la legitimación del sistema político, pues indica que los electores, al votar por uno u otro de los principales partidos competidores, están llevando a cabo una elección entre opciones fundamentales e incompatibles, y, por consiguiente, en calidad de votantes, están decidiendo nada menos que el futuro de su país.

Sin embargo, de hecho, esta imagen que se nos presenta es,

por demás, en algunos puntos esenciales, superficial y engañadora. Pues uno de los aspectos más importantes de la vida política del capitalismo avanzado es, precisamente, que los desacuerdos *entre los dirigentes políticos que, en general, han logrado alcanzar cargos elevados* muy rara vez han sido tan fundamentales como estos dirigentes y otras personas lo afirman. Lo realmente notable de *estos* dirigentes políticos y de los tenedores de cargos políticos, en relación de unos con otros, no son sus múltiples diferencias, sino el grado de su acuerdo en cuestiones verdaderamente fundamentales; como ellos mismos, cuando la ocasión lo ha requerido, han estado dispuestos a reconocer, y gran número de personas del público en general, a pesar de la retórica política a que se las somete, reconocen como verdadera la frase "todos los políticos son iguales".[1] Hay aquí una exageración, por supuesto, pero tiene mucho de verdad, al menos en relación a las clases de hombres que suelen sucederse unos a otros en los cargos oficiales de los países capitalistas avanzados. Los marxistas dicen lo mismo, ligeramente diferente, cuando afirman que estos hombres, sea cual sea su etiqueta política o su filiación de partido, son políticos burgueses.

El sentido fundamental en que esto es verdad es que los tenedores de los cargos políticos de los capitalismos avanzados, con muy pocas excepciones, han estado de acuerdo en lo que Lord Balfourd, en frase clásica, llamó, en cierta ocasión, "fundamentos de la sociedad"; es decir, el existente sistema económico y social de propiedad privada y apropiación privada o sea, también, el "modo de producción" de Marx. Balfourd se estaba refiriendo a Inglaterra y a los gobiernos Whig y Tory del siglo XIX. Pero lo que dijo es igualmente válido en relación a otros países capitalistas, y respecto del siglo XX como del XIX.

Pues un simple dato de la historia política es que los gobiernos de estos países han estado constituidos, en su mayor parte, por hombres que, más allá de todas sus diferencias y diversidades políticas, sociales, religiosas, culturales y de otra índole, han tenido en común, por lo menos, una creencia básica y generalmente explícita en la validez y virtudes del sistema capitalista, aunque no le darían, forzosamente, todos tal nombre; y los que, de entre ellos mismos, no se han interesado particularmente en este sistema, o ni siquiera se dieron cuenta que estaban ayudando a gobernar un sistema económico específico, tal y como no se dieron cuenta del aire que respiraban, por lo menos compartieron con sus colegas y competidores más despiertos ideológicamente

[1] Como atestigua, por ejemplo, el caso de las personas de países como Inglaterra y los Estados Unidos que tienden a responder negativamente cuando se les pregunta si existen diferencias importantes entre los principales partidos competidores.

una hostilidad fundamental e inflexible contra toda posibilidad socialista de sustitución de ese sistema.

Es cierto que ha habido ocasiones, cuya significación consideraremos más adelante, en que los hombres de extracción obrera y procedentes de partidos formalmente socialistas han ocupado posiciones de poder gubernamental, solos o bien, más comúnmente, como miembros de coaliciones, en muchos países capitalistas. Pero aun cuando estos hombres, frecuentemente, han profesado convicciones anticapitalistas, nunca han plantado un reto decidido —y en verdad, en su mayor parte, ni siquiera han deseado nunca hacerlo— a un sistema capitalista (o más bien, como diría la mayoría de ellos, a una "economía mixta"), cuya estructura fundamental y rasgos esenciales han aceptado mucho más fácilmente de lo que habían afirmado en sus declaraciones mientras se encontraban en la oposición e inclusive, a veces, desde sus cargos oficiales.

En este sentido, la estructura del poder ejecutivo ha sido mucho más consistente que lo que nos habría hecho creer la sucesión en el poder político de gobiernos que llevaban etiquetas diferentes y tenían distintas coloraciones: los regímenes capitalistas han sido gobernados, principalmente, por hombres que, o bien, han creído con toda sinceridad en las virtudes del capitalismo, o independientemente de los reparos que hayan podido poner a algunos de sus aspectos, lo han aceptado por considerarlo muy superior a cualquiera otra posibilidad sustituta de sistema económico y social, y, por consiguiente, han hecho de su defensa el cometido principal de su acción. En otras palabras, estos regímenes han sido gobernados por hombres que, aunque pudiesen llamarse socialistas, no encontraron que los compromisos que esto debería traer consigo fuesen en lo más mínimo incompatibles con la aceptación, incluso entusiasta, de todos los rasgos esenciales del sistema que les tocó en suerte administrar.

De hecho, podría decirse, incluso, que esta aceptación fundamental del orden capitalista ha sido *más* pronunciada en este siglo que en cualquier época anterior de la historia del capitalismo. Y esto no se debe tan sólo porque hayan sido sobre todo políticos conservadores quienes han dominado el ejecutivo político de su país; o porque políticos formalmente socialistas, que han desempeñado cargos, se han contentado con cuidar la marcha del sistema, sino también porque la desaparición virtual de los terratenientes y de la aristocracia como fuerza económica, social y política poderosa, y su asimilación a las filas de los hombres de negocios, ha suprimido una voz vigorosamente discordante en los concilios del gobierno. Esto no quiere decir que los mismos aristócratas hayan dejado de desempeñar cargos, sino más bien, dada la "burguesificación" de la aristocracia, ha resultado posi-

ble alcanzar un grado más elevado que nunca de consenso fundamental acerca de la naturaleza del orden económico y social.

Sin embargo, haciendo a un lado, por el momento, el papel particular desempeñado por los tenedores del poder político formalmente socialistas, es preciso subrayar de nuevo que este consenso fundamental entre los políticos burgueses no impide la existencia de diferencias auténticas e importantes entre los mismos, no sólo en lo relativo a cuestiones ajenas a la administración real del sistema económico, sino también en lo relativo a ella.

De tal manera, ha sido siempre posible trazar una distinción importante entre los partidos y líderes, por muy devotos que hayan sido del sistema de la empresa privada y hayan estado en favor de una gran medida de intervención estatal en la vida económica y social, y los que han creído en un grado menor de intervención. La misma distinción abarca a los partidos y hombres que han creído que el Estado debe aceptar mayor responsabilidad en relación a la reforma social y a otras reformas, y quienes han deseado que acepte un poco menos de la misma.

Esta disputa entre los que creen en una intervención vigorosa y sus oponentes ha sido y sigue siendo perfectamente auténtica. Sin duda, ningún político serio —por más burgués y convencido que esté de las virtudes de la empresa privada— desearía o podría ahora desmantelar la estructura principal de la intervención estatal; y, en verdad, son a menudo los políticos de espíritu más capitalista quienes advierten, con mayor claridad, cuán esencial ha llegado a ser la estructura de esa intervención para el mantenimiento del capitalismo. Aun así, subsisten diferencias suficientes acerca de la consecuencia, carácter e incidencia de la intervención, para que el debate de tales cuestiones (y de muchas otras) se vuelva serio y lleno de sentido, pues de sus resultados dependen muchas cosas que afectan a múltiples aspectos de la política pública y a numerosas vidas individuales. Desde este punto de vista, para algunos, la competencia entre estos hombres, no es, de ninguna manera, una completa farsa.

No obstante, subsiste el hecho de que tales políticos nunca han permitido que estas diferencias y controversias, incluso cuando han cobrado su mayor intensidad, hayan puesto en tela de juicio la validez del sistema "de libre empresa" mismo; e incluso, los más decididos intervencionistas han concebido siempre sus proposiciones y políticas como un medio, no de erosionar —y mucho menos de suplantar— el sistema capitalista, sino de asegurar más su fuerza y estabilidad. En grado mucho mayor de lo que las apariencias y la retórica nos han llevado a creer, las políticas del capitalismo avanzado han tenido, como objeto, diferentes concepciones de cómo gobernar el mismo sistema económico y social, y no sistemas sociales radicalmente diferentes.

Este debate no ha figurado, hasta ahora, en un lugar importante de la agenda política.

Este consenso entre los tenedores de los cargos políticos es evidentemente importantísimo. Las disposiciones ideológicas que hacen posible el consenso por razón de diversas contrapresiones tal vez no puedan determinar finalmente de qué manera actuarán los gobiernos en cada situación particular. Pero el que los gobiernos acepten sin vacilaciones el contexto capitalista, dentro del cual operan, tiene una importancia absolutamente fundamental por configurar sus actitudes, sus políticas y sus acciones en relación a las cuestiones y problemas concretos a que se enfrentan y a las necesidades y conflictos de la sociedad civil. El convencimiento general tiñe profundamente a la respuesta concreta, y afecta no sólo a la solución concebida para un determinado problema sino al modo mismo de advertirlo; en verdad, el convencimiento ideológico puede impedir la percepción del mismo, y a menudo lo hace, por lo cual resulta imposible no sólo prescribir la cura de la enfermedad, sino incluso localizarla.

Sin embargo, los tenedores de los cargos políticos no entienden que su devoción a la empresa capitalista nada tiene que ver con una parcialidad de clase. Por el contrario, son los más fervientes y elocuentes expositores de la concepción de que el Estado, y ellos mismos, están por encima de las batallas de la sociedad civil, que no pertenecen a ninguna clase, que se interesan, sobre todo, en servir a la nación entera, a los intereses nacionales, que tienen encomendada la tarea particular de someter los intereses especiales y exigencias de clase al bien supremo de todos. En sus pensamientos y palabras, vive de nuevo la altísima concepción que Hegel tenía del Estado como encarnación y protector de toda la sociedad, de su razón superior y de sus intereses permanentes, sobre todo cuando están en el poder en vez de sus rivales. "Pertenezco a todo el mundo y no pertenezco a nadie", dijo el general De Gaulle poco después de llegar al poder, en 1958; y sería absurdo dudar que ésta es la manera como el general se ve a sí mismo: por encima, muy por encima de los intereses de los hombres de menor talla, sean capitalistas, asalariados agricultores, tenderos, enfermos, pobres, jóvenes o viejos. A otros dirigentes políticos no les será tan fácil presentarse a sí mismos con términos tan grandiosos; pero hacen lo que pueden, y se ven a sí mismos de manera muy semejante a como el general se ve aun cuando, a otros, les parezca que exhiben, en sus políticas y sus acciones, los más flagrantes prejuicios y predisposiciones clasistas.

En general, no hay duda que la mayoría de los dirigentes políticos que detentan el poder se hacen esta imagen de su cargo y de sí mismos, con toda sinceridad y convicción. En verdad dudar de sus afirmaciones de estar exentos de prejuicios clasis

tas, por considerarlas como pura hipocresía, da lugar a una peligrosa subestimación de su dedicación y determinación con que se lanzan a la ejecución de una tarea de cuya nobleza están profundamente persuadidos. Hombres de tales convicciones no se apartan fácilmente del propósito perseguido porque se apele a la razón, al sentimiento o a la evidencia, particularmente cuando están en juego cuestiones de enorme importancia.

Quienes se oponen al capitalismo creen que es un sistema que, por propia naturaleza, hace imposible hoy la utilización óptima de los recursos para la satisfacción de los fines humanos racionales; que tiene como carácter propio la coerción, el dominio y la apropiación parasitaria; cuyo espíritu y finalidades corroen fatalmente todas las relaciones humanas, y cuyo mantenimiento constituye hoy el obstáculo principal que se opone al progreso humano.

Los políticos y los gobiernos burgueses ven el sistema, de manera diametralmente opuesta a la anterior, como algo más estrechamente congruente con la "naturaleza humana", singularmente capaz de combinar la eficiencia, el bienestar y la libertad, como la mejor manera de dirigir la iniciativa y la energía humanas en direcciones socialmente beneficiosas y que proporciona la base necesaria, y única posible de un orden social bueno.

Después de todo, ¿por qué hablar siquiera de "capitalismo" con sus evocaciones emotivas y propagandísticas de un sistema que ya no existe *realmente*, y que ha sido sustituido por un "sistema industrial" en donde la empresa privada, aunque siga siendo el motor esencial de la economía, es ahora mucho más "responsable" que en el pasado, y cuyos objetivos están ahora, en todo caso, estrechamente vigilados por el Estado democrático?

"La democracia liberal —escribió Robert Lynd hace veinticinco años— nunca se ha atrevido a encarar que el capitalismo industrial es una forma intensamente coercitiva de organización de la sociedad, que acumulativamente obliga a los hombres y a todas sus instituciones a hacer la voluntad de la minoría que detenta y esgrime el poder económico; y que este incesante torcimiento de las vidas de los hombres y de las formas de asociación es, cada vez menos, resultado de las decisiones voluntarias de hombres 'malos' o de hombres 'buenos' y, cada vez más, una red impersonal de coerciones dictadas por la necesidad de mantener en funcionamiento al 'sistema'." [2] Hoy en día esto es mucho más cierto incluso que cuando se escribió; pero los gobiernos que administran la "burocracia liberal" están constituidos, en su mayoría, por hombres que *no pueden* ver de esta forma al sistema, que atribuyen las diferencias del mismo, cuando las advier-

[2] Prólogo a R. A. Brady, *Business as a System of Power*, 1943, p. XII.

ten, a problemas diferentes y específicos, remediables dentro de sus confines; de hecho, *solamente* remediables dentro de sus confines. Esto es lo que permite a políticos en este aspecto fundamental extremadamente doctrinarios, pretender que su manera de abordar los problemas es esencialmente empírica, antidogmática, pragmática, *práctica*.

Un autor francés recuerda la famosa frase de De Gaulle, "durante toda mi vida, he tenido una idea precisa de Francia". Y comenta que "cuando la idea de Francia cobra cuerpo y se vuelve realidad, se confunde en su espíritu, naturalmente prisionero de su medio social, con la Francia de los trusts".[3]

El comentario tal vez no sea totalmente exacto, puesto que la "idea" que De Gaulle se hace de Francia es sin duda más compleja que la insinuada aquí. Pero es perfectamente cierto que esta "idea" incluye —como mostraron las políticas del general durante la guerra e inmediatamente después de la misma, y su dirección de los asuntos públicos, a partir de 1958— disposiciones económicas y sociales en las que la empresa capitalista en gran escala, sin duda bajo la mirada vigilante de un Estado fuerte, tiene que desempeñar un papel decisivamente importante. Con mayores o menores diferencias de matiz, otros dirigentes políticos y gobiernos han sido de la misma opinión, y han considerado a la empresa capitalista como un elemento necesario, deseable de su sociedad, al que hay que dar por supuesto. Sin duda, desean realizar muchos fines, así personales como públicos. Pero todos los demás fines están condicionados y pasan por el prisma de su aceptación del sistema económico existente y de su devoción al mismo.

Dada la idea que se forman de este sistema, es fácil comprender por qué los gobiernos desean por todas las maneras posibles, ayudar al mundo de los negocios y, sin embargo, no consideran que esto encierra, en grado alguno, una predisposición en favor de determinadas clases, intereses y grupos. Pues si el interés nacional está, en efecto, inextricablemente ligado a la fortuna de la empresa capitalista, una parcialidad manifiesta en favor de la misma no lo es, realmente. Por el contrario, al prestar servicios a los intereses del mundo de los negocios y ayudar a prosperar a la empresa capitalista, los gobiernos están cumpliendo realmente su excelso papel de guardianes del bien común. Bajo este punto de vista, la frase, de la que tanta burla se ha hecho, "lo que es bueno para la General Motors es bueno para los Estados Unidos", tiene el único defecto de pretender identificar los intereses de una empresa en particular con el interés nacional. Pero si por General Motors comprendemos el conjunto de las empresas capitalistas, entonces ese es el lema que suscri-

[3] H. Claude, *Le gaullisme*, 1960, p. 76.

ben los gobiernos de todos los países capitalistas, a menudo explícitamente. Y lo hacen porque aceptan que la racionalidad económica del sistema capitalista es sinónimo de racionalidad en sí, y proporciona el mejor conjunto posible de arreglos y disposiciones humanos en un mundo necesariamente imperfecto.

En este sentido, la actitud de los tenedores del poder político ante los hombres de negocios, entendidos como clase o como tipo social, tiene importancia relativamente secundaria. Es mucho más probable que en su círculo de parientes, amigos, antiguos colaboradores y conocidos figuren hombres de negocios que, pongamos por caso, dirigentes sindicales, y la opinión favorable que se hacen de la empresa capitalista probablemente los lleve también a ver con simpatía a los hombres que la rigen. Así, por ejemplo, dijo el presidente Eisenhower en 1952:

> Creo en nuestro sistema dinámico de empresas e industrias de propiedad privada. Han demostrado que pueden suministrar no sólo que son los más poderosos nervios de la guerra, sino también el estándar de vida más alto del mundo entero para el mayor número de personas... Pero se necesita que alguien coja estas cosas y produzca las extraordinarias estadísticas que dicen que los Estados Unidos, con el 7 % de la población del mundo produce el 50 % de los bienes manufacturados en el mundo. Si a ese alguien hay que darle un nombre, creo que es el nombre del hombre de empresa norteamericano.[4]

Los dirigentes políticos de países menos imbuidos del credo de los negociantes no suelen ser tan ingenuamente efusivos; incluso, en los Estados Unidos, ha habido presidentes que, a veces, han expresado una opinión menos entusiasta de aquellos que fueron calificados por uno de ellos (es cierto que hace mucho tiempo y no muy seriamente) de "malhechores de gran riqueza". En verdad, tal vez muchos dirigentes políticos se han formado una mala opinión de algún sector de los círculos de negocios, o incluso han considerado a los negocios como actividad inferior, pues se sentían alejados de ellos.

Todo esto, sin embargo, no tiene serias consecuencias, dada la devoción fundamental al sistema del que los hombres de em-

[4] S. E. Harris, *The Economics of Political Parties*, 1962, p. 5. Al llegar a la presidencia, el presidente Johnson dijo lo mismo, con otras palabras, pero no con menos sentimiento: "creemos tener el mejor sistema. Creemos que cuando un capitalista invierte un dólar, es justo que reciba alguna utilidad. Un gerente puede levantarse temprano para trabajar y con dinero y hombres construir una mejor ratonera. Un trabajador digno de ganarse lo que se le paga, tiene la posibilidad de llamar la atención y tal vez participar en un pequeño sistema de repartición de utilidades, así como los salarios mínimos más elevados que existan en cualquier país del mundo". R. Evans y R. Novak, *Lydon B. Johnson: The Exercise of Power*, 1966, p. 347.

presa son parte intrínseca y fundamental.[5] Porque se han consagrado a ese sistema y creen que el interés nacional está inextricablemente ligado a la riqueza y poderío de la empresa capitalista, los gobiernos naturalmente procuran ir en ayuda de los círculos de negocios y de los hombres de negocios. Thorstein Veblen escribió en cierta ocasión que "la preocupación principal —y de hecho la única— de las autoridades constituidas en cualquier nación democrática es por el buen estado de los negocios de los ciudadanos más ricos de la nación".[6] Esto es muy cierto, pero no necesaria o completamente ha de ser una predilección particular que sientan las "autoridades constituidas" por los ciudadanos ricos. Lo que les preocupa es el sistema general.

II

La consecuencia primera y más importante de la consagración de los gobiernos de los países capitalistas avanzados al mantenimiento del sistema de la empresa privada y de su racionalidad económica es limitar enormemente su libertad de acción en relación con una multitud de cuestiones y problemas. Raymond Aron ha dicho que "es evidente que, en un régimen fundamentado en los medios de producción, las medidas tomadas por los legisladores y ministros no estarán fundamentalmente en contra de los intereses de los propietarios".[7] Esta proposición, comenta, es demasiado obvia como para que resulte instructiva. Tal vez *debería* ser obvia. Pero no lo parece para la mayoría de los que se dedican a las ciencias políticas en Occidente y consideran que el Estado está exento de su predisposición inherente en favor de los intereses capitalistas implicados en la proposición del profesor Aron.

Esa predisposición tiene enormes concomitancias políticas. Pues la resolución o, por lo menos, el alivio de una enorme gama de problemas económicos y sociales requiere, precisamente, que los gobiernos estén dispuestos a actuar en "oposición fundamental" a esos intereses. Lejos de ser una cuestión trivial, la extrema renuencia a hacerlo constituye uno de los más grandes hechos en la vida de tales sociedades. Si se dijera que no se puede esperar que un gobierno, al verse enfrentado a una organización

[5] Obsérvese, por ejemplo, la falta de entusiasmo por los hombres de negocios en general que manifestó el presidente Kennedy (A. M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days: John F. Kenneay in the White House*, 1965, pp. 631 *ss.*) pero también su preocupación, casi desesperada, por llegar a un entendimiento con la "comunidad de los hombres de negocios". Véase más adelante, el capítulo 6.

[6] T. Veblen, *Absentee Ownership*, 1923, pp. 36-7.

[7] R. Aron, "Classe sociale, classe politique, classe dirigeante", en *Archives Européennes de Sociologie*, 1960, vol. 1, núm. 2, pp. 272-3.

delictuosa, actúe en oposición fundamental a ella, la observación no carece de valor instructivo acerca de su carácter y papel. Lo mismo puede decirse de la proposición que el profesor Aron menciona como de pasada para hacerla a un lado inmediatamente.

Por otra parte, esa proposición impide ver el aspecto capital del papel que desempeña el Estado. Pues los gobiernos, al actuar en nombre del Estado, se han visto obligados, en efecto, a lo largo de los años, a obrar en contra de *algunos* derechos de propiedad, a erosionar *algunas* prerrogativas de los gerentes y directores de empresa, a rectificar de alguna manera el equilibrio entre el capital y los trabajadores, entre los dueños de propiedad y quienes están sometidos a los mismos. Es éste un aspecto de la intervención estatal que los autores conservadores, que se lamentan del desarrollo de la "burocracia" y se quejan de la "intromisión" del Estado en los asuntos de la sociedad, regular y sistemáticamente pasan por alto. La burocracia es, en verdad, un problema y un peligro, y la experiencia de países como la Unión Soviética ha mostrado ampliamente hasta qué punto el poder burocrático irrestricto puede obstaculizar la creación de una sociedad socialista digna de tal nombre. Pero el poner toda la atención en los males de la burocracia en los países capitalistas no nos permite advertir (y a menudo lo tiene como objeto) el hecho de que la intervención "burocrática" ha sido a menudo una manera de paliar los males producidos por un poderío económico privado irrestricto.

La "intromisión" del Estado frente a ese poder no constituye una "oposición fundamental" a los intereses de los dueños de la propiedad: en verdad, forma parte del "rescate" del que habló Joseph Chamberlain en 1885 y que, como dijo, tenía que pagarse, precisamente, con el objeto de *mantener* los derechos de propiedad en general. Al insistir en que debe pagarse el "rescate", los gobiernos prestan un importantísimo servicio a los dueños de propiedad, aunque estos últimos rara vez se lo agradezcan. Aun así, no podríamos hacer caso omiso de que incluso gobiernos muy conservadores de los regímenes del capitalismo avanzado se han visto obligados a menudo, sobre todo a consecuencia de las presiones populares, a actuar en contra de *algunos* derechos de la propiedad y de algunas prerrogativas de los capitalistas.

Sin embargo, esto se contrapesa con el apoyo por demás positivo que los gobiernos, por lo general, han procurado dar a los intereses económicos dominantes.

La empresa capitalista, como señalamos en el capítulo I, *depende* en grado cada vez mayor de las generosidades y apoyo directo del Estado, y sólo puede preservar su carácter "privado" con fundamento en tal ayuda pública. La intervención estatal en la vida económica, en efecto, es en gran parte una interven-

ción con el objeto de auxiliar a la empresa capitalista. En ningún otro campo la noción de "estado benefactor" tiene un significado más preciso y propio que aquí: no hay solicitantes más persistentes y exitosos de la ayuda pública que los orgullosos gigantes del sistema de la empresa privada.

Esa asistencia no tiene por qué ser de carácter directo para poseer un valor enorme para los intereses capitalistas. Por causa de las imperiosas exigencias de la vida moderna, el Estado, dentro de los límites impuestos por el sistema económico existente, tiene que lanzarse a la creación de formas bastardas de socialización y hacerse cargo de muchas funciones y servicios que están fuera de los alcances y capacidades de los intereses capitalistas. Al hacerlo así, sin embargo, lo que Jean Meynaud llama "predisposición del sistema" asegura que esos intereses se beneficiarán automáticamente de la intervención estatal. Por causa de la propiedad y control privados de una parte predominante de la vida económica, dice el profesor Meynaud:

...todas las medidas adoptadas por el Estado para desarrollar y mejorar la economía nacional terminan siempre por beneficiar, sobre todo, a quienes controlan las palancas de mando del sector de la producción-distribución: cuando el Estado perfora túneles, construye caminos, traza carreteras o desagua pantanos, son ante todo los propietarios de las tierras vecinas los que obtienen las recompensas... el concepto de "predisposición del sistema" permite también comprender que las medidas adoptadas para remediar las negligencias culpables, los defectos y los abusos del capitalismo dan como resultado, en última instancia, cuando tienen éxito, el fortalecimiento del régimen. A este respecto, poco importa que tales medidas hayan sido tomadas por hombres que sientan simpatía u hostilidad por los intereses capitalistas: de tal manera, leyes destinadas a proteger a los trabajadores y dirigidas en contra de su explotación por los patronos resultan útiles a estos últimos al inducirlos a realizar un esfuerzo mayor por racionalizar o mecanizar el proceso productivo.[8]

A los gobiernos tal vez les concierna únicamente el mejor funcionamiento de la "economía". Pero la descripción del sistema diciendo que "la economía" es parte de la jerga ideológica, no nos permite advertir cuál es el proceso real. Pues lo que se mejora es una economía *capitalista*; y esto determina que, independientemente de quién salga ganando o perdiendo, los que menos tienen probabilidades de perder son los intereses capitalistas.

Se puede insistir más o menos en la "predisposición del sistema". Pero las disposiciones ideológicas de los gobiernos generalmente les han permitido aceptar de mejor grado los constreñimientos estructurales impuestos por el sistema; y también les han facilitado el someterse a las presiones a que han sido sujetos por los intereses dominantes.

[8] J. Meynaud, *Rapport sur la classe dirigeante italienne*, 1964, pp. 190-1

Los impuestos ofrecen un ejemplo oportuno de lo que quiero ecir. Como indiqué en el capítulo 2, el sistema económico enera tendencias extremadamente poderosas al mantenimiento incremento de las vastas desigualdades de ingreso y riqueza aracterísticas de todas las sociedades capitalistas avanzadas. ado ese sistema económico ningún gobierno puede efectuar ilagros redistributivos. Pero los límites de sus poderes en este ampo, sin embargo, no son necesariamente fijos; a pesar de las ndencias del sistema a la desigualdad y de la feroz oposición e las fuerzas de los ricos a una imposición fiscal redistributiva. el que los impuestos, en el transcurso de los años, no hayan fectado, más profundamente de lo que lo han hecho, a las isparidades de ingresos y riqueza en nuestras sociedades tiene ue atribuirse, en grado considerable, a la actitud de los gobier- os respecto de la desigualdad, a la opinión que se han formado e las pretensiones encontradas de los ricos y de los pobres, y su aceptación de una ortodoxia económica que, en todo momen- , ha declarado que el depositar nuevas cargas sobre los ricos ene que ser fatal para la "confianza del mundo de los negocios", "iniciativa individual", la "propensión a invertir", etc.

Lo mismo puede decirse de las intervenciones del gobierno en s "relaciones industriales", el eufemismo consagrado para desig- ar al conflicto permanente, unas veces agudo, otras atenuado, ntre los capitalistas y los trabajadores.

Cada vez que el gobierno ha considerado necesario, como lo a considerado cada vez más, intervenir directamente en disputas ntre patronos y asalariados, el resultado de su intervención ha ropendido a perjudicar a estos últimos, no a los primeros. n ocasiones innumerables, y en todos los países capitalistas, los obiernos han desempeñado un papel decisivo en la tarea de acer fracasar las huelgas, frecuentemente mediante la invoca- ón del poder coercitivo del Estado y el uso de la franca vio- ncia; y el que lo hayan realizado en nombre del interés nacio- al, de la ley y el orden, del gobierno constitucional, de la rotección debida "al público en general", etc., y no simplemente n apoyo de los patronos, su intervención no ha restado un ápice e utilidad para estos últimos.

Además, el Estado, como el patrono más grande de todos s demás, puede ahora influir en el carácter de las "relaciones ndustriales" a través de la fuerza de su propio ejemplo y con- ucta: esa influencia no ha creado normas nuevas para las rela- ones obreropatronales. Ni se podría haber esperado que lo iciese, dado que el sector público se administra también con spíritu "de negocios".

Los gobiernos están hondamente interesados de manera per- anente e institucionalizada, en la "rutinización del conflicto", arte esencial de la política del capitalismo avanzado. Participan

en ese conflicto en forma neutral e independiente, interesada no en alcanzar la franca derrota de cualquiera de las partes sino en que se llegue a un arreglo "razonable" entre ellas. Pero la intervención del Estado en las negociaciones se produce a la sombra de su conocida y declarada propensión a invocar sus poderes de coerción en contra de una de las partes de la disputa, si la "conciliación" no se logra. Estos procedimientos constituyen, de hecho, un elemento más de restricción impuesto a los trabajadores organizados, y cumplen también la útil finalidad de dividir todavía más las filas sindicales. El Estado se interpone entre las "dos partes de la industria" pero no, sin embargo, como neutral, sino como parcial del sector patronal.

Esto es verdad, hoy en día, tan sólo cuando se producen realmente disputas obreropatronales. Uno de los rasgos más notables de la reciente evolución del capitalismo avanzado es que los gobiernos han procurado imponer nuevas y más numerosas inhibiciones a los trabajadores organizados, a fin de impedirles ejercer presiones sobre los patronos (y sobre el Estado, considerado como patrono) en materia de aumento de salarios. Lo que tienden a realizar, mediante procedimientos tales como una "política de ingresos" o a través de políticas deflacionistas que reducen la demanda de mano de obra, es un debilitamiento *general* de la capacidad de regateo de los asalariados.[9] En este caso también, se proclama que las políticas adoptadas son esenciales para el interés nacional, la salud de la economía, la defensa de la moneda, el bien de los trabajadores, y así sucesivamente. Siempre se encuentran dirigentes sindicales que respaldan tanto las afirmaciones como las políticas. Pero esto no altera el efecto principal de esas políticas que es dejar a los asalariados en una posición más débil frente a los patronos. El *objetivo*, a juicio de los tenedores de cargos políticos, tal vez sea todo lo que se dice que es; pero el resultado, con invariable regularidad, es en perjuicio de las clases subordinadas. Por esta razón, estas últimas, en éste como en la mayoría de los casos, tienen buenas razones para desconfiar cuando los dirigentes políticos de los países capitalistas avanzados invocan el interés nacional en defensa de sus políticas; lo más probable es que las clases subordinadas paguen el pato. Los asalariados han tropezado siempre con un Estado hostil en sus luchas con los patronos. Pero ahora, más que nunca, tropiezan con su antagonismo, en la práctica, hasta el punto de tenerlo que considerar como un hecho directo omnipresente y constante en la vida económica. Su enemigo inmediato y diario es el pa-

[9] Véase, por ejemplo, Kidron, *Western Capitalism Since the War*, pp. 190 *ss.*; "Incomes Policy and the Trade Unions", en *International Socialist Journal*, 1964, vol. 1, núm. 3; y "The Campaign Against the Right to Strike", en *ibidem*, 1964, vol. 1, núm. 1.

trono; pero los gobiernos y el Estado se inmiscuyen muchísimo más en este encuentro ahora que en el pasado.

Muy naturalmente, esta parcialidad de los gobiernos cobra un carácter todavía más específico, preciso y organizado en relación con todos los movimientos, agrupamientos y partidos consagrados a la transformación de las sociedades capitalistas en sociedades socialistas. La manera en que los gobiernos han expresado este antagonismo ha variado grandemente, a lo largo del tiempo y según los diversos países, siendo más benigna en unos y más dura en otros; pero el antagonismo mismo ha sido un hecho permanente en la historia de todos los países capitalistas. En ningún campo el consenso subyacente entre los tenedores de cargos políticos de diferentes afiliaciones políticas y entre los gobiernos de diferentes países, ha sido más sustancial y notable; los dirigentes de todos los partidos gubernamentales, en el poder y en la oposición, sin exceptuar a los que han sido nominalmente "socialistas", se han manifestado siempre con profunda hostilidad contra la izquierda socialista y militante, de cualquier denominación, y los gobiernos mismos, de hecho, han sido los principales protagonistas en contra de la misma, en su papel de protectores y salvadores de la sociedad ante los peligros de la disidencia izquierdista.

En este caso, también los teóricos democráticoliberales y pluralistas, en su ensalzamiento de la competencia política que prevalece en estas sociedades, y en su insistencia en la neutralidad política del Estado, hacen perfecto caso omiso de que los gobiernos de las sociedades capitalistas avanzadas, lejos de adoptar una actitud neutral frente a la competencia *socialista* hacen todo lo posible por dificultarla. En algunos países, por ejemplo, en la Alemania federal, el Partido comunista y otras organizaciones de la izquierda están totalmente suprimidas y el ser miembro de ellas es delito legalmente perseguido; en otros, como en los Estados Unidos, las organizaciones izquierdistas, una de las cuales es el Partido comunista, operan en condiciones de tal persecución que, en su caso, la noción de competencia política libre se reduce prácticamente a nada.

La hostilidad del Estado no es menos notable en otros países, aunque pueda cobrar diferentes formas; por ejemplo, manipulaciones electorales, como ocurre en Francia y en Italia, con el objeto de despojar a sus partidos comunistas de la representación parlamentaria a que les da derecho su fuerza electoral; la creación de prejuicios políticos a través de los grandes medios de comunicación en la medida en que está en las posibilidades de los gobiernos hacerlo, posibilidades que aumentan día tras día, y también la represión brutal, aunque episódica, de los inconformes del ala izquierda.

En otras palabras, los gobiernos, independientemente de su

coloración política, están hondamente interesados en que el "proceso democrático" opere dentro de un marco en donde la inconformidad izquierdista desempeñe un papel lo más débil posible.

Lo que se discute no es si los gobiernos deberían ser o no neutrales entre las ideologías, movimientos, partidos y grupos conservadores y anticonservadores. Esa cuestión no se puede resolver con tales imperativos. Lo que se afirma es que los gobiernos de los países capitalistas avanzados nunca han sido neutrales y las más de las veces han utilizado el poder del Estado a favor de los conservadores y en contra de los anticonservadores. Además, cualesquiera que hayan sido los fines que hayan querido realizar, han prestado una inapreciable protección a las clases y a los intereses cuyo poder y privilegios se propone minar y destruir la inconformidad socialista. Quienes creen en las virtudes de un orden social que comprende tal poder y tales privilegios aplaudirán y darán su apoyo a la parcialidad gubernamental, e incluso pedirán que aumente. Quienes no creen en ellas, no lo harán. Lo importante es advertir lo que gran parte del análisis político no nos permite ver, y a menudo se tapa a sí mismo, a saber, que esto *es* lo que los gobiernos, en estos países, hacen realmente.

El debate, hasta ahora, ha girado en torno de algunas de las principales consecuencias internas o externas que se desprenden de la devoción de los gobiernos al sistema capitalista. Pero las consecuencias externas de esa devoción no son menos directas e importantes.

Aquí, más aún tal vez que en otros tiempos, los objetivos que los gobiernos dicen perseguir tienen a menudo el aspecto de ser muy remotos respecto de las cuestiones políticas concretas y más aún de los intereses capitalistas. Lo que les preocupa es el interés nacional, la seguridad nacional, la independencia nacional, el honor, la grandeza, etc. Pero esto, naturalmente, presupone un sistema económico sólido, saludable, próspero; y tal conveniente estado de cosas depende, a su vez, de la prosperidad de la empresa capitalista. Así pues, en virtud del mismo mecanismo que funciona en lo que respecta a los asuntos internos, los gobiernos de los países capitalistas han encontrado, por lo general, que la persecución de sus objetivos nacionales más amplios requiere proteger a los intereses capitalistas; y el lugar fundamental que estos intereses ocupan en la vida de su país, ha determinado siempre que los gobiernos, en sus relaciones exteriores, hayan velado por defenderlos en contra de los intereses capitalistas extranjeros y en contra de los Estados extranjeros que *los* protegen.[10]

[10] Como dijo un secretario de Estado norteamericano, en mayo de 1914,

Viene claramente a cuento la historia total del imperialismo occidental (y japonés). No es verdad, por cierto, que estos gobiernos hayan marchado al Africa o al Asia *simplemente* para proteger a poderosos intereses económicos. Ni se lanzaron a la expansión imperialista *simplemente* porque "los obligaran" dichos intereses. Los vastos movimientos históricos de esta clase no pueden reducirse a tales simplicidades. Pero, en este caso también, los numerosos objetivos diversos que los gobiernos hayan deseado alcanzar en su expansión imperial han comprendido, sobre todo, la protección de intereses económicos privados. Tal vez *realmente* les haya preocupado la seguridad nacional, el fortalecimiento de la trama económica y social, el soportar la carga del hombre blanco, el cumplimiento de su destino nacional, y así sucesivamente. Pero estos objetivos, según los entendieron, requerían la conquista de tierras que ya eran o se podían convertir en zonas de explotación para sus intereses capitalistas nacionales, cuya implantación y expansión quedaron de tal manera garantizadas por el poderío del Estado. En este caso también, el que los detentadores de los cargos políticos se propusieran realizar muchos otros fines no nos debería impedir comprobar que, *al tratar de realizar tales finalidades*, se convirtieron en los servidores devotos de sus hombres de negocios y de sus inversionistas.

Y lo mismo puede decirse de la actitud de los gobiernos capitalistas respecto de los países formalmente independientes del Tercer Mundo en los que sus capitalistas nacionales tienen interés, o podrían adquirirlo.

Así, por ejemplo, la actitud del gobierno de los Estados Unidos respecto de la América Latina no está exclusivamente determinada por su deseo de proteger las inversiones norteamericanas en la zona o de salvaguardar la oportunidad de tales inversiones en el futuro. Por ejemplo, cuando el gobierno de los Estados Unidos, en 1954, decidió que el gobierno de Arbenz en Guatemala tenía que ser derrocado,[11] no lo hizo simplemente porque ese gobierno hubiese expropiado unas cien mil hectáreas de tierras a la United Fruit Company, sino porque esa acción, a juicio del gobierno de los Estados Unidos, ofrecía la mejor prueba posible de sus inclinaciones "comunistas", lo cual convertía al régimen de Arbenz en amenaza para la "seguridad norteamericana".[12] Pero

ante el National Council of Foreign Trade, con palabras que vienen perfectamente al caso: "puedo decir, y no como mera cortesía, sino como un hecho, que mi Departamento es su departamento; los embajadores, ministros y cónsules son suyos. Es de su incumbencia atender a sus intereses y velar por sus derechos". Citado en W. A. Williams, *The Tragedy of American Diplomacy*, 1959, p. 51.

[11] Véase, por ejemplo, D. Wise y T. B. Ross, *The Invisible Government*, capítulo 11, 1964.

[12] "En la era de la guerra fría, el mantener fuera del hemisferio y en

lo que éste y muchos otros episodios semejantes significan es que la "seguridad norteamericana" es interpretada de tal manera, por quienes la tienen a su cargo, que exigen a los gobiernos extranjeros mantener el adecuado respeto a los derechos y aspiraciones de los negociantes norteamericanos. Tal vez ésta no sea la única prueba de "confiabilidad" de un gobierno, pero sí tiene un valor primordial. Por regla general, la actitud del gobierno norteamericano ante los gobiernos del Tercer Mundo o, si a eso vamos, de todo el mundo que no es socialista, depende en gran parte del grado en que estos gobiernos favorecen a la libre empresa norteamericana en sus países o están dispuestos a favorecerla en el futuro.[13] Los gobiernos de los demás países capitalistas avanzados se mueven por preocupaciones semejantes. La diferencia entre ellos y el gobierno de los Estados Unidos no estriba en la manera fundamental de enfocar la cuestión, sino en la magnitud de sus inversiones y empresas ultramarinas y en su capacidad de actuar en defensa de dichos intereses.

En esta perspectiva, el mal supremo, sin duda, es que lleguen al poder gobiernos cuya finalidad principal sea precisamente abolir la propiedad y la empresa privada, nacional y extranjera, en los sectores más importantes de su vida económica o en todos ellos. Tales gobiernos son altamente censurables no sólo porque sus acciones afectan adversamente los intereses y empresas extranjeros, o porque hagan imposible una futura implantación del capitalismo; en algunos casos, esto suele no tener mayor importancia económica. Pero la censura subsiste no obstante porque el apartamiento de cualquier país respecto del sistema mundial de empresas capitalistas se interpreta como un debilitamiento de este sistema y como ejemplo que puede incitar a nuevas disidencias y separaciones.

Éstas son también las raíces de la feroz hostilidad, contra la Revolución bolchevique, que llevó a las potencias capitalistas a intentar ahogarla en sangre; mucho antes, dicho sea de paso, que la noción de "agresión soviética" se convirtiera en la justificación prototípica de su política. Y también aquí está la clave principal para comprender las políticas exteriores de esas potencias desde fines de la segunda guerra mundial, y durante ella por

particular de la zona del Canal de Panamá al poderío y la influencia soviéticos fue mucho más importante para Washington que la diplomacia del "plátano" a la antigua usanza. Pero hay que señalar también que la expropiación de propiedades de la United Fruit sin compensación adecuada obligó a Einsenhower a tomar providencias (*ibidem*, p. 170).

[13] Por supuesto, no puede decirse tampoco que sea un rasgo nuevo de la política exterior norteamericana. En relación a su importancia permanente en la historia de los Estados Unidos, véase por ejemplo W. A. Williams, *The Tragedy of American Diplomacy*, y del mismo autor, *The Contours of American History*, 1961.

cierto.[14] El objetivo, siempre y por encima de todo, ha sido impedir el advenimiento, en cualquier parte, de regímenes fundamentalmente opuestos a la empresa capitalista y decididos a liquidarla.

Los tenedores del poder político occidental han justificado su actitud ante los regímenes y los movimientos socialistas en función de su amor a la libertad, de su preocupación por la democracia, de su odio a la dictadura, y de su miedo a la agresión. En este caso, como en muchos otros, no es muy útil preguntarse si estas afirmaciones fueron "sinceras" o no. Lo importante, más bien, es que definieron la libertad de tal manera que la empresa capitalista fue su ingrediente primordial, y a veces único. De tal manera, la defensa de la libertad se convierte en defensa de la libre empresa. Con tal de que *ésta* esté segura, todo lo demás, por malo que sea, podrá condonarse, hacerse a un lado o incluso apoyarse.[15] Casi por definición, a ningún régimen que respete los intereses capitalistas se le puede calificar de absolutamente malo y, en cualquier caso, se le debe considerar como algo inherentemente superior a cualquier régimen que no los respete. Dada esta actitud, no tiene mayor importancia que los gobiernos capitalistas en sus relaciones exteriores no se hayan ocupado exclusivamente de velar por los intereses de sus negociantes e inversionistas. Independientemente de que lo hayan hecho o no,

[14] Véase, por ejemplo, J. Bagguly, "The World War and the Cold War", en D. Horowitz (comp.), *Containment and Revolution*, 1967.

[15] En octubre de 1961, el presidente Kennedy dijo a Cheddi Jagan, entonces primer ministro de la Guayana Inglesa: "no nos hemos lanzado a una cruzada para imponer la empresa libre en partes del mundo en donde no tiene sentido. Si hay una cruzada a la cual nos hayamos lanzado es la de la independencia nacional. Tal es la finalidad primordial de nuestra ayuda. La finalidad secundaria es fomentar la libertad individual y política. Pero no siempre podemos conseguirlo; y a menudo hemos ayudado a países que tienen poca libertad personal, con tal que mantengan su independencia nacional. Esto es lo fundamental. De manera que, mientras conserven tal independencia nacional, poco nos importa que sean socialistas, capitalistas, pragmatistas o lo que sea. Nos preciamos de ser pragmatistas". A. M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days*, pp. 775-6. Lo malo de tales sentimientos es no sólo que los desmiente el apoyo norteamericano otorgado en el mundo entero a regímenes cuya "independencia nacional" consiste en su sujeción a los Estados Unidos, y acerca de los cuales la noción de "libertad individual y libertad política" es grotesca o incluso insultante. Igualmente importante es el hecho de que la prueba *real* consiste siempre en la actitud de un régimen respecto de las empresas capitalistas y, sobre todo, de las norteamericanas. La ayuda a Yugoslavia, o a cualquier otro país comunista disidente, cae dentro de la esfera de la política de guerra fría y casi no afecta en lo más mínimo al punto principal.

Vale la pena señalar, también, que desde mucho antes de 1961, la Guayana Inglesa era ya objeto de atención de la CIA, la cual desempeñó un papel primordial en la caída de Jagan y en la toma del poder por un gobierno enteramente satisfactorio para el de los Estados Unidos, y para las empresas capitalistas norteamericanas.

éstos son los intereses a los que sus políticas han prestado servicios de la manera más consistente.

III

Como señalamos anteriormente, ha habido ocasiones en la vida política de los países capitalistas avanzados en que el poder ejecutivo final ha pasado a manos de gobiernos socialdemocráticos cuyos objetivos y finalidades políticos parecían enfrentarlos a sus élites tradicionales y capitalistas. Salvo en el caso de los países escandinavos[16] tales ocasiones no han sido frecuentes. Ha sido mucho más común que, en diversas ocasiones, en las coaliciones gubernamentales hayan figurado, en cargos destacados y en número considerable, ministros socialdemócratas e incluso comunistas, como ocurrió en Francia, Italia y Bélgica después de la segunda guerra mundial. Por consiguiente, es necesario examinar hasta qué punto tales episodios afectan la proposición, anteriormente presentada, de que, a pesar de las apariencias en contrario, el poder ejecutivo en el mundo del capitalismo avanzado nunca ha presentado, de hecho, una amenaza seria al sistema económico prevaleciente y a sus principales beneficiarios.

Antes de seguir con esto, es necesario considerar una experiencia totalmente diferente, a saber, la de los regímenes fascistas de Italia y Alemania, en donde aventureros desplazados, uno de los cuales había sido "socialista revolucionario" en su juventud, llenos ambos de retórica anticapitalista y antiburguesa, declararon tener como finalidad la transformación total de sus sociedades y disfrutaron de lo que puede calificarse, con propiedad, como poder absoluto durante muchos años. ¿Hasta qué punto, podemos preguntarnos, esta experiencia modifica o niega la noción de una congruencia fundamental, en relación a los "fundamentos de la sociedad", entre el poder estatal y los intereses capitalistas? Podemos contestar en seguida que no la niega absolutamente. Dadas las pruebas, no se necesitaría discutir mucho este punto, si no fuera porque ahora se ignora o se pretende encubrir la realidad económica y social del fascismo.

La retórica fascista de transformación y renovación totales, con sus resonancias antiburguesas, es evidentemente importante, aun-

[16] Por lo que respecta a las realizaciones e insuficiencias de la democracia social sueca, como partido del gobierno durante más de tres décadas, en la dirección de una sociedad en la que los medios de la actividad económica han quedado, en su mayor parte, bajo la gerencia y control de particulares, véase P. Anderson, "Sweden: Mr. Crosland's Dremland", y "Sweden II. Study in Social Democracy", en *New Left Review*, 1961, núms. 7 y 9.

que sólo sea porque los dirigentes fascistas consiguieron con ella el apoyo de las masas. Tampoco hay que dudar que muchos de ellos creyeron con toda convicción que se habían lanzado a la creación de un orden social totalmente nuevo.

La realidad, sin embargo, era totalmente diferente de sus grandiosas elucubraciones; y se lanzaron a la tarea con la absolutamente firme determinación de *no* atacar la estructura fundamental de ese sistema capitalista que tan a menudo denigraban. Como le dijo Mussolini a su Senado, el 13 de enero de 1964, más de diez años después de haber llegado al poder:

La economía corporativa respeta el principio de la propiedad privada. La propiedad privada completa a la personalidad humana. Es un derecho. Pero también un deber. Creemos que la propiedad debería ser considerada como una función social; por consiguiente, deseamos estimular, no la propiedad pasiva, sino la propiedad activa, que no se limita a disfrutar de la riqueza, sino que la desarrolla y aumenta. La economía corporativa respeta a la iniciativa privada. La Carta del Trabajo declara expresamente que, sólo cuando la iniciativa privada no es inteligente, no existe o no es eficaz, puede intervenir el Estado.[17]

Ésta, por lo menos, fue una línea política a la que el dictador italiano se apegó sin vacilaciones.

En lo que respecta a Alemania, un investigador del nazismo ha dicho:

En las conversaciones confidenciales, que culminaron en su discurso ante los capitanes de la industria del Ruhr, el 27 de enero de 1932, Hitler revisó el programa económico de la NSDAP. Había reconocido anteriormente ante las empresas pequeñas que su partido protegería a la propiedad privada, pero ahora estaba ampliando su política adoptando, en gran parte, las ideas de los grandes empresarios. Abogó por la abolición de los sindicatos y por la libertad administrativa de los patronos. Esbozó su programa de obras públicas y de rearme, que daría lugar a la recuperación y crearía muchos contratos para las empresas. Estos pedidos gubernamentales nunca tendrían el efecto de delegar más funciones económicas en el gobierno, puesto que a los dirigentes de las grandes empresas se les asignaría la tarea de dirigir la economía a través de las organizaciones económicas sometidas a su control. Hitler prometió también un gobierno estable que se mantendría en el poder durante largo tiempo.[18]

El mismo autor señala también que

[17] G. Salvemini, *Under the Axe of Fascism*, 1936, p. 134. Salvemini señala también que el Senado al cual dirigía sus palabras Mussolini estaba constituido por "ricos accionistas, jefes del ejército, altos funcionarios públicos, grandes latifundistas, grandes hombres de negocios, antiguos profesores universitarios y destacados profesionistas" (*ibidem*, p. 134).

[18] A. Schweitzer, *Big Business in the Third Reich*, 1964, p. 100.

Por haberse ganado su confianza depositaron su fe en Hitler y se convencieron de que el partido, en cuanto tomara el poder, proporcionaría a las grandes empresas la oportunidad de determinar la política económica de su gobierno.[19]

Estos principales hombres de empresa que financiaron y apoyaron a Hitler,[20] junto con muchos otros elementos de las élites tradicionales de Alemania, como habían hecho sus equivalentes italianos, con Mussolini, no concertaron un trato estúpido. Hitler y sus colegas no habían concertado alianza con ellos de mala fe, para realizar, mejor que llegar al poder, un objetivo revolucionario y anticapitalista. No existía tal finalidad, y aquellos partidarios que lo creyeron así y constituyeron el "ala izquierda" del nazismo, no tardaron en pagar el error con sus vidas. "Un vigoroso aliento de la empresa privada —ha señalado otro autor reciente— fue uno de los puntos programáticos que Hitler presentó al Reichstag, en marzo de 1933." [21]

Uno de tales "alientos", de enorme importancia en toda estimación de los regímenes fascistas, fue por supuesto la destrucción física de todas las organizaciones de defensa de la clase obrera (partidos, sindicatos, sus organizaciones derivadas, su prensa, su representación parlamentaria) y la creación de nuevas organizaciones para su control, dominadas por los patronos y por el Estado. Aunque no hubieran hecho otra cosa, los dictadores fascistas, al subyugar todas las manifestaciones de poder y de influencia obreros, se habrían ganado sobradamente la gratitud de los patronos y de las clases económicamente dominantes en general. Como Salvemini ha dicho tan acertadamente: "un Estado socialista nacionalizaría al capital con objeto de redimir al trabajador de la esclavitud de los salarios. El Estado fascista ha nacionalizado a los trabajadores y se les alquila al capital privado al precio que él, el Estado, considera pertinente".[22] Al hacerlo así, estos regímenes se conquistaron también la gratitud de millones

[19] *Ibidem*, p. 100.

[20] "Sin la formidable ayuda de los industriales, el Partido Nazi se habría estrellado contra las rocas de la bancarrota". J. W. Wheeler-Bennett, *The Nemesis of Power. The German Army in Politics*, 1918-1945, 1953, p. 273. Hay que fijarse también en la observación que el doctor Adenauer hizo en 1949 cuando dijo que "la industria del Ruhr —y entiendo por esto tanto a las minas de carbón como a toda la industria pesada—, en los años transcurridos hasta 1933, utilizó el gran poder económico allí concentrado para la consecución de objetivos políticos en detrimento del pueblo alemán" (citado por Braunthal, *The Federation of German Industry in Politics*, p. 17).

[21] D. Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution: Class and Status in Nazi Germany 1933-1939*, 1966, p. 55. "Una editorial del partido de 1939 —indica también el señor Schoenbaum— declaró que la libre empresa era el fundamento mismo del socialismo de Alemania, y que la responsabilidad social derivada de la libre empresa era la clave de su realización" (*ibidem*, p. 55).

[22] Salvemini, *Under the Axe of Fascism*, p. 138.

de asalariados, para quienes la ocupación en tales condiciones era preferible a no tener empleo alguno. Pero su gratitud y apoyo no afecta para nada que la toma del poder por los fascistas trajo consigo un aumento inmediato y dramático del poder del capital sobre los trabajadores. Después de todo, no era cosa de poca monta el que "los trabajadores que fomentaban conflictos de clase... fuesen entregados, comúnmente sin ceremonias, a la Gestapo", y que a los "trabajadores se les exigiese legalmente mostrar obediencia y lealtad absolutas a su líder, el cual, a su vez, tenía que velar por su bienestar".[23] Este "líder" era el patrono y las quejas que tuvieran con motivo de su renuencia a velar por el bienestar de sus trabajadores se podían interpretar fácilmente como "fomento del conflicto entre clases". No tiene nada de extraordinario que "las utilidades netas se elevaran en un 433 % entre los principios de 1933 y el final de 1936"; [24] y que, como señala el señor Schoenbaum, "mientras los salarios permanecieron estáticos, e incluso disminuyeron ligeramente entre 1934 y 1940, el ingreso neto medio de quienes pagaron los impuestos sobre ingresos y, por consiguiente, de los gerentes y los empresarios, se elevara en un 46 %".[25] Hasta la guerra, las empresas alemanas sólo pudieron explotar a los trabajadores alemanes: la victoria alemana puso en sus manos a millones de trabajadores esclavos de la Europa ocupada, más desvalidos aún ante sus patronos que sus colegas alemanes.

Por supuesto, los negocios del régimen fascista tuvieron que someterse a un grado de intervención y control estatales mucho mayor del que hubiesen deseado, y sin duda les desagradaba gran parte de las políticas económicas y sociales del Estado. Pero los hombres de negocios desempeñaron un papel importantísimo en el poder de regulación y control —lo cual constituyó una compensación nada despreciable— que, según se ha dicho, "hasta el final de la dictadura nazi, los dirigentes del mundo de los negocios

[23] T. W. Mason, "Labour in the Third Reich", en *Past and Present*, núm. 33, abril de 1963, p. 177. Véase también, R. A. Brady, *The Spirit and Structure of German Fascism*, 1936; F. Neumann, *Behemoth*, 1942; Schweitzer, *Big Business in the Third Reich*; y Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*. En lo tocante a los trabajadores en el seno del partido italiano véase Salvemini, *Under the Axe of Fascism*.

[24] Schweitzer, p. 398. Parte de esto se debió, evidentemente, a la utilización de fábricas antes ociosas. Pero, como dice el mismo autor, "no cabe duda que los mercados de salarios dictados y los mercados de trabajo desproporcionados contribuyeron, directa y efectivamente, a la restauración de las utilidades. Por eso podemos decir que los controles directos ofrecidos por el Partido y por el Estado, lejos de perjudicar a los negocios, simultáneamente explotaron a los trabajadores y enriquecieron a los negociantes y restauraron la institución de las utilidades privadas" (*ibidem*, p. 398).

[25] Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, p. 156.

conservaron quizá más poder que cualquier otro grupo de élite, aparte de los jefes nazis.[26]

Tampoco hay que pasar por alto que entre los "jefes nazis" figuraban muchas personas miembros de las clases burguesas y del mundo de los negocios: "empresarios y gerentes de las sociedades industriales, diestros en materia de producción y administración neutral; burócratas, diestros en la interpretación del código de reglas del juego y en su aplicación a situaciones concretas; ingenieros industriales y demás tecnólogos diestros en aplicar el conocimiento a metas sociales concretas".[27] Más generalmente, "una parte considerable de esa élite nazi, era no sólo clase media, sino francamente clase superior, con un número notable de oficiales de alto rango".[28]

Se ha dicho a menudo que el fascismo es un ejemplo extremo del dominio de la sociedad por parte del Estado. Esto es perfectamente cierto. Pero la fórmula, puesto que carece de contenido social, es engañosa por dos conceptos: en primer lugar, no nos permite advertir en qué grado el Estado fascista actuó de manera enormemente ventajosa para las clases poseedoras y patronales; en segundo lugar, porque no toma en cuenta que "el Estado" siguió siendo dirigido, en gran parte, por personas pertenecientes a las élites tradicionales, administrativa, militar y judicial. En verdad, el régimen nazi parece haber invertido la tendencia hacia la "democratización" del sistema estatal que había sido un rasgo de la República de Weimar: por ejemplo, hubo más aristócratas en puestos elevados entre 1933 y 1945 que entre 1918 y 1933, y un número menor de personas de extracción obrera.[29] El poder decisivo, de carácter absoluto, estaba en manos de dictadores. Pero, por fuerza, tuvieron que delegar gran parte del mismo en otros. En resumidas cuentas, los testimonios muestran que las personas en quienes se delegó el poder no abrigaban pensamien-

[26] W. Deutsch y L. J. Edinger, *Germany Rejoins the Power*, 1954, p. 99. Otro autor ha señalado también que "en general, el mundo de los negocios fue la única esfera de Alemania en donde el partido no procedió activamente a introducir sus propios hombres. Los colocados dentro de las juntas de directores [*Vorstand*] por razón de sus conexiones y actividades de partido fueron sobre todo 'contactos' —útiles para las relaciones públicas, gestores de asignaciones materiales más grandes, etc.— más que hombres capaces de tomar decisiones y participantes en la gerencia fundamental". D. Granick, *The European Executive*, p. 165. Véase también Schweitzer, *Big Business in the Third Reich*, pp. 43 *ss.*

[27] D. Lerner, *The Nazi Elite*, 1951, p. 6.

[28] *Ibidem*, pp. 54 *ss.* Obsérvese también el carácter burgués y de clase superior de gran parte de los oficiales de más alto rango de las ss. Véase Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, p. 239. El mismo prejuicio de clase fue característico del fascismo italiano: véase Brady, *Business as a System of Power*, p. 81.

[29] Matthews, *The Social Background of Political Decision Makers*, p. 49.

tos que pudiesen ser peligrosos para el orden social y económico establecido.

En todo caso, a todos los miembros de los sistemas estatales fascistas se les exigió que suscribiesen, con absoluta lealtad, un conjunto de ideas que, aunque no tuvieran sentido para otros aspectos, excluían clara y enfáticamente todo ataque contra la estructura fundamental del capitalismo. No sólo no era probable que los hombres que iban y venían por los corredores del poder fascista tuviesen pensamientos peligrosos, sino que tales pensamientos estaban positivamente prohibidos, eran tabú.

Pero el hecho más convincente de la naturaleza real de los sistemas fascistas es, sin duda que, cuando llegaron a su fin, veinte años después de la "Marcha sobre Roma" de Mussolini y doce años después que Hitler fuera nombrado canciller, la estructura económica y social de ambos países no había cambiado apreciablemente. Las clases que ocupaban los niveles más altos de la pirámide económica y social antes de la llegada al poder de los fascistas, estaban aún allí; y también lo estaba el sistema capitalista que sustentaba estas clases. Bien pudo Franz Neumann declarar que "la esencia de la política social del Partido nacional socialista consiste en la aceptación y el fortalecimiento del carácter clasista prevaleciente de la sociedad alemana".[30] Exactamente lo mismo pudo decirse de Italia.

Al mismo tiempo, las clases privilegiadas de Italia y Alemania tuvieron que pagar un elevado precio *político* por las enormes ventajas que les otorgaron los regímenes fascistas. Pues aunque conservaron muchas posiciones de poder e influencia tuvieron que someterse a una dictadura sobre la cual no ejercían un control *auténtico*. Habiendo ayudado a los dictadores a robar a todas las demás clases y sobre todo a las clases trabajadoras, de todo remedo de poder, vieron drásticamente reducido el suyo, y en algunos campos fundamentales, sobre todo en el de la política exterior, totalmente anulado. Es ésta una situación que una clase económica y socialmente dominante, por segura que esté de las intenciones últimas de sus gobernantes, no puede contemplar sin ansiedad, puesto que introduce, en el proceso de las decisiones en donde sus miembros han solido participar activamente, un elemento extremamente elevado de imprevisibilidad.

En esta perspectiva debe entenderse la noción de la independencia del poder del Estado respecto de todas las fuerzas de la sociedad civil, a la que Marx y Engels ocasionalmente calificaron de posible en "circunstancias excepcionales",[31] y de la cual el fas-

[30] F. Neumann, *Behemoth*, 1942, p. 298.

[31] Véase, por ejemplo, K. Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, y F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*; se encontrará un análisis complementario de esto en R. Miliband, "Marx and the State", en *The Socialist Register*, 1965.

cismo, en el contexto del capitalismo avanzado, nos proporciona el ejemplo más destacado. En ese contexto, sin embargo, el concepto es tan vivo en cuanto que sugiere una cierta *neutralidad* del poder estatal respecto de las fuerzas sociales, cosa que desmiente la experiencia real. El mismo Marx, al escribir acerca del golpe de Estado de Luis Bonaparte, sugirió que "es bajo el segundo Bonaparte cuando el Estado parece haber adquirido una completa independencia",[32] "la lucha parece haberse terminado en que todas las clases se postraron de hinojos, con igual impotencia y con igual mutismo, ante la culata del fusil.[33] Pero Marx señaló también, en frase famosa, que "el Poder del Estado no flota en el aire" [34] y que la tarea principal de Luis Napoleón, su "misión", consistió en salvaguardar "el orden burgués".[35] Ésta es una descripción válida también para la "misión" de los dictadores fascistas. Pero, en Italia y Alemania, no *todas* las clases fueron *igualmente* impotentes y mudas bajo el fascismo. Lo cierto, sin embargo, fue que los dictadores, aunque se esforzaran en salvaguardar el orden capitalista, independientemente de su retórica y reformas "revolucionarias", estuvieron en situación extremamente buena para determinar, *por propia voluntad*, cómo las harían, y para tomar decisiones de fundamental importancia nacional de manera muy independiente.

El miedo al surgimiento de tal situación, nos ayuda, entre otras cosas, a explicar el porqué algunos elementos de las élites tradicionales y de los círculos de negocios de Italia y Alemania vieron con miedo y hostilidad incluso la elevación al poder de sus respectivos movimientos fascistas. Quienes dieron apoyo al fascismo y facilitaron su acceso al poder, pensaron que podrían comprar los servicios de gangsters políticos sin ser dominados por ellos. En esto, se equivocaron.

Durante largo tiempo todo marchó bien y no tuvieron mayores motivos de queja mientras Mussolini y Hitler aumentaron su éxito en el interior, en política exterior y en la guerra. Al parecer la jugada les había salido bien. Pero luego vino la amenaza de una terrible retribución. Pues la derrota en la guerra y el colapso de los regímenes fascistas levantó el espectro de la revolución social que habían tratado de exorcizar, de una vez por todas, entregando su destino en manos de los fascistas. En Italia, la amenaza llegó desde dentro, en Alemania desde fuera, a la zaga del avance de los ejércitos rusos.

Sin embargo, las clases privilegiadas de Alemania, que habían perdido a sus amos y protectores fascistas, encontraron ahora

[32] Marx, *El dieciocho Brumario*, en Marx, Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, Progreso, Moscú, 1966, t. I, p. 317.
[33] *Ibidem*, p. 316.
[34] *Ibidem*, p. 317.
[35] *Ibidem*, p. 324.

un nuevo conjunto de protectores en sus conquistadores y ocupadores ingleses y norteamericanos. Las potencias occidentales no podían hacer mayor cosa en lo tocante a los arreglos de posguerra en la Europa oriental, pero no tenían intención ninguna de permitir cambios sociales radicales en ninguno de los países en los que estuvo en su poder influir en los acontecimientos, es decir, en la Europa occidental, Grecia, Japón y, por cierto, en todas partes con excepción de la Europa oriental. La ocupación por los ejércitos de los Estados Unidos e Inglaterra equivalió, en efecto, a una garantía absoluta[36] de preservar las estructuras económicas y sociales existentes, y de que toda amenaza interna a las mismas tropezaría con su oposición, de ser necesario, con toda la fuerza del poderío militar, como ocurrió en Grecia. En verdad, la derrota a manos de los aliados occidentales fue una ganga para las clases capitalistas, italiana, alemana y japonesa: las libró de dirigentes políticos cuyo fracaso en la guerra los había convertido en estorbo, y de quienes esas clases eran demasiado débiles o demasiado pusilánimes para librarse por sí mismas.

Al final de la guerra pareció que el antifascismo, la "desnazificación" y la "purga" de las élites comprometidas podría llevar demasiado lejos la "democratización" y hacer imposible el retorno de algunas de estas élites a posiciones de poder e influencia. De manera semejante, muchas cosas repugnaron a los hombres de negocios alemanes y japoneses en las políticas de "descartelización" que las potencias victoriosas parecían querer llevar a cabo. Pero todos los temores de que la derrota pudiese tener consecuencias verdaderamente drásticas e irremediables para los intereses creados de las clases imperantes de estos países no tardaron en desvanecerse. La "revolución artificial" impuesta sobre Alemania y sobre el Japón al final de la guerra, como ha dicho un autor, "no dejó un estigma permanente sobre quienes habían llevado a la ruina a su país; ninguno de estos países adquirió de nuevo la soberanía con reservas importantes en contra del empleo de los fanáticos nacionalistas de las décadas cuarta y quinta del presente siglo, incluso en los cargos de mayor responsabilidad".[37] Como el mismo autor indica, lo que la mayoría de los oponentes de Hitler en Alemania deseaban (aunque el autor es tal vez injusto para lo que quedaba en Alemania, en 1945, de una auténtica izquierda socialista alemana) fue una "forma de revolución de 'palacio' que se proponía arreglar el regreso de las antiguas élites en lugar de los advenedizos nazis".[38] Esto es lo

[36] Lo cual, dicho sea de paso, la llegada al poder de un gobierno laborista en Inglaterra, en julio de 1945, no hizo menos absoluto.

[37] J. D. Montgomery, *Forced to be Free. The Artificial Revolution in Germany and Japan*, 1957, p. 35.

[38] *Ibidem*, p. 61.

que ocurrió en efecto, y la experiencia japonesa no fue materialmente diferente: en ambos países, los cambios de la estructura de poder se produjeron principalmente *dentro* de un contexto de la clase media y superior y no afectó de manera importante al predominio de estas clases. Y la "descartelización" nunca fue algo más que provisional y de mal grado, y los esfuerzos que se efectuaron para llevarla a cabo fueron, correspondientemente, abortivos.[39] Unos cuantos años después de la guerra, los grandes negocios de estos países eran más grandes que nunca, y se habían lanzado a una expansión espectacular; los hombres de negocios, tanto en Alemania como en el Japón, habían alcanzado, en la sociedad, una posición más encumbrada que cualquiera de las ocupadas tiempo atrás.[40]

Al mismo tiempo, los triunfos de posguerra del capitalismo, en Alemania, Japón e Italia no equivalieron a una renacimiento de entre las cenizas. El Fénix había estado vivo y había prosperado durante los años de dictadura y terror. La derrota a manos de las potencias occidentales simplemente le dio oportunidad de medrar más aún. Para las élites comerciales, industriales y de otra índole de estos países, esos años no constituyeron un oscuro hiato entre el derrocamiento y la restauración. No hubo derrocamiento y, por consiguiente, tampoco necesidad de restauración.

IV

Los gobiernos emanados de los partidos laboristas y socialistas, o que han incluido hombres sacados de tales partidos, evidentemente presentan un caso totalmente diferente. Pues tenemos ejemplos en que el ejecutivo político, en cierto número de países

[39] *Ibidem*, véase también T. A. Bisson, *Zaibatsu Dissolution in Japan*, 1949; J. B. Cohen, *Japanese Economy in War and Reconstruction*, 1949; y J. Halliday, "Japan — Asian Capitalism", en *New Left Review*, núm. 44, julio y agosto de 1967. El señor Halliday menciona que "hizo una lista de 1 200 empresas que había que destruir; fueron reduciéndose progresivamente hasta que sólo quedaron 19 empresas en la lista, y cuando 9 de ellas habían sido desbaratadas, la junta creada por la SCAP (constituida por cinco destacados hombres de negocios norteamericanos) consideró que era suficiente" (p. 11).

[40] Esto es cierto sobre todo en Japón, del cual se ha señalado que "los dueños y ejecutivos de los grandes bancos, fábricas y compañías comerciales nunca alcanzaron una posición decisiva en la política japonesa de preguerra. En el apogeo de su influencia, fueron meramente un ala de la clase imperante, influyente en los asuntos económicos, pero insegura y carente del poder para tomar las grandes decisiones políticas determinantes del destino del país. Cuando llegaron las duras, después del resurgimiento militar de la década de los años 30, se encontraron en fatal desventaja en la lucha alrededor del trono". W. W. Lockwood, *The Economic Development of Japan: Growth and Structural Change*, 1954, p. 564.

capitalistas avanzados, ha estado constituido, totalmente o en parte, por hombres que han representado a partidos y movimientos cuya finalidad declarada fue la trascendencia final y sustitución del sistema capitalista por un sistema socialista basado en la apropiación estatal de la mayor parte de los medios de producción distribución y cambio, sin exceptuar, por supuesto, todos los sectores más importantes y estratégicos de la actividad industrial, financiera y comercial. Incluso cuando se consiguió realizar tal finalidad, como lo han logrado siempre los partidos socialdemócratas, en un proceso gradual y parcial de erosión colectivista, o incluso cuando se le ha abandonado por completo, estos partidos y movimientos, por lo menos, se han consagrado al uso inmediato del poder estatal, por parte de sus gobiernos, para la realización de amplias reformas, sobre todo en el campo económico y social, destinadas a beneficiar a las clases trabajadoras y a menguar el poder y los privilegios de las dominantes.

Es obvio —o debería serlo— que estos gobiernos no han llevado a cabo la trascendencia del capitalismo. Pero esto no zanja, de ninguna manera, el que sus políticas y sus acciones han chocado en efecto con los intereses de las clases dominantes y de las élites de los negocios. La cuestión de lo que *han* realizado, de cuál ha sido el resultado neto de su tenencia del poder ejecutivo, del significado de estos "experimentos" para la naturaleza y carácter del capitalismo avanzado y de su sistema político, sigue vigente y ha de profundizarse más aún, porque aclara tanto el significado extremo, según lo hemos experimentado hasta ahora, que puede atribuirse a la noción de competencia política en estos sistemas.

Los dirigentes de los partidos de la clase obrera, en los países del capitalismo avanzado, han llegado al poder mediante tres maneras distintas:

En primer lugar, ocasionalmente, se les ha invitado a formar parte de coaliciones predominantemente conservadoras a fin de realizar la "unidad nacional" en circunstancias de grave emergencia nacional, por ejemplo, en tiempos de guerra. Pero, como el objetivo primordial de pedirles que formasen parte de tales coaliciones fue el de *no* perseguir fines "partidistas" "seccionales" y radicales, y, lo que es más importante aún, el deber de ayudar a impedir que sus partidos y movimientos se dedicasen a perseguirlos, estos casos no conciernen, particularmente, a los que estamos examinando ahora. Su presencia en el gobierno pudo permitirles influir en algunas políticas y obtener algunas concesiones benéficas para las clases trabajadoras, pero no puede ni pensarse que hayan estado en capacidad de utilizar el poder estatal para realizar un ataque importante contra el orden social

existente en cualquiera de sus rasgos principales, o siquiera subsidiarios.

Más o menos lo mismo puede decirse de las ocasiones, todavía más frecuentes, en que los representantes de los partidos socialdemócratas han entrado en coaliciones con sus rivales conservadores, de tal manera que han permitido al gobierno obtener una mayoría parlamentaria. Incluso cuando han obtenido parte considerable en los cargos, y ciertamente cuando uno de ellos ha encabezado el gobierno, los ministros socialdemócratas, por lo general, han podido realizar mayor cosa dentro de estas formaciones híbridas. Lejos de constituir una amenaza para el orden establecido, su función principal ha sido la de frenar a sus propios partidos y convencerlos para aceptar las políticas esencialmente conservadoras que ellos mismos han sancionado. En su mayor parte, este tipo de participación ha sido más una trampa que un trampolín.

En segundo lugar, los dirigentes socialdemócratas, en un caso, el de Alemania en 1918, se encontraron en el poder a consecuencia de la derrota bélica de su país y del colapso del régimen existente. Pero estos dirigentes no sólo no tuvieron culpa alguna en la situación revolucionaria que los llevó al poder, sino también se sentían, desesperadamente, obligados a poner fin inmediato a tal situación, objetivo para cuya realización aceptaron entusiastamente la ayuda de fuerzas impecablemente conservadoras y reaccionarias, sobre todo la del Alto Mando Alemán.[41] Tampoco en este caso se puede hablar de que el ejecutivo político haya chocado en serio con los intereses de las clases dominantes. Por el contrario, estas últimas, en un momento de extremo peligro para ellas, no contaron con defensores más fieles, resueltos y necesarios que estos dirigentes para prevenir cualquier erosión grande de su poder político y económico.

En tercer lugar, la toma del poder gubernamental por partidos socialdemócratas a consecuencia de una gran victoria electoral. Tales victorias, con la excepción por demás sospechosa de la victoria electoral del Frente Popular en 1936, se produjeron en condiciones más o menos semejantes a una situación revolucionaria. Pero, no obstante, fueron posibles tan sólo en virtud de un cambio muy claro, a menudo muy considerable, de la opinión popular en dirección del pensamiento político radical, y por lo menos se podía interpretar que significaban un elevado, aunque a menudo vago y larvado, apoyo para el programa de reforma, así como una promesa de un "nuevo trato" que el partido o los partidos victoriosos habían ofrecido en sus campañas electorales. La mayoría de quienes votaron por estos partidos tal vez no

[41] Véase, por ejemplo, F. L. Castern, *The Reichswehr and Politics, 1966*, y Wheeler-Bennett, *The Nemesis of Power. The German Army in Politics, 1918-1945*.

deseasen más reformas radicales que las que se les ofrecieron. Pero tampoco se puede decir que hayan deseado menos reformas o que hayan aborrecido en general la noción de un cambio social de gran alcance. A las personas a quienes esto les debió parecer aborrecible presumiblemente votaron por los partidos que seguramente se opondrían a las mismas. En su mayor parte, es sin duda un error trazarse la imagen de un fervor popular como base del apoyo electoral para los partidos de la izquierda. Pero, sin duda, no es erróneo indicar un grado elevado de *buena voluntad* popular para la realización de cambios amplios e incluso fundamentales.

Además, la victoria misma, seguida del acceso de los dirigentes populares a los cargos públicos, del que hayan tomado, en debida forma constitucional, los emblemas del poder ejecutivo, ha tendido siempre a realzar la creencia, en quienes votaron por ellos, de que iba a comenzar un nuevo trato y de que su "gobierno" estaba a punto de introducir grandes cambios favorables a la clase trabajadora y concomitantemente adversos a todas las fuerzas de la propiedad y del privilegio. Una especie de estremecimiento de expectativa y esperanza populares ha propendido siempre a acompañar las victorias alcanzadas por el ala izquierda en las elecciones, sin duda, en parte, porque tales victorias no han sido frecuentes y han parecido desalojar del centro del poder político a los dirigentes tradicionales de la sociedad; ciertamente tales victorias, a menudo, se han interpretado (muy equivocadamente) como si constituyesen de verdad la expulsión de las clases dominantes mismas del centro del poder. Y estas expectativas, esperanzas e ilusiones han sido realzadas todavía más por el temor y el aborrecimiento que las fuerzas conservadoras han expresado, comúnmente, con gran vehemencia, al día siguiente de su derrota.

Por su parte, sin embargo, los dirigentes socialdemócratas, en su momento de victoria, y más aún después, por lo general se han preocupado muchísimo en tranquilizar a las fuerzas dominantes y a las élites del mundo de los negocios en sus intenciones, hacer hincapié en que concebían su tarea desde un punto de vista "nacional" y no de "clase", y en insistir que su llegada al poder no constituía una amenaza para los negocios; y, de igual manera, se han preocupado mucho por inculcar en sus partidarios y en la clase trabajadora en general las virtudes de la paciencia, de la disciplina, del trabajo duro, por advertirles que la victoria electoral y que sus propios dirigentes hayan llegado a ocupar los altos cargos del gobierno no debía interpretarse como un estímulo para la imposición militante de demandas de la clase obrera para los patronos, a las clases acomodadas y al gobierno mismo, y por recalcar que los nuevos ministros, agobiados por deberes, cargas y problemas inmensos, no debían quedar trabados en sus

actividades por presiones no razonables y sin sentido de la realidad. Los dirigentes, una vez que llegan al poder (y a menudo desde antes) son siempre más "moderados" que sus partidarios. He aquí una variante de la "ley de hierro de la oligarquía" que (por lo menos en los países de capitalismo avanzado) no ha admitido excepción. El que la mayoría de los dirigidos, con mayor o menor renuencia, haya tendido a aceptar la actitud "moderada" de sus dirigentes es de gran importancia, su significación la consideraremos más adelante. Sea como fuere, los nuevos gobiernos de la izquierda se han esforzado siempre, hasta el límite de sus fuerzas, en *atenuar* las expectativas populares, y recalcar que, aunque fueran muchas las cosas que quisieran efectuar a manera de reforma, los intereses capitalistas descubrirían, por si no lo sabían, que estaban tratando con hombres evidentemente razonables y responsables, agudamente conscientes, a diferencia de muchos de sus partidarios, de que Roma no se construyó en un día, y que su construcción, en todo caso, tiene que emprenderse con la mayor circunspección.

Como prueba de la manera como han enfocado sus tareas, es muy notable que estos nuevos gobiernos de la izquierda, muy rara vez, se hayan lanzado a la realización de estas tareas con un espíritu de exuberante innovación administrativa, o hayan manifestado algún gran deseo o voluntad de deshacerse de la telaraña burocrática en la que el sistema estatal, sin exceptuar al poder ejecutivo, está prendido. De hecho, existe un solo ejemplo, en la historia del capitalismo avanzado, de una administración reformista dotada de una auténtica voluntad de vencer, por lo menos, alguna de las constricciones impuestas a la misma por las tradicionales y tradicionalistas estructuras burocráticas; este ejemplo no nos lo proporciona un gobierno declaradamente izquierdista, sino un gobierno activa y explícitamente preparado para el mantenimiento y restablecimiento de la salud del sistema capitalista, a saber, la presidencia de Franklin Roosevelt en sus famosos primeros "cien días" y, por cierto, algún tiempo después.[42] En cambio, gobiernos portadores de una etiqueta mucho más radical normalmente se han contentado con usar las estructuras administrativas que encontraron a la mano; y cuando han innovado, han tendido, también, a dotar el personal de los nuevos organismos por ellos creados con hombres que, independientemente de haber o no provenido de la burocracia tradicional, rara vez han sido famosos por sus intenciones reformistas o sus pasiones radicales, para no mencionar ideales socialistas; en verdad, por lo general, han sido hombres conocidos por sus antecedentes y disposiciones impecablemente conservadoras. Lejos de procu-

[42] Véase, por ejemplo, R. E. Sherwood, *The White House Papers of Harry L. Hopkins*, 1949, vol. 1, y A. M. Schlesinger, Jr., *The Coming of the New Deal*, 1958.

rar rodearse de hombres ansiosos de reforma y fervorosos partidarios del cambio en sentido radical, tales gobiernos, en su mayoría, se han contentado con recibir los servicios de hombres mucho más dispuestos a ejercer una influencia restrictiva de sus propias tendencias reformistas. Sin embargo, la presencia de tales hombres al lado de los nuevos ministros cumple una importante finalidad política: demuestra el sentido de continuidad que anima a los nuevos detentadores del poder político y tranquiliza, todavía más, a los intereses y fuerzas conservadoras en lo que respecta a las intenciones de los nuevos gobernantes.

Una de las razones por las que los nuevos gobiernos de la izquierda procuran dar tales seguridades a estas fuerzas es que normalmente han llegado al poder en circunstancias de gran dificultad y crisis económicas, financieras y sociales, las cuales han temido ver grandemente agravadas por la desconfianza y hostilidad de los "círculos de negocios".

Tales miedos están bien justificados. Pero de más de una manera se puede tratar con las condiciones desfavorables con que tropiezan estos nuevos gobiernos al llegar al poder. Una de ellas consiste en hacer de estas condiciones un acicate para un mayor atrevimiento, entenderlas como una oportunidad para un mayor radicalismo y como medio, no como obstáculo, para la toma de medidas rápidas y decisivas de reforma. Después de todo, es mucho lo que un gobierno auténticamente radical, firme en sus convicciones y contando con un considerable apoyo popular, puede esperar realizar al día siguiente de su legitimación electoral, y no a pesar de las condiciones de crisis, sino por causa de las mismas. Y al hacerlo así, probablemente recibirá, también, el apoyo de muchas personas, hasta ese momento neutrales o comprometidas a medias, dispuestas a aceptar una dirección resuelta.

Sin embargo, no es ésta la manera con que dichos gobiernos han decidido emprender sus tareas. Por el contrario, en las condiciones difíciles en que inevitablemente se han encontrado, han descubierto una excusa fácil y conveniente para la conciliación de las fuerzas económicas y sociales que se habían comprometido combatir, y para la reducción de sus propias ambiciones hasta dejar de constituir cualquier clase de amenaza para las fuerzas conservadoras. Y cuanto más tiempo han estado en el poder, tanto más marcadas se han vuelto estas tendencias. Los gobiernos socialdemócratas rara vez, o nunca, han comenzado a actuar tan atrevidamente; pero sus etapas posteriores han sido por lo general todavía más cautas y ortodoxas.

Por otra parte, esto no quiere decir que gobiernos de la izquierda no hayan hecho muchas cosas fuerte e incluso amargamente resentidas y combatidas por las clases dominantes y las élites de los círculos de negocios. De hecho, todos los gobiernos,

por más conservadores que hayan sido, en algún momento se han visto obligados a realizar tales cosas; y es fácil ver que los gobiernos de la izquierda, por más "moderados" que hayan sido, han pretendido hacer más que los que estas clases y élites se opusieron y aborrecieron.

Pero la cuestión realmente importante no tiene que ver con los sentimientos subjetivos y con las reacciones de los intereses conservadores a los gobiernos reformistas (o cualesquiera otros). Concentrar la atención en este aspecto, en el contexto presente, es enredar las cosas. Después de todo, es muy probable que ningún dirigente de gobierno, en el siglo actual, haya sido tan odiado, incluso temido, por los círculos de negocios como lo fue Roosevelt en las primeras etapas del New Deal (e incluso en las posteriores); y mucho más que cualquier primer ministro socialdemócrata en los demás países capitalistas. Sin embargo, nadie cree que Roosevelt haya querido (o haya conseguido) debilitar al capitalismo norteamericano. Por el contrario, es, ahora, evidente (y lo fue para muchas personas de su tiempo) que el New Deal quería, y de hecho lo consiguió, restaurar y fortalecer el sistema capitalista, con un costo muy pequeño para las clases dominantes.

La cuestión importante acerca de los gobiernos socialdemócratas y de otros gobiernos reformistas tiene que ver con la naturaleza objetiva de sus reformas y, más en general, con la influencia de su desempeño del cargo político en el orden económico y social y en la configuración de los privilegios y del poder en sus sociedades. Para estimar esto, tal vez lo mejor sea examinar el historial concreto de algunos gobiernos que, en el contexto de los regímenes constitucionales del capitalismo avanzado, se han consagrado a la realización de importantes medidas de reforma económica y social.

De estos gobiernos, el primero que merece nuestra consideración es el Frente Popular de Léon Blum que llegó al poder en las elecciones del 26 de abril y del 3 de mayo de 1936. Después de la segunda votación, en el mes de mayo, las fuerzas del Frente Popular habían conquistado cerca de 376 curules, de las que 147 correspondían al Partido Socialista, 106 al Partido Radical Socialista moderado y burgués y 72 al Partido Comunista en tanto que el resto lo compartieron formaciones políticas menores de la izquierda. La nueva oposición, por su parte, obtuvo cerca de 222 curules, distribuidas entre cierto número de partidos más o menos derechistas.[43] La victoria de la izquierda, por consiguiente, fue muy clara e inconfundible, y constituyó, sin duda, su mayor éxito electoral en los años transcurridos entre las dos

[43] G. Lefranc, *Histoirie du Front Populaire*, 1965, p. 131.

guerras. También constituyó, o lo pareció, una demostración espectacular de la fuerza izquierdista, radical y democrática contra la amenaza del fascismo, tanto del interior de Francia como del exterior. Además, la victoria del Frente Popular tuvo, casi inmediatamente, una dimensión totalmente nueva con la gigantesca ola de huelgas, acompañada de ocupación de las empresas por parte de los huelguistas, que barrió por toda Francia. No es exagerado decir que esta "revolución de 1936", como se la ha llamado, fue una impresionante rebelión de la clase trabajadora, aunque sobre todo pacífica, contra la autoridad y el dominio de las gerencias, así como una afirmación no menos dramática de las demandas obreras para la obtención de mejores condiciones de vida. En este enfrentamiento repentino y potencialmente peligroso con los trabajadores, los capitalistas, dada la magnitud del movimiento, sólo podían esperar auxilio de una fuente, a saber, el nuevo gobierno mismo. Y lo obtuvo plenamente, aun cuando tuvo que pagar algo por él.

El gobierno del Frente Popular, dirigido por el primer ministro Léon Blum, comenzó a actuar el 4 de junio, un largo mes después de las elecciones, y estuvo constituido por socialistas y radicales, ya que los comunistas habían rechazado la participación ministerial, aun cuando habían prometido dar su apoyo condicional a la nueva administración.

Por lo menos en una cosa, el gobierno y sus oponentes, dentro y fuera del Parlamento, estuvieron totalmente de acuerdo: había que poner fin a las huelgas y a la ocupación de las empresas. En vísperas de su nombramiento, el futuro nuevo ministro socialista del Interior, Roger Salengro había dicho: "que quienes están encargados de dirigir el movimiento sindical cumplan con su deber. Que se apresuren a poner fin a esta agitación injustificada. Por mi parte, tengo que elegir entre el orden y la anarquía. Contra quien sea mantendré el orden".[44]

Por otra parte, las circunstancias no permitían al gobierno realizar esto por la fuerza; y, para ser justos, no pensó llevar a cabo tal acción. Lo que quería era poner fin a la agitación por medios pacíficos, y lo logró, o, al menos, creó las condiciones para conseguirlo, reuniendo a capitalistas y dirigentes obreros y obligándolos a aceptar los famosos acuerdos Matignon. Estos acuerdos establecieron la semana de cuarenta horas, un aumento general de los salarios del 7 % al 15 %, y la aceptación por parte de los patronos de derechos sindicales considerablemente ampliados. En el transcurso de los días y semanas inmediatas siguientes, estos acuerdos cobraron fuerza de ley, junto con disposiciones reglamentarias para el otorgamiento de quince días de vacaciones pagadas, la ampliación de la instrucción obligatoria hasta la

[44] *Ibidem*, p. 146.

edad de 14 años, la disolución de cierto número de organizaciones de orientación fascista, la nacionalización de la producción de material de guerra, la reforma del Banco de Francia y toda una variedad de medidas de reforma financiera y agrícola.

Éstas, y algunas medidas de reforma subsiguientes que se consiguieron gracias al gobierno del Frente Popular[45] no son cosas totalmente despreciables. Sin embargo recientemente, un autor, que no se destaca por su izquierdismo, ha observado que

> Las medidas económicas y sociales del Frente Popular, que en aquel tiempo se consideraron muy revolucionarias, nos parecen ahora extraordinariamente tímidas cuando se comparan con lo alcanzado después, en Francia y en el exterior, y no sólo por obra de gobiernos izquierdistas, sino también gracias a la acción de gobiernos que no han hecho la menor profesión de radicalismo.[46]

Se puede argumentar que este juicio toma en cuenta muy poco el cambio de perspectiva que ha traído consigo el transcurso de treinta años; y puede decirse que también subestima las dificultades y resistencias a que se enfrentó el gobierno de Blum.

Pero estas argumentaciones son válidas únicamente dentro del contexto de la orientación y los propóitos totales de los gobiernos. *Dados esos propósitos y esa orientación* es muy cierto que no podía esperarse que Léon Blum y sus colegas socialistas (por no hablar de los radicales) superasen las innumerables dificultades a que se enfrentaron, harto auténticas, o que venciesen las resistencias que se interponían en su camino.[47] El programa original del Frente Popular había contemplado la realización de una serie de reformas, todavía más modestas que las que eventualmente se llevaron a cabo; y la razón principal, indudablemente, por la que el gobierno fue un poco más allá de ese programa es que se encontró, al llegar al poder, en medio de una crisis social de grandes dimensiones que sólo se podía controlar mediante el otorgamiento inmediato y tangible de concesiones a las clases trabajadoras. Además, es por demás improbable que el programa inicial de reforma del gobierno hubiese encontrado tan poca oposición en la Cámara de Diputados, en el Senado (donde el gobierno estaba en minoría) de parte de los patronos y de todas las fuerzas conservadoras en general, si no hubiese prevalecido una situación de crisis aguda. En este sentido, la militancia popular era el aliado más firme del gobierno, y en ver-

[45] Para esto, véase *ibidem*, 3ª parte.

[46] J. Baumier, *Les grandes affaires francaises*, 1967, p. 35.

[47] Esto viene al caso también en la política exterior del gobierno y sobre todo en su actitud durante la guerra civil española. Suministró algo de equipo militar y aviones a los republicanos, pero hizo resistencia a todas las demandas de ayuda mayor para ellos. Esto no apaciguó a la derecha y dividió y desmoralizó, todavía más, a la izquierda.

dad su único aliado, y la mejor esperanza que tenían Blum y sus colegas socialistas no sólo de imponer nuevas y más amplias reformas, sino de arrastrar consigo a sus socios radicales vacilantes u hostiles.

Sólo en virtud de esa militancia popular pudieron confiar en realizar, con el poder obtenido, mucho más de lo que originalmente se habían propuesto. En verdad, hicieron todo lo que pudieron, mediante concesiones mínimas y enormes reconvenciones, para desalentar la militancia de tal manera que se privaron *con toda deliberación*, de su único recurso real en contra de una oposición terriblemente asustada, desorientada, pero formidable. Una vez que se deshizo de sus miedos inmediatos, esa oposición recuperó su confianza y comenzó, con efectividad todavía mayor, a devolver los golpes; en tanto que el gobierno mismo iniciaba una retirada que habría de terminar con su renuncia en junio de 1937. Tal vez sea discutible que hubiera podido realizar más cosas, en vista de las dificultades políticas, financieras e internacionales a que tuvo que enfrentarse. Lo que no puede discutirse es que no tuvo ningún deseo de intentarlo. Léon Blum dijo, con absoluta claridad, después de las elecciones, que se proponía "administrar el Estado burgués" y "no llevar a cabo el programa del Frente Popular para transformar el sistema social".[48] Y que no tenía intención de transformar el *ejercicio* del poder en su *conquista*.[49] El encogimiento de perspectivas que esta elección impuso a él y a su gobierno determinó, aparte de las contingencias externas, que el impacto del "experimento" del Frente Popular en el sistema social francés fuese muy limitado y no afectase *fundamentalmente* a la distribución del poder económico y político en la sociedad francesa.

Otro ejemplo de un poder gubernamental traspasado a manos de hombres formalmente consagrados a la transformación final del orden social existente en sentido socialista es el gobierno laborista, elegido en Inglaterra en julio de 1945, que constituyó la primera ocasión en que este partido obtuvo una clara y, de hecho, invencible mayoría parlamentaria de 146 curules sobre todos los demás partidos.[50]

Las circunstancias en que se obtuvo la victoria laborista fueron, en un sentido, menos dramáticas que las que acompañaron al éxito electoral del Frente Popular; en otro sentido lo fueron más. La toma del poder por el partido laborista no estuvo mar-

[48] D. M. Pickles, *The French Political Scene*, 1938, p. 130.

[49] Lefranc, *Historie du Front Populaire*, p. 141. Un inteligente examen de esta distinción, en el pensamiento de Léon Blum, se encuentra en C. Audry, *Léon Blum ou la politique du juste*, 1955.

[50] Lo que sigue aprovecha considerablemente lo dicho en mi *Parliamentary Socialism*, 1961, cap. 9, "The Climax of Labourism".

cada por una gran ola de agitación popular como la producida en Francia; pero, al final de la guerra, existieron no obstante profundas esperanzas populares de que se harían innovaciones, de que se comenzaría de nuevo, un sentimiento muy difundido de que los sacrificios y privaciones sufridos durante la guerra y, por cierto, durante los largos años que precedieron a la guerra, se redimirían a través de una renovación cabal de la trama social inglesa. Este sentimiento hizo posible la victoria laborista y ofreció al nuevo gobierno una oportunidad única. Aparentemente, fue este un momento de peligro para todas las fuerzas conservadoras mayor que el de cualquiera de las crisis anteriores a que tuvieron que enfrentarse, en la larga historia de su supremacía en la vida inglesa.

La realidad, sin embargo, era muy diferente de las apariencias. Las fuerzas conservadoras, de hecho, no corrían ningún peligro. Como sus equivalentes en relación con el gobierno de Blum, estas fuerzas podían depositar toda su confianza en la "moderación" de los hombres a los que habían tenido que entregar el poder ejecutivo por obra del sufragio popular. También en este caso, tuvieron que dar algo a cambio; pero representó, después de todo, un pago notablemente pequeño que dejó intacta la ciudadela principal del poder y del privilegio.

Con mucho, la característica más importante de los hombres que asumieron el poder ejecutivo, en julio de 1945, fue la modestia objetiva de estas ambiciones, en términos económicos y sociales. Sin duda, pensaban en un "nuevo orden social", que tenía que levantarse sobre las ruinas de la guerra. Pero en relación a sus *estructuras básicas*, ese nuevo orden social guardaba notabilísima semejanza con el antiguo.

Tal vez, el testimonio mejor y más probatorio de lo dicho es que, si todo hubiese dependido de los dirigentes laboristas, el Partido Laborista se habría lanzado a la campaña electoral de 1945 exento de todo compromiso a tomar cualquier medida de nacionalización, con excepción de la seminacionalización del Banco de Inglaterra.[51] Lo que deseaban esos dirigentes era mantener, en tiempo de paz, los controles sobre la vida económica que se había introducido durante la guerra, es decir, una economía capitalista de tiempos de paz, más y mejor regulada, además de un sistema más amplio de disposiciones tendientes al bienestar social. El que el gobierno laborista asumiese el poder, comprometido a llevar a cabo un programa de nacionalización, fue resultado de la presión ejercida por los miembros comunes y corrientes del partido antes de la Conferencia del Partido Laborista de 1944 y durante la misma.[52]

[51] *Ibidem*, pp. 276-7.
[52] *Ibidem*, pp. 277-8.

El programa de nacionalización, que el gobierno llevó a cabo mientras estuvo en el poder, fue mucho menos amplio que el deseado por los activistas laboristas, o, quizás, que el que estaban dispuestos a apoyar quienes votaron por los laboristas en julio de 1945; pero, no obstante, fue considerable, puesto que abarcó al Banco de Inglaterra, el carbón, el gas, la electricidad, los ferrocarriles, una parte del transporte por tierra, el cable y el inalámbrico, y de muy mala gana, en las últimas etapas de la vida del gobierno, la industria del hierro y del acero.

Tampoco puede negarse que fueron medidas que desagradaron profundamente a las fuerzas económicas y políticas del conservadurismo y que un gobierno conservador no hubiese deseado adoptar. En este sentido, es perfectamente propio afirmar que existió algún desacuerdo entre estas fuerzas y el gobierno laborista en lo relativo a cuestiones de considerable importancia.

Por otra parte, y en este contexto, hay varias consideraciones que deben tomarse en cuenta. En primer lugar, una de ellas fue expresada por *The Economist* en noviembre de 1945, después que el gobierno anunció sus proposiciones de nacionalización, salvo el hierro y el acero. "Un gobierno declaradamente socialista, con manifiesta mayoría parlamentaria —escribió— bien podría haber avanzado unos cuantos pasos más... si ha de existir un gobierno laborista, el programa ahora anunciado es casi lo menos que podría hacer, sin violar sus ofrecimientos electorales".[53] En otras palabras, el gobierno había introducido un programa *mínimo*, por el cual los intereses capitalistas, por muy desagradables, bien podrían, en las circunstancias del período, sentirse agradecidos.

En segundo lugar, no puede decirse que no viene al caso que algunas de las medidas de nacionalización propuestas y llevadas a cabo por el gobierno hubiesen sido propuestas, o al menos respaldadas, por políticos conservadores y liberales nada menos que desde la primera guerra mundial; y que, como ha señalado el profesor Brady, varias de tales medidas de nacionalización hubiesen sido recomendadas "por comités de investigación especiales encargados de establecer los hechos, dominados por conservadores".[54]

En tercer lugar, que tal vez sea lo más importante, el gobierno mal podría haber sido más generoso con las partes interesadas en relación a la cuestión fundamental de las compensaciones: en resumidas cuentas, los intereses capitalistas cerraron un trato, por demás favorable a ellos, que, en muchos casos, fue mucho mejor que el que hubiesen podido concertar de habérseles dejado dueños de su propiedad.

[53] *The Economist*, 24 de noviembre de 1945, p. 239.

[54] R. A. Brady, *Crisis in Britain. Plans and Achievements of the Labour Government*, 1950, p. 41.

Por último, la manera excesivamente convencional, burocrática y "de negociantes" con que el gobierno interpretó la administración de las industrias nacionalizadas, combinado con su nombramiento de hombres sacados de las empresas en gran escala para formar sus juntas directivas, contribuyó a determinar que el "sector público" agrandado, lejos de constituir, de alguna manera, un estorbo y mucho menos una amenaza para el sector privado, se convirtiera, de hecho, en un auxiliar muy útil.

Bajo este punto de vista, es más fácil comprender el recuerdo de Attlee de que "no hubo mucha oposición real a nuestras proposiciones de nacionalización, y sólo en el caso del hierro y el acero se caldearon los ánimos".[55] A pesar de todo lo dicho de que estas medidas habían engendrado una "economía mixta", para no mencionar la opinión, a menudo expresada, que Inglaterra, a causa de las mismas, había pasado por una "revolución socialista", amable y pacífica, la nacionalización no sólo no debilitó al captialismo inglés sino que, en algunos aspectos esenciales, lo fortaleció. E incluso los capitalistas ingleses, y sus voceros políticos, en la mayoría de los casos, no estuvieron tan ciegos que no vieran algo de esto, o, incluso todo.

Pero es importante comprender, también, que este resultado de la nacionalización no fue algo desagradable para los dirigentes laboristas. Por el contrario, uno de sus objetivos principales había sido la modernización de la empresa capitalista. Dada esta finalidad, las fuerzas conservadoras temían poco a causa de la nacionalización marginal, o del sistema de controles, a través del cual el gobierno, que lo heredó de los tiempos de guerra, procuró, con no mucha eficacia, regular y dirigir la vida económica.[56]

Aun así, y no obstante todas sus insuficiencias, el programa de nacionalización del gobierno laborista podía haber cobrado un carácter muy diferente, si se le hubiese concebido como fundamento de un programa de nacionalizaciones continuo y progresivamente ampliado, destinado a capturar las "alturas de mando" del "sector privado". Pero no existieron tales intenciones en 1945 y, sin sombra de duda, tampoco existieron en 1948. Por el contrario, el gobierno decididamente estuvo en contra de hacer nuevos "experimentos", con excepción del hierro y el acero, y se lanzó a un programa, valga la expresión, de "consolidación", que equivalió, en efecto, a la instalación permanente y explícita del partido laborista en la "economía mixta".[57] A partir de entonces y con excepción de la nacionalización de la industria del acero, los dirigentes laboristas se convirtieron en obstinados ene-

[55] C. R. Attlee, *As It Happened*, 1954, p. 165.

[56] Véase, por ejemplo, A. A. Rogow. *The Labour Government and British Industry 1945-1951*, 1955.

[57] Miliband, *Parliamentary Socialism*, pp. 298 *ss.*

migos de toda ampliación grande de la propiedad pública, y lo han seguido siendo hasta nuestros días.

Fue también en 1948 cuando el gobierno laborista puso en pie un Servicio de Salud Nacional, y un amplio sistema de seguridad social. Estas medidas, pilares del "Estado Benefactor" representaron, por supuesto, una gran ampliación, incluso dramática, del sistema de beneficencia que fue parte del "rescate" que las clases obreras pudieron sacarles a sus dominadores en el transcurso de un centenar de años Pero, no obstante toda su importancia, no constituyó amenaza alguna al sistema existente de poder o de privilegio. Fue en cambio una humanización del orden social *existente*. Y como tal, fue evidentemente importante para las clases trabajadoras. Pero no significó nada para que las fuerzas conservadoras, a pesar de lo mucho que se opusieron al mismo, tuvieran que contemplar con algún grado de alarma o miedo auténtico; y, por cierto, ni siquiera sus enemigos más fuertes se asustaron.

En todo caso, la tranquilización, por si se necesitaba, fue ampliamente proporcionada por la retirada general que trajo consigo el recurso a la "consolidación". Desde 1948 en adelante, el gobierno se despojó rápidamente de las pretensiones reformistas que pudo tener. La crisis económica y financiera a que se enfrentó, que tuvo mucho más que ver con su propia política exterior y sus compromisos en materia de defensa, le proporcionó la excusa para orientarse en direcciones cada vez más ortodoxas en materia de política interior, sobre todo en la adopción de una primitiva versión de "política de ingresos" cuya finalidad primordial fue imponer a los asalariados severas restricciones y congelar el aumento de salarios. No obstante, el gobierno conservó un considerable apoyo electoral. Pero, en el Parlamento, vio cómo su triunfante mayoría de 1945 se redujo, en la elección de febrero de 1950, a no más de 6 curules. Dieciocho meses después, que sólo sirvieron para confirmar su decadencia y pérdida de propósitos, los conservadores estaban de nuevo en el poder.

Diré, una vez más, que gran parte de lo que el gobierno laborista llevó a cabo no fue del agrado de las fuerzas y de los intereses conservadores. También, que estos últimos deberían agradecer al gobierno laborista el que no se hubiese propuesto hacer más cosas; incluso, debe ser mayor motivo de gratitud aun que lo hecho por ese gobierno no les causó ningún grave perjuicio. Bajo un punto de vista conservador, no es una nadería que el precio que las clases dominantes sabían que debían pagar, por causa del radicalismo de la guerra, para el mantenimiento del orden social existente haya sido tan pequeño, relativamente. Por esto, tienen contraída una deuda de gratitud para con los dirigentes laboristas y para con un movimiento laborista que aceptó sin mayores protestas la "moderación" de sus dirigentes.

Esta "moderación" no fue algo que constituyera una feliz pero inesperada sorpresa para los dirigentes de los conservadores ingleses. Se daban perfecta cuenta de ella, incluso en los negros días de julio de 1945, cuando llegó al poder el gobierno laborista.

En el caso de Léon Blum, en 1936, y de algunos de sus ministros, los conservadores franceses bien pudieron considerar que eran hombres temperamental, ideológica y políticamente imprevisibles; y que podrían sentir la tentación, no obstante las seguridades ofrecidas anteriormente, de desplazarse más hacia la izquierda, bajo la presión de sus aliados comunistas, de sus propios partidarios comunes y corrientes, y de las demandas populares.

No se podían abrigar seriamente tales temores en relación a los hombres que asumieron el poder en el ejecutivo de Inglaterra en 1945. Los conservadores, y notablemente Churchill, habían procurado sugerir, en la campaña electoral, que Inglaterra se enfrentaba a un inminente peligro de totalitarismo, de caer en un estado policíaco y en un socialismo rojo en general. Pero eran lemas para vender y de nada valieron; y es por demás improbable que la mayoría de quienes así pretendieron asustar a los electores hayan creído de verdad en una sola palabra de lo dicho. Pues conocían a los hombres que habrían de encabezar el gobierno laborista no sólo como opositores moderados y "responsables" desde antes de la guerra, una de cuyas tareas principales había sido la de atenuar y rechazar las demandas de política más radical realizada por la izquierda, sino como colegas de tiempo de guerra por demás dignos de confianza, de los cuales discrepaban, en cuestiones de política fundamental, más por diferencias de grado que de esencia. El que hombres como Attlee, Bevin, Dalton y Morrison, o incluso Cripps, el antiguo campeón de la izquierda, quedasen presa repentinamente de violentos impulsos revolucionarios al llegar al poder (o, más bien, al volver de nuevo al poder) no fue una noción que pudiese preocupar grandemente a los hombres públicos experimentados.

Una clara indicación, entre otras muchas, de la continuidad que habría de existir en el período de cambio inminente, fue que el nuevo gobierno aceptó, sin discusión, que le sirvieran exactamente los mismos funcionarios civiles de sus antecesores. Attlee recordó más tarde que cuando regresó de la Conferencia de Potsdam después de las elecciones, esta vez como primer ministro, "nuestros amigos norteamericanos se sorprendieron al observar que no habíamos hecho cambios en nuestros consejeros oficiales y que yo me hubiese quedado, en calidad de secretario privado principal, con Leslie Rowan, que había desempeñado las mismas funciones con Churchill".[58] Ésta fue la norma general

[58] Attlee, *As It Happened*, p. 149.

del gobierno, y de su vida. Lo que hizo tranquilizar a las fuerzas conservadoras fue no sólo que los ministros estuviesen aconsejados por hombres en cuyo "buen sentido" estas fuerzas confiaban plenamente; fue más importante aun la indicación implícita de que los nuevos hombres no perseguían finalidades que los llevasen a rodearse de consejeros diferentes, menos ortodoxos.

En ningún otro campo, como el de los asuntos exteriores, fue más pronunciada la congruencia de concepciones entre los dirigentes laboristas y los conservadores. Los ministros laboristas de la Coalición Churchill habían mostrado ya que no discrepaban mayor cosa de las concepciones y actitudes conservadoras en los grandes rasgos de la política de la posguerra, y Attlee le aseguró a Churchill, antes de la conferencia de Potsdam, que no creía "discrepar en los grandes lineamientos políticos, que tan a menudo hemos discutido juntos".[59] Y ocurrió otro tanto cuando Attlee tomó el cargo de primer ministro y regresó a Potsdam acompañado por Ernest Bevin en calidad de secretario del exterior. El que entonces era secretario de estado norteamericano observó más tarde que "la posición de Inglaterra, en lo relativo a las cuestiones ventiladas en la conferencia, no cambió en lo más mínimo, hasta donde podemos advertirlo, a causa de la sustitución de los señores Churchill y Eden por los señores Attlee y Bevin. Esta continuidad de la política exterior inglesa me impresionó".[60] De hecho, Byrnes notó que la actitud de Bevin respecto de los rusos era "tan agresiva" que tanto "el presidente como yo nos preguntamos por si podríamos llegar a entendernos con este nuevo ministro de asuntos exteriores".[61] Con razón pudo escribir Churchill, en marzo de 1946, a James Forrestal, secretario norteamericano de Defensa, que "hay mucho consuelo en la victoria de Bevin, porque Bevin podrá hablar más firme y claramente a Rusia que yo, en virtud de ser un gobierno laborista".[62] El siguiente comentario retrospectivo de un primer ministro conservador posterior nos puede servir, igualmente, de indicación precisa de la estrecha coincidencia de opiniones, en materia de política exterior, entre el gobierno laborista y la oposición conservadora: "aunque yo hubiera tratado algunos acontecimientos de manera diferente a la suya (es decir, a la de Bevin). —Sir Anthony Eden escribió en 1960— estuve de acuerdo con los fines de su política exterior y con la mayor parte de lo que hizo, y nos reunimos frecuentemente. Solía invitarme a su despacho

[59] K. Martin, *Harold Laski, 1893-1950*, 1953, p. 169. Un ejemplo notable de este acuerdo acerca de las "líneas políticas principales" fue el apoyo de los ministros laboristas a la intervención militar del gobierno de coalición en Grecia contra la izquierda.

[60] J. Byrnes, *Speaking Frankly*, 1947, p. 79.

[61] *Ibidem*, p. 79.

[62] W. Millis (comp.), *The Forrestal Diaries*, 1951, p. 144.

de la Cámara de los Comunes donde discutimos, informalmente, los acontecimientos. En el Parlamento, por lo común, estaba de acuerdo con él en los debates y hubiera hecho público, más a menudo, mi acuerdo con él si no hubiera tenido la preocupación de resultarle embarazoso".[63] Sobra decir que este acuerdo no provino de alguna milagrosa conservación de la oposición conservadora a una política característicamente laborista, y mucho menos socialista. No existieron estas políticas: solamente, como Eden señaló con razón, diferencias de opinión en el "manejo" de algunas cuestiones. Así por ejemplo, tal vez un gobierno conservador no habría aceptado tan fácilmente, como lo hizo el gobierno laborista en 1947, la independencia política de la India, Birmania y Ceylán. Es pura especulación indagar si un gobierno conservador, en las circunstancias del período, se hubiese opuesto, o hubiese podido oponerse durante largo tiempo a la independencia. Pero lo más pertinente es señalar que, al aceptarla, no puede decirse, de ninguna manera que el gobierno laborista haya perjudicado o ultrajado los intereses conservadores. Cabe señalar también que tanto en los asuntos exteriores como en los coloniales, estos intereses, lo supiesen o no, encontraron en el gobierno laborista un aliado resuelto y confiable. En resumidas cuentas, el mismo juicio puede formularse, razonablemente acerca de la dirección de todos los asuntos del gobierno laborista entre 1945 y 1951.

Debemos hacer mención de un tercer caso, el de Francia en el momento de su liberación en 1944, cuando las élites tradicionales, bastante desprestigiadas por su colaboracionismo durante la guerra, quedaron, durante un breve momento, que debió parecer interminable, efectivamente despojadas no sólo de toda influencia política sobre su propio destino y el de su país, sino también de la protección del Estado, puesto que el Estado en el que podían confiar había dejado de existir y esta vez en el momento en que una izquierda resurgiente y armada estaba a punto de salirse con la suya.[64]

Pero también en este caso la realidad era mucho menos dramática. Por dos razones principales (y relacionadas entre sí), las apariencias no coincidían con la realidad. La primera fue que De Gaulle, durante la guerra, había conseguido obtener el reconocimiento de todos los movimientos de la "resistencia" sin exceptuar los comunistas, como líder de la resistencia y, por consiguiente, del gobierno que recibía a Francia, una vez liberada.

[63] Sir A. Eden, *Memoirs, Full Circle*, 1960, p. 5.

[64] Véase por ejemplo, P. M. de la Gorce, *De Gaulle entre deux mondes*, 1964, pp. 339 *ss.*; por lo que respecta al colapso político de la "derecha clásica", después de la Liberación, véase, por ejemplo, René Rémond, *La droite en France*, 1963, pp. 243 *ss.*

Pero los objetivos perseguidos por De Gaulle, durante la guerra, no fueron simplemente los de liberar a Francia, sino también los de impedir que esa liberación cobrase carácter revolucionario y proporcionase a la izquierda, sobre todo a los comunistas, una voz importante, y mucho menos predominante, en el arreglo general de posguerra.[65] En este cometido, De Gaulle tuvo un éxito extraordinario.

Pero ese éxito fue facilitado muchísimo por un segundo factor de la situación política de Francia, en el momento de la Liberación, a saber, que el Partido Comunista francés, aunque tuviese como mira la realización de grandes reformas económicas y sociales, no estaba de ninguna manera dispuesto a nada que se pareciese a una "toma revolucionaria" del poder[66] y aceptó, con pocas dificultades, un lugar de menor importancia en el reconstruido gobierno provisional que De Gaulle nombró el 9 de septiembre de 1944. En ese gobierno figuraron dos comunistas, encargado uno del ministerio del aire y el otro de la salubridad pública. En él figuraron, también, cuatro miembros del Partido Socialista; pero no podían hacer concebir sospechas de inclinaciones socialistas en los demás miembros del gobierno, algunos de los cuales, por ejemplo René Pléven y George Bidault, subsecuentemente, fueron destacados políticos conservadores en la Cuarta República. En todo caso, el gobierno estuvo dominado por el mismo general, que, en los campos económico y social, habría de optar siempre, con seguridad, por las políticas ortodoxas en vez de las radicales.

No obstante, incluso un gobierno tan esencialmente "moderado" no podía y, en verdad, no tenía muchos deseos de evitar la realización de un programa de nacionalización sustancial, aunque limitado y asistemático, que abarcara las minas carboníferas del norte, las fábricas Renault, el gas, la electricidad, el Banco de Francia y las cuatro principales instituciones de crédito. Todavía

[65] Véase por ejemplo, Charles de Gaulle, *Mémoires de guerre*, vol. 2, *L'unité, 1942-1944*, 1956.

[66] En noviembre de 1944, una amnistía permitió que regresase a Francia, desde Rusia, Maurice Thorez, secretario general del Partido Comunista. Al explicar por qué lo aceptó, De Gaulle señaló que: "teniendo en cuenta las circunstancias de antaño, los acontecimientos del ayer, y las necesidades de hoy, considero que el retorno de Maurice Thorez, como jefe del Partido Comunista, puede traer más ventajas que inconvenientes... Desde la víspera de su llegada a Francia, ha ayudado a poner fin a los rezagos de las "milicias patrióticas" que algunos se obstinan en mantener bajo una nueva clandestinidad. En lo que le permite la protección y dura rigidez de su partido, se opone a las tentativas de usurpación de los comités de liberación y a los actos de violencia, mediante los cuales pretenden librarse de los grupos sobreexcitados. No cesa de dar como consigna "trabajar lo más posible y producir cueste lo que cueste" a los numerosos obreros, particularmente mineros, que escuchan sus arengas". Charles de Gaulle, *Memoires de guerre*, vol. 3, *Le salut, 1944-1946*, 1959, pp. 100-1. Véase, también, J. Fauvert, *Histoire du Parti Comuniste française*, 1965, vol. 2, 3ª parte.

menos que en el caso inglés, estas medidas tenían como objetivo constituir el primer paso en la transformación integral del orden económico y social francés. Su finalidad, a juicio de la mayoría de los miembros del gobierno provisional, y, sin duda, a juicio de De Gaulle, era fortalecer el papel desempeñado por el Estado en una situación económica que pedía urgentemente su intervención; y la misma finalidad habrían de cumplir los mecanismos de planeación que entonces se crearon. Pero la intervención se habría de producir en el contexto de una economía de empresa predominantemente privada, cuyo subsistente carácter privado y capitalista fue dado por De Gaulle y por la mayoría de sus ministros. Como dijo en aquel momento el ministro socialista de producción, "un amplio sector libre sigue siendo la condición fundamental de la actividad y de la recuperación económica de Francia".[67]

Apenas un año después de la Liberación, el 21 de octubre de 1945, las elecciones generales dieron a los partidos comunista y socialista una mayoría absoluta en la nueva Asamblea constituyente, y también en el país. "Francia —observa Jacques Fauvet— se muestra entonces madura para el Frente Popular, quizás, también, para la democracia popular", pero, añade, "la sola presencia de un hombre, De Gaulle y con él y después que él la de un partido, el MRP, impedirán que se realice".[68] La "derecha clásica" había sido derrotada completamente en las elecciones. Pero un nuevo y heterogéneo Partido Demócrata cristiano, el Mouvement Republicain Populaire, había obtenido cerca de 4 780 000 votos y 141 curules, en comparación con 148 de los comunistas y 134 de los socialistas. Había mucho "radicalismo" en el MRP, pero ese partido pronto e inevitablemente pasó a ser un inapreciable sustituto político de los partidos explícitamente conservadores e hizo las veces, a falta de algo mejor, de instrumento decisivamente importante de los objetivos conservadores. O, mejor dicho, pudo desempeñar su papel porque el Partido Socialista se negó a participar en un gobierno que no incluyera al MRP, el cual, a su vez, sólo aceptaba a De Gaulle como presidente del nuevo gobierno provisional. El Partido Comunista, que hubiera preferido un gobierno socialistacomunista sin De Gaulle, atenuó inmediatamente sus propias demandas con tal de participar en el gobierno; y sus dirigentes estuvieron de acuerdo, también, en quedar excluidos, por obra de De Gaulle, de todo ministerio "estratégico", como los de defensa, interior y asuntos exteriores.[69] A cambio de esto obtuvieron cuatro ministerios "económicos", el de producción industrial, el de asuntos económicos, el de tra-

[67] Citado en B. D. Graham, *The French Socialists and Tri-partisme 1944-1947*, 1965, p. 48.
[68] J. Fauvet, *La IV^e^ République*, 1959, p. 53.
[69] De Gaulle, *Mémoires de guerre*, vol. 3, pp. 274 *ss.*

bajo y el de armamento; y Maurice Thorez pasó a ser uno de los cuatro ministros de Estado, o superministros, que, sin embargo, tenían más rango que poder.

Al aceptar tantos desaires y componendas, los dirigentes comunistas sin duda estaban proporcionando expresión concreta a la imagen "nacional" que entonces tenían tanto interés en proyectar; y bien pudieron creer que su participación en lo que era claramente un gobierno no socialista e incluso antisocialista era una etapa necesaria en el avance que finalmente conduciría a una toma socialista del poder, con su propio partido a la cabeza.

Si esto es lo que creyeron, entonces cometieron un grave error de cálculo. La participación comunista, lejos de "radicalizar" notablemente al gobierno contribuyó, por el contrario, a "desradicalizarlo" o por lo menos a atenuar la parte más militante del movimiento obrero. Esto es lo que había esperado lograr De Gaulle, al admitir a los comunistas en su gobierno: "al menos durante cierto tiempo —escribió más tarde— su participación, bajo mi mando, contribuiría a acelerar la paz social, de la que tanto necesitaba el país".[70]

La situación no sufrió grandes transformaciones cuando De Gaulle renunció bruscamente el 20 de enero de 1943. El gabinete entonces formado por el socialista Félix Gouin contó con otro comunista más, al cual se le dio la dirección de un departamento consagrado a los asuntos de los veteranos y de las víctimas de la guerra; y Maurice Thorez fue nombrado vicepremier. El Partido Comunista francés, cuyos dirigentes estaban empapados del "espíritu de Yalta" orgullosamente se siguió proclamando "Parti de la Reconstruction Française", y tal vez se mereció el título. Pero la "reconstrucción" en la que desempeñó papel tan notable fue la reconstrucción de una economía predominantemente capitalista, y la renovación producida fue la de un régimen cuyos beneficiarios principales no fueron las clases obreras, sino las élites capitalistas y tradicionales cuya situación en el momento de la liberación había parecido ser tan precaria. Aquí también, se puede discutir si una estrategia diferente, en las circunstancias de la época y desde el punto de vista del Partido Comunista y de las clases trabajadoras, hubiese podido producir resultados mejores. Pero de lo que casi no se puede dudar es que la presencia comunista en el gobierno, entre 1944 y 1947, cuando se sacó del gobierno a los ministros comunistas, no encerró la amenaza para la clase dominante francesa, y, de hecho, fue para ella considerablemente ventajosa.

Las mismas conclusiones son válidas, también, respecto de la experiencia italiana de participación comunista en el gobierno después de la guerra. Más aún que en Francia, la liberación pa-

[70] *Ibidem*, p. 276.

reció ofrecer a la izquierda insólitas oportunidades para una toma revolucionaria del poder. Pero aunque los conservadores italianos no tenían un De Gaulle que los protegiera, sí tenían a las fuerzas aliadas, cuyos gobiernos, como se ha señalado, "no hubieran permitido el establecimiento de un gobierno comunista, o procomunista, en un país que, según los acuerdos interaliados de la época de la guerra, debía quedar dentro de la esfera occidental de influencias".[71] Y, en todo caso, los líderes comunistas y socialistas no tenían ambiciones revolucionarias. Lo que querían conseguir, como en Francia, era una participación ministerial en una coalición gubernamental que no era de la "izquierda". Y esto lo consiguieron. Pero no consiguieron muchas cosas más. El "resurgimiento de la economía —como se ha señalado también— se encomendó esencialmente a las actividades de un sistema de libre empresa".[72] En este caso también, una clase dominante, golpeada pero no doblegada, tuvo que pagar un precio notablemente pequeño por la perpetuación de su predominio.

En este capítulo he dicho que los círculos de los hombres de negocios y de los propietarios, en los países capitalistas avanzados, por lo general, han podido confiar en la buena voluntad positiva y activa de sus gobiernos; y que, cuando se ha llegado a formar gobiernos en cuyos miembros o en algunos de ellos, no se podía confiar igualmente, en cuanto al objetivo final y en cuanto a la retórica oficial de sus partidos, su dirección *real* de los asuntos públicos redujo grandemente, o anuló del todo, los peligros a que dichos intereses estaban condenados a enfrentarse.

Pero hay otros elementos del sistema estatal cuyas disposiciones ideológicas y actividades prácticas tienen importancia capital en la determinación de la relación del Estado con la sociedad y las diferentes clases e intereses que la forman. Por consiguiente, un cuadro completo del papel desempeñado por el Estado debe tomar en cuenta la contribución de esos otros elementos. Es lo que me propongo hacer en el capítulo siguiente, consagrado al papel desempeñado por las élites administrativa, coercitiva y judicial en la configuración política del capitalismo avanzado.

[71] G. Mammarella, *Italy After Fascism*, 1966, p. 92.
[72] N. Kogan, *A Political History of Postwar Italy*, 1966, p. 42.

5

SERVIDORES DEL ESTADO

I

Mientras los dirigentes políticos de los países de capitalismo avanzado portan, por lo general, etiquetas políticas y partidistas concretas, los funcionarios públicos superiores,[1] por lo general no. Sin duda, los gobiernos, en algunos de estos países, llevan al aparato administrativo hombres de su mismo partido y coloración política, o los ascienden en lugar de otros. Pero, en su mayor parte, no se espera que las élites administrativas de estos sistemas políticos estén constituidas por hombres del partido. Por el contrario, se afirma insistentemente, y los mismos funcionarios son los que más insisten, que son políticamente "neutrales", que su preocupación primordial, y por cierto exclusiva, es regir los asuntos del Estado bajo la dirección de sus amos políticos.

Ya dije anteriormente que considerar a los altos funcionarios como simples ejecutantes de políticas, en cuya determinación poco o nada tienen que ver, es por demás irrealista. Esto no quiere decir que los "burócratas" tengan necesariamente "sed de poder" o que "rijan al país" mientras los ministros proporcionan tan sólo una conveniente fachada al gobierno burocrático. Este cuadro tampoco coincide con la realidad. La verdadera posición de la alta burocracia se encuentra entre estos dos extremos: es pauta general que estos hombres desempeñen un papel importante en la toma de decisiones gubernamentales y, por tanto, constituyan una fuerza considerable en la configuración del poder político en sus sociedades.

En lo que respecta a la manera en que se ejerce este poder, la noción de "neutralidad", que a menudo se le asocia, es por demás falsa y engañosa; en efecto, con sólo reflexionar un momento se descubre el absurdo de tal pretensión: hombres profundamente metidos en los asuntos políticos, que desempeñan un papel capital no sólo en la aplicación sino en la determinación de la política, como lo son sin duda estos hombres, probablemente no estarán exentos de algunas inclinaciones ideológicas bien definidas, por poca conciencia que puedan tener de ellas; y estas inclinaciones no pueden menos de afectar no sólo a todo el ca-

[1] En este capítulo, por funcionarios públicos se entiende a los que despectivamente se llaman en todas partes "burócratas" y que en Inglaterra componen el famoso "Civil Service". [T.]

rácter y orientación de los consejos que ofrecen, sino también a la manera en que llevan a cabo sus tareas administrativas.[2]

Tampoco puede dudarse del sentido de estas inclinaciones ideológicas: los altos funcionarios civiles, en los países del capitalismo avanzado, desempeñan, por lo general, un papel conservador en los consejos de Estado, para reforzar las propensiones conservadoras de gobiernos en donde ya están bien desarrolladas, y para servir de elemento inhibidor respecto de gobiernos en donde son menos pronunciadas.

Al igual que en el caso de los dirigentes políticos conservadores, entre estas inclinaciones pueden figurar un interés liberal y progresista en este o aquel punto de reforma, así como un punto de vista escéptico, o incluso cínico, en relación a muchos de los aspectos del orden social. En todo país capitalista, algunos altos burócratas han desempeñado, a veces, un importante papel en la reforma social, económica, administrativa y militar. Pero esto, en general, ha constituido más la excepción que la regla; y cuando ha ocurrido, esta propensión a la reforma ha sido también perfectamente compatible y consistente con una firme disposición y determinación a fortalecer el orden social.

Dadas sus inclinaciones ideológicas, evidentemente no hay razón para que los funcionarios civiles superiores no se muestren más o menos "neutrales" entre los diferentes partidos y agrupamientos conservadores cuyos representantes se suceden en el poder; y sobran razones para que presten servicios, con igual celo, a cualquier gobierno, dentro de este estrecho espectro, que la ola del sufragio universal pueda poner en su camino.

Ni tampoco hay necesidad de apartarse mayormente de tal "neutralidad" cuando el dicho espectro se ensancha un tanto, como cuando llegan al poder gobiernos socialdemócratas. Estos últimos, como ya hemos dicho, nunca han tratado de poner en práctica un conjunto coherente de políticas tan discrepantes de los intereses y modos de pensamientos conservadores que les puedan resultar totalmente intolerables; y los altos burócratas, al tratar con tales gobiernos, por consiguiente, no se han visto obligados a realizar una clara elección entre servir a lo que entienden por "intereses nacionales" y servir al gobierno del momento.

Ésta es la razón, dicho sea de paso, por la cual los excesivos elogios, que los ministros socialdemócratas, a menudo, han rendido a la lealtad, devoción y celo de "sus" servidores civiles, nos parecen algo ingenuos, o, incluso, patéticos. Pues esa lealtad

[2] Como dijo un antiguo alto funcionario norteamericano: "los funcionarios públicos, tanto civiles como militares, no son neutrales. Hablan e inevitablemente hablan como abogados". R. Hillsman, *To Move a Nation: The Politics of Foreign Policy in the Administration of John F. Kennedy*, 1967, p. 8.

elogiada es mucho menos la expresión de la infinita adaptabilidad ideológica y política de los funcionarios civiles que la infinita adaptabilidad de los dirigentes socialdemócratas a los objetivos conservadores.

Puede argüirse plausiblemente que, como nunca se ha escrito el guión, en un país capitalista avanzado, el papel exacto que la alta burocracia decida desempeñar o pueda ejecutar, en caso de llegar al poder un gobierno inclinado al cambio revolucionario, es pura conjetura. En todo caso, tal gobierno, presumiblemente, procurará realizar cambios profundos en el aparato administrativo y nombrar a un personal con cuya devoción y apoyo pueda contar. De hecho, la determinación de realizar cambios administrativos importantes sería uno de los criterios primordiales de la seriedad de sus intenciones. Pues, si no lo hiciera, heredaría un conjunto de funcionarios que tendrían como preocupación primordial, o como una de sus principales preocupaciones, se supone, limitar el "daño" que tal gobierno haría, y hacer todo lo posible por interponer inhibiciones administrativas a las medidas políticas que les pareciesen totalmente aborrecibles y, con toda sinceridad, perjudiciales al "interés nacional". El que esto fuese tanto como un "sabotaje administrativo", a menudo pronosticado y temido por la izquierda, es, en gran parte, cuestión de definición. Lo importante es que, según el lugar y las circunstancias, sin duda, los gobiernos inclinados a la realización de un cambio revolucionario no pueden esperar que la tan cantada "neutralidad" de las élites administrativas tradicionales valga también para ellos, y mucho menos contar con el apoyo devoto y entusiasta para su política que necesitarían tener.

Y ni siquiera es ésta la clase de gobierno tan sólo la que debe prever conflictos con estas élites tradicionales. *Cualquier* gobierno dispuesto a realizar reformas que tengan una connotación "radical" descubrirá, con toda probabilidad, que muchos, si no todos, de sus consejeros profesionales se mostrarán mucho menos entusiastas, e incluso, probablemente, hostiles. Un dirigente político fuerte y decidido, que sepa lo que quiere y cuente con el apoyo de sus colegas, bien podrá salvar los obstáculos que se levanten en su camino. Pero esto no es lo mismo que decir que no existirán los obstáculos, entre otras cosas, como dice el profesor Neustadt, en lo que respecta a los Estados Unidos, porque "los especialistas de los niveles superiores de los servicios gubernativos de carrera pueden contar todavía con reservas casi ilimitadas de ese enorme poder que consiste en cruzarse de brazos".[3]

[3] R. E. Neustadt, *Presidential Power*, 1960, p. 48. Obsérvese también el comentario de un autor francés: "En cada administración existe una resistencia más o menos abierta a la directiva de los ministros, conflicto en el cual la administración se topa tanto con la competencia técnica como con la estabilidad. Los ministros pasan, pero los servicios permanecen, y

En lo que respecta a Inglaterra, el señor Sisson ha afirmado que la tarea de los altos funcionarios públicos, "como la de la 'corona', es mantener la continuidad" y que "su profesión les exige esforzarse más en pro de la continuidad del reino que en lograr el éxito de un partido".[4] Esta afirmación es, por demás, extraña: pues lejos de encerrar la clase de "neutralidad" que, según el señor Sisson, es característica distintiva de la alta burocracia, lleva a esta última a la adopción de una actitud muy poco neutral respecto de *acciones políticas* que, en su opinión, garantizan "la continuidad del reino" y respecto de innovaciones que no la aseguran o incluso parecen amenazarla. Aun así, el administrador bien podrá ceder ante la voluntad de sus amos políticos y rendirles servicios en la ejecución de políticas que le parezcan equivocadas. Pero lo hará, pues no puede menos de hacerlo, con maneras que procuren "limitar el daño". Esta postura, con toda probabilidad, frustrará toda innovación radical y no mejorará en nada sus posibilidades de éxito. En pocas palabras, la alta burocracia, dentro del sistema estatal, es la voz de la cautela y la moderación y su lema permanente es "No con demasiado celo", al menos en lo que respecta a las reformas radicales. La burocracia, aislada como lo ha estado por lo general de las presiones populares a las que han tenido que prestar atención, por lo menos parcialmente, los políticos que andan en busca de votos, ha desempeñado sobre todo el papel de abogado del *status quo* del precedente conservador, de la rutina consagrada. Esto será o no estimado como una función admirable y necesaria. Pero es incompatible con la noción de "neutralidad", con la que generalmente se califica a las burocracias de los países capitalistas avanzados.

El conservadurismo de los altos burócratas de los países capitalistas avanzados no debe interpretarse en términos generales sino en términos concretos, en relación con las configuraciones y jerarquías de clase de estas sociedades particulares, y ha de entenderse que su objetivo primordial no es simplemente la defensa *del* orden social sino de *un* orden social particular característico de estas sociedades, en todas sus manifestaciones principales. Dicho de otra manera, los altos burócratas de estos países no son simplemente conservadores en general; son conservadores porque, dentro de la esfera que les corresponde, son los aliados, conscientes o inconscientes, de las élites económicas y sociales existentes.

se dice, con frecuencia, que si Francia no es gobernada sí es administrada; a esto le debe la supervivencia" M. Waline, "Les résistances techniques de l'administration au pouvoir politique", en *Politique et Technique*, 1958, p. 168.

[4] C. H. Sisson, *The Spirit of Administration*, 1959, p. 124.

Varias razones explican esto. La más evidente de todas, de la que ya hemos dicho algo, es que la extracción social, así como la educación y posición de clase de los altos burócratas los hacen ser parte de un medio social específico cuyas ideas, prejuicios y puntos de vista suelen compartir y que influyen en su concepción de los "intereses nacionales", o de hecho la definen.

Pero esto no es todo, ni mucho menos. Tenemos también el hecho —al que a menudo no se le presta atención en este contexto— de que la "salud" ideológica de los altos burócratas (y de muchos otros también) no es cosa que, en estos países, se deje al azar. El reclutamiento y los ascensos ya no están, en lo principal, determinados por la extracción social o el credo religioso.[5] Tampoco se quiere que los burócratas de estos sistemas suscriban una determinada doctrina o ideología política. Pero, no obstante, se les exige que estén situados dentro de un espectro de pensamiento en el cual un vigoroso conservadurismo constituya un extremo y un débil reformismo, el otro. Fuera de ese espectro, acecha el grave peligro, y, en algunos países, la certeza absoluta, de una infortunada carrera administrativa o de no hacer carrera burocrática en lo más mínimo.

En todos los países capitalistas, aunque con grados diferentes de intensidad (los Estados Unidos van a la cabeza y sacan franca ventaja a los demás) los aspirantes al servicio civil y los miembros del mismo están sujetos a procedimientos de selección y comprobación de seguridad que se han convertido en rasgo conocido y permanente de la vida administrativa occidental.[6] La razón oficial dada para justificar estos procedimientos es que de esta

[5] Aunque la *falta* de afiliación religiosa, por no hablar de una profesión explícita de ateísmo, en algunos países, puede ser decididamente inconducente a la realización de una buena carrera administrativa (véase, por ejemplo, A. Crosser, *La démocratie de Bonn*, 1958, p. 180).

[6] Para enterarse de las exageraciones grotescas a que se ha llegado, en la selección de personal en los Estados Unidos, véase, por ejemplo, R. G. Sherill, "Washington's Bland Bondage", en *The Nation*, 20 y 27 de febrero de 1967.

Este proceso no está limitado a la vida administrativa. En los Estados Unidos, señala un autor, "alrededor de veinticinco mil empresas industriales de propiedad privada, distribuidas por todo el país, operan con reglamentos de seguridad ideados por el Pentágono y cuidadosamente comprobados por equipos militares visitantes... oficiales de seguridad, que actúan bajo la dirección de autoridades militares y, a menudo para desagrado de los funcionarios de la compañía, se han hecho cargo de una parte considerable de las funciones de la dirección de personal. En teoría, no pueden contratar, ni despedir a nadie. En la práctica, su palabra es a menudo ley". J. Raymond, *Power at the Pentagon*, 1964, pp. 154-5. En 1956, otro autor observó que "en un período muy breve, tal vez una quinta parte del total de personas empleadas en los Estados Unidos (además muchas de sus familias) han estado sujetas a indagaciones concernientes a sus asociaciones, sus ideas políticas y sus creencias a fin de 'entresacar' a un grupo diminuto que pudiese ser causa de desconfianza". W. Gellhorn, *Individual Freedom and Governmental Restraints*, 1956, p. 41.

manera no se corren "riesgos de seguridad" en el servicio al Estado, sobre todo en cargos importantes y "centrales". Pero la noción de que constituya un "riesgo para la seguridad" es elástica y se puede ampliar fácilmente hasta abarcar a todo aquel cuyas opiniones e ideas respecto de cuestiones importantes no coincidan con una norma de "salud" definida en función del consenso conservador predominante.[7] Además, el conocimiento que tienen los burócratas de lo que se espera, o exige de ellos, en cuestiones ideológicas y políticas, puede ser suficiente para garantizar que quienes puedan sentir la tentación de desviarse del camino estrecho por el que deben andar dominarán y suprimirán la tentación. En todo caso, no abundan.

Pero lo que quizá sea más importante que estos factores para reforzar el criterio conservador de los altos burócratas y para dar a ese criterio una orientación concreta, capaz de convertirlos en puntales positivos del mundo del capitalismo de las grandes empresas, es su intimidad cada vez mayor con ese mundo.

En primer lugar, la intervención estatal en la vida económica trae consigo una relación constante entre hombres de empresa y servidores públicos, no como antagonistas o siquiera como representantes de intereses diferentes y divergentes, sino como socios al servicio de un "interés nacional" que los servidores públicos, lo mismo que los políticos, pretenden definir en términos congruentes con los intereses a largo plazo del capitalismo privado.

Además, el mundo de la administración y el mundo de las empresas en gran escala están ahora cada vez más vinculados en función de un personal casi intercambiable. Hemos visto ya que un número cada vez mayor de hombres de empresa se abre camino hasta alguna parte del sistema estatal, tanto en el nivel político como en el administrativo. Pero así también los altos servidores públicos, cada vez con mayor regularidad, encuentran su camino hacia la gran empresa. Ya desde 1946, un autor francés afirmaba que "para la élite que constituye el *gran cuerpo* del Estado, la administración no es ahora sino la antecámara de una posición en el mundo de los negocios".[8] Desde entonces, esta pauta se ha vuelto mucho más pronunciada. "Durante muchos años —señala otro autor francés— el Servicio de Inspección de Finanzas, el Conseil d'État... los prefectos y subprefectos que encabezan la administración regional francesa, han proporciona-

[7] Por otra parte, dos autores franceses señalan, legítimamente, el ingreso en la École Nationale d'Administration, en 1962, de dos alumnos por demás extremistas, uno de la izquierda y otro de la derecha (el último de los cuales había sido encarcelado por activismo de extrema derecha); e indican que esto simboliza "un liberalismo que no tiene equivalente en otro país incluso en los que se cataloga como más democráticos". F. Goguel y A. Grosser, *La politique en France*, 1964, p. 224.

[8] P. Dieterlen, *Au delá du capitalisme*, 1946, p. 359.

do a las principales industrias francesas un número creciente de ejecutivos superiores, de vicepresidentes y presidentes"; por cierto, este autor habla de la posible "construcción de una sola oligarquía de gerentes o tecnócratas que trabajan en el mundo de los negocios, en las industrias públicas o en los gobiernos".[9] Exactamente la misma conclusión puede sacarse en todos los demás países capitalistas.

Esta intercambiabilidad entre el servicio gubernamental de diversas clases y los círculos de negocios es, particularmente, característica de la nueva camada de "tecnócratas" incubada por el intervencionismo económico del Estado "neocapitalista", la cual ejerce una influencia y un poder considerables en toda una variedad de departamentos, organismos de planificación, juntas regulativas, instituciones financieras y de crédito, industrias y servicios nacionalizados; y también lo es de la camada, aún más nueva, de "tecnócratas" internacionales al frente de las instituciones supranacionales que han surgido a consecuencia de la internacionalización del capitalismo avanzado.

Estos hombres no pertenecen, exclusivamente, ni al mundo del gobierno, ni al mundo de los negocios. Pertenecen a ambos y forman parte de ambos, se desplazan fácilmente entre ellos, con tanta más facilidad cuanto que las fronteras que separan a estos mundos son cada vez más vagas e imprecisas. "No es raro —señala un autor en relación a Francia— ver gerentes del sector publico nacionalizado detentar cargos en la junta de compañías mixtas o de organismos técnicos; de manera semejante, los *inspectores de finanzas* a menudo pasan a desempeñar cargos de gerencia en las empresas privadas, en los bancos, o en las empresas nacionalizadas. A su vez, los gerentes del sector privado participan cada vez más en la elaboración de la política económica del Estado."[10]

La dificultad que tienen los tecnócratas en distinguir entre los "intereses del sector privado" y los del sector público está bien ejemplificada por el siguiente comentario de uno de los "grands commis", que llegó a ser presidente de la empresa Schneider, uno de los complejos industriales más grandes de Francia, después de haber sido director de *Electricité de France*:

[9] G. M. Sauvage, "The French Businessman in his Milieu", en Cheit, *The Business Establishment*, p. 235.

[10] J. Billy, *Les techniciens et le pouvoir*, 1960, p. 55. Véase también J. Brindillac, "Les hauts fonctionnaires", en *Esprit*, junio de 1953, p. 837. Vale la pena señalar que, de 240 *inspectores de finanzas* o de antiguos miembros de esta super élite económica del Estado francés, que vivían en 1953, 70, o cerca del 30%, pertenecían al sector privado de la economía, después de haber renunciado al servicio u obtenido licencia. "La France et les Trusts", en *Economie et politique*, núms. 5-6, 1954, p. 194. Un examen detallado de este grupo de élite nos indica también que estos hombres ingresaron los sectores más dinámicos y poderosos de la empresa en gran escala francesa. Véase P. Lalumière, *L'inspection des finances*, 1959, p. 88.

Lo más admirable —observa— es que no existe gran diferencia entre las funciones del Estado, el sector público y el privado... En ellos, las funciones de los dirigentes no son del todo diferentes. Esto no es extraordinario, porque cuando uno goza de cierto nivel en la administración, en el fondo, el interés público incluye al interés general o, al menos, es una forma de él, y más aún el interés general se convierte, en cierto modo, en el interés privado.[11]

Sin embargo, a otros "tecnócratas" les resulta menos difícil expresar una posición ideológica muy precisa. Así, por ejemplo, el señor Lalumière, basándose en un análisis de lo escrito y declarado por algunos *inspectores de finanzas,* observa entre ellos una creencia muy firme en la necesidad de la intervención estatal en la vida económica; pero ha observado también:

...en ninguno de los autores analizados encontramos opiniones que aboguen por la apropiación colectiva de los medios de producción. *L'Inspection* no es un cuerpo de revolucionarios profesionales que trabajen dentro del Estado en pro del establecimiento de un régimen socialista... Sus miembros siguen siendo partidarios del sistema capitalista. Son los agentes de un Estado capitalista. Tienen que prestarle servicios, no derrocarlo.[12]

Y Jean Meynaud, en un estudio dedicado a los tecnócratas franceses, escribe atinadamente:

...y en lo que respecta a la voluntad, tan cantada, de tratar los problemas sin referencia a la ideología —que es uno de los temas constantes del razonamiento tecnocrático— simplemente significa la aceptación de las ideologías dominantes y, por consiguiente, de las relaciones de fuerzas que expresan o justifican.[13]

Observa también, acerca de la planificación francesa, que

...al principio, se podría haber pensado que el Plan era un sistema que haría posible el mejoramiento de la eficiencia económica y de la calidad del régimen. Pero, en la práctica, la planeación ha resultado ser una simple manera de consolidar el capitalismo, en tanto que los planificadores del Comisariado no dejan pasar nunca una oportunidad de exaltar los méritos de la iniciativa privada y de la empresa libre.[14]

Estas conclusiones son válidas para todos los "tecnócratas" de todos los países capitalistas. Y lo mismo también, en los Estados Unidos, respecto de los organismos regulativos, independientes, que un autor ha descrito como no "tanto organismos hostiles en una guerra por la supervivencia, como unidad funcio-

11 Baumier, *Les grandes affaires françaises,* p. 193.
12 Lalumière, *L'inspection des finances,* p. 191.
13 Meynaud, *La technocratie,* p. 222.
14 *Ibidem,* p. 122.

nal en un sistema industrial que se perpetúa a sí mismo. Cada parte complementaria de la unidad aprende a reaccionar a las necesidades del sistema. Desde este punto de vista estos organismos están más integrados que capturados y esclavizados; se ajustan a un sistema cuyo *status quo* ayudan a proteger".[15] Estos organismos regulativos del capitalismo avanzado tal vez sean independientes del ejecutivo político; pero sus miembros no lo son de las disposiciones ideológicas y políticas que convierten al proceso regulativo más en una ayuda que en un estorbo de los intereses regulados.

Tampoco hay que olvidar que las oportunidades que los círculos de negocios ofrecen ahora a los miembros de las élites administrativas en muchos casos, no pueden menos de contribuir a configurar las actitudes de estos últimos ante las exigencias de las empresas. Estas oportunidades sólo se pueden ofrecer a aquellos que, en el desempeño de sus cargos públicos, han demostrado entender con propiedad las necesidades y finalidades de la empresa capitalista. "Raros son los funcionarios capaces de los organismos regulativos —señala un autor norteamericano— que no puedan mencionar haber tenido discusiones con los intereses regulados en lo concerniente a los premios que se les podrían dar, si se comportasen con más espíritu de cooperación durante el desempeño de sus cargos."[16] Tales cantos de sirenas quizás no hayan influido inmediatamente en el comportamiento real de los servidores públicos; y tal vez ni siquiera se hayan escuchado tales cantos. De todas maneras, existe una gran diferencia, sobre todo en estos tiempos de inflación, entre dos servidores públicos retirados, uno de los cuales ha ingresado en el mundo de los grandes negocios, en tanto que el otro no lo ha hecho.

Además, y adelantando el capítulo siguiente, cuando las atracciones del mundo de los negocios no funcionan, subsiste el gran peso de la presión que los círculos de negocios organizados pueden aplicar sobre los funcionarios recalcitrantes u hostiles. Los servidores públicos que tienen a su cargo la toma de decisiones, las intervenciones y regulaciones económicas no pueden ignorar que las actitudes y acciones, que pueden interpretarse como "anticapitalistas", provocarán el antagonismo de personajes poderosos e influyentes y que probablemente tampoco serán, especialmente, agradables para los detentadores del poder político. No es éste el camino para hacer carrera burocrática y todavía menos para hacer carrera posadministrativa en los círculos de las empresas.

Sobra decir que ninguna de estas ventajas operan en favor de los trabajadores o de los demás "intereses" y clases. Las clases obreras no pueden ofrecer mayor cosa a las élites administrati-

[15] Kariel, *The Decline of American Pluralism*, p. 91.
[16] R. Engler, *The Politics of Oil*, 1961, p. 318.

vas; no hay muchos ejemplos de altos burócratas que ingresen al servicio de los sindicatos al retirarse. Los trabajadores, por lo general, tampoco pueden ejercer nada que se asemeje, ni remotamente, a la clase de presión o de influencia que los círculos de negocios pueden aplicar a las élites administrativas y a los gobiernos.[17] Entre las clases y los intereses que entran en conflicto en las sociedades capitalistas avanzadas, los servidores públicos no son "neutrales"; son los aliados, lo adviertan o no, del capital en contra de los trabajadores. La burocracia estatal, en todas sus partes, no es un elemento impersonal, a-ideológico, apolítico de la sociedad, que esté por encima de los conflictos que surgen entre las clases, los intereses y los grupos. En virtud de sus predisposiciones ideológicas, reforzadas por sus propios intereses, esa burocracia, por lo contrario, es un elemento decisivamente importante y "comprometido" en el mantenimiento y la defensa de la estructura del poder y de los privilegios propios del capitalismo avanzado. Lo que acabo de decir vale, igualmente, respecto de los "tecnócratas" económicos: a pesar de todas sus vastas pretensiones, estos hombres, en el trabajo que llevan a cabo, no se entregan puramente a ejercicios técnicos y a-ideológicos. Tienen como finalidad el fortalecimiento y la consolidación de las estructuras económicas existentes y la racionalización y adaptación de estas últimas de acuerdo con las necesidades de la empresa capitalista. Desde este punto de vista, el capitalismo contemporáneo no tiene servidores más devotos y útiles que los hombres que ayudan a administrar la intervención del Estado en la vida económica.

II

Más aún, quizás, que los miembros de las élites administrativas, los militares de alto rango suelen creer que están totalmente exentos del partidarismo ideológico y político que afecta (y aflige) a otros hombres, y a menudo los demás también lo creen. Esta imagen de una devoción exclusiva al "interés nacional" y a las "virtudes militares" —honor, valor, disciplina, etc.— exentas de connotaciones "partidistas" se ha alimentado y reforzado porque a los militares se les ha mantenido, en general, al margen de la "política" en los países capitalistas avanzados, en el sentido de que no han solido participar directamente en la parte visible de la actividad política de estos países.

En este caso también, sin embargo, la noción de la neutralidad ideológica y el desinterés partidista de los militares es manifiestamente falsa; y también lo es la opinión de que su influencia

17 Véase el capítulo 6.

en la dirección de los asuntos públicos no es, por lo menos, considerable.

No vale la pena esforzarse en demostrar que los oficiales de rango elevado en estos países han constituido un elemento profundamente conservador, e incluso reaccionario, en el sistema estatal y en la sociedad en general, y que su origen social, su posición en la sociedad y sus intereses profesionales los han llevado a estimar, con desagrado, desconfianza y a menudo hostilidad, el carácter y el contenido de la política "democrática". Hay sociedades en las que algunas porciones del grupo de oficiales han sufrido la influencia de impulsos radicales "modernizadores" y en las que los militares se han puesto a la cabeza de movimientos que tuvieron como objetivo derrocar o, por lo menos, reformar estructuras sociales, económicas y políticas arcaicas. En los países capitalistas avanzados, por otra parte, las élites militares han estado siempre en pro de un "interés nacional" concebido de manera agudamente conservadora, que tal vez pudo comprender una aceptación contingente y muy matizada del proceso "democrático", pero que siempre ha llevado consigo una invariable hostilidad para con las ideas, los movimientos y los partidos radicales. Un autor, al describir los valores del grupo de los oficiales franceses, nos habla de su "hincapié en el papel desempeñado por la fuerza y en el nacionalismo, y su preferencia por la unidad, la abnegación, la jerarquía y el orden en vez del individualismo y de la política democrática".[18] Los mismos temas reaparecen, regularmente, en todas las descripciones de la "mentalidad militar" de los países del capitalismo avanzado.

Pero aquí también, como en el caso de los servidores públicos, no basta hablar del conservadurismo militar en términos generales. Pues ese conservadurismo, desde hace mucho tiempo, ha cobrado un carácter mucho más específico, en el sentido de que abarca una aceptación a menudo explícita, no tan sólo de las "instituciones existentes", o de determinados "valores", sino de un sistema social y económico existente muy concreto y una correspondiente oposición a cualquier posible sustituto de tal sistema. En tiempos pasados de la historia del capitalismo, las élites militares pretendían estimar con aristocrático desdén a los hombres de empresa ávidos de dinero, y sostener valores, provenientes de una era precapitalista, que los distanciaron de los regímenes industriales, burgueses y civilistas de los que tuvieron que convertirse en servidores. Tal vez persistan aún actitudes procedentes de estos valores, pero tal y como el aristócrata civil, desde hace mucho tiempo, ha llevado a cabo una feliz reconciliación con los valores y las finalidades capitalistas, así también las élites militares —en todo caso han sufrido un proceso

[18] J. F. Ambler, *The French Army in Politics 1945-1962*, 1966, p. 278.

bien determinado, aunque limitado, de dilución social— han llegado a hacer sus paces, en términos ideológicos y políticos, con sus regímenes capitalistas. Como ha escrito el profesor Huntington respecto de los Estados Unidos:

> Pocos acontecimientos simbolizaron con mayor dramatismo el nuevo *status* de los militares de la década de la posguerra que la estrecha asociación que concertaron con la élite de los negocios de la sociedad norteamericana... Los oficiales profesionales y los hombres de empresa descubrieron un nuevo respeto mutuo. Generales y almirantes retirados, en número sin precedente, pasaron a formar parte del personal ejecutivo de las empresas norteamericanas; surgieron nuevas organizaciones que tendieron el puente entre las gerencias de las grandes sociedades industriales y comerciales y los altos mandos militares. Para los oficiales militares, los círculos de negocios representaron el epítome del *American way of life*.[19]

Esto tal vez no sea tan cierto en otros países capitalistas avanzados, pero en todas partes los militares han establecido una relación especialmente estrecha con las empresas en gran escala, simplemente porque las vastas necesidades militares del Estado han dado pie a la creación de una asociación entre ambos sectores, más íntima que en el pasado.[20] Bajo este punto de vista, el complejo "industrial militar", no sólo en los Estados Unidos, no es una figura retórica sino un hecho comprobado, fundado en una auténtica comunidad de intereses.

Sin embargo, falta conocer cuál sea el papel exacto que desempeñan los militares en el sistema estatal y en la sociedad. Pues aunque debe darse por hecho el conservadurismo de las élites militares, todavía debemos prestar mayor atención a su expresión en el proceso de la toma de decisiones. Y esto es tanto más cierto cuanto que los regímenes políticos del capitalismo avanzado han estado caracterizados por un elevado predominio civil respecto de los militares. En estos países, las élites militares, con excepciones muy parciales, como la del Japón en la década de 1930, nunca han hablado como amos a sus gobiernos principalmente civiles. Ni tampoco han intentado *remplazar*, con toda

[19] Huntington, *The Soldier and the State*, 1957, pp. 361-2. (El subrayado es mío.) "A mediados de la década de 1950 —señala también el profesor Huntington— más de 2 000 oficiales regulares abandonaban los servicios cada año para desempeñar actividades más lucrativas en los negocios" (*ibidem*, p. 366). Para un análisis bien documentado de este proceso, véase también F. J. Cook, *The Warfare State, 1963*, y L. Reissman, "Life Careers, Power and the Professions: Tre Retired Army General", en *American Sociological Review*, 1956, vol. 21, núm. 2. Respecto a Inglaterra, véase P. Abrams, "Democracy, Technology, and the Retired British Officer", en S. P. Huntington (comp.), *Changing Patterns of Military Politics*, 1962, pp. 166 *ss*.

[20] Respecto a los Estados Unidos, véase, por ejemplo, C. R. Mollenhof, *The Pentagon, Politics, Profit and Plunder*, 1967.

seriedad, al poder civil. Las dictaduras, que algunos de estos países han conocido a veces, no han sido, de hecho, militares: Hitler fue un excabo muy civilista y Mussolini fue también un personaje igualmente civil. Ambos llegaron al poder con la ayuda, entre otras, de oficiales del ejército regular; pero ambos también sometieron a las élites militares, como nunca antes se las había sometido o como no se las ha vuelto a someter desde entonces; es muy probable que los generales ingleses de la Inglaterra de Baldwin hayan ejercido una mayor influencia en la actividad política que sus equivalentes en la Alemania de Hitler y en la Italia de Mussolini.

Es un hecho, por demás notable, que el grupo de los oficiales, en los países capitalistas avanzados, rara vez haya desempeñado un papel político independiente, y, todavía menos frecuentemente, haya intentado sustituir a los gobiernos civiles mediante un golpe de Estado o un *putsch* militar. El ejemplo clásico de esta inhibición es el de los oficiales alemanes después del colapso militar de 1918, y durante la existencia de la república de Weimar, cuando los oficiales del ejército desempeñaron un papel importante, y aun capital, en la vida política, y sin embargo, decididamente, se negaron, en su mayor parte, a tolerar el derrocamiento de gobiernos débiles y faltos de decisión.[21] Incluso en el Japón, en los últimos años de la década de 1930, "existían límites al poder del ejército. No pudo regir directamente el país y prefirió el método japonés tradicional del gobierno indirecto. No pudo prescindir de los políticos, los funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores, los burócratas y los industriales".[22] Y la experiencia de Francia, en años recientes, nos nos ofrece sino una excepción muy parcial, incluso sospechosa, de la regla general. El ejército francés, que nunca ha sido la institución más democrática y de inspiración republicana del Estado, estaba cargado de resentimiento por causa de las derrotas y humillaciones sufridas en Indochina y Argelia, y echaba la culpa de las mismas a los gobiernos débiles y vacilantes de la Cuarta República.[23] Sin embargo, hasta los últimos años de la década de 1950, manifestó una notable carencia de predilección por toda clase de desafío abierto al poder civil, no obstante la continua degradación política del régimen y la crisis militar cada vez más aguda en los campos de batalla. La rebelión que estalló en Argelia, en mayo de 1958, estuvo caracterizada por una notable indecisión, entre otras cosas, por causa de la enorme preocupación

[21] Véase, por ejemplo, Carsten, *The Reichswehr and Politics*, 1917 a 1933 y Wheeler-Bennett, *The Nemesis of Power*.

[22] F. C. Jones, "Japan", en M. Howard (comp.), *Soldiers and Governments*, 1957, p. 94.

[23] Véase R. Girardet, y otros, *Le crise militaire française 1945-1962*, 1964, 3ª parte, y Ambler, *The French Army in Politics*.

de los oficiales de más alta graduación por conservar un semblante de "constitucionalidad": [24] el que la rebelión haya tirado abajo a la Cuarta República se debió mucho menos a la determinación de los militares de Argelia que a las debilidades y desmoralizaciones de los políticos de París. Y habiendo facilitado el acceso al poder de De Gaulle, los rebeldes no tardaron en descubrir que De Gaulle no habría de prestarse a la realización de sus fines, tanto en relación con Argelia, como en muchas otras cosas más. Fue esto lo que, tres años más tarde, causó la nueva rebelión de un puñado de generales en Argelia. Fue éste un ejemplo auténtico de intento de golpe militar: la facilidad con que se les sofocó nos indica las limitaciones esenciales y las dificultades con que tales empresas tropiezan en los países capitalistas avanzados.

La más importante de tales dificultades, en dichos países, es que ningún desafío manifiestamente "anticonstitucional" proveniente de la derecha tiene verdaderas posibilidades de éxito sin contar con un considerable apoyo de alguna parte de las clases subordinadas, preferentemente de una gran parte de la clase obrera, decepcionada de sus propias organizaciones de defensa económica y política. Además, este apoyo popular tiene que integrarse y movilizarse en un partido que cuente con sus propias organizaciones de masas. En pocas palabras, un desafío de la derecha requiere de algo semejante a un movimiento fascista de amplia base popular. Pero la organización de tal movimiento requiere también de un don de mando y dirección —popular, demagógico, carismático, políticamente diestro— que los oficiales de alta graduación, dada toda su tradición, no suelen poseer. Y aun cuando se encontrase, en la élite militar, un hombre de tales cualidades, el intento de utilizarlas no tardaría en tener como resultado la separación del ejército: es muy difícil, por no decir imposible, al menos en los países de que venimos hablando, encabezar un movimiento político de tipo fascista desde el *seno* del ejército. Esto nos ayuda a comprender por qué los oficiales de alta graduación del ejército han desempeñado a veces, como en Alemania e Italia, un papel importante en calidad de *aliados* de los movimientos contrarrevolucionarios de la derecha, pero no han sido, ni los iniciadores, ni los jefes de tales movimientos.

En lo que respecta a un intento militar de usurpar el poder *sin contar* con un grado considerable de apoyo popular, ciertamente que el peligro de fracaso es enorme. Por una parte, el ejército, bajo este punto de vista, no es un bloque monolítico, y las diferencias de rango afectan crucialmente a la propensión al

[24] R. Girardet, "Pouvoir civil et pouvoir militaire dans la France contemporaine", *Revue Française de Science Politique*, 1960, vol. 10, núm. 1, pp. 31-2.

aventurerismo, pues la mayoría de los oficiales, de edad más avanzada, muestran sentir tales propensiones en grado mucho menor que los oficiales jóvenes. Como ha observado el señor Ambler, "los coroneles, que tienen más por ganar y menos que perder, han figurado destacadamente en la historia de las rebeliones militares tanto en los países occidentales como en otros".[25] En todo caso, los oficiales, cualquiera que sea su rango, tienen que contar con los conscriptos, de cuya obediencia automática a sus órdenes, en circunstancias anticonstitucionales, no pueden estar seguros. Éste fue uno de los factores que precipitaron el colapso de la rebelión militar en Argelia en 1961, y, a menudo, ha contribuido a arruinar intentos militares semejantes en otros países, por ejemplo, en el caso alemán del putsch Kapp, en 1920.

Pero esta inconfiabilidad de los grados inferiores militares es tan sólo una expresión concreta de un obstáculo más general y de carácter más decisivo con el que, es muy probable choquen los golpistas militares en los países capitalistas avanzados, a saber, el de la hostilidad y la resistencia potencial del movimiento obrero organizado. Prácticamente todos los gobiernos civiles de estos países, por débiles que sean, *si así lo desean*, pueden lidiar eficazmente con los militares rebeldes con sólo solicitar la ayuda de los obreros organizados. Así, por ejemplo, hasta Noske, que presidió la liquidación de la sublevación de los espartaquistas y a quien le incumbió, al menos indirectamente, alguna responsabilidad en el asesinato de Rosa Luxemburg y de Karl Liebknecht,[26] pudo decirles a los conspiradores alemanes de 1920: "si usan la fuerza, proclamaremos una huelga general";[27] y cuando se produjo, en efecto, el putsch Kapp, el gobierno del que era miembro Noske proclamó una huelga general que desalentó grandemente y derrotó a los golpistas.[28] Sólo donde el movimiento obrero es excepcionalmente débil, o está paralizado, los militares dispuestos a tomar el poder pueden darse el lujo de hacer caso omiso de su hostilidad, o confiar en que lo podrán vencer. Cuando no es débil ni está paralizado, un bonapartismo liso y llano, en estos países, constituye una aventura por demás peligrosa. Para poder tener éxito alguno, la subversión derechista, en las circunstancias del capitalismo avanzado, tiene que cobrar formas diferentes, más "populares". Pero en aquellas ocasiones en que ha adquirido dichas formas, los militares, como dijimos anteriormente, les han proporcionado una ayuda valiosísima.

Los riesgos y dificultades que acompañan al golpismo militarista en las sociedades capitalistas avanzadas no constituyen, sin em-

[25] Ambler, *The French Army in Politics*, p. 342.
[26] Véase J. P. Nettl, *Rosa Luxemburg*, 1966, vol. 2, p. 774.
[27] Wheeler-Bennett, *The Nemesis of Power*, p. 74.
[28] *Ibidem*, p. 78.

bargo, una explicación suficiente de su infrecuencia. Cuando las circunstancias parecen exigírselo, los hombres corren riesgos, por pocas perspectivas de éxito que descubran. El que los militares de estas sociedades no hayan desafiado con mayor frecuencia al poder civil puede atribuirse a toda una variedad de causas distintas de los riesgos y dificultades en que pueden incurrir al hacerlo; la más importante de ellas es que, como a los servidores públicos civiles, los militares han tenido que tratar, las más de las veces, con políticos y gobiernos cuyos puntos de vista y finalidades no han sido *radicalmente* diferentes de los suyos. Aun cuando han estado en el poder gobiernos "izquierdistas", los militares, no obstante lo mala que haya podido ser la opinión que les merecieron tales gobiernos, rara vez han tenido ocasión de sentirse totalmente alienados política e ideológicamente. Después de todo, estos gobiernos, por lo general, han llevado a cabo políticas exteriores y de defensa que no tenían por qué meter en la cabeza de los militares que la colaboración en tales gobiernos era totalmente imposible. Los dirigentes militares alemanes colaboraron con los socialdemócratas Ebert y Noske en 1918 y más tarde, a fin de crear una "estabilidad social" que, como sabían, estos últimos deseaban tanto como ellos. Si los nuevos hombres se hubiesen mostrado menos "moderados", no es probable que los mismos oficiales de alta graduación, a pesar de lo que según el señor Carsten constituye su tradición de no "entrar directamente en la esfera de la política del partido",[29] hubiesen aceptado calladamente su inevitable destitución y pacíficamente su retiro.

Han existido muchos casos, es verdad, en que los hombres del ejército *han tenido* diferencias, y a veces muy graves, con sus amos civiles, en algún aspecto de política, en que la tensión, después de todo inherente, en las relaciones militares-civiles, ha alcanzado un nivel peligrosamente elevado, encontrándose siempre los militares muy a la derecha. Sin embargo, dada la esencial "moderación" ideológica y política de los gobiernos que han detentado el poder en los países capitalistas avanzados, y el conservadurismo fundamental que la mayoría de ellos ha guardado en común con sus élites militares, las diferencias existentes entre ellos, no obstante su gravedad y autenticidad, por lo general se han avenido a la conciliación y a la componenda. Se puede decir que en esto estriba la clave esencial de la pauta general de la subordinación militar que ha caracterizado a las relaciones civil-militares, en los países del capitalismo avanzado.

El término "subordinación", sin embargo, describe, un tanto engañosamente, la posición y el papel de los militares en los regímenes capitalistas de la actualidad. En verdad, se ha alegado

[29] F. L. Carsten, "Germany", en Howard (comp.), *Soldiers and Governments*, p. 94.

convincentemente, sobre todo por C. Wright Mills,[30] que, por lo menos en los Estados Unidos, la incesante militarización de a vida y el desarrollo extraordinario del "dominio de lo militar" han producido una situación que hace ver a los militares como un grupo de poder igual al gobierno civil y a la élite del mundo de los negocios.

Podrá parecer exagerado lo que acabo de decir. Pues no tenemos testimonios realmente buenos que nos indiquen, en los Estados Unidos o en cualquiera otra parte, que los militares, en las decisiones de las políticas fundamentales, hayan alcanzado una posición independiente e igual que el ejecutivo político, y las dudas que puedan persistir acerca de esta proposición, en relación a los Estados Unidos, no las hay en lo tocante a los países como Francia, Inglaterra, Alemania o el Japón. Tampoco está perfectamente establecido que, a pesar de su control sobre recursos fenomenalmente vastos, tanto económicos como militares,[31] la élite militar de los Estados Unidos haya podido crear algo que se asemeje siquiera a una base de poder independiente, equiparable a la base de poder de la élite económica, desde la cual pueda tratar con la presidencia y el gobierno civil en posición de igualdad, para no hablar de superioridad. Este punto está perfectamente simbolizado en que un antiguo presidente de la General Motors fue el que rigió el Pentágono durante siete años y ejerció sobre lo militar un control que, aunque no haya sido absoluto, fue muy grande. Tampoco hay que hacer caso omiso de que, por todos conceptos, los hombres que han ejercido la mayor influencia en presidentes como Kennedy y Johnson no fueron militares, sino civiles. Así por ejemplo, por lo que sabemos, ningún militar ha ejercido una mayor influencia en la conducción de la guerra de Vietnam que los diversos consejeros civiles de la Casa Blanca. La exageración del papel que desempeñan los militares en los consejos de los gobiernos capitalistas tiene sus peligros, pues tiende a desviar la atención de la responsabilidad que incumbe a los tenedores civiles del poder por las acciones y políticas del Estado. Puede ser cierto que estos tenedores del poder, particularmente en los Estados Unidos, hayan aceptado lo que Mills llamó "definición militar de la realidad". Pero no tenemos razones para creer que hayan sido militares quienes, en cualquier parte, la hayan *impuesto* a sus amos civiles.

Una vez aclarado esto, todavía las élites militares de los países capitalistas avanzados desempeñan un papel importante en la determinación de muchos aspectos esenciales de la política nacional. Y su influencia no se limita a la esfera política que les

[30] Véase *La élite del poder*, cap. 9.

[31] Véase, por ejemplo, F. J. Cook, que nos dice que el instituto armado norteamericano es, "mírese como se mire, la organización más grande del mundo" (*The Walfare State*, p. 21).

concierne especialmente. Las decisiones sobre defensa son necesariamente decisiones sobre muchas otras cosas, desde diplomacia hasta política económica y desde bienestar social hasta educación. Como ha dicho el profesor Meynaud "no exitse problema alguno económico o financiero que, desde los tiempos de paz, no esté relacionado, directa o indirectamente con la defensa exterior".[32] Además esa influencia no solo se limita al sistema del Estado, sino también, en su variedad de formas, se extiende a la vida política de la sociedad en general.

En la perspectiva de este estudio, lo importante no es tanto que los militares ejerzan mucha influencia dentro del sistema estatal, esto se puede suponer, como el que esta influencia suele ejercerse sobre todo en sentidos altamente conservadores y que se puede esperar que las élites militares refuercen siempre las predisposiciones conservadoras de sus gobiernos y se esfuercen, en cualquier campo en donde ejerzan su influencia, en obrar en pro de la cautela, de la contención y de la admonición en contra de cualquiera políticas que no coincidan con su propia concepción conservadora del "interés nacional". Además, y dada su orientación ideológica, las élites militares y policíacas habrán siempre de apoyar, con celo particular, la determinación del poder civil de combatir la "subversión interna" al menos la de la izquierda,[33] y estarán dispuestas a obrar, siempre que se necesite, como agentes de coerción del orden social existente, sobre todo en períodos de lucha social y conflicto de clases manifiesto. Éstos son los administradores de esa función coercitiva, prerrogativa única del Estado; y aunque en otros respectos, el poder civil, en algún momento, pueda haber abrigado dudas acerca de su confiabilidad, lealtad y subordinación, casi nunca ha tenido ocasión de concebir dudas graves acerca de su buena disposición para partir al frente, valga la expresión, y luchar contra los obreros en huelga, los activistas políticos de la izquierda y cualesquiera otros perturbadores del *status quo*.

III

En los sistemas políticos de tipo occidental, los jueces son independientes. Pero ¿de qué son independientes? La respuesta que se suele dar es que son independientes del gobierno del momento,

[32] Meynaud, *La technocratie*, p. 38. El profesor Finer va más lejos aún, indica que "en la actualidad, la deferencia para con los militares en los campos de la política exterior, e incluso de la interior, es un lugar común" S. E. Finer, *The Man on Horseback*, 1962, p. 74.

[33] Por otra parte, esto no puede darse por sentado, tan fácilmente, en el caso de activistas inconformistas colocados en el otro extremo del espectro político.

que no tienen obligaciones para con él, no deben acatar sus órdenes, ni preocuparse por agradarlo, desagradarlo o hacer lo más conveniente para él. Se pretende que aunque no tenga validez en otras partes, el concepto de separación de los poderes sí vale por lo menos en esta esfera. En este sentido concreto, la noción de la independencia judicial posee sin duda méritos, y el hecho al que consagra ha tenido importancia muy considerable en la vida de los sistemas políticos en los que existe.

Sin embargo, es necesario examinar con mayor amplitud la noción de independencia judicial, pues en su sentido estricto no nos permite advertir algunos de los aspectos primordiales del papel desempeñado por el poder judicial en estos sistemas.

Uno de tales aspectos es que los jueces de los tribunales superiores (y también, dicho sea de paso, los de los tribunales inferiores) de ninguna manera son, ni pueden ser, independientes de las muchas influencias, sobre todo de origen social, de la educación, de la situación de clase y de la tendencia profesional, que contribuyen a la formación de su concepción del mundo tanto como en el caso de los demás hombres.

A este respecto, ya señalé que las élites del poder judicial, como otras élites del sistema estatal, se sacan primordialmente de las capas superior y media de la sociedad: y los jueces que no pertenecen a ellas evidentemente pasan a formar parte de estas capas en el momento en que llegan a ejercer sus cargos en los tribunales. Además, la predisposición conservadora que su situación de clase propende a crear en ellos se ve fuertemente reforzada por el hecho de que los jueces, en muchos de estos sistemas, se reclutan también en la profesión forense, cuyas predisposiciones ideológicas, tradicionalmente, son de un molde altamente conservador. Para decirlo con palabras de A. V. Dicey "los jueces son las cabezas de la profesión forense. Han adquirido el tono intelectual y moral de los abogados ingleses. Son hombres de buena situación. En su mayor parte tienen propensiones conservadoras".[34] Tal cosa se escribió a principios del siglo XX, pero sigue siendo verdad en nuestros días, y sin duda es tan válido para otros países como lo es para Inglaterra; los jueces de los países capitalistas avanzados *son* hombres de temple conservador en lo que respecta a todos los ordenamientos, sociales y políticos de la sociedad en que viven.

Además, los gobiernos que tienen a su cargo generalmente la designación y el ascenso de los jueces propenden sobre todo a favorecer a los hombres que tienen tal temple conservador. No obstante la predisposición ideológica general de la profesión legal, ha habido abogados radicales eminentemente dotados, conforme a cualquier otro criterio, con excepción de este último,

[34] A. V Dicey, *Law and Opinion in England during the 19th Century*, 1963, p. 364.

para desempeñar altos cargos judiciales. Pero muy rara vez han disfrutado del favor del poder designador; y tampoco lo han conseguido los jueces de los tribunales inferiores que han dado pábulo a la opinión de estar inflamados de celo vigorosamente reformador. Jueces notablemente liberales han honrado a veces al sistema judicial de sus países, por ejemplo, el de los Estados Unidos. Pero han constituido siempre una diminuta minoría. Y además, su liberalismo, por admirable que resulte, no debe tomarse por hostilidad para con las instituciones económicas y sociales fundamentales de la sociedad capitalista. Holmes, Brandeis y Cardozo fueron, en el contexto norteamericano, grandes jueces liberales. Pero sólo reaccionarios antediluvianos pudieron creer que su liberalismo no estaba perfectamente contenido dentro del marco del capitalismo norteamericano; y ellos mismos, como atestiguan claramente las pruebas, habrían considerado grotesca la opinión de que sentían predilección por cualquier otro sistema sustituto. Exactamente lo mismo puede decirse de los jueces liberales de otros países capitalistas.

Es obvia la razón por la cual son importantes estas predisposiciones ideológicas: afectan grandemente la manera en que se cumple la función judicial. Se reconoce de manera general que los jueces no son "máquinas vendedoras de derechos", ni desvalidos prisioneros de un conjunto de determinaciones legales, o simples exponentes de la ley tal y como la encuentran constituida. En el sistema legal de todos estos países se da margen, inevitablemente, a la discreción judicial en la aplicación de las leyes y a la creatividad judicial en la producción efectiva del derecho; como ha dicho un autor: "la variedad infinita de problemas sociales y de situaciones legales hace de la discreción un elemento inevitable en el proceso judicial".[35] Ese elemento es mucho mayor en unos sistemas que en otros, por ejemplo en los Estados Unidos, donde la Suprema Corte ha ejercido a veces el papel de una "tercera Cámara". Pero en ningún sistema de tipo occidental es insignificante este elemento de la discreción judicial. Esto no quiere decir que los jueces se esfuercen, necesariamente, en ampliar la esfera de la discreción, y muchos de ellos, de hecho, han manifestado su acuerdo con la opinión enunciada por un juez, en 1824, de que "la política pública es un caballo indómito peligroso de montar". No obstante, muchos de ellos, por buenas o malas razones, se han visto obligados a montar dicho caballo.[36]

Así pues, al interpretar y al hacer el derecho, los jueces no

[35] W. Friedmann, *Law in a Changing Society*, 1959, p. 60.

[36] "El derecho no es un conjunto de doctrinas estático, sino dinámico, y en desarrollo y muchos de sus desarrollos son obra de jueces que, consciente o subconscientemente, toman decisiones con fundamento en lo que consideran que debería ser el derecho" D. Lloyd, *The Idea of Law*, 1964, p. 111.

pueden menos de recibir la profunda influencia de su concepción del mundo, la cual a su vez determina la actitud que adoptan ante los conflictos que ocurren en la sociedad.[37] Bien podrán creer que se guían exclusivamente por valores y conceptos colocados muy por encima de las vanas consideraciones mundanas de los intereses de clase y de los intereses particulares, pero en su aplicación concreta, estos conceptos, no obstante, exhibirán a menudo una clara inconfundible posición ideológica, una evidente predisposición, que las más de las veces tendrá un carácter fuertemente conservador. Un eminente juez inglés aseveró elocuentemente, hace algunos años, que los jueces de Inglaterra y Estados Unidos deberían "entender que están consagrados, para siempre, a velar por el principio de que la finalidad de la sociedad y de todas sus instituciones es la de alimentar y enriquecer el desarrollo de cada espíritu humano individual".[38] Por desgracia, estas palabras están sujetas a interpretaciones diversas y contradictorias; sin más, no son garantía en contra de las predisposiciones y prejuicios, sino que más bien los encubren y disfrazan.

A veces, los mismos jueces se han dado perfecta cuenta de sus predisposiciones particulares. Así por ejemplo, un juez muy conservador, Lord Scrutton, señaló, en 1922 que

> ...[los hábitos inculcados a uno, las personas con las que uno se roza y trata, llevan a formarse una determinada clase de ideas, de tal naturaleza que, cuando se tiene que tratar con otras ideas, uno no se forma juicios tan acabados y precisos como desearía. Ésta es una de las grandes dificultades que tenemos en la actualidad con los laboristas. Dicen los laboristas: "¿dónde están sus jueces imparciales? Todos se mueven en los mismos círculos de los patronos, y todos están educados y criados en las mismas ideas de los patronos. ¿Cómo podría un laborista o un sindicalista obtener justicia imparcial?" A veces es muy difícil asegurarse que uno se ha puesto en posición cabalmente imparcial entre dos partes contendientes: la propia clase y otra no propia].[39]

O para decirlo con palabras del juez Cardozo, "el espíritu de la época, según se revela a cada uno de nosotros, es muy a menudo el espíritu del grupo en el que nos dieron un lugar los accidentes del nacimiento, la educación, la ocupación o la amistad".[40] Esta clase de conciencia, sin duda, va aunada a un auténn-

[37] Así por ejemplo, el juez Holmes: "las consideraciones que los jueces muy raramente mencionan, y siempre acompañándolas de justificaciones, son la raíz secreta de la cual el derecho extrae todos los jugos de la vida. Por supuesto, me refiero a consideraciones de lo que es conveniente para la comunidad". O. W. Holmes *The Common Law*, 1881, p. 35.

[38] Lord Radcliffe, *The Law and its Compass*, 1960, p. 65.

[39] Citado en B. Abel-Smith y R. Stevens, *Lawyers and the Courts*, 1967, p. 117.

[40] B. N. Cardozo, *The Nature of the Judicial Process*, 1921, p. 175. Obsérvese, en contraste, la opinión mucho más "satisfecha" de sí misma de

tico deseo de ponerse por encima de un partidarismo patente. Tampoco puede negarse que en relación a sus formas más obvias, con frecuencia se ha tenido éxito en el empeño.

Por regla general, sin embargo, el éxito en este campo se suele alcanzar tanto más cuanto menos importantes para la trama social parecen ser las cuestiones que se debatan, cuanto menos afectan a la estructura fundamental de las relaciones entre el capital y los trabajadores y cuanto menos envuelvan lo que se tiene por seguridad del Estado y del orden social existente; y, así también, es mucho más probable que no se manifieste un prejuicio escandaloso en períodos de calma social relativa que en períodos de conflicto y tensiones sociales agudos.

Cuando, por otra parte, las cuestiones debatidas afectan, o parecen poder afectar, de manera directa o siquiera indirecta a la constitución del orden social o de sus partes importantes, sobre todo en períodos de crisis, los jueces propenden mucho menos a reconocer su parcialidad, y, en todo caso, no desean sacudirse una parcialidad que todos sus instintos y sus procesos mentales les presentan ante su conciencia como un deber.

Al condenar a dos periodistas por desacato a causa de haberse negado a revelar sus fuentes de información ante el tribunal Vassall, el Lord Chief Justice de Inglaterra pareció suscribir la interesante proposición de que "el supremo deber del ciudadano es para con el Estado".[41] En este contexto, más importante que las cuestiones filosóficas planteadas por esta exigencia es la probabilidad considerablemente elevada de que Lord Parker no deseaba hacer una excepción con el poder judicial. Independientemente de ser así o no, lo cierto es que a las élites judiciales, de cualquier parte del mundo, a menudo las han movido tales sentimientos. Uno de los ejemplos más extremos de parcialidad judicial que se pueda encontrar en cualquier sistema político de tipo occidental, en este siglo, fue la flagrante predisposición exhibida por los jueces alemanes de la república de Weimar, en favor de los asesinos y matones de la extrema derecha, por una parte, y en contra de la extrema izquierda, o de la simple izquierda, sin calificativos, por otra parte.[42] Sin embargo, tal vez pueda

Lord Evershed: "tal vez sea perfectamente cierto que las leyes, los jueces y miembros de la profesión jurídica, al administrar el derecho, tiendan al conservadurismo. Habida cuenta de sus largas tradiciones y de su historia, lo sorprendente sería que ocurriese algo distinto, y no pienso que, a este respecto, la profesión jurídica sea diferente de otras profesiones. Ni tampoco, en efecto, es malo tal conservadurismo; pues tiende a crear un sentimiento de estabilidad en un mundo en rápido cambio". Lord Evershed, "The Judicial Process in Twentieth Century England", en *Columbia Law Review*, 1961, vol. 61, pp. 773-4, en Abel-Smith y Stevens, *Lawyers and the Courts*, pp. 300-1.

[41] B. N. Cardozo, *The Nature of the Judicial Process*, p. 306.

[42] Véase, por ejemplo, Neumann, *Behemoth*, pp. 27-9.

dudarse si estos jueces hayan tenido conciencia de estar incumpliendo sus obligaciones judiciales; por el contrario es más probable que hayan creído cumplirlas, al mostrarse extremamente benévolos con hombres que, aun cuando se excediesen tal vez en su entusiasmo, estaban luchando contra la "subversión comunista" y al mostrarse extremamente severos para aquéllos que, en opinión de esos jueces, eran los agentes de dicha subversión.

Es éste, por supuesto, un caso extremo. Pero subsiste el que los jueces de los países capitalistas avanzados se han formado, por lo general, una mala opinión del inconformismo radical, y cuanto más radical ha sido el inconformismo tanto mayor ha resultado la hostilidad judicial en contra de él; y, a este respecto, la discreción judicial ha solido emplearse para apoyar, más que para contener, los intentos realizados por los gobiernos y las legislaturas, en diversas ocasiones, para frenar, someter o suprimir concepciones y actividades disidentes. Es verdad que los tribunales, a veces, han ayudado a contener el celo intolerante de otros elementos del sistema estatal, y sin duda no debería subestimarse la importancia de este hecho.[43] Pero más generalmente, y sobre todo en tiempos de tensión y de crisis sociales, y en las circunstancias de una "guerra fría" permanente, los jueces frecuentemente se han mostrado dispuestos a compartir el fervor represivo de las autoridades y a considerar la mengua de las libertades civiles, resultado de ello, como un mal menor o de plano como un bien.

Podrá decirse que hay formas de legislación represiva, o de acción del ejecutivo que dejan muy poco o ningún margen a la discreción judicial y respecto de las cuales el juez, para hacer cumplir el derecho, tiene que cumplirlo con toda la aspereza deseada por quienes lo promulgaron. Pero la aplicación judicial de las leyes y la aceptación judicial de los esfuerzos represivos de los gobiernos y de las legislaturas no constituyen simplemente un cumplimiento "neutral" de la función judicial; constituyen un acto *político* de importancia considerable y proporcionan a dichos gobiernos y legislaturas un inapreciable elemento de legitimación complementaria. Donde no existe tal discreción, la única opción que queda a los jueces ante la represión estatal es renunciar a sus cargos. No es una opción que haya parecido necesaria a muchos jueces. De todas maneras, en esta esfera, como en otras, normalmente existe algún grado de discreción judicial;

[43] La Suprema Corte de los Estados Unidos nos proporciona un ejemplo obvio. Pero vale la pena señalar también el comentario de un autor informado (y que no carece indudablemente de simpatías): "parece ser claro que la [Suprema] Corte en fechas recientes ha aprobado una política relativamente conservadora que autoriza la supresión de la disensión política". G. Schubert, *Judicial Policy-Making*, 1965, pp. 129.

y aunque los tribunales, a veces, la hayan empleado en favor de los inconformes, más comúnmente han estado dispuestos a fortalecer el brazo del Estado en sus luchas con la disensión.

Sin embargo, esto es sólo parte de una predisposición más general que los tribunales, llevados de su celo por proteger a la "sociedad" (es decir, sociedad de clases desiguales) han exhibido consistentemente en favor del privilegio, de la propiedad y del capital. Así pues, la historia de los sindicatos en los países capitalistas es también la historia de una lucha incesante en contra de los intentos de los tribunales por frenar y corroer la capacidad de los sindicatos para defender los intereses de sus miembros; y a este respecto, además, el brazo judicial no se ha contentado simplemente con secundar los esfuerzos de contención y freno de los gobiernos y las legislaturas; a menudo los mismos tribunales han tomado la iniciativa y, mediante el ejercicio de la creatividad judicial en la interpretación de los reglamentos han procurado reducir o anular derechos de los sindicatos y de la clase obrera que, incluso, gobiernos y legislaturas prefectamente conservadores han llegado, por obra de la presión, a respaldar y promulgar.

Sin duda los jueces, al igual que los gobiernos y los intereses capitalistas, han llegado a reconocer que los sindicatos, lejos de constituir una amenaza para la "sociedad", pueden de hecho contribuir grandemente a su estabilidad y ayudar a limitar, más que a exacervar, el conflicto social; y las actitudes judiciales ante los derechos de los sindicatos, por consiguiente, han dejado de definirse en una incesante hostilidad la cual, por lo demás, habría sido difícil de mantener sin exponer a los jueces a críticas nocivas y en gran escala.[44]

Aun así, los asalariados y sus organizaciones de defensa nunca están completamente al abrigo de los ataques judiciales contra derechos que desde hace mucho tiempo han llegado a conside

[44] En este sentido, podía decirse que, de acuerdo con una fórmula consagrada, los jueces se han "atenido a los resultados de las elecciones". Pero esta expresión es un tanto engañosa. Hace pensar que los jueces no son indiferentes al sentimiento popular y a las corrientes de pensamiento extrajurídico. Pero lo que esto también puede significar, y con frecuencia significa, es que los jueces no son indiferentes a las presiones de los intereses *preponderantes* y especiales. En lo particular, éste será muy probablemente el caso de los tribunales inferiores, cuyos miembros tal vez reaccionen muy agudamente a los prejuicios y a las exigencias de élites dominantes, de las cuales, por lo demás, son parte, o a los prejuicios y pasiones de un determinado sector de la comunidad, por ejemplo, de un sector racialmente dominante. Sin duda alguna, esto es precisamente lo que ha ocurrido en muchos tribunales estatales de los Estados Unidos, sobre todo en los Estados del sur; y los tribunales inferiores, de más está decirlo, forman una parte del proceso judicial cuya importancia fundamental a menudo se subestima porque toda la atención se concentra en los tribunales superiores

rar como inalienables.[45] Tal vez menos flagrante que en otros tiempos y, sin embargo, inconfundible, la discreción judicial sigue siendo una amenaza permanente contra el "poder contrarrestador" que los trabajadores organizados han logrado acumular a lo largo de los años, y, en especial, contra el ejercicio militante de ese poder.

En términos más generales, los tribunales han creído siempre que uno de sus deberes principales para con la "sociedad" era proteger los derechos de propiedad en contra de las acciones que el Estado se ha visto obligado a realizar para reducir los alcances de los mismos. El poder judicial no ha podido impedir el "entrometimiento" del Estado en la libertad de los dueños de propiedad para hacer lo que le viniese en gana con lo suyo. Y los jueces, poco a poco, han llegado a aceptar lo que Dicey llamó paso del "liberalismo individualista" al "colectivismo asistemático". Pero, por lo general, han hecho todo lo que han podido por limitar y retardar este paso; y en ningún campo se han constituido en guardianes más vigilantes del "ciudadano" contra el Estado que en éste.

En pocas palabras, el sector judicial no ha estado más "por encima" de los conflictos de la sociedad capitalista que cualquiera otra parte del sistema estatal. Los jueces se han visto profundamente envueltos en estos conflictos; y de todas las clases, es sin duda la dominante la que tiene menos para quejarse acerca de la naturaleza y la dirección de ese inmiscuimiento.

En este capítulo y en el anterior se ha insistido que los intereses económicos y dominantes de la sociedad capitalista pueden normalmente contar con la buena voluntad activa y apoyo de aquéllos en cuyas manos está el poder del Estado. Es ésta una ventaja enorme. Pero estos intereses, de todas maneras, no pueden confiar en que los gobiernos y sus consejeros actúen de perfecto acuerdo con sus propósitos. Como dijimos anteriormente, los gobiernos tal vez deseen llevar a cabo algunas políticas que consideren completamente beneficiosas para la empresa capitalista,

[45] Véase por ejemplo la decisión de los *Law Lords* en 1964, en el caso de *Rookes versus Barnard and Others*, la cual "suprimió de plano la creencia en el derecho de huelga y a emprender todo tipo de actividades de resistencia obrera". K. W. Wedderburn, *The Worker and the Law*, 1965, p. 273. Obsérvese también el comentario de uno de los *Law Lord's* de que "los perjuicios y los sufrimientos causados por las acciones de huelga son, muy a menudo, tan difundidos como devastadores y una *amenaza de huelga sin duda ha de tomarse como algo no menos serio que una amenaza de violencia*" (*ibidem*, p. 266, subrayado por mí). Obsérvese también el siguiente comentario de un distinguido abogado obrerista: "le queda a uno la impresión de que las tendencias represivas de los tribunales, que en los siglos XIX y XX tuvieron que ser contrarrestadas, muchas veces, por el Parlamento, están a punto de revivir". O. Kahn-Freund, citado en Wedderburn, *The Worker and the Law*, p. 274.

pero que puedan parecer profundamente censurables a determinados intereses económicos poderosos; o estos gobiernos pueden estar sometidos a fuertes presiones provenientes de otras clases de las que no pueden desentenderse totalmente. Esta situación suele presentarse, sobre todo, en los regímenes políticos de tipo occidental. En otras palabras, la inicial buena voluntad y el apoyo general de los intereses capitalistas que pueden esperar encontrar dentro del sistema estatal no elimina la necesidad de que dichos intereses ejerzan su propia presión para la realización de sus fines inmediatos específicos. Como veremos ahora, sin embargo, estos intereses ponen en juego para ésto recursos mucho mayores, por todos conceptos, que los de cualquier otro interés en una sociedad capitalista.

6

COMPETENCIA IMPERFECTA

La teoría democrática y pluralista no habría alcanzado el prestigio de que disfruta en las sociedades capitalistas avanzadas si no hubiese estado basada, al menos, en una observación evidentemente exacta acerca de ellas, a saber, que permiten y alientan a que una multitud de grupos y de asociaciones se organicen manifiesta y libremente y compitan entre sí en la realización de los fines que sus miembros deseen proponerse. Con excepciones que afectan sobre todo a la izquierda, así ha sido en efecto.

Lo que tiene de malo la teoría democráticopluralista no es su insistencia en el hecho de la competencia, sino su afirmación (y muy a menudo, su presupuesto implícito) de que los principales "intereses" organizados de estas sociedades, y sobre todo el capital y los trabajadores, compiten en términos más o menos iguales, y, por consiguiente, ninguno de ellos es capaz de alcanzar una ventaja decisiva y permanente en la competencia. Es aquí donde aparece la ideología y la observación se convierte en mito En capítulos anteriores se mostró que el mundo de los negocios, y en particular las empresas en gran escala, disfrutan de tal ventaja *dentro* del sistema estatal, en virtud de la composición y de las inclinaciones ideológicas de la élite estatal. En este capítulo, veremos que el mundo de los negocios disfruta de una formidable superioridad *fuera* del sistema estatal también, en términos de las presiones inmensamente más fuertes que, por comparación con los trabajadores y con otros intereses, puede ejercer en la consecución de sus fines.

I

Una de tales formas de presión, que los "teóricos de grupos" pluralistas tienden a no tomar en consideración, es más importante y eficaz que cualquiera otra, y los hombres de empresa se encuentran en inmejorable situación para ejercerla, sin necesidad de organización, campañas y cabildeos. Es ésta la presión omnipresente y permanente, sobre los gobiernos y el Estado, generada por el control privado de los recursos industriales, comerciales y financieros concentrados. La existencia de este gran campo de poder económico independiente es un hecho que ningún gobierno, cualesquiera que puedan ser sus inclinaciones

puede desconocer al ponerse a determinar sus políticas, no sólo en lo que toca a las cuestiones económicas, sino también en lo que respecta a la mayoría de las demás cuestiones. El presidente de la junta editorial de la revista *Fortune* dijo, en 1952 que "cualquier presidente que desee la prosperidad para su país depende de las empresas gigantescas tanto como las empresas dependen de él, y probablemente más aún. Su dependencia es semejante a la del rey Juan respecto de los barones terratenientes de Runnymede donde nació la Carta Magna".[1] La analogía tal vez no sea perfecta, pero el hincapié en el poder independiente de los negocios, y en la dependencia del gobierno respecto de los mismos, está totalmente justificado no sólo en el caso de los Estados Unidos, sino también en el de todos los demás países capitalistas avanzados.

Por supuesto, los gobiernos cuentan con el poder formal de imponer su voluntad a los hombres de empresa, de impedirles, mediante el ejercicio de una autoridad legítima, hacer ciertas cosas, así como de obligarlos a realizar otras. Es esto, en efecto, lo que los gobiernos han hecho a menudo. Pero, aunque sea cierto e importante, no es, de ninguna manera, lo que estamos discutiendo. Es evidente que los gobiernos no están *completamente* desvalidos ante el poderío de los hombres de negocios, ni tampoco es el caso que estos últimos, por más grandes que sean las empresas a su cargo, puedan desafiar abiertamente las órdenes del Estado, hacer caso omiso de sus disposiciones y burlarse de la ley. Más bien de lo que se trata es que el control ejercido por los hombres de negocios sobre esferas grandes y fundamentales de la vida económica *dificulta* extremamente a los gobiernos imponerles políticas a las que se opongan firmemente. Otros intereses, podríamos añadir, tampoco están desvalidos *ante* su gobierno; también ellos pueden oponerse, a veces con éxito, a las finalidades y políticas del Estado. Pero el mundo de los negocios, por la naturaleza misma de un sistema capitalista de organización económica, está incomparablemente mejor situado que cualquier otro interés para hacer tal cosa efectivamente y lograr que los gobiernos presten mayor atención a sus deseos y susceptibilidades que la que pueden prestar a cualesquiera otros.

Y en referencia a los Estados Unidos, el profesor Hacker ha señalado:

...lo que Parsons y otros liberales tienen a bien considerar como regulación de los círculos de negocios, no obstante las quejas pronosticables de los hombres de negocios, es más un tigre de papel que un sistema efectivo de controles económicos en interés del público...

[1] Mills, *La élite del poder*, p. 169. O, como ha dicho Alfred de Grazia, "quien controle las grandes industrias tendrá un enorme poder político". *Politics and Government*, 1962, vol. 2, p. 56.

podemos hacer algunas preguntas acerca de los supuestos poderes del gobierno nacional. ¿Puede algún organismo público determinar el nivel de los salarios, de los precios, de las utilidades? Y lo que es más importante, ¿puede acaso especificar el nivel y la dirección de las inversiones de capital? ¿Puede algún departamento gubernamental asignar materias primas o controlar la situación geográfica de una fábrica? ¿Puede, de alguna manera, garantizar la ocupación plena o la tasa de crecimiento económico? ¿Se ha emprendido alguna acción de carácter antitrusts, sobre alguna de las empresas gigantescas, que la haya afectado de manera apreciable? La simple respuesta es que ni es posible tomar tales medidas de acuerdo con las leyes vigentes, ni sabemos cuál podría ser la reacción a ellas.[2]

Incluso en el caso de los Estados Unidos, esto tal vez subestime la influencia que los gobiernos ejercen, mediante intervención directa e indirecta, en la vida económica; en muchos otros países capitalistas, en donde ha llegado a prevalecer, en general, una filosofía de la intervención más positiva, los gobiernos han podido hacer algo más de lo que en el párrafo anterior se señaló como posible.

No obstante, los *límites* de la intervención, al menos en relación con los círculos de negocios, y particularmente en contra de los mismos, son, en todas partes, mucho más estrechos y específicos que lo que nos llevaría a pensar la insistencia en los poderes formales del gobierno; y el margen para la toma de decisiones que se deja a las empresas privadas es correspondientemente mayor que el que comúnmente nos solemos imaginar en virtud de la imagen asiduamente difundida de una "comunidad de hombres de negocio" maniatada y acosada por los gobiernos burocráticamente entrometidos y sus agentes.

Incluso los gobiernos *decididos* a "controlar" la empresa privada no tardan en descubrir que los mecanismos de intervención, que pretenden superponer al mundo de los negocios, son extremadamente engorrosos y casi imposibles de poner en marcha sin la colaboración y ayuda de esos mismos círculos de negocios. Pero esa colaboración y ayuda no se obtendrá si no a cambio de algo, y es que los gobiernos no se muestren muy decididos en ejercer políticas que parecen perjudiciales a los hombres de negocios y, por supuesto, no sólo para ellos, sino para el "interés nacional".

No se trata, necesariamente, o de ninguna manera, de una resistencia activa ejercida por los controladores del poder económico ante la ley, o de una evasión deliberada de regulaciones legítimamente promulgadas, aun cuando también pueda tratarse de esto. Más importante que tal rebeldía, que podría ser políticamente perjudicial, incluso peligrosa, es el poder *inercial* del

[2] A. Hacker, "Sociology and Ideology", en M. Black (comp.), *The Social Theories of Talcott Parsons*, 1961, p. 302.

mundo de los negocios, el no hacer las cosas que no son positivamente ordenadas por el Estado, sino meramente solicitadas, y el hacer otras cosas que no son estrictamente ilegales. Mucho es lo que se puede hacer en lo tocante a esto, y sería suficiente para presentarle a un gobierno reformista problemas formidables, mientras decidiese operar dentro del marco de un régimen capitalista. Como ha señalado el profesor Meynaud, respecto de Italia, donde tiene una validez más general la propiedad y el control privados:

> ...hacen que sea muy difícil emprender una política de reforma dentro del marco de las estructuras económicas establecidas. Todo gobierno interesado en efectuar una determinada redistribución del poder económico y del producto social, que pone en tela de juicio los fundamentos del sistema, rápidamente tropieza, en la acepción médica del término, con la intolerancia del régimen a tales cambios.[3]

Pero esta "intolerancia" no es tan estrecha que impida *cualquier* clase de política económica que desapruebe el mundo de los negocios. Dicho de otra manera, el poder de veto del mundo de los negocios no es absoluto. Pero sí es muy grande, y sin duda más grande que el de cualquier otro interés en una sociedad capitalista.

Se ha dicho a veces que los gobiernos tienen ahora un arma extremamente efectiva en relación con el mundo de los negocios, a saber, que son ahora, con mucho, los mayores clientes de la empresa privada y tienen "un instrumento tan importante y rápido en su acción, para influir en las decisiones de la industria y del comercio privados, que el gobierno puede alcanzar *a tiempo* sus principales objetivos industriales nacionales".[4]

Sin embargo, pocos meses antes de haber sido escrito esto un *White Paper* del gobierno laborista sobre compras del Estado, provocó en el *Times* el comentario de que "está perfectamente claro que se ha rechazado por completo la idea de esgrimir el garrote del poder de compra del gobierno para obligar a las empresas o las industrias a cambiar radicalmente sus métodos como instrumento de política económica a largo plazo".[5] Y tampoco tenemos mayores pruebas de que otros gobiernos hayan utilizado con notable eficacia este poder en sus relaciones con la empresa privada.

En abstracto, los gobiernos tienen a su disposición recursos y poderes vastos para "esgrimir el garrote" contra el mundo de los negocios. En la práctica, los gobiernos que se han propuesto utilizar estos poderes y recursos —y la mayoría de los

[3] Meynaud, *Rapport sur la classe dirigeante italienne*, p. 191.

[4] R. Maxwell, "How to Buy a New Industrial Efficiency", en *The Times*, 3 de octubre de 1967 (subrayado en el texto).

[5] *The Times*, 25 de mayo de 1967.

mismos no lo quieren— no tardan en descubrir, dado el contexto en el que operan, que la tarea tropieza con innumerables dificultades y peligros.

Estas dificultades y peligros se resumen idealmente en la temible frase de "pérdida de confianza". Es un testimonio implícito del poder del mundo de los negocios el que todos los gobiernos, sin exceptuar a los reformistas, hayan estado siempre profundamente interesados en obtener y conservar su "confianza". Y por cierto no hay ningún otro interés cuya "confianza" se considere más valiosa, o cuya "pérdida de confianza" se tema más.

La presidencia de John F. Kennedy nos proporciona algunos ejemplos notables de esta preocupación. Poco después de haber llegado a la presidencia, el presidente Kennedy se vio envuelto en una "espectacular lucha de poder" con el Business Advisory Council, "un club exclusivo y autorregenerativo de altos ejecutivos de las principales empresas gigantescas que había mantenido una relación privada y especial con el gobierno desde 1933" y el cual "gobierno tras gobierno... había gozado del privilegio continuo de participar en las decisiones del gobierno sin examen ni registro público".[6] El secretario de Comercio, Luther Hartwell Hodges, aunque mal se le pueda considerar como radical virulento, tuvo la extraña idea de que debía cambiarse la manera de designar a los miembros del BAC, así como sus procedimientos. Ocurrió que las dificultades que esto produjo llevó al BAC a cortar por su cuenta sus vínculos oficiales y cambiar su nombre por el de Business Council. "Hodges trazó planes para un nuevo BAC, en el cual figuraría un ampio corte transversal de toda la esfera de los negocios norteamericanos, grandes, medianos y pequeños. Comprendería también representantes de los sindicatos, de la agricultura y de la educación."[7]

Pero estos planes nunca se llevaron a la práctica: enfrentándose a muchos problemas que le parecían requerir del apoyo del mundo de los negocios, "y sensible al rumor insistente de que era

[6] Rowen, *The Free Enterprisers. Kennedy, Johnson and the Business Establishment*, pp. 61-2. Otro autor ha descrito al *Council* de la siguiente manera: "aunque nominalmente sea una organización privada, el BAC influye públicamente de manera que no podrían hacer grupos de presión que careciesen de la misma facilidad de acceso al gobierno federal. Por ejemplo, es evidente que hace las veces de agencia de reclutamiento y colocación de personal en muchos de los organismos federales. Y lo que es más importante, prepara complejos "estudios" e "informes". Aunque la importancia concreta de tales informes consultivos es difícil a menudo de estimar, el Departamento de Justicia ha considerado necesario informar al secretario del Interior de que "cuestiones fundamentales de política básica están siendo inicialmente resueltas por comités consultivos de la industria, lo cual tiene como resultado que la acción del gobierno equivalga a poco más que poner en práctica decisiones que ya han sido tomadas por dichos comités". Kariel, *The Decline of American Pluralism*, p. 99.

[7] Rowen, *op. cit.*, p. 70.

antimundo de los negocios', el presidente dio media vuelta, abandonó su anterior postura firme y atrevida y se volvió hacia el Business Advisory Council."[8] Se arregló una reconciliación y se tomaron disposiciones para que "pequeños comités del BAC se asignasen a cada uno de los diversos departamentos y agencias del gobierno, y a la propia Casa Blanca".[9] Por su parte, "los dirigentes sindicales se quejaron de la campaña de Kennedy en contra de los 'aumentos inflacionarios de salarios', lo cual constituía parte de la seguridad que Kennedy estaba dando al mundo de los negocios de no tener favoritos. Pero el Presidente deseaba restaurar una buena relación de trabajo con el Business Council independientemente de las preocupaciones de los sindicatos".[10]

Unos cuantos meses más tarde, el Presidente se vio "en guerra con, nada menos, Roger Blough, presidente de la gigantesca U. S. Steel, que anunció un aumento considerable del precio del acero producido por su compañía y no tardó en ser imitado por otros gigantes del acero. En esta ocasión, la movilización de diversas formas de presión presidencial,[11] sin exceptuar un espectacular despliegue de ira presidencial en la televisión, logró que se restringieran los aumentos, aun cuando sólo durante un año. Sin embargo, el episodio no constituyó una pérdida para los hombres de empresa en general, puesto que tan sólo incrementó la preocupación casi obsesiva del Presidente por ganarse su "confianza" y disfrutar de la misma. Por cierto, el gobernador Connally, acompañante del Presidente en el automóvil donde lo asesinaron, ha dicho que uno de los objetivos del viaje del presidente Kennedy a Texas era tranquilizar a la "comunidad del mundo de los negocios" en lo relativo a sus intenciones; "creo que le irritaba profundamente —ha escrito el gobernador Connally— que hombres de empresas conservadoras abrigasen la sospecha de que él, opulento producto de nuestro sistema capitalista, pudiese hacer algo por dañar a ese sistema".[12]

La "confianza" del mundo de los negocios ha sido también el escurridizo premio que el gobierno laborista del señor Wilson ha tratado de alcanzar con fervor invariable desde que llegó al poder, aun cuando no le haya servido de mayor cosa. Así por ejemplo, *The Times* publicó en el otoño de 1967:

...es probable que el Primer Ministro mande llamar a destacados industriales, en los próximos meses, para sostener conversaciones privadas cuyo objeto es convencer a los hombres de negocios de que sus puntos de vista tendrán importancia capital en la planeación de

[8] *Ibidem*, p. 71.
[9] *Ibidem*, p. 71.
[10] *Ibidem*, p. 73 (el subrayado es mío).
[11] Véase *ibidem*, capítulo 6.
[12] J. Connally, "Why Kennedy went to Texas", *Life*, 24 de noviembre de 1967, p. 100.

la política económica del gobierno... Los laboristas llegaron al poder contando con mucha buena voluntad de parte de la comunidad de los hombres de negocios.[13] Tal vez sea un reconocimiento de su subsecuente desilusión el que el Primer Ministro esté dispuesto ahora a intervenir en el constante diálogo entre Whitehall y los círculos de industriales para restaurar la necesaria confianza requerida para el aumento de las inversiones y el cambio de las prácticas.[14]

Este celo no debe sorprender a nadie. Dado el poder económico que descansa en los círculos de los hombres de negocios y la importancia decisiva de sus acciones (o de sus inacciones) en aspectos fundamentales de la política económica, todo gobierno que pretenda, verdaderamente, realizar reformas radicales tendrá que procurar o bien apropiarse ese poder o aceptar la limitación rígida de su margen de acción radical por obra de las exigencias de la "confianza" de los hombres de negocios. Hasta ahora ningún gobierno de ningún sistema político de tipo occidental, cualquiera que haya sido su retórica antes de tomar el poder, ha optado por la primera de estas dos posibilidades. En vez de ello, los gobiernos de intenciones reformistas, unas veces de mal grado, y otras veces de buen grado, han puesto un freno a sus propensiones reformistas (aunque nunca lo suficientemente fuerte para el gusto de los hombres a los que procuraban apaciguar) o han adaptado sus reformas a los objetivos de los hombres de empresa (como ocurrió en el caso de las proposiciones de nacionalización del gobierno laborista de Inglaterra, en 1945) y se convirtieron en aliados, precisamente, de las mismas fuerzas a las que, mientras se vieron en la oposicion, prometieron contrarrestar y someter. En este contexto, la política es, por cierto, el arte de lo posible. Pero lo posible está determinado sobre todo por aquello que parece aceptable a la "comunidad de los negocios".

En la actualidad, sin embargo, los gobiernos de intención reformista e "izquierdista", no tienen que contar tan sólo con el poder de su propia clase de industriales y comerciantes, ni es únicamente su "confianza" lo que deben buscar y tratar de conseguir. Tales gobiernos tienen que tomar en consideración también, más ahora que nunca antes, el poder y las presiones de intereses y fuerzas capitalistas extranjeras: grandes empresas extranjeras, gobiernos extranjeros poderosos y conservadores, bancos centrales, finanzas internacionales privadas, organizaciones oficiales de crédito internacional, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, o una formidable combinación de todos ellos. La ortodoxia económica y financiera, y la debida considera-

[13] Se puede dudar perfectamente de esto.
[14] *The Times*, 3 de octubre de 1967.

ción para las prerrogativas y necesidades del sistema de empresa libre no es sólo lo que los intereses nacionales de los negocios esperan y exigen de sus gobernantes; estos intereses nacionales están ahora poderosamente secundados por intereses extranjeros, que bien pueden tener una importancia mayor.

Como ya señalamos, el capitalismo es hoy, como nunca antes, un sistema internacional, cuyas economías constitutivas están estrechamente relacionadas y entretejidas. A consecuencia de esto, hasta los países capitalistas más poderosos dependen, en mayor o menor medida, de la buena voluntad y cooperación de los demás, y de lo que ha llegado a ser, no obstante profundas y perdurables rivalidades capitalistas nacionales, una "comunidad" capitalista internacional interdependiente. La desaprobación que manifieste esta "comunidad" por las políticas de uno de sus miembros, y la supresión de la buena voluntad y de la cooperación que pueden ser su consecuencia, evidentemente constituyen ingentes problemas para el país de que se trate. Y mientras un país decida seguir siendo parte de la "comunidad", el deseo de *no* incurrir en su desaprobación tendrá que pesar grandemente en sus decisiones políticas y reducir, todavía más, los impulsos que sientan los gobiernos de intención reformista de apartarse del camino ortodoxo. Los dirigentes de los bancos centrales, que disfrutan de un elevado grado de autonomía respecto de sus gobiernos, han llegado a adquirir importancia extraordinaria en su calidad de guardianes de dicha ortodoxia y de representantes por excelencia de las "finanzas sanas". Un gobierno *conservador* que goce de una posición económica y financiera relativamente fuerte, como aquella de la que disfrutó por mucho tiempo el gobierno del presidente De Gaulle, puede jugar a salirse del redil sin correr demasiados riesgos de represalia. A un gobierno radical, en cambio, los representantes del capitalismo internacional no le darán nunca cuerda.

Además, los gobiernos radicales, como también indicamos anteriormente, por lo común llegan al poder en circunstancias de grave crisis económica y financiera, y descubren que los créditos, los empréstitos y el apoyo financiero general sólo se les concederán a condición de que practiquen políticas económicas y extranjeras aceptables para sus acreedores y banqueros y las cuales sólo marginalmente pueden distinguirse, si es que pueden, de las políticas conservadoras que previamente habían criticado.

Viene al caso el ejemplo del gobierno laborista elegido en octubre de 1964 y reelegido en marzo de 1966. Fue el propio señor Wilson el que, en frase a menudo citada, advirtió al Congreso de los sindicatos de Inglaterra, antes de la elección de 1964, que "puede uno ir al empeño, pero lo que no se puede, después, es hablar de una política exterior independiente o de una polí-

tica de defensa nacional independiente".[15] Esto estuvo bien dicho, y vale, por lo menos, igual en lo que respecta a una política económica "independiente". Pero, no obstante, el señor Wilson "fue al empeño" poco después de llegar al poder, y empeñó cada vez más cosas en años subsiguientes. Su gobierno, como era debido, llevó a cabo políticas de carácter lo suficientemente conservador para asegurarse el apoyo continuado, no muy entusiasta, de los gobiernos capitalistas, los bancos centrales y las agencias financieras internacionales. Pero ese apoyo estuvo naturalmente condicionado a una estricta observancia de la ortodoxia económica y financiera de la que era elemento fundamental una "política de ingresos" cuyo objeto primordial era mantener bajos los salarios; y a los acreedores se les tuvo que conceder el derecho de asegurarse, mediante una vigilancia continua, de que el gobierno laborista llevaría a cabo las políticas requeridas.

Esta clase de dependencia y vigilancia ha sido siempre característica de las relaciones entre el mundo del capitalismo avanzado y aquellos gobiernos del "Tercer Mundo" que han solicitado ayuda y créditos de aquél; y el precio de tal ayuda y tales créditos ha sido siempre la ejecución, por parte de los gobiernos afectados de políticas destinadas a favorecer, o al menos no estorbar, a la empresa capitalista extranjera y la adopción, en asuntos internacionales, de políticas y actitudes que, por lo demás, no ofendan a los que otorgan los créditos o efectúan las donaciones.

Pero estas presiones externas no afectan tan sólo hoy en día a los países subdesarrollados del "Tercer Mundo", también pueden dirigirse, con efecto considerable, sobre los gobiernos de los países capitalistas avanzados; y en esto, evidentemente, tenemos una gran fuente de fuerza complementaria para los intereses capitalistas internacionales que se enfrentan a gobiernos dispuestos a llevar a cabo políticas inaceptables para estos intereses. El conflicto de clases, en estos países, ha tenido siempre una dimensión internacional, pero esto es ahora todavía más directa y específicamente cierto que en el pasado.

II

En atención a la posición estratégica de que disfruta la empresa capitalista en sus tratos con los gobiernos, simplemente por razón de su control de los recursos económicos, la noción, fundamental para la teoría pluralista, de no ser éste sino uno de los muchos "grupos con poder de veto" que constituyen la sociedad capita-

[15] TUC, *Annual Report*, 1964, p. 383.

lista, igual a otros "grupos con poder de veto" tiene que ser interpretada como una franca huida de la realidad.

De esos otros grupos, el de los trabajadores organizados, en su calidad de "interés" de la sociedad, es aquel cuyo poder se considera más comúnmente igual (cuando no se pretende que sobrepasa) al poder del capital. Pero esto es tratar como hecho consumado lo que es tan sólo un potencial aún no realizado, cuya realización presenta dificultades inmensas.

Pues los trabajadores organizados no tienen nada que pueda compararse con el poderío del capital en la diaria toma de decisiones económicas de la empresa capitalista. Lo que una empresa produce; si exporta o deja de exportar; si invierte, en qué y con qué finalidad; si absorbe o es absorbida por otras empresas, éstas y muchas otras decisiones semejantes son cuestiones sobre las que los trabajadores organizados tienen, en el mejor de los casos, una influencia directa y, a veces, ninguna. En este sentido, el trabajo organizado carece de una firme base de poder económico, y, por consiguiente, posee mucho menos potencial de presión respecto del Estado. Por esta razón, también los gobiernos se desvelan mucho menos por obtener la "confianza" de los trabajadores que la de los hombres de negocios.

Además, los trabajadores organizados no tienen nada que pueda compararse, en lo que a ejercer presión se refiere, con las influencias extranjeras que ya se ejercen en favor del capital. No hay "gnomos" de los obreros en Zurich, ni tienen los trabajadores un equivalente del Banco Mundial, del Fondo Monetario Internacional o de la OCDE para ver que sus gobiernos desistan en tomar medidas en detrimento de los asalariados y en favor de los círculos de negocios, o para ejercer presión en pro de políticas que beneficien a los "grupos de ingresos bajos" y que son opuestas a los intereses de las élites económicas. Para los asalariados del mundo capitalista, la solidaridad internacional es parte de una sagrada retórica que rara vez se manifiesta concreta y efectivamente; para los círculos de negocios, es una realidad permanente.

El arma importante que poseen los trabajadores, entendidos como "interés", es la huelga; y cuando se la ha utilizado con verdadera determinación, su eficacia, como medio de ejercer presión, a menudo, ha quedado claramente demostrada. Una y otra vez, patronos y gobiernos se han visto obligados a hacer concesiones a los trabajadores por causa del decidido uso del arma de la huelga o, incluso, por la sola amenaza de usarla. En innumerables ocasiones, demandas que habiéndose afirmado a los sindicatos y a los trabajadores no podrían encontrar satisfacción, porque inevitablemente traería la ruina a una empresa o a una industria, o causarían daño irreparable a la economía nacional, se han vuelto misteriosamente aceptables cuando los

trabajadores organizados han mostrado en la práctica que no estaban dispuestos a ceder.

Sin embargo, el problema es la determinación, la decisión. Pues los trabajadores, entendidos como grupo de presión, son extremamente vulnerables a muchas influencias internas y externas cuyo objeto es corroer su voluntad y persistencia. Por causa de la eficacia de estas influencias, los gobiernos, por lo general, no han considerado necesario tratar a los trabajadores con la misma deferencia con que han tratado a los círculos de negocios. A veces, han pisoteado a los hombres de empresa, pero nunca tan pesadamente como lo han hecho con los trabajadores, como el gobierno laborista del señor Wilson, por ejemplo, ha hecho con su "política de ingresos".

Una importante debilidad que afecta a los trabajadores, considerados como grupo de presión, por comparación con los círculos de negocios, es que las organizaciones nacionales de estos últimos pueden hablar con una autoridad considerablemente mayor que la de sus correlatos obreristas.

Varias razones explican esto. En primer lugar, las organizaciones de hombres de empresa pueden afirmar verdaderamente que hablan "en nombre de los hombres de empresa", ya sea porque incluyen un elevadísimo porcentaje de empresas o porque las empresas que representan desempeñan actividades fundamentales en la esfera económica. Las organizaciones obreras equivalentes, por otra parte, en ningún lado abarcan a una mayoría de los asalariados, suelen incluir mucho menos. En este sentido, las asociaciones de hombres de negocios son mucho más representativas que los sindicatos.

En segundo lugar, y más importante, el mundo de los negocios en ninguna parte está tan dividido como el de los trabajadores. Señalamos anteriormente que ese mundo de los negocios no es un monolito ni económico, ni ideológico, que hable siempre, o siquiera normalmente, de una sola manera respecto de todas las cuestiones. En verdad, sus diversos intereses encuentran en todas partes expresión en las diferentes asociaciones nacionales que representan sectores diversos de la "comunidad de los negocios". Estas divisiones, sobre todo entre empresas en gran escala y negocios medianos o pequeños, no son de ninguna manera insignificantes, no sólo en términos generales sino concretos. Pero no estorban que exista un consenso ideológico fundamental que tiene importancia capital en la representación y el peso de la influencia del mundo de los negocios. Así, por ejemplo, las políticas propuestas por la Dieta de la Industria y el Comercio de Alemania tal vez sean más "moderadas y liberales" que las de la Federación de la Industria de Alemania;[16] y matices de dife-

[16] Braunthal, *The Federation of German Industry in Politics*, p. 27.

rencia semejantes pueden encontrarse también entre las asociaciones nacionales de comerciantes y de industriales de otros países. Pero estas diferencias, evidentemente, se presentan dentro de un espectro de acuerdo *conservador*, bastante estrecho, que impide la explosión de grandes conflictos. Podría decirse que los círculos de negocios están prácticamente divididos, pero son estratégicamente coherentes; en lo tocante a los problemas fundamentales de política económica y también a las demás grandes cuestiones nacionales, presentan un frente razonablemente unido.

No puede decirse lo mismo del movimiento sindical en cualquier parte del mundo. Su característica sobresaliente, de hecho, no es la unidad, sino la división; y las divisiones que padecen, lejos de ser tácticas y superficiales, las más de las veces son profundas y fundamentales.

Por supuesto, los sindicatos siempre han estado divididos y separados unos de otros (y a menudo, por cierto, en su propio interior) por las funciones y destrezas particulares de sus miembros, a veces por la geografía y a menudo por factores religiosos, étnicos o raciales. Pero ya sea por estos factores, o por otras razones, están, sobre todo, divididos por su ideología y sus actitudes tanto unos de otros como en el interior de sí mismos.

En algunos países, por ejemplo Francia e Italia, estas divisiones encuentran expresión institucional en la existencia de federaciones separadas, distintas, y a menudo enconadamente antagónicas, comunistas, socialdemócratas y cristianas, cuyos conflictos constituyen un factor profundamente inhibidor en sus luchas tanto con los patronos como con el Estado, y en su efectividad como grupos de presión. En ninguna parte los círculos de los negocios padecen algo comparable siquiera con estas divisiones.

Además, incluso en países en donde las escisiones ideológicas no han encontrado expresión institucional, los movimientos sindicales también han estado sujetos a divisiones profundas, contenidas tal vez dentro de una sola organización, pero no menos debilitadoras.

Por ejemplo, tal ha sido siempre el caso del movimiento sindical en Inglaterra, donde las divisiones, a menudo, han estado fundadas en diferencias funcionales entre los sindicatos, y sobre las cuales, a menudo concomitantemente, se han superpuesto diferencias y conflictos entre sindicatos más militantes y menos militantes; y esta última diferencia se ha producido también regularmente dentro de los sindicatos en los que un elemento más militante e izquierdista ha chocado con unos dirigentes y unos compañeros partidarios de los dirigentes generalmente más "moderados" y "responsables".

Esta división entre dirigentes y miembros tampoco ha solido afectar a las asociaciones de comerciantes o de industriales. La causa fundamental de esa división, a la que no han sido inmunes,

de ninguna manera, los sindicatos comunistas, estriba en el papel, profundamente ambiguo, que los dirigentes sindicales tienden a adoptar en las sociedades capitalistas. Pues, por una parte, se espera de estos dirigentes que defiendan los intereses "seccionales" de sus miembros con la mayor determinación, en contra de los patronos y si surge la ocasión, como a menudo se presenta, en contra del Estado; pero, por otra parte, la "opinión pública" espera de ellos también, y el Estado a menudo se lo exige, que actúen "con sentido de responsabilidad", teniendo presente el "interés nacional", lo cual por lo general significa que deben contener y aplacar las demandas de sus miembros, en vez de defenderlas y abogar por ellas.

Esto es especialmente cierto en lo que respecta a las huelgas. Como ha señalado el doctor V. L. Allen:

> Las huelgas tienen lugar en un ambiente hostil, aun cuando sean un común fenómeno cotidiano. Se las describe comúnmente diciendo que son subversivas económicamente, irresponsables, injustas, contrarias a los intereses de la comunidad y a los mejores intereses de los trabajadores, desperdiciadoras de recursos, brutalmente agresivas, incompatibles con la democracia y, después de todo, innecesarias.[17]

Pero lo importante de esto es que los dirigentes sindicales, en particular los "reformistas", están profundamente influidos por estas nociones. Como señala el mismo doctor Allen:

> Los funcionarios sindicales son especialmente sensibles a las influencias ambientales antihuelguísticas, porque frecuentemente se les echa la culpa de la conducta de sus miembros... Cuando se ven en la necesidad de hacer una convocatoria de huelga, los funcionarios de los sindicatos se ponen a la defensiva, se deshacen en disculpas y se preocupan por impedir que estalle. Y cuando se lanzan realmente a la huelga, los motiva frecuentemente un deseo de terminarla rápidamente, independientemente del valor que esté en juego.[18]

Estas "influencias ambientales" son en verdad formidables. Comprenden no sólo los medios masivos de difusión, que con seguridad y casi unánimemente proclamarán la "irresponsabilidad" de cualquier gran (o pequeña huelga) sin atender para nada a las razones del caso, y que semejantemente, condenarán a los dirigentes de la misma, sino también al gobierno que, independientemente de su etiqueta política, usará cualesquiera medios de influencia y poder a su disposición para menguar la voluntad y determinación de los huelguistas, y sobre todo de sus

17 V. L. Allen, *Militant Trade Unionism*, 1966, p. 27.
18 *Ibidem*, p. 27.

dirigentes sindicales.[19] En esto tal vez no siempre tenga éxito; pero, al menos, es algo que siempre intenta.

No sólo las "influencias ambientales" mencionadas son las que hacen que los dirigentes sindicales vean con recelo la acción militante sostenida en pro de los intereses de sus miembros. Tal acción, comúnmente, suele constituir una pérdida considerable de recursos monetarios de los sindicatos. También suele fortalecer la posición de los elementos militantes de los sindicatos que discuten la autoridad de los dirigentes y a los que éstos, naturalmente, procuran hacer resistencia. Además, el temor al fracaso, después de haber hecho grandes sacrificios, es siempre grande y lo realza la desalentadora conciencia del rigor de las fuerzas desplegadas en contra de los trabajadores. Y aunque el éxito de la acción militante depende a menudo de la solidaridad y el apoyo de otros sindicatos, rara vez es fácil obtenerlos; incluso cuando se obtienen no está garantizado que duren todo el tiempo necesario. Algunas de estas debilidades son inherentes a la posición de los sindicatos en la sociedad capitalista. Pero en este caso, también, los constreñimientos estructurales pueden ser más o menos fuertes; y esto está determinado, al menos en parte, por la ideología y las concepciones con que los dirigentes sindicales se lanzan al cumplimiento de sus obligaciones.

Con excepción de Francia e Italia, países en donde los más grandes movimientos sindicales están dirigidos por comunistas y por otros socialistas marxistas, los movimientos sindicales de los países del capitalismo avanzado están dirigidos y dominados por hombres que se llaman a sí mismos socialistas, o socialdemócratas, o democristianos o, como ocurre en los Estados Unidos, sobre todo simples demócratas. Estas etiquetas diferentes, evidentemente, revelan diferencias sustanciales en las actitudes respecto del sistema capitalista. Mientras que algunos dirigentes sindicales, sobre todo en los Estados Unidos, aceptan este sistema como algo dado, y lo aceptan de muy buen grado, otros tienden a mantener la creencia en la realización final de un orden social totalmente diferente. Y mientras que los dirigentes sindicales norteamericanos, por lo general, creen y proclaman que existe una identidad fundamental de intereses entre la administración capitalista y los trabajadores,[20] la mayoría de los

[19] Un notable ejemplo reciente, que tiene que ver con el gobierno laborista, se encuentra en P. Foott, "The Seamen's Struggle", in Blackburn and Cockburn (comp.), *The Incompatibles*.

[20] Así, por ejemplo, incluso un dirigente sindical como Walther Reuther del que comúnmente se piensa que está "a la izquierda" de la mayoría de los demás dirigentes sindicales norteamericanos, no tiene inconveniente en proclamar que "debemos regir nuestras políticas por el conocimiento de que los sindicatos libres y las empresas libres son menos rivales que socios, que tienen más en común que en conflicto. Tenemos que ampliar las esferas de comprensión y reducir las de conflicto". Citado en Kariel, *The Decline of American Pluralism*, p. 63.

dirigentes sindicales de los demás países capitalistas propenden, en general, a no creer tal cosa, o por lo menos se abstienen de declarar que creen en ella.

Por otra parte, es fácil exagerar[21] la importancia práctica de las diferencias ideológicas entre los dirigentes y funcionarios sindicales norteamericanos y la gran mayoría de los dirigentes no comunistas de otros países capitalistas. Pues en tanto que los dirigentes sindicales norteamericanos aceptan explícitamente el valor indiscutible de las estructuras capitalistas, sus colegas en otros países, *en la práctica* han propendido a actuar como si fuesen de la misma opinión y a considerar, impertinente para la estrategia sindical, todas las ideas que se puedan tener en lo relativo a la necesidad de crear otro orden social.

Esto ha facilitado enormemente las relaciones de los dirigentes sindicales con los patrones y los gobiernos y ha puesto bases firmes para una colaboración entre los mismos que han convertido a estos dirigentes en socios menores de la empresa capitalista. Este proceso ha cobrado ahora un carácter mucho más oficial que en el pasado: los gobiernos "consultan" ahora regularmente a los sindicatos, y los representantes de éstos figuran también en diversos organismos del sistema estatal. A los dirigentes sindicales les ha resultado fácil creer que, puesto que se les ha reconocido como elemento necesario en el funcionamiento del capitalismo, han alcanzado también una posición de igualdad con los empresarios en relación a la determinación de las políticas. De hecho, su incorporación a la vida oficial de sus países ha servido sobre todo para cargarlos de obligaciones que han debilitado todavía más su capacidad de regateo y negociación y han contribuido a reducir su efectividad.

Sin embargo, hay otras razones, de carácter más concreto, para desechar, por considerarla totalmente carente de sentido de la realidad, la opinión según la cual los trabajadores constituyen un grupo de interés de fuerza equivalente a los círculos de negocios.

Se reconoce en general que, hoy en día, la actividad de los grupos de presión importante se ejerce mucho más al nivel ejecutivo y administrativo que al legislativo. Tal y como el Estado ha ido adoptando poderes, cada vez mayores, en todos los campos de la actividad económica y social, así también los principales "intereses" de la sociedad, naturalmente, están dirigiendo sus actividades de presión sobre los gobiernos y administraciones. Esto, como veremos en seguida, no quiere decir que las legislaturas carezcan de importancia en este respecto, pero sí que la parte más considerable de la actividad de los grupos de presión

[21] Por cierto, es fácil exagerarla, en lo que concierne a sus actividades sindicales, en relación a muchos dirigentes sindicales.

tiene que orientarse ahora hacia el poder ejecutivo; y ahora son sólo los grupos más débiles los que tratan de ejercer influencia primordialmente a través de las legislaturas, precisamente porque influyen poco o nada en el ejecutivo. Los más grandes "intereses" utilizan ambos medios, aunque hacen mayor hincapié en el gobierno y en la administración.

Pero como ya hemos explicado con algún detalle, las empresas participan en esta competencia en condiciones por demás favorables en comparación con los trabajadores o cualesquiera otros "intereses". Pues los hombres de empresa y sus representantes comúnmente mantienen una relación con los ministros, los empleados públicos y otros miembros de la élite estatal muy diferente de la de los trabajadores y *sus* representantes. Dadas las influencias que afectan a los tenedores de cargos políticos y a los administradores, mismas que señalamos en capítulos anteriores (extracción social, lazos y conexiones personales,[22] situación de clase, interés propio, inclinaciones ideológicas, concepciones del "interés nacional"), los grupos de presión de los círculos de negocios pueden confiar en que sus opiniones y demandas recibirán una *inicial* comprensión, simpatía o por lo menos respeto de índole totalmente diferente a la concedida a sus equivalentes de las clases obreras; y lo más probable es que así ocurra cuando están en el poder gobiernos "izquierdistas" como cuando los trabajadores tienen que lidiar con administraciones conservadoras.

Otra razón importante de esta diferencia es que los trabajadores, como grupo de presión, se manifiestan siempre como un interés mucho más "seccional" que las empresas. Sus demandas, por dignas que sean en sí mismas, se pueden interpretar como si constituyeran un peligro para la solvencia económica y financiera, como si fueran inflacionistas, contraproducentes para la buena marcha de los asuntos industriales o comerciales, o peligrosas para el mantenimiento de la "confianza", sobre todo de la extranjera, así como amenaza para la capacidad de competencia de las empresas nacionales y "egoístas", carentes de "sentido de la realidad", o "faltas de solidez"; en pocas palabras, con toda evidencia, como contrarias al "interés nacional".

Las demandas de los círculos de negocios, en cambio, *siempre* velan por el "interés nacional". Por una parte, la oposición de las empresas a las demandas obreras que pueden ser y son calificadas en los términos que acabamos de mencionar, es, por

[22] Un autor japonés señala el hecho, algo gracioso, de que "poco después de tomar el poder, a fines de 1954, el primer ministro Hatoyama Ichiro giró una orden a todas las oficinas de gobierno con la que prohibía a los funcionarios públicos jugar golf y mahjong con hombres de negocios". N. Ike, *Japanese Politics*, 1958, p. 160. Por lo que respecta a la intimidad de las relaciones entre los funcionarios públicos y los círculos de negocios en el Japón, véase *ibidem*, pp. 161 *ss.*

definición, congruente con ese interés. Por otra, demandas de los círculos de negocios cuyo objetivo es fortalecer la posición de empresas particulares o de determinadas industrias, o también de la empresa capitalista en general, siempre pueden justificarse, con elevada plausibilidad, dado el contexto capitalista en que se hacen, por su congruencia con el "interés nacional".

Esto tal vez no siempre alcance los resultados deseados y evidentemente no todas las presiones ejercidas por los círculos de negocios tienen éxito siempre y la presión obrera invariablemente se ejerce en vano. Más bien, los gobiernos y funcionarios públicos suelen considerar que, al respaldar a los primeros, están con toda conciencia velando por el "interés nacional"; e igualmente propenden a no considerar que así sea, o que sea menos evidente, en relación con las demandas obreras.[23]

La probabilidad de que así ocurra se ve incrementada, todavía más, por los vastos recursos con que los círculos de negocios pueden contribuir para su causa. Los departamentos gubernamentales y los organismos de control, a quienes conciernen las cuestiones y políticas que afectan a los grandes intereses, están influenciados por la información y testimonios presentados por esos intereses y, por cierto, se apoyan en ellos al determinar sus políticas. Además son muy susceptibles al peso e intensidad de las presiones que tales intereses pueden generar. Bajo este punto de vista, los círculos de negocios están infinitamente mejor situados que los trabajadores, o que cualesquiera otros intereses, dados sus recursos considerablemente superiores. Además, las empresas más grandes y poderosas no necesitan recurrir a ningún organismo intermediario para hablar con los gobiernos y presentarles su caso; lo hacen por sí mismas, con la confianza que les da su poder. Como el profesor Meynaud señala, "Siemens, Rhône-Poulenc, Montecatini, Courtaulds, General Motors, no necesitan de intermediarios para tratar con las autoridades".[24] Pero estos

[23] Un autor francés, en relación a esto, señala que "los servidores públicos de más alto rango prefieren tratar con los industriales y financieros de más alto rango que con los representantes de empresas pequeñas o medianas, de los vitivinicultores o de los cultivadores de remolacha azucarera. A las debilidades de los primeros, estos últimos suman una falta completa de conocimiento de la vida económica y una preocupación demasiado evidentemente exclusiva por sus intereses particulares. Además, los intereses de los grandes patronos están entretejidos con los intereses nacionales. Esto crea una comunidad de lenguaje entre dichos patronos y dichos funcionarios públicos; y aun cuando los servidores públicos se percaten de la ambigüedad de la situación, aprecian el conocimiento que estos hombres tienen y de que son capaces de dar a sus demandas el brillo de las ideas generales". Brindillac, "Les hauts fonctionnaires", p. 871.

[24] Meynaud, *Nouvelles études sur les groupes de pression en France*, p. 27. Un estudio norteamericano señala, también, que entre las doscientas empresas industriales de los Estados Unidos, "los representantes de Washington constituyen más la regla que la excepción sobre todo en compañías

intermediarios, de todas maneras, no carecen de importancia en lo que respecta a la presentación de las demandas de la industria, a las presiones que son capaces de generar y al grado en que pueden, mediante la utilización de estos recursos, ayudar a configurar la mentalidad oficial y también la "opinión pública".[25] Como ha observado el profesor Hermann en lo tocante a Francia, "los grandes y bien organizados intereses económicos de la nación, especialmente cuando están representados por las asociaciones más importantes, dotadas de un personal competente, tales como el Consejo Patronal Nacional, están en conversaciones casi constantes con la sección fiscal del ministerio", es decir, del Ministerio de Finanzas.[26] Ningún otro interés social, aparte de los círculos de negocios, tiene, en ninguna parte, el mismo fácil acceso a los más importantes órganos del poder ejecutivo y ninguno disfruta de la misma familiaridad con sus agentes. Tampoco existe otro interés que pueda llevar a cabo, en caso de necesidad, la campaña de presión que los intereses industriales y comerciales pueden emprender. Así por ejemplo, la Ley de Relaciones obreropatronales de 1947, más conocida como ley Taft-Hartley, era grandemente perjudicial para los intereses de los sindicatos norteamericanos y lucharon con todas sus fuerzas en contra de ella; pero su lucha no fue nada en comparación con la campaña que la Asociación Nacional de Industriales pudo efectuar en favor de su promulgación. En un contexto diferente, es muy difícil pensar que cualquier otro interés, aparte del círculo de negocios, pueda echar mano de la clase de recursos y de simpatías que se movilizaron en Inglaterra para persuadir al gobierno de que se estableciese la televisión comercial;[27] y es igualmente difícil creer que un sindicato, o cualquier otro interés, pueda disponer de los recursos necesarios para librar, en favor de sus propios fines, las campañas en contra de la nacionalización que las empresas inglesas han librado una y otra vez desde la guerra.[28] Un autor norteamericano ha dicho, en relación a los Estados Unidos, que "la mácula del cielo pluralista es que el coro celestial canta con un fuerte acento característico de la clase superior... el sistema está inclinado, cargado y desequilibrado en favor de una fracción minoritaria".[29] Lo mismo puede decirse de los demás países capitalistas.

que producen 'cacharros' para el gobierno". P. W. Cherrington y R. L. Gillen, *The Business Representative in Washington*, 1962, p. 1.

[25] Véase el capítulo 7.

[26] H. W. Ehrmann, "French Bureaucracy and Organised Interests", en *Administrative Science Quarterly*, 1961, vol. 5, núm. 4, p. 541.

[27] Véase H. H. Wilson, *Pressure Group: The Compaign for Commercial Television in England*, 1960.

[28] Véase, por ejemplo, H. H. Wilson, "Techniques of Pressure", en *The Public Opinion Quarterly*, 1951, vol. 15.

[29] E. E. Schattschneider, *The Semi-Sovering People*, 1960, p. 31. Hace

Tal vez sea oportuno recalcar de nuevo que este desequilibrio no determina automáticamente que los círculos de negocios se salgan siempre con la suya y necesariamente impongan su voluntad al Estado, en lo tocante a cualquiera de sus demandas. Y que otros grupos organizados, de muy diversas clases, no hayan a menudo librado campañas por demás existosas, a veces, incluso, en contra de una poderosa oposición de los círculos de negocios. Si el predominio de los hombres de empresa fuese absoluto, sería absurdo hablar de competencia. *Hay* competencia, y no sólo victorias para los poderosos intereses capitalistas, sino también derrotas. Después de todo, David venció a Goliath, pero el punto es que David *era* más pequeño que Goliath y tenía *muchísimas* desventajas en su contra.

Esta desproporción entre los círculos de negocios y los trabajadores entendidos como grupo de presión se manifiesta también en el funcionamiento de otros dos elementos del sistema estatal, a saber, de las legislaturas y de los órganos de gobierno subcentral, que ahora debemos considerar.

III

Las asambleas legislativas de los países capitalistas avanzados tienden ahora a desempeñar un papel subsidiario en las decisiones. Aunque se les siga rindiendo solemnes homenajes como depositarias de la "voluntad popular", los gobiernos procuran aislarse cada vez más de la presión parlamentaria efectiva.

No obstante, las legislaturas conservan una determinada influencia; y aun cuando los principales "intereses" tiendan ahora a considerarlas como instrumentos auxiliares para la consecución de sus fines, todavía les parece que vale la pena la presión que pueden ejercer a través de las asambleas representativas. A este respecto también, sin embargo, los círculos de negocios gozan de una situación mucho mejor que sus competidores.

Por una parte, los partidos conservadores de cualesquiera denominación son los que, a lo largo de este siglo, han seguido dominando en las asambleas legislativas. Ha habido excepciones, pero la situación general, en simples mayorías, ha estado caracterizada por el predominio conservador. Las mayorías conservadoras de estas asambleas, en su mayor parte, han estado

unos treinta años, el profesor Schattschneider, expresó, con tanto acierto como que ahora lo sigue siendo: "los hombres de negocios, colectivamente, constituyen el grupo con más conciencia de clase de la sociedad norteamericana. Como clase, están más organizados, se movilizan con mayor facilidad, cuentan con más medios de comunicación, poseen una mentalidad más semejante y están más acostumbrados a unirse en defensa de sus privilegios que cualquiera otro grupo". E. E. Schattschneider, *Politics, Pressures and the Tariff*, 1935, p. 287.

constituidas por hombres provenientes de las clases media y superior, y cualquiera que haya podido ser su origen social, los miembros de estas mayorías, en todo caso, han estado poderosamente predispuestos a formarse una buena opinión de la actividad capitalista y una opinión, correspondientemente, mala de las proposiciones y políticas que pareciesen perjudicarla. El caso extremo, obviamente, lo tenemos en los Estados Unidos donde hombres vigorosamente predispuestos en favor de la empresa privada han constituido siempre la aplastante mayoría de la Cámara de representantes y del Senado. Los trabajadores norteamericanos han tenido que depender siempre de los legisladores que pudiesen reclutar para defensa de sus intereses y para abogar por sus demandas, sin mayores garantías de que estos hombres se convertirían en sus abogados consistentes, por no hablar de su eficacia. Pero incluso en las asambleas legislativas de otros países, por lo común han sido los intereses vinculados a las empresas y a los propietarios los que han tenido de su parte a los grandes batallones parlamentarios.

Además, no hay que olvidar que los grupos parlamentarios de los partidos socialdemócratas, como los dirigentes y funcionarios sindicales socialdemócratas, a menudo han actuado, a petición de sus dirigentes, conforme a una concepción del "interés nacional" que los obligó no a *defender* los intereses de la clase trabajadora sino a contribuir a *contenerlos* y *defraudarlos*. La mayoría de los miembros de estos grupos han sucumbido fácilmente a un abrazo parlamentario que afectó notablemente a la virilidad política que pudieron poseer y los llevó a ver el mundo a través de una bruma parlamentaria, que de ninguna manera se prestaba a la afirmación militante de una conciencia de clase que, en primer lugar, muchos de ellos ni siquiera la tuvieron. Y quienes gozaron de ella y trataron de obrar conforme a ella tuvieron que lidiar con toda una variedad de obstáculos de procedimiento y de otra índole existentes precisamente para impedir que hicieran valer sus valores de clase. Lo que es más importante aún, regularmente, se han encontrado en conflicto, a menudo muy violento, no sólo con sus dirigentes parlamentarios y sus jefes de partido, sino también con sus colegas "leales" y "responsables": de todas las fuerzas que han frenado a los parlamentarios socialistas de los partidos socialdemócratas, ninguna ha sido más efectiva que la de sus propios dirigentes y colegas parlamentarios.[30]

Por su parte, los parlamentarios comunistas, protegidos por un caparazón ideológico más grueso, han sido un poco menos vulnerables a los efectos debilitadores de lo que Marx llamó "cretinismo parlamentario", pero no se puede decir que hayan

[30] El Partido Laborista Parlamentario es un ejemplo clásico de este fenómeno.

sido inmunes a la enfermedad. No es necesariamente verdadero que "dos parlamentarios, uno de los cuales es comunista, tienen más en común que dos comunistas, uno de los cuales es parlamentario". Y tampoco es inevitable que los grupos parlamentarios de los partidos revolucionarios asuman las características de sus colegas burgueses. Sin embargo, la participación parlamentaria, que los partidos consagrados al cambio revolucionario no pueden razonablemente desdeñar en las condiciones políticas de los regímenes de tipo occidental, incrementa grandemente las tendencias oportunistas y da mucho aliento a la opinión de que la política es sobre todo una cuestión de estrategia, tácticas y maniobras parlamentarias, ante lo cual hay que sacrificar muchos principios y fines.

Las mayorías conservadoras operan para bien de los círculos de negocios y sus intereses afines. Pero, para la realización de muchos de sus objetivos, estos intereses no se apoyan en la superioridad legislativa numérica sino en otros factores favorables.

Uno de éstos tiene que ver con el importante hecho de que los intereses poderosos y establecidos, a menudo, a fin de permanecer, por así decirlo, en posesión de todo lo que desean, no necesitan hacer otra cosa sino impedir que se promulguen leyes y se dicten medidas que puedan afectar adversamente a sus privilegios. Como ha señalado el profesor Hermann, "este efecto negativo de la acción parlamentaria, frecuentemente, es lo que realmente importa, pues el frustrar demandas que les hagan competencia es para los círculos de negocios organizados, por lo general, más decisivo que obtener nuevas leyes, ya que no se necesita mayor cosa mientras los círculos de negocios puedan contar con las simpatías del gobierno".[31]

Las asambleas legislativas se prestan admirablemente para la realización de estas tareas negativas de inhibición y bloqueo, que un autor norteamericano ha calificado atinadamente como "legislación por omisión".[32] La Cámara de los Lores, en los tiempos en que detentaba poderes considerables, cumplió este papel a la perfección, y su historia ha sido, en efecto, todo un poema épico de la lucha en contra de la mengua de cualquier clase de privilegios. El Senado de los Estados Unidos es otra institución idónea para llevar a cabo esta lucha. "Incluso un solo senador —señala un autor— puede hacer un gran daño; un puñado de senadores, decididos a estorbar, pueden poner al poder ejecutivo

[31] Ehrmann, *Organised Business in France*, p. 218.

[32] Blaisdell, *American Democracy Under Pressure*, p. 39. El profesor Blaisdell señala también que "la incapacidad del Congreso para lidiar, resueltamente, con los problemas planteados por el control de la propiedad, a través de la sociedad por acciones gigantescas, como forma de la organización de las actividades económicas, equivale a una aceptación tácita de que la situación es por el bien público" (*ibidem*, p. 39).

en un humillante estado de despreciable parálisis."[33] Tal vez esto sea un poco fuerte y tienda a subestimar los medios de presión sobre legisladores recalcitrantes que el poder ejecutivo posee, si se decide a utilizarlos, lo cual, cierto es, una reserva importante. Sin embargo, hay que señalar que el ánimo destructor de los senadores o de los miembros de la Cámara de Representantes suele sobre todo dirigirse en contra de medidas que los círculos de negocios también desaprueban, sin exceptuar muchas medidas de bienestar público, que pueden afectar a los derechos de propiedad y denunciarlas cómodamente tildándolas de "socialismo invasor", o algo por el estilo.[34]

De manera semejante, no representa una pequeña ventaja, para los hombres de empresa alemanes, el que sea presidente de un importante subcomité financiero del Bundestag un hombre que, "francamente, afirmó no estaría en favor de ninguna ley o proposición que importantes sectores de la industria consideraran como una carga demasiado pesada".[35] No es muy probable que cualquier otro grupo de la sociedad alemana pueda encontrar un defensor tan firme y explícito de *sus* intereses situado en una posición de poder equivalente.[36]

Estas predisposiciones en favor del capitalismo, que encontramos en todas las legislaturas del mundo capitalista, provienen en parte de las inclinaciones *espontáneas* de los legisladores. Como en el caso de los gobiernos y de los funcionarios públicos,

[33] V. O. Key, *Politics, Parties and Pressure Groups*, 1958, p. 476.

[34] A fines de 1967, el corresponsal en Washington de *The Times* se vio llevado a decir que "el que haya cerca de 35 millones de pobres en este país, el más rico de la historia, es prueba suficiente de los intereses de clase media que tiene el Congreso y de su devoción a las necesidades de los círculos de negocios... Un informe médico del concilio regional del sur de los Estados Unidos habló de la existencia de niños que, cuando tenían suerte, hacían una comida al día, de niños con diarrea crónica, con llagas y deformidades crónicas y de chozas sin agua corriente ni electricidad.

"Muchas familias llevan una dieta de harina de maíz, harina de trigo, arroz y leche deshidratada y desgrasada. En California, el Estado más rico de la Unión Norteamericana, los trabajadores migratorios no ganan más de mil dólares al año. A éstos se les llama 'pobres invisibles', y a estas necesidades materiales debe añadirse la opresión de los negros, así como las violencias y asesinatos impunes cometidos contra ellos. Es ésta una vieja historia en los Estados Unidos, pero Watts, Newark y Detroit son avisos ominosos de que los pobres ya no son invisibles, ni dejados. Sin embargo, el Congreso se pasó reunido 340 días y casi no hizo nada para remediarlo." "Cloud Cuckoo Land of American Congress", *The Times*, 19 de diciembre de 1967.

[35] Braunthal, *The Federation of German Industry in Politics*, p. 172.

[36] El profesor Braunthal señala también que "la BDI *Bundesverband der Deutschen Industrie* se interesa primordialmente en las actividades del Comité de Asuntos Económicos, de Comercio Exterior y de Finanzas [del Bundestag]. En general ha tenido éxito en la tarea de 'colonizar' estos comités con presidentes y miembros sensitivos a sus objetivos". (*Ibidem*, p. 169.)

sería ingenuo creer que los miembros de las legislaturas son inconscientes instrumentos de los detentadores de la propiedad y de los círculos de negocios. Si defienden a estos intereses, lo hacen porque les resulta fácil equiparar esa defensa con el "interés nacional".

Por otra parte, la presión ayuda y, a menudo se la necesita, en relación a políticas y demandas concretas.

Esa presión puede ser muy difusa. Un estudio norteamericano señala que "la mayoría de los cabilderos considera que el mejor argumento, para la mayoría de los senadores, las más de las veces, es el de las ventajas que pueda obtener el Estado del senador".[37] Pero quizás también un senador crea que las medidas favorables a los círculos de negocios y que los intereses comerciales e industriales quieren que se tomen, son consecuentes también para su Estado; y descubrirá mucho menos razones para pensar lo mismo en el caso de medidas que beneficien a los trabajadores o sean solicitadas por éstos.

Sin embargo hay en esto un elemento personal. Pues el mismo senador sabe que las campañas electorales son caras: "...tal vez los gastos 'normales', haciendo un promedio aproximado de los diversos datos ofrecidos por los expertos, antes por el medio millón de dólares, y las batallas apretadamente libradas en grandes estados de los partidos a menudo cuestan más de un millón de dólares".[38] El mismo autor añade que "la mayor parte del dinero de su campaña... suele provenir de unas cuantas grandes contribuciones aportadas por individuos y grupos que tienen un interés vital en la manera en que se comportará de llegar al poder".[39] Estas contribuciones, como es evidente, provendrán sobre todo de los círculos de negocios y conseguirán que, por lo menos, sus recipientarios presten atención a las exigencias de los donadores.

Pero aun cuando la relación entre la presión y la conducta parlamentaria no sea tan obvia, los círculos de negocios y los propietarios en general cuentan con recursos incomparablemente más grandes que cualquier otro grupo social para configurar la mentalidad y la voluntad legislativas e influir en la actividad legislativa. La presión puede ser directa y personal, y cobrar multitud de formas; o puede ejercerse a través de la "opinión pública", mediante campañas que vayan "hasta las raíces", que son enormemente caras y que por ésta y por otras razones (por ejemplo, la del control de los grandes medios de difusión) los círculos de negocios están mucho más capacitados para llevar a cabo efectivamente que cualesquiera otros.

El señor Rowen, refiriéndose a los Estados Unidos, indica,

[37] D. R. Matthews, *U. S. Senators and Their World*, 1960, p. 182.
[38] *Ibidem*, p. 72.
[39] *Ibidem*.

respecto de las proposiciones de reforma fiscal del presidente Kennedy, en 1961, particularmente la proposición de fijar un impuesto a los ingresos por dividendos e intereses, que "aunque el Comité de Medios y Arbitrios aprobó la fijación del impuesto, la campaña por correo llevada a cabo por los hombres de negocios, los banqueros y las asociaciones de ahorro y préstamo finalmente impidieron que se aprobase la proposición. La susceptibilidad del Congreso a esta clase de presión constituye un triste comentario de la actividad legislativa norteamericana".[40] Tales campañas quizá no siempre tengan éxito; y otros intereses son, a menudo, capaces de ejercer presión considerable sobre las legislaturas. Pero los grupos industriales y comerciantes estarían infinitamente mejor equipados que otros grupos económicos para ejercer presión efectiva sobre estos organismos.

El profesor Almond ha escrito que lo "notable" es que

> ...la estructura de la influencia de los círculos de negocios en la política y el gobierno de Alemania no es el mero (!) hecho de que la comunidad de industriales y comerciantes tenga un grado de influencia desproporcionado a su tamaño. Es ésta una *estructura bien conocida en los Estados Unidos, Inglaterra y, por cierto, en todo país que tenga una economía capitalista y un gobierno democrático.* Lo excepcional de la estructura alemana, en comparación con la norteamericana, es la participación directa, en gran escala, de los grupos de presión de los círculos de negocios en la representación ante el Bundestag y en el financiamiento de los partidos. En virtud de su penetración en los partidos de la clase media y en sus delegaciones en el Bundestag, estas organizaciones de los grupos de presión cobran una importancia política tan fundamental que influyen, de manera muy considerable, tanto en la forma como en el contenido de la política alemana.[41]

Es éste un curioso subrayado. Pues lo realmente notable *es*, por cierto, lo que el profesor Almond tilda tan indiferentemente de "mero hecho", a saber, la "desproporcionada" influencia que los círculos de negocios ejercen en las asambleas parlamentarias de los países capitalistas avanzados: las *formas* que esto cobra poseen sin duda auténtica importancia; pero pensaríamos que tienen menos importancia que el *hecho* del predominio, independientemente de cómo se alcance.

Ese hecho indica que el elemento legislativo del sistema

40 Rowen, *The Free Enterpriser*, p. 54.

41 G. A. Almond, "The Politics of German Business", en H. Speier y W. P. Davidson (comp.), *West German Leadership and Foreign Policy*, 1957, p. 211 (cursivas del autor). Obsérvese también, a manera de confirmación de esto, que, en 1958, el 52% de los miembros del Partido Demócrata Liberal de la Dieta Japonesa mantenía asociaciones, de diversas índoles, con los círculos de negocios. R. A. Scalapino, y J. Masumi, *Parties and Politics in Contemporary Japan*, 1962, p. 63.

estatal, como todos los demás elementos estudiados previamente, normalmente y a pesar del sufragio universal y de la competencia política, ha seguido siendo mucho más instrumento de las clases dominantes que de las subordinadas, aun cuando sea, hoy, un poco menos exclusivamente su instrumento que lo fue antaño. Las legislaturas pueden contribuir a atenuar el carácter del dominio de clase; pero también son uno de sus medios.

IV

Tal y como las asambleas legislativas han perdido poder ante el ejecutivo, así las unidades locales y regionales de gobierno, en los países capitalistas avanzados, se han vuelto cada vez más dependientes del poder central y han quedado subordinadas a él. Incluso en los Estados Unidos, con su poderosa tradición de poder descentralizado, lo que Harold Laski calificó en 1940 de "obsolescencia del federalismo" ha aumentado constantemente en años posteriores.

Sin embargo, aunque la tendencia hacia la nacionalización del poder público ha sido muy notable, el proceso dista mucho de haberse completado. No sólo las unidades locales y regionales de gobierno han conservado muchos poderes, como agentes del centro; en muchos casos, aunque contingentemente, han conservado también una considerable iniciativa y decisión independientes, sobre todo en los Estados Unidos. Inclusive como agentes del gobierno central, estas unidades han gozado, a menudo, de una determinada libertad para cumplir sus funciones, y esto ha tenido una importancia considerable para quienes han quedado sometidos a su autoridad. Son éstas razones suficientes para una breve consideración del carácter y la distribución del poder subcentral en las sociedades capitalistas avanzadas, particularmente en los Estados Unidos, donde gran parte de la teoría pluralista ha utilizado "el poder de la comunidad local" como su contexto y pretendido refutar los conceptos de "clase imperante" y de "élite del poder" por referencia al mismo.[42]

Los rasgos principales del razonamiento pluralista en relación al "poder de la comunidad local" son esencialmente semejantes a los utilizados para afirmar, más generalmente, que el poder en los Estados Unidos no está concentrado, sino dispersado, que no es plutooligárquico, sino democrático.

No es que todos y cada uno de los miembros de las comuni-

[42] Una bibliografía del material pertinente, hasta 1962, se encuentra en C. Press, *Main Street Politics: Policy Making at the Local Level*, 1962; referencias más recientes se encuentran en A. Rose, *The Power Structure. Political Process in American Society*, 1966.

dades locales tengan una parte igual de poder. Así, por ejemplo, el profesor Dahl, principal teórico del poder pluralista de la comunidad local, señala que en New Haven "rara vez se designa a un asalariado o se le elige para alguno de los cargos principales de la ciudad".[43] Más bien, el poder está distribuido entre *diferentes* élites que ejercen su influencia en *diferentes* "campos de problemas", y cuyo poder no es "acumulativo" y tampoco, indica el profesor Dahl, se tienen testimonios concretos, en relación a las decisiones más importantes de que el poder económico sea un elemento decisivo en la determinación de la política. Como ha dicho un crítico de la tesis a modo de resumen: "hay élites, pero no élite".[44]

Además, cosa que tiene igual importancia para las afirmaciones pluralistas, el profesor Dahl, aunque reconoce que los trabajadores de "cuello azul" están casi totalmente excluidos de los grupos que toman decisiones,[45] añade:

> No obstante, sería equivocado concluir que las actividades y actitudes de las personas de estas capas sociales no ejercen influencia en las decisiones de los funcionarios del gobierno... Aun cuando los asalariados carecen de una buena posición social, no les faltan otros recursos, sin exceptuar el voto, y lo que no tienen como individuos lo *poseen de sobra* colectivamente. En pocas palabras, aunque su influencia directa es baja, su influencia colectiva indirecta es elevada.[46]

Con diferencias de poca monta, éstas son las afirmaciones fundamentales de los teóricos del pluralismo.

El defecto más importante del razonamiento estriba en lo que C. Wright Mills llamó "empirismo abstracto", que en este caso significa la acumulación y uso de datos pertinentes sin la debida atención al contexto socioeconómico total en el que únicamente tienen significado.

Así, por ejemplo, es muy cierto que los miembros de las clases superiores y los detentadores del poder económico no toman parte directa necesariamente, ni siquiera a menudo, en los gobiernos municipales y estatales. Pero esto no quiere decir que no constituyan el punto de referencia fundamental de quienes realmente rigen estas unidades de gobierno.[47] El profesor Kaysen ha escrito que:

[43] R. A. Dahl, *Who Governs? Democracy and Power in an American City*, 1961, p. 230.

[44] T. Gitlin, "Local Pluralism as Theory and Ideology", en *Studies on the Left*, 1965, vol. 5, núm. 3, p. 25. Es una crítica excelente de la teoría pluralista en relación al poder de la comunidad local.

[45] Dahl, *Who Governs?*, p. 230.

[46] *Ibidem*, p. 233 (cursivas del autor).

[47] En relación al carácter de clase media predominante de las legislaturas estatales norteamericanas, véase B. Zeller, *American State Legislatures*, 1954.

El gerente divisional de la compañía cuya fábrica es la que da más empleos en la ciudad o el vicepresidente de la empresa que proponga construir una fábrica que se convertirá en el más grande patrono de un Estado pequeño, trata con el gobierno local, no como ciudadano, sino como poder casi soberano... Incluso los grandes estados industriales y las grandes metrópolis se enfrentan a problemas semejantes: los tres más grandes patrones de Michigan controlan probablemente una cuarta parte de todos los empleos industriales del Estado; en Detroit, la proporción se acerca más a un tercio. A este nivel, el margen de opción de la empresa, su poder financiero de contención, su independencia de importantes fuerzas municipales son todos fuentes de fuerza en sus tratos con los gobiernos (característicamente débiles) municipales y a menudo también estatales.[48]

En vista del poder económico real de que disfrutan los círculos de negocios, y de la cultura existente que legitima tal poder, la cuestión de si los ejecutivos de rango superior o mediano se presentan realmente a elecciones y desempeñan cargos en los gobiernos municipales o estatales parece ser grotescamente impertinente. Un estudio, que tuvo como objeto a "Cibola", señala atinadamente que "la dirección patente de la vida política y civil de Cibola ha pasado casi totalmente a manos de un grupo de profesionistas y hombres de negocios de la clase media, ninguno de los cuales, casi sin excepción, ocupa una posición de dominio económico en la comunidad.[49] Pero se tienen sobradas razones para suponer que estos "profesionistas y hombres de negocios de la clase media" tienen muy clara conciencia de la importancia que poseen para sus comunidades aquellos que ocupan "una posición de dominio económico" y, personalmente, no los mueven ni ideas ni objetivos que contrarían grandemente las opiniones de esos detentadores del poder, y también saben, de sobra, cuán grandes son los recursos que estos últimos tendrían a su disposición, si estallase un conflicto. En verdad, el propio profesor Dahl señala, acertadamente, que los "notables" influyen en las decisiones que afectan a los negocios porque "los políticos temen a su influencia potencial y procuran no tomar medidas que puedan provocar la enconada oposición de los notables".[50]

Por supuesto, los políticos y los funcionarios consultan y prestan atención a otras personas, y no sólo a los hombres de negocios, y se toman en cuenta otros intereses, y no sólo a los círculos de negocios. Al igual que al nivel nacional, el poder y

[48] G. Kaysen, "The Modern Corporation: How Much Power? What Scope?", en Mason (comp.), *The Modern Corporation*, pp. 100-1. Véase también H. Zeigler, "Interest Groups in the States", en K. Vines (comp.), *Politics in the American States*, 1965, p. 109.

[49] R. O. Schulze, "The Role of Economic Determinants in Community Power Structure", en *American Sociological Review*, 1958, vol. 23, núm. 1, p. 6.

[50] Dahl, *Who Governs?*, p. 84.

la influencia a los niveles municipal y estatal no son cosa que sume cero. Pero lo importante aquí es que, dada la incidencia del poder económico, social y cultural en los Estados Unidos, quienes detentan el poder y los cargos políticos, independientemente de quiénes sean, en todo momento suelen rendir mucha más pleitesía a los poderosos hombres de empresa que a cualesquiera otros personajes.[51] En todo caso, en su mayoría, los demás intereses también propenden a ceder ante los hombres de empresa. Quienes no lo hacen y abogan por políticas a las que se oponen los hombres de empresa, a veces, y en algunos lugares, tienen de su lado a políticos y funcionarios durante el conflicto: las películas "aptas para todos" están llenas de tales héroes. La vida real suele ser diferente y tiene muchos menos finales felices. Como dice el profesor Dahl, sería por cierto un error sacar en conclusión que los asalariados y otros grupos sociales *no* tienen influencia. Pero es profundamente engañoso afirmar que "su influencia colectiva indirecta es elevada". Pues, junto con la sistemática subestimación del poder de los círculos de negocios y de propietarios, lo que esto lleva implícito es que "el votante común" compite en un mercado político pluralista en condiciones más o menos iguales (en verdad, en *mejores* condiciones) con los intereses organizados cuyos recursos son enormemente más grandes. La noción es absurda, y lo es todavía más, en el contexto norteamericano, ya que el "votante común" recibe la influencia de toda una variedad de organismos de difusión de la información tan aplastante del lado de los intereses industriales y comerciales, sin que existan, o casi no, "fuerzas contrarrestadoras" ideológicas. A esto se añade que esta cómoda concepción pluralista no toma en cuenta, tampoco, la activa disuasión que quienes sostienen opiniones "radicales" tendrán que encontrar en muchas "comunidades", sobre todo en las más pequeñas.

En relación con esto, los teóricos del poder de la comunidad apegados al credo pluralista no toman mayor cuenta de eso que ha sido calificado de "la otra cara" del poder, o "el hecho de que el poder puede ser ejercido, y a menudo se ejerce, limitando los alcances de las decisiones a cuestiones relativamente 'inocuas'" y "creando o reforzando valores sociales y políticos, así como prácticas institucionales que limitan el alcance del proceso político a la consideración pública de tan sólo aquellas cuestiones comparativamente anodinas".[52] Inocuas, claro está, para los intereses privilegiados. Dada la debilidad política e ideológica

[51] "El precio que tiene que pagar por su supervivencia un organismo regulativo del Estado... es el de adaptarse a su esfera de regulación, independientemente de que ésta sea la de los seguros, la leche o el petróleo." Kariel, *The Decline of American Pluralism*, p. 103.

[52] P. Bachrach y M. Baratz, "Two Faces of Power", en *American Political Science Review*, 1962, vol. 56, núm. 4, p. 948.

del movimiento obrero norteamericano, es sobre todo en los Estados Unidos, por supuesto, donde tales intereses pueden hacer uso de este poder. Pues en ninguna otra parte es tan notable su hegemonía política e ideológica. Al igual que al nivel nacional, los círculos de negocios, a los niveles municipal y estatal, no sólo disfrutan de enormes ventajas competitivas para obtener las cosas que desean; también están excepcionalmente bien situados para impedir que se hagan, o siquiera que se examinen y consideren seriamente, las que *no* desean.[53]

En última instancia, la prueba del pastel está en comerlo: si los intereses privilegiados no ejercieran una presa tan poderosa sobre los poderes municipales la "vergüenza de las ciudades" no sería tan patente como lo era cuando Lincoln Steffens, que escribió a fines de siglo, se hizo famoso denunciándola: la respuesta a las teorías pluralistas del poder local la proporcionan las mismas ciudades.

Una diferencia entre los Estados Unidos y otros países capitalistas es inmediatamente obvia en relación con el poder de la comunidad local, a saber, que en muchos de estos últimos, varias ciudades o incluso regiones han quedado durante este siglo en poder de autoridades laboristas, socialistas, incluso comunistas, por lo cual, a veces, han constituido verdaderos "bastiones rojos". Constituyen ejemplos de movimientos de la clase obrera, que han abierto una clara brecha en la hegemonía política de las clases dominantes y sustituido a élites tradicionales perfectamente establecidas hasta entonces. A consecuencia de esto muchas de tales autoridades han podido vanagloriarse de importantes realizaciones en los campos de las casas habitación, el bienestar público, los diversos mejoramientos culturales y materiales por ellas realizados, etc.; y su propio ejemplo a menudo ha establecido criterios de administración local que han cumplido una finalidad importante.

Sin embargo, el poder de estas autoridades ha estado grandemente circunscrito, tanto por el contexto general en el que han actuado, como por los gobiernos centrales.

Así por ejemplo se ha señalado que, en el caso de Alemania, "aun cuando el PSD controla la mayoría de las ciudades y algunos de los Lander, tiene que mostrarse cauto en sus políticas económica y financiera, porque no quiere enojar a los hombres de

[53] "En relación a algunas cuestiones consideradas como bien establecidas, se ejerce una constante presión en pro de la conformidad. Sólo se permite la discusión respecto de las cuestiones todavía debatidas. Se consideran resueltas todas las cuestiones relativas a tierras, al carácter de la empresa privada y las demás cuestiones que tienen que ver con los intereses establecidos y no se considera conveniente ninguna discusión para cambiar las reglas." F. Hunter, *Community Power Structure: A Study of Decision Makers*, 1953, p. 182.

negocios locales, de cuyos impuestos se verían privados si decidiesen trasladarse a una zona más hopitalaria".[54] Tal vez esto exagere las constricciones económicas impuestas a estas autoridades en particular, pero es evidentemente cierto que incluso autoridades locales progresistas, y no sólo en Alemania, se han preocupado mucho por congraciarse con quienes dominan la vida económica y han adecuado su conducta y sus políticas a la realización de esta finalidad.

Más importante que este "poder de la comunidad local", sin embargo, ha sido el control del gobierno central y los poderes que ha podido ejercer para poner un freno a las tendencias radicales de los más rojos de los islotes rojos. Con esa finalidad los gobiernos centrales han podido confiar sobradamente en sus propios agentes. Así por ejemplo, los poderes del prefecto en Francia son lo suficientemente amplios como para constituir un poderoso freno complementario al radicalismo de las autoridades locales; como ha indicado un investigador del sistema de prefecturas de Francia, "la posibilidad de un prefecto de elevado rango para sostener concepciones extremas o notables prejuicios es tan poco probable como lo sería un Ministro del Exterior extremista en un gabinete francés normal.[55] Por "extremo" y "extremista" hay que entender, sin temor a errar, "extrema izquierda". Estos representantes del poder central, como sus colegas detentadores del poder central, suelen ser hombres de opiniones muy "moderadas"; y también es mucho más probable que cuenten muchos más industriales, terratenientes y otros notables entre sus amigos y conocidos que dirigentes sindicales de la izquierda o socialistas "extremistas". Son, en efecto, parte intrínseca del sector burgués de las zonas en que actúan. Y en todo caso, no es probable que se olviden del hecho de que los miembros más destacados de ese grupo burgués suelen tener buenos contactos en los círculos gubernamentales, de cuya opinión favorable depende el éxito de su carrera de prefectos.

Así también, no olvidemos que, aunque autoridades más o menos radicales han sido durante largo tiempo, un rasgo común de todos los países capitalistas avanzados, con excepción de los Estados Unidos, las élites conservadoras, en todas partes, han mantenido una presa notablemente fuerte sobre amplios campos de la administración, sobre todo en las zonas rurales, pero no únicamente en ellas. Al igual que respecto de la política nacional, pero un poco más lentamente, estas élites conservadoras han sufrido notables cambios en su composición social, pues los dirigentes locales "feudales" y aristocráticos han sido sustituidos progresivamente, o por lo menos han tenido que ceder algún lugar, por individuos de la clase media, profesionistas, adminis-

[54] Braunthal, *The Federation of German Industry in Politics*, p. 186.
[55] B. Chapman, *The Perfects in Provincial France*, 1955, p. 161.

tradores o empresarios.[56] Esta clase de cambio en la naturaleza del mundo local tal vez haya tenido diversas consecuencias importantes para el gobierno local; pero, por supuesto, no desmiente el predominio de las clases media y superior.

Tampoco desmiente ese predominio, necesariamente, la elección de autoridades radicales o socialistas. Como ha señalado el señor Guttsman, en lo que respecta a Inglaterra:

> Los oligarcas políticos locales que detentan posiciones de poder, honor y confianza, como concejales, magistrados, regentes de escuelas y hospitales llegan a su destacada posición a través de la organización del partido. Al igual que los dirigentes políticos nacionales, provienen, principalmente, de la clase media. Tal es el caso claro en el Partido Conservador, pero incluso la representación del Partido Laborista en los organismos de elección local contiene una proporción considerablemente más grande de hombres y mujeres provenientes de grupos por encima de la clase obrera que la que encontramos en la población en su conjunto, por no hablar del grupo de votantes laboristas.[57]

Los consejos radicales de la clase media tal vez hagan mucho *en pro* de sus electores de la clase trabajadora. El punto, sin embargo, es que a este nivel, como al nivel nacional, no es mucho lo que hacen *las* clases trabajadoras. En este caso también la mayor parte, con mucho, de la población sigue siendo gobernada por otros que pueden tener o no tener orientaciones radicales e intenciones de beneficio social, que pueden o no combinar estas intenciones con propensiones burocráticas, pero que, en todo caso, son *los otros*.

Al final del capítulo anterior, dijimos que las élites económicas de la sociedad capitalista no pueden contentarse con el apoyo general de los gobiernos y de otras partes del sistema estatal. Pero tampoco pueden contentarse estas élites con las enormes ventajas que disfrutan en persecución de sus fines particulares.

[56] "Tradicionalmente, en el Japón rural —señala un autor— los *yuryokusha* (es decir, los hombres influyentes) casi siempre salieron de las principales familias de terratenientes, porque los latifundios y el poder estaban relacionados. Hasta cierto punto, sigue ocurriendo lo mismo; pero también es verdad que han aparecido nuevas fuentes de influencia, en décadas recientes, a resultado del cambio económico y social." (Ike, *Japanese Politics*, p. 75). Estas nuevas fuentes de influencia, indica el mismo autor, son "la riqueza y la capacidad". La misma "desfeudalización" y "burguesificación" ha caracterizado a los países capitalistas avanzados. Por lo que toca a Inglaterra, véase, por ejemplo, A. H. Birch, *Small-Town Politics*, 1959, cap. 3.

[57] Guttsman, *The British Political Elite*, p. 27. Véase también L. J. Sharpe, "Elected Representatives in Local Government", en *The British Journal of Sociology*, 1962, vol. 13, núm. 3; véanse casos específicos, por ejemplo, en F. Bealey, J. Blondel y W. P. McCann, *Constituency Politics. A Study of Newcastle-under-Lyme*, 1961, y Birch, *Small-Town Politics*.

Pues la estructura total del dominio político, que hemos venido analizando aquí, depende, en los regímenes políticos de tipo occidental, del apoyo o al menos de la aquiescencia de quienes están sujetos a ella; es preciso persuadir a las clases subordinadas de estos regímenes, así como a las clases "intermediarias", para que acepten el orden social existente y mantengan sus demandas y aspiraciones dentro de sus límites. Para las clases dominantes, no existe empresa con una importancia mayor, ni que requiera de mayores esfuerzos continuamente ejecutados, puesto que la batalla, por la naturaleza misma del sistema de dominio, nunca se gana al final. Los dos capítulos siguientes se ocuparán de este proceso de legitimación de la sociedad capitalista.

7
EL PROCESO DE LEGITIMACIÓN-I

I

En muchos regímenes, los hombres que controlan el Estado han considerado necesario recurrir a la represión contínua y sistemática de todas, o casi todas, las manifestaciones de oposición para el mantenimiento de su poder y para la preservación del orden social existente.

Con algunas excepciones notables, en el siglo actual, no ha sido este el caso de los sistemas políticos del capitalismo avanzado. A los partidos comunistas y a otras organizaciones de la izquierda se les ha prohibido la existencia o se les ha inhibido drásticamente en algunos países, así como se les ha discriminado de diversas maneras en todas partes; y la ley circunscribe también o prohíbe algunas formas de expresión y actividad políticas. Pero aun así, es muy cierto que estos regímenes han soportado, aunque sin duda con muy diversos grados de tolerancia, una gran cantidad de oposición, sin exceptuar a la oposición cuya finalidad explícita era la reconstitución total de la sociedad capitalista e incluso el derrocamiento final. Cuando esos propósitos han cobrado formas peligrosas o se ha interpretado que así es (lo cual de ninguna manera es lo mismo), el Estado ha desplegado sus fuerzas de coerción a fin de parar la empresa, real o imaginaria. Pero, por lo común lo ha hecho sin recurrir a una represión gigantesca.

En todo caso la izquierda, en los países del capitalismo avanzado, y desde la primera guerra mundial, casi nunca ha abrigado seriamente intenciones insurgentes. Algunos de sus elementos, sin duda, han creído que tenía que producirse una prueba revolucionaria de fuerza o, por lo menos, que era muy probable llegar a tal prueba de fuerza. Pero aun los partidos y grupos que pensaron así actuaron también partiendo de que una supuesta confrontación revolucionaria con el estado burgués no podría producirse en mucho tiempo y que debería ir precedida de un amplio período de actividad política, dentro del marco constitucional proporcionado por estos regímenes. Y dentro de ese marco, las fuerzas socialistas, aunque sin duda con impedimentos diversos y más o menos graves, han podido organizarse y competir para conquistar el apoyo popular.

El hecho más notable de esa competencia para conquistar el

apoyo popular, por supuesto, ha sido que todos los partidos de la izquierda, lo mismo socialdemócratas que comunistas, han alcanzado relativamente, tan sólo un moderado éxito en su empresa. En condiciones de libertad política, aunque relativa pero considerable, los partidos de las clases trabajadoras, los partidos explícitamente consagrados a la defensa y liberación de las clases subordinadas, por lo general, han salido mucho menos bien librados políticamente que sus rivales más o menos conservadores, y cuyo propio objetivo ha incluido preeminentemente el mantenimiento del sistema capitalista. La prueba más evidente de esto es que dichos partidos regularmente han obtenido resultados mucho mejores en las elecciones que los partidos de la clase obrera y evidentemente lo han logrado porque han atraído muy grandes sectores de las clases subordinadas, además de la mayor parte, con mucho, de las clases media y superior.

La pregunta obvia que esto nos sugiere es por qué ha ocurrido así, por qué los partidos antisocialistas han sido tan regularmente ligitimados por el apoyo popular en las elecciones, por qué las clases dominantes en estas sociedades, y en condiciones de competencia política abierta, han podido asegurar el mantenimiento de la clase del predominio económico y político esbozado en capítulos anteriores. Esta fue la pregunta que Gramsci planteó, implícitamente, cuando habló de la "hegemonía" de la clases dominantes en la sociedad civil, por lo cual entendía su predominio ideológico sobre las clases subordinadas.[1]

La respuesta que dio Marx a tal pregunta fue la famosa proposición "las ideas de la clase imperante son, en cada época, las ideas imperantes", porque "la clase, fuerza material imperante en la sociedad, es al mismo tiempo su fuerza intelectual imperante. La clase que tiene a su disposición los medios de producción material controla, al mismo tiempo, los medios de producción mental, de manera que por eso, y hablando en términos generales, las ideas de quienes carecen de los medios de producción mental están sujetas a ella".[2]

Mucho ha ocurrido en el mundo del capitalismo desde que Marx escribió lo anterior, en 1845, y ni siquiera, entonces, constituyó una respuesta suficiente a la pregunta. Pero sigue siendo, como veremos en páginas siguientes, el elemento fundamental de

[1] El profesor Gwynn Williams ha definido útilmente el concepto de hegemonía como "un orden en el cual es dominante un determinado modo de vida y de pensamiento, en el cual un concepto de la realidad está difundido a través de la sociedad en todas sus manifestaciones constitucionales y privadas informando con su espíritu todos los gustos, la moral, las costumbres, los principios religiosos y políticos y todas las relaciones sociales, particularmente, en sus connotaciones intelectuales y morales" G. A. Williams, "Gramsci's Concept of *Egemonia*', en *Journal of the History of Ideas*, 1960, vol. 21, Nº 4, p. 587.

[2] Karl Marx, *The German Ideology*, 1939, p. 39.

la respuesta. Mucho ha ocurrido también desde que Gramsci escribió, y no sólo en Italia, para menguar la hegemonía que las clases dominantes ejercen en sus sociedades. Pero tal mengua, evidentemente, en ninguna parte ha llegado, hasta el momento actual, a constituir una gran amenaza política contra el orden social existente. Con diversas reservas, el problema subsiste. Tratarlo, en todas sus múltiples complejidades, requeriría un par de capítulos más: me propongo solamente esbozar algunos de los constitutivos principales de una respuesta.

Sin embargo, es preciso hacer dos observaciones preliminares. En primer lugar, hay que recalcar que la "hegemonía" no es simplemente algo que ocurre, como un mero derivado superestructural del predominio económico y social. Es, en gran parte, el resultado de un *esfuerzo* permanente y omnipresente, llevado a cabo a través de multitud de agentes y agencias, y deliberadamente dirigido a crear lo que Talcott Parsons llama "consenso nacional suprapartidos" fundado en una "solidaridad de orden superior".[3] No es esto, tampoco, únicamente cuestión de agentes y de agencias. Estas últimas son parte del mundo de la macropolítica. Hay también un mundo de la micropolítica en donde los miembros de las clases dominantes, por su posición, como patronos, por ejemplo, pueden disuadir a miembros de las clases subordinadas, si no a que no alimenten, sí, por lo menos, a que no expresen concepciones heréticas. Y por supuesto, no sólo afecta a miembros de las clases trabajadoras o de las clases medias inferiores: muchos empleados de la clase media son, de manera semejante, vulnerables a la presión ejercida "desde arriba". Este proceso de disuasión no tiene que ser explícito para ser efectivo. En la vida civil, lo mismo que en el servicio del Estado, existen criterios de "salud", particularmente en relación a la política, y el no prestarles atención puede resultar muy inconveniente en muchos e importantes aspectos. Esto ocurre en cualquier situación vital y constituye una parte clara y distinta, aunque a menudo encubierta, del proceso político.

La noción de proceso y actividad es lo que está presente en el concepto de "socialización política", lo cual hay que entender, valiéndonos de una de sus definiciones, como "el proceso a través del cual los valores, los conocimientos y símbolos se aprenden y se apropian, o interiorizan, a través del cual se implantan normas sociales operantes en lo que respecta a la política, se institucionalizan los papeles políticos y se crea el consenso político, ya sea efectiva o inefectivamente".[4] La debilidad de esta

[3] T. Parsons, '"Voting" and the Equilibrium of the American Political System', en E. Burdick y A. J. Brodbeck, *American Political Behaviour*, 1959, p. 101.

[4] H. Eckstein and D. Apter (comp.), *Comparative Politics*, 1963, p. 26.

formulación, y de gran parte de lo que se ha dicho en torno a la "socialización política", en relación con los problemas políticos occidentales, es que tiende a disimular el contenido ideológico concreto de esa socialización, así como el que gran parte de este proceso, en tales regímenes, tiene como objeto fomentar la aceptación de un orden social *capitalista* y de sus valores, así como una adaptación a sus exigencias y un rechazo de las posibilidades sustitutas del mismo; en pocas palabras, lo que se disimula es que tenemos aquí, sobre todo, un proceso de *adoctrinamiento* masivo.

La razón por la cual hay que subrayar esto es, pura y simplemente, que, muy a menudo, lo oculta la competencia cultural, ideológica y política que prevalece en estos países. El término adoctrinamiento es feo, y la expresión lavado de cerebro es una combinación de palabras todavía más fea. Describe una actividad que, supuestamente, se lleva a cabo exclusivamente en regímenes totalitarios, dictatoriales, de un solo partido; y se supone también que es incompatible con sistemas de más de un partido, e incluso imposible de realizar en condiciones de competencia pluralista, libertad de la oposición, falta de un control monopolista de los medios de difusión en masa, etc.

Esto es un error. Para que se produzca el adoctrinamiento no es necesario que exista el control monopolista o la prohibición de la oposición: basta sólo que la competencia ideológica sea tan desigual para que dé una aplastante ventaja a un lado en contra del otro. Y esta es precisamente la relación de fuerzas existente en las sociedades capitalistas avanzadas. Raymond Williams ha descrito la finalidad de un sistema autoritario de control sobre la cultura, es decir, un sistema en el cual un monopolio de los medios de comunicación por el grupo dominante es parte necesaria del sistema político total, para "proteger, mantener o fomentar un orden social basado en el poder de una minoría".[5] Pero ésta es una descripción excelente de los objetivos de quienes controlan los sistemas económicos y políticos del capitalismo avanzado, y para ejecutarlo con éxito no se requiere del monopolio de los medios de comunicación o la prohibición de la expresión de todas las ideas y opiniones opuestas. En verdad, tal objetivo puede lograrse *mejor* sin tal monopolio.

La segunda aclaración preliminar necesaria tiene que ver con el papel que desempeña el Estado en este proceso de "socialización política". Recuérdese que Gramsci consideró que el establecimiento y la perpetuación de la hegemonía ideológica era primordialmente tarea de las clases dominantes y de las instituciones culturales por ellas controladas; la hegemonía, en este sentido, era el *producto* de la "sociedad civil", en tanto que el Estado proporcionaba sobre todo el necesario equilibrio entre la

[5] R. Williams, *Britain in the Sixties: Communications*, 1962, p. 125.

coerción y el consentimiento.[6] En su mayor parte, ésta ha sido la situación hasta el momento actual: la "fabricación del consentimiento" en la sociedad capitalista es todavía, en gran parte, una empresa privada que no tiente carácter oficial y es, de hecho en gran parte, cometido *de* la empresa privada. Esto, dicho sea de paso, ayuda también a explicar la creencia en que el adoctrinamiento y el lavado de cerebro se producen *en otras partes*, ya que se cree que son las prerrogativas peculiares del Estado, sobre todo del monopolista. Sin embargo, el estado liberal y constitucional, desde las fechas en que Gramsci escribió, ha pasado a desempeñar un papel *mucho* más importante que antes en este proceso de "socialización política" y tal como ahora interviene masivamente en la vida económica, también interviene, de manera muy notable y en multitud de formas diferentes, en la competencia ideológica, y se ha convertido, en efecto, en uno de los principales arquitectos del consenso conservador. Y tampoco, por cierto, esta intervención del Estado ha alcanzado, de ninguna manera, sus límites extremos. Por el contrario, puede decirse que se encuentra todavía en su primera infancia, y lo más probable es que se vaya volviendo mucho más intenso a medida que se intensifique la necesidad de un adoctrinamiento sistemático en la sociedad capitalista.

Ya hemos mencionado una forma de intervención en la competencia ideológica y política que sólo el estado puede llevar a cabo, a saber, la supresión real o casi supresión, en algunos países capitalistas, de determinados partidos y organizaciones; y, en otros países, diversas formas, menos drásticas, de acoso y discriminación. Evidentemente, tienen que ver de manera directa no sólo con la competencia política, sino también con la competencia ideológica, puesto que tienden a debilitar la influencia que estos partidos y organizaciones pueden confiar en ejercer. Pero hay muchas otras formas menos obvias de intervención en favor del consenso conservador que el Estado ahora trata de conseguir, como veremos en diferentes ocasiones en el transcurso de nuestro examen, de las agencias principales de la "socialización política" en la sociedad capitalista, y que ahora podemos comenzar a considerar.

II

En todos los países capitalistas avanzados hay algunos partidos que son los vehículos o instrumentos favorecidos y escogidos de los círculos de negocios y de las clases dominantes en general. En la mayoría de los países, un gran partido desempeña ese pa-

[6] Este punto lo examina J. Merrington, "Theory and Practice in Gramsci's Marxism', en *The Socialist Register*, 1968.

pel, aun cuando un segundo o tercer partido disfruta a menudo de una determinada cantidad de la misma clase de apoyo. Así por ejemplo, el Partido Republicano en los Estados Unidos es preeminentemente el "partido de los círculos de negocios, pero el Partido Demócrata no carece totalmente, por ello, de apoyo entre los hombres de negocios.[7] Lo mismo puede decirse de la Unión Demócrata cristiana y del Partido Democrático Libre de Alemania, así como de diferentes formaciones políticas en otros países.

No obstante, por lo común hay un partido en cada país, que es *el* partido conservador, que cuenta con el mayor grado de apoyo entre los miembros de las clases dominantes y es preeminentemente "su" partido.

En la mayoría de estos países, además, existe uno de los más grandes, sino el más grande y mejor establecido de todos los partidos, el "partido del gobierno" *por excelencia*, en tanto que las demás formaciones políticas, especialmente de la izquierda, sólo de vez en cuando llegan al poder y por tanto son lo que el profesor La Palombara atinadamente ha calificado de "huéspedes en el poder".[8]

En algunos países, el partido predilecto de los círculos de negocios no es necesariamente el que alcanza de manera más consistente éxito electoral. Sí por ejemplo, el Partido republicano de los Estados Unidos, en general, no tiene un historial electoral tan bueno como el Partido Demócrata, aunque esto no ha sido, ni con mucho, catastrófico para los círculos de negocios, ya que siempre se pudo confiar en que dicho partido correspondiese generosamente a las esperanzas de los círculos de negocios. Y en un país capitalista por lo menos, en Francia, los círculos de negocios y las clases dominantes, en general, ni siquiera han podido crear una sólida formación conservadora perdurable, o apoyarse en ella; se han tenido que contentar con una fragmentación de partidos de la derecha, o depender de toda una variedad de partidos del centro, aun cuando, repito, sin sufrir consecuencias especialmente espantosas.[9]

[7] Véase, por ejemplo, H. E. Alexander, *Financing the 1964 Election*, 1966.

[8] J. La Palombara, *Organised Groups in Italian Politics*, 1964, p. 316.

[9] Esta dependencia respecto de partidos que no pertenecían, verdaderamente, a la derecha fue especialmente notable, después de 1945, cuando las fuerzas políticas de la derecha se habían derrumbado totalmente y tuvieron que contentarse con un partido, el MRP, entre cuyos dirigentes figuraban muchos hombres que profesaban opiniones radicales, reformistas e incluso anticapitalistas. "En 1946 —se ha señalado— en la mayoría de los casos, la gran mayoría de quienes votaron por el MRP provinieron de zonas y casi, sin duda, de grupos que anteriormente habían apoyado a la derecha." F. Goguel y M. Einaudi, *Christian Democracy in Italy and France*, 1952, p. 123. Después el MRP se convirtió, aunque nunca exclusivamente, en un partido propiamente conservador.

Estos ejemplos indican que los intereses dominantes no siempre logran crear partidos dominantes; pero esto, dados los demás medios de influencia y presión, no tiene por qué resultarles, particularmente, paralizador. Es perfectamente posible, para estos intereses al menos, realizar sus fines a través de partidos que, socialmente hablando, no son los suyos propios, y a través de muchas otras agencias.

Pero aunque esto sea posible, no es, particularmente, conveniente; conviene mucho mas a las clases dominantes poder utilizar un gran "partido del gobierno", y tales partidos existen, por cierto, en la mayoría de los países capitalistas avanzados.

Sin duda es ésta una realización notable, que ha superado grandemente hasta las más aptimistas de las esperanzas conservadoras de los días anteriores al sufragio universal.

Una de las razones principales de esa realización ha sido precisamente el que los grandes partidos conservadores *no sólo* han sido los partidos de las clases dominantes, de los círculos de negocios y de los ricos, tanto desde el punto de vista de sus miembros, como respecto de sus políticas. En efecto, una de las cosas más notables que tienen es el éxito con que se han adaptado a las exigencias de una "política popular". Así, por ejemplo, formaciones políticas aristocráticas, preindustriales, como los partidos Conservador y Liberal de Inglaterra se adaptaron primero al nuevo industrialismo e hicieron un lugar, en sus consejos, para sus representantes; y después, con toda conciencia se lanzaron, una vez promulgada la Segunda Ley de Reforma de 1867 (y aun desde antes) a crear una suerte de base popular y de membrecía de las masas del país.[10] Y el Partido conservador, por lo menos, nunca ha dejado de conservar esa base popular, en Inglaterra. En Alemania, por otra parte, un partido conservador de masas tuvo que crearse en 1945, sobre las ruinas políticas de la guerra y de la derrota. "En 1945 —ha señalado el señor Kitzinger— la Unión demócrata cristiana se lanzó a integrar, en un solo partido popular de amplio espectro, tanto a los patronos protestantes como a los trabajadores protestantes, a los patronos católicos lo mismo que a los obreros católicos, a los pensionistas, a los empleados públicos y a las clases de los profesionistas, cuyos intereses, en una economía moderna, a menudo entran en conflicto con los que son comunes a patronos y obreros por igual, y, además, a los agricultores, cuyos intereses, a menudo, son exclusivos".[11]

Con infinitas variaciones de carácter y oportunidad temporal, el proceso ha sido el mismo en todas partes: partidos cuyo ob-

[10] Véase, por ejemplo, R. T. McKenzie, *British Political Parties*, 1963, capítulo 4; e I. Bulmer-Thomas, *The Growth of the British Party System*, 1965, vol. I, capítulos 10-12.

[11] U. W. Kitzinger, *German Electoral Politics*, 1960, p. 103.

jetivo primordial es el mantenimiento del orden social existente, y cuyo programa, por consiguiente, contiene como rasgo capital la defensa de la empresa capitalista, están firmemente establecidos (con excepción de Francia, tal vez) en todos los países capitalistas, y tienen entre sus miembros y activistas a gran número de personas que pertenecen a la clase media inferior e, incluso, a la clase obrera En muchos casos, estos partidos, junto con sus organizaciones asociadas (movimientos juveniles, organizaciones de mujeres), poseen una base popular tan amplia, en lo que respecta al número de miembros, como los partidos obreros de la izquierda. En este sentido y también por el carácter de sus partidarios electorales de las diversas clases, es perfectamente cierto que son partidos "nacionales".[12]

Tampoco puede negarse que cumplen una función "agregativa" y dan expresión a muchas aspiraciones, demandas e intereses de grupos y de clases que no son los de las clases dominantes. No podrían servir a las últimas, eficientemente, si no se preocupan por las primeras. Ya lo hemos dicho, pero vale la pena recalcarlo: el conservadurismo, por más pronunciado que sea, no trae consigo el rechazo de todas las medidas de reforma, sino que vive, por el contrario, del respaldo otorgado a la reforma y de su promulgación con el menor costo posible para la estructura existente de poder y de privilegio.[13]

No obstante, los partidos conservadores, a pesar de su aceptación de la reforma tímida y de su retórica anticlasista, siguen siendo primordialmente las organizaciones de defensa, en el campo de lo político, de los círculos de negocios y de la propiedad. Lo que realmente "agregan" son los diferentes intereses de las clases dominantes. Precisamente porque estas últimas no son bloques económicos y sociales sólidos y congelados, necesitan de formaciones políticas que reconcilien, coordinen y fusionen sus intereses, y a la vez expresen sus propósitos comunes y sus diversos intereses. Estos requieren también de un ropaje ideológico adecuado para la competencia política en la era de la "política de masas"; una de las funciones especiales que cumplen los partidos políticos conservadores es la de proporcionar ese necesario ropaje.

La membrecía de estos partidos, así como muchos de sus activistas, podrá sacarse de una amplia sección transversal de la población. Pero sus figuras más destacadas, no obstante, pro-

[12] Respecto de Inglaterra, véase R. T. McKenzie y A. Silver, *Angels in Marble. Working Class Conservatives in Urban England*, 1968.

[13] Como ha dicho acertadamente el señor J. Halliday, el problema principal de los partidos conservadores es "cómo conciliar los intereses de las fuerzas sociales que *representan* con los de las fuerzas sociales que les dan su *apoyo*". "Japan-Asian Capitalism", en *New Left Review*, núm. 44, julio-agosto de 1967, p. 21 (cursivas en el texto).

vienen, en número aplastante, de las clases superior y media y, por lo general, comprenden a una parte considerable de hombres de negocios. Además, los principales políticos conservadores, como ya indicamos, están estrechamente ligados al mundo de los negocios por vínculos de parentesco, amistad, puntos de vista comunes e intereses mutuos. Por supuesto, las figuras sobresalientes de los partidos conservadores son personajes bien conocidos en las juntas de gobierno de las grandes empresas: sería aún más cierto decir que, cuando no están desempeñando cargos oficiales, este es su habitat natural. En contraste, las personas que se dedican a ocupaciones ligadas a los intereses de las clases subordinadas no son, en general, personajes conocidos en los consejos directivos de los partidos conservadores.

Tampoco son figuras conocidas en la representación parlamentaria de esos partidos y ni siquiera, hablando en términos generales, en la dirección superior de sus organizaciones de base. Cuanto más bajo es el grupo de ingresos tanto menos probable es que esté bien representado en los órganos directivos de los partidos conservadores locales. Como indicamos anteriormente, la tendencia hacia un predominio de la clase media, o por lo menos de la clase media inferior, en la dirección local del partido es también a menudo pronunciada en los partidos de la clase trabajadora, y sobre todo en los socialdemócratas. Pero el contraste que hay entre ellos, en relación a la composición social, y los partidos conservadores es no obstante muy notable, y a menudo extremo. Bien podrán ser "nacionales" estos partidos, por su membrecía y sus partidarios electorales; pero por la dirección nacional y local son evidentemente partidos de clase y mucho menos "representativos" que los partidos de la clase obrera.

En segundo lugar, e independientemente de todas las demás fuentes de influencia, los círculos de los negocios tienen asegurada una cuidadosísima atención de parte de los dirigentes de los partidos conservadores, porque constituyen una fuente importante, incluso esencial, del apoyo financiero, así con fines electorales como con objetivos de propaganda general. La actividad electoral y política sostenida requiere de un gasto grande y creciente; y aunque los partidos conservadores reciben parte de su dinero de las suscripciones y de los pequeños donativos de sus miembros, cuentan también, sobre todo y considerablemente, con las contribuciones de los círculos de negocios. Esto tal vez no garantice que el músico tocará siempre la melodía correcta sin desafinar; pero al menos es garantía de oír pocas notas discordantes. En 1965, el profesor Harrison señaló que

...públicamente, los conservadores tratan de atenuar la importancia de los grandes aportadores de fondos; en privado, los cortejan tan

asiduamente como antes. La Comisión Central de Finanzas, establecida en 1946, y que abarca a los tesoreros del partido y de las diversas zonas así como a unos cuantos miembros elegidos, recaudan sus fondos, primordialmente, entre los individuos ricos y la industria... En años recientes, se han creado organizaciones para recaudar contribuciones públicas de la industria. Comparten la discreción del partido. Una de ellas, la United Industrialist' Association hizo llegar, a los directores ejecutivos de algunas empresas escogidas, circulares en las que se pedían contribuciones "muy grandes" que se distribuirían a razón de un 90 % para los conservadores, un 5 % para el National Liberal Party y un 5 % para Aims of Industry, con el objeto de llevar a cabo tareas de relaciones públicas en favor de la libre empresa.[14]

Por lo que respecta a Alemania, se ha dicho que

...mediante considerables donativos monetarios y el contacto personal con sus dirigentes, el BDI se asegura una influencia en la política económica y "en menor grado, en la selección de los candidatos parlamentarios.[15]

De manera semejante, el profesor Scalapino observa, en relación al Japón que

...los elementos industriales y comerciales más grandes siguen estando, por supuesto, fuertemente vinculados a los partidos conservadores, aportan la mayor cantidad, con mucho, de su dinero y ejercen gran influencia en la determinación de su política y en la elección de su personal.[16]

[14] M. Harrison, "Britain", en R. Rose y A. J. Heidenheimer (comp.), Comparative Studies in Political Finance, *The Journal of Politics*, 1963, vol. 25, núm. 4, pp. 666-7. El profesor Rose ha señalado también que el gasto anual medio de la Oficina Central Conservadora, en los años de 1960-4, ascendió a cerca de 1 250 000 libras de las cuales 800 000 fueron aportadas entre 250 a 400 grandes empresas. R. Rose, *Influencing Voters*, 1967, p. 264.

[15] Braunthal, *The Federation of German Industry in Politics*, p. 88. El profesor Almond señaló que, en 1955, "los partidos políticos del centro y de la derecha dependen, casi totalmente, de los círculos de negocios para su financiamiento". G. A. Almond, *The Politics of German Business*, 1955, p. 29.

[16] R. A. Scalapino, "Japan: Between Traditionalism and Democracy", en S. Neumann (comp.), *Modern Political Parties*, 1956, p. 235. Véase también J. R. Soukup, "Japan", en Rose y Heidenheimer, *The Journal of Politics*, pp. 742 *ss*. Un autor japonés dice que "la riqueza personal y la de las empresas, el acceso a los puestos de gabinete, una relación estrecha de los partidos conservadores que han dominado al gobierno, íntimas relaciones con el propio gobierno y la identificación con todas las actividades económicas japonesas hacen que los círculos de negocios ejerzan una enorme influencia en la democracia japonesa". J. M. Maki, *Government and Politics in Japan*, 1962, p. 138. Vale la pena señalar, puesto que es tan característica de las obras que versan sobre la política de los países capitalistas avanzados, la facilidad de presuponer que tal preponderancia es compatible con la "democracia".

De hecho, la historia es monótonamente la misma en todas partes. Y no tiene nada de sorprendente que así sea.

Otra razón más de calificar a estos partidos como partidos preeminentemente de sus clases dominantes y de sus élites empresariales, y de organizaciones de defensa de las mismas, proviene de la función ideológica particular e importantísima que cumplen en su sociedad. Pues estos partidos, evidentemente, figuran entre las fuerzas más importantes de diseminación, a nivel nacional y local, de ideas conservadoras y antisocialistas. Como otros partidos, los conservadores son también agencias propagandísticas, por más que se precien sus dirigentes de su falta de doctrina, ideología y teoría, todas las cuales, normalmente, estos líderes suelen considerar como enfermedades a las que sólo están expuestos los partidos de la izquierda. Por supuesto es una pura tontería. La ideología y la propaganda conservadoras, según las exhiben y llevan a cabo los partidos conservadores cobran muchas formas diferentes según los diversos países, y ha sufrido también grandes transformaciones, con el transcurso de los años, dentro de cada país. Pero su contenido esencial, en las condiciones del capitalismo avanzado, es muy semejante en todas partes, y tiene como meollo la defensa del sistema de la libre empresa. En torno a este meollo, y a menudo para ocultarlo, están de guardia muchos centinelas ideológicos diferentes, llamados libertad, democracia, gobierno constitucional, patriotismo, religión, tradición, interés nacional, carácter sagrado de la propiedad, estabilidad financiera, reforma social, ley y orden, y todo lo que pueda formar parte del popourrí de la ideología conservadora en todo momento y en todo lugar.

Al diseminar estos temas, y al llevar a cabo su propaganda antiizquierdista, en general, los dirigentes de los partidos, así como sus activistas, pretenden llevar a cabo toda una variedad de objetivos, lo mismo personales que públicos, que trascienden con mucho el puro abogar por intereses económicos concretos. Pero, sea como fuere, mal puede negarse que esta actividad ideológica tiene un valor enorme para los intereses ligados a la empresa privada.

Las actividades ideológicas y políticas de los partidos conservadores, por supuesto, se llevan a cabo en condiciones de competencia; en estos sistemas, ni la derecha ni la izquierda se salen totalmente con la suya, lo mismo en el momento de las elecciones que en el espacio de tiempo comprendido entre las mismas. Pero como ocurre en el caso de la política de grupos de presión, las condiciones en que se produce la competencia afectan grandemente a su naturaleza y carácter, en algunos casos, incluso a su realidad.

Lo primero y más evidente de señalar, en relación a esto, es

que los partidos burgueses han contado, siempre, con muchísimo más dinero, para gastarlo con fines electorales y propaganda general, que sus rivales de la clase trabajadora. A menudo, se ha dicho que tal y como el dinero no compra la felicidad, tampoco compra el éxito electoral. Esto es absolutamente cierto. El contar con recursos económicos superiores no es suficiente para tal éxito. Pero cualquiera que pueda ser la relación que medie entre el dinero y la felicidad, la relación del primero con el trabajo ideológico y político, en este contexto particular, no puede calificarse más que como benéfica. Y el contar con mucho más dinero para fines electorales y de propaganda general no constituye una garantía absoluta de éxito, pero de todos modos ayuda muchísimo; y la regla, más o menos universal, en los países capitalistas avanzados, es que los partidos de la derecha cuentan con mucho más dinero para gastar en el momento de las elecciones y en el espacio de tiempo que media entre las mismas, que los partidos de la izquierda.

La razón principal de esto, evidentemente, es que los partidos de la izquierda no pueden contar con las aportaciones económicas de las grandes empresas, ni de las personas ricas (sin duda, con algunas excepciones) que sí están a disposición de los primeros. Pero a esto debe añadirse el que los partidos de la derecha tienen mucha más seguridad del apoyo económico de sus partidarios que la que los partidos de la izquierda tienen de sus propios aliados "naturales", a saber, los sindicatos. Por una parte, las restricciones legales impuestas a las aportaciones económicas, tanto de los círculos de negocios como de los sindicatos, a las tesorerías de los partidos son evadidas mucho más fácilmente por los hombres de negocios que por los asalariados, por ejemplo, en forma de contribuciones personales.[17] Por otra parte, los sindicatos están a menudo muy distanciados, políticamente y más aún económicamente, de los partidos de la clase obrera, y por cierto, como es el caso de los sindicatos alemanes, pueden ser oficialmente "neutrales" en política. En este caso particular, se ha señalado:

...la ayuda que los trabajadores pueden haber prestado al Partido Social Demócrata cobró la forma más de una actividad indirecta, llevada a cabo por los propios sindicatos, que de contribuciones al partido en sus campañas electorales. Este esfuerzo indirecto y no del todo entusiasta, llevado a cabo siempre sin perder de vista el compromiso de neutralidad, puso, tanto a los sindicatos como al Partido Social Demócrata, en clara desventaja en comparación con

[17] Por lo que respecta al funcionamiento de la ley en los Estados Unidos, véase, por ejemplo, Key, *Politics, Parties and Pressure Groups*, p. 556.

la Unión Demócrata Cristiana y los partidos de la derecha generosamente financiados por la industria.[18]

Incluso donde los sindicatos están estrechamente vinculados a un determinado partido, como ocurre en Inglaterra, su contribución económica, aunque considerable, nunca se ha podido comparar con las aportaciones de los círculos de negocios al Partido Conservador.

El dinero no sólo determina que los partidos conservadores pueden llevar al cabo campañas electorales mucho más "profesionales" que sus rivales. También determina una mejor organización, tanto a nivel nacional como a local, para la ejecución de esas actividades políticas y de propaganda efectuadas a lo largo de todo el año, elemento esencial de la efectividad electoral. En lo que toca a Inglaterra, el profesor Rose ha señalado que, "aun hoy, solamente el Partido Conservador posee una organización completamente desarrollada y comprensiva, con un personal de especialistas";[19] y parte de esa organización de gran amplitud de acción está constituida por un número considerable de agentes de tiempo completo, relativamente bien pagados, que se encuentran en casi todos los distritos electorales, en comparación con el número, mucho menor, de agentes de tiempo completo (mal pagados) del Partido Laborista.[20] Hay países, Italia entre otros, en que los partidos de la clase trabajadora pueden compararse mucho mejor, desde el punto de vista de la organización y de las finanzas, con las formaciones políticas conservadoras. Pero aun en estos países los recursos totales que disponen estas últimas formaciones políticas siguen siendo superiores a los de los partidos de la izquierda, sobre todo si se toma en cuenta el apoyo que disfrutan los primeros (y esto es válido para todos los países de los que venimos hablando) por parte de otras organizaciones bien dotadas económicamente.[21]

También es oportuno señalar que la composición social de los partidos conservadores al nivel de base les concede claras ventajas, a veces muy sustanciosas. Como ya dijimos, estos partidos están regidos, generalmente, por activistas de la clase me-

18 O. Kirchheimer, "West German Trade Unions: Their Domestic and Foreign Policies", en H. Speier y W. P. Davison (comp.), *West German Leadership and Foreign Policy*, p. 160.

19 Rose, *Influencing Voters*, p. 22.

20 Rose, *Influencing Voters*, pp. 256, 264. Un observador norteamericano ha señalado, recientemente, que "hubo muchas secciones que no tenían oficinas y sus agentes secretarios trabajaron sin los más rudimentarios instrumentos y aparatos para ahorrar tiempo. En un caso verdaderamente escandaloso, el secretario de una débil sección marginal no tenía oficina, máquina de escribir, teléfono ni medio de transporte privado, aun cuando su zona constaba de unas cuantas aldeas y de una amplia zona agrícola". E. G. Janosik, *Constituency Labour Parties in Britain*, 1968, p. 15.

21 Véase, más adelante, pp. 211 *ss.*

dia. Lo mismo ocurre, a veces, en algunos partidos locales de la izquierda. Pero sus activistas, evidentemente, suelen reclutarse, con mucha más probabilidad, entre personas que pertenecen a los "grupos inferiores de ingresos".[22] Esto quiere decir que son personas que disponen de mucho menos tiempo para actividades de propaganda, de una menor cantidad de recursos de todas clases, de menos medios de influencia, de menos contactos con las personas influyentes de sus comunidades, y así sucesivamente. No puede decirse que estas ventajas sean necesariamente decisivas, como no lo es, en sentido absoluto, el dinero. Pero tampoco se las puede dejar de tomar en consideración al estimar la respectiva influencia ideológica y política en los partidos de la burguesía y de la clase trabajadora.

Ni tampoco podemos olvidar que, en todos los países capitalistas, los partidos de la izquierda son todavía en muchas esferas, sobre todo en el campo, poco más que intrusos políticos, cuya lucha en contra del predominio tradicional de las clases superiores locales, en el mejor de los casos, sólo ha erosionado un poco su poder. Después de todo, sólo en este siglo, incluso en las décadas, los partidos de la clase trabajadora han llevado a cabo una implantación auténticamente nacional y han penetrado en muchos campos hasta entonces cerrados para ellos, en la actualidad, en los Estados Unidos, sólo en cierta ciudades más grandes el movimiento obrero, como entidad clara y distinta, ha alcanzado una notable influencia política concreta; incluso, en este caso, mal puede decirse que esa influencia haya tenido connotaciones genuinamente contraideológicas.

El mismo sufragio, desde el punto de vista conservador, representa algunas ventajas que ejemplifican bien su carácter contradictorio, en las sociedades capitalistas, instituciones que, a primera vista, parecen constituir una clara ventaja para las clases trabajadoras.

El sufragio universal fue, por supuesto, una demanda natural e inevitable de los movimientos de la clase trabajadora; su logro puso a disposición de las clases subordinadas, hasta entonces carentes de derecho de voto, un instrumento, por demás útil, para ejercer presión extra sobre los dirigentes de la sociedad.

Pero como supieron entender dirigentes conservadores como Disraeli y Bismarck, que nada tenían de miopes, el sufragio llevó al fenómeno político también una masa de nuevos votantes que con seguridad darían su apoyo electoral a las élites tradiciona-

[22] Una muestra, estratificada al azar, de 36 distritos del Partido Laborista descubrió recientemente que entre los dirigentes del partido figuraban, por término medio, un 20 % de profesionistas, un 12 % de hombres de negocios, un 17 % de "trabajadores de cuello blanco", un 12 % de obreros calificados, un 14 % de semicalificados, un 16 % de funcionarios del partido y sindicatos, y un 9 % de amas de casa. Janosik, *Constituency Labour Parties in Britain*, p. 17.

les. Engels dijo, en cierta ocasión, que "el sufragio universal permite calibrar la madurez de la clase trabajadora",[23] con lo cual quería decir que cuanto más extenso fuese el voto en pro de los partidos de la clase obrera, tanto más maduros se podría considerar a los trabajadores. Sin embargo, puesto que una parte considerable de la clase trabajadora era, en este sentido, inmadura, el sufragio estaba claramente destinado a reforzar el poderío electoral conservador. Esto, en mayor o menor grado, sigue ocurriendo hasta nuestros días.

Además, la conquista de otra reivindicación estrechamente vinculada a la demanda del sufragio universal, a saber, el voto secreto, resultó también ser una suerte de arma de dos filos. El profesor Rokkan ha indicado que

> ...el motivo primordial de la introducción del sistema del voto secreto era permitir eludir los castigos de los superiores; esto constituyó la esencia de las primeras demandas de los cartistas y ha sido siempre una meta fundamental de los movimientos obreros...[24] [Pero, añade] no se ha recalcado tanto en la historia de las instituciones electorales, que el requisito del voto secreto ponía a salvo al votante respecto de sus *iguales* y no sólo de sus *superiores*... al asegurar el anonimato completo del voto fue posible no sólo reducir el soborno de los dependientes económicamente por parte de sus superiores[25] *sino también reducir las presiones en pro de la solidaridad dentro de la clase trabajadora.*[26]

Haciendo a un lado la cuestión de principios, es evidente que este razonamiento no puede interpretarse como si pretendiese significar que los movimientos obreros cometieron un error al pedir el voto secreto, aunque sólo sea porque las presiones de los "superiores" son normalmente mucho más fuertes que las de los "iguales"; sino más bien que, dada la "inmadurez" de grandes sectores de las clases trabajadoras, el voto secreto, que contribuyó a proteger esa inmadurez, no constituyó una *absoluta* desventaja para los partidos conservadores.

De manera semejante, y más importante aún, el sufragio universal parece consagrar lo que el propio profesor Rokkan ha llamado "igualdad de influencia"; cada voto cuenta como una unidad de influencia anónima y está completamente divorciado

[23] F. Engels, "Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado", en *Obras escogidas*, vol. 2, p. 29.

[24] S. Rokkan, "Mass Suffrage, Secret Voting and Political Participation", en *Archives Européennes de Sociologie*, 1961, vol. 2, núm. 1, p. 143.

[25] Pero no sólo el soborno sino también el desfavor, las amenazas y las represalias también, cosas algo más importantes.

[26] *Ibidem*, p. 143 (cursivas del autor). Además R. Bendix dice: "La disposición en favor del voto secreto sitúa al individuo ante una elección personal y hace que sea, por lo menos transitoriamente, independiente de su ambiente inmediato: en la casilla electoral puede convertirse en ciudadano nacional". *Nation-Building and Citizenship*, p. 100.

de la persona y de los papeles sociales que desempeña el ciudadano que participa en la votación.[27] Pero aunque así sea formalmente, la "igualdad de la influencia" es de hecho una ilusión. El acto de votar forma parte de un proceso político mucho más amplio, caracterizado, como ya he dicho, por una notable *desigualdad* de la influencia. El no prestar atención más que al acto de votar mismo, en el cual prevalece la igualdad formal, contribuye a encubrir esa desigualdad, y cumple una función legitimadora decisivamente importante.

En comparación con los partidos de la derecha, los partidos políticos de la izquierda han padecido también por causa de algunos notables impedimentos que han afectado profundamente a su capacidad como armas políticas y como agentes de la propagación ideológica. De algunos de ellos hemos hablado ya en capítulos anteriores, pero es preciso situarlos en el marco del presente capítulo.

En primer lugar, algunos de los partidos más importantes de la izquierda, a saber, los socialdemócratas, han estado dirigidos principalmente por hombres que, al encontrarse en la oposición, pero sobre todo al estar en el poder, han mostrado siempre una ambigüedad mucho mayor respecto de sus fines, por no decir otra cosa, que sus rivales conservadores. Después de todo, por más "agregacionistas" y reformistas que hayan sido algunos dirigentes conservadores, nunca han llevado a cabo realmente políticas revolucionarias. Pero los dirigentes socialdemócratas, muy a menudo, han apoyado y llevado a cabo políticas reaccionarias, lo mismo en el interior que en el exterior y han obrado, como se vio con toda claridad en la Alemania de 1918, como salvadores de un orden social que se hallaba al borde del colapso.

Un ejemplo extremo, en el marco de la política parlamentaria, de la clase de servicios que tales dirigentes han estado dispuestos a prestar a los conservadores, es el de Ramsey MacDonald el cual, después de ser dirigente del Partido Laborista y primer ministro laborista terminó encabezando una coalición dominada por los conservadores y pidiendo a los electores de 1931 que votasen por candidatos del "gobierno nacional", lo que en efecto era tanto como pedirles que votasen por los conservadores. Por causa de esto, la representación parlamentaria del Partido Laborista se redujo de 289 curules a 52 y las fuerzas conservadoras elevaron su número de 556 a 615.[28] No se conoce

[27] Rokkan, "Mas Suffrage, Secret Voting and Political Participation", p. 133.

[28] Detalles de este episodio pueden leerse en Miliband, *Parliamentary Socialism*, pp. 181 *ss.*

ejemplo de que un dirigente conservador haya prestado la misma clase de servicios a los movimientos laboristas y socialistas. Muchos otros dirigentes laboristas muy comúnmente han adoptado y fomentado políticas que están mucho más a tono con la filosofía de sus rivales que con la filosofía de sus propios movimientos. No puede decirse otro tanto de los dirigentes conservadores, en relación a sus propios partidos y movimientos. A este respecto, no hay equivalentes conservadores de Harold Wilson, o Guy Mollet, o Paul-Henri Spaak, o Willi Brandt, o de cualquiera de los personajes sobresalientes, o no tan sobresalientes de la socialdemocracia europea, pasada y presente.

Esto nada tiene que ver, sobra decirlo, con los atributos personales de los dirigentes socialdemócratas en comparación con los de los conservadores. El problema, no puede abordarse en estos términos; sino por el peso enorme de la presión conservadora sobre los dirigentes laboristas; y también porque las defensas ideológicas de estos dirigentes no han tenido, por lo general, fuerzas suficientes para permitirles, con algún éxito, resistir a la presión, la intimidación y la seducción conservadoras.

Esta debilidad ideológica, y los fracasos e infidelidades políticas a ella ligados, han tenido como consecuencia inevitable una situación de tensión, más o menos constante y, a menudo, de guerra declarada, dentro de los partidos socialdemócratas, entre sus dirigentes y las diversas minorías de espíritu más radical. Por el contrario, los partidos conservadores han sido modelos de armonía y unidad. Por supuesto, han experimentado interminables no sólo tensiones y violencias, sino también divisiones de toda clase. Esto es inevitable en cualquier formación política, por más unida que pretenda estar. Pero los partidos conservadores no han estado nunca tan fundamentalmente divididos en su *propósito final* como ha sucedido regular y crecientemente con los socialdemócratas.

Relacionado con esto, con mayor importancia aun en el contexto presente, estas grandes y poderosas formaciones políticas han sido agentes singularmente débiles de la educación de las masas en los principios y finalidades socialistas. La abolición del capitalismo en las sociedades occidentales requiere evidentemente una enorme transformación de la conciencia popular, y parte de esta tarea, al menos, es responsabilidad de las organizaciones de partido. Es una obligación que los partidos socialdemócratas (sobre todo en décadas recientes) no han mostrado mucho interés en cumplir; lo cual no es muy sorprendente, ya que sus dirigentes no se han propuesto nada que se asemeje ni remotamente a la abolición del capitalismo. De hecho, no es exagerado decir que estos dirigentes y sus partidos no rara vez se han convertido en agentes de una decidida propaganda *en contra* de los objetivos y de las ideas socialistas. Y han utilizado su conside-

rable influencia en grandes sectores de las clases trabajadoras para desacreditar cualquier concepto de socialismo que no fuera, en el mejor de los casos, su propia versión borrosa y sobradamente anémica. Es notable, sin duda, que los analistas políticos que tratan de explicarse la aceptación de la ideología conservadora por grandes sectores de las clases obreras en los países capitalistas avanzados no hayan hecho mayor hincapié en la contribución a la desmovilización política que regularmente han llevado a cabo los dirigentes socialdemócratas, no sólo por lo que han dicho sino también por lo que han hecho, sobre todo cuando han tenido la oportunidad de ejercer el poder.

En capítulos anteriores, mencionamos, también, el efecto paralizador de las divisiones que han afligido a los partidos y movimientos de la izquierda, sobre todo, por supuesto, la división entre los partidos socialdemócratas y comunistas en el mundo entero. A este respecto también, es fácil señalar las divisiones existentes entre los partidos que constituyen el campo conservador. Pero, hay que señalarlo de nuevo, en ninguna parte han sido estas divisiones tan fundamentales y enconadas como las habidas en los partidos de la izquierda. No es mi intención asignar las respectivas "culpas" de una situación que ha sido convertida en inevitable por toda la evolución de los movimientos obreros de los países capitalistas avanzados, y a la cual la victoria bolchevique, en Rusia, sólo dio una nueva dimensión más, aunque de importancia crítica. Más pertinente, en el contexto presente, es señalar la división, sus efectos debilitadores y los movimientos de la clase trabajadora, y las correspondientes ventajas que los partidos conservadores han obtenido gracias a ella.

Sin embargo, requieren una mayor mención algunas de las características concretas de los partidos comunistas formados después de la revolución rusa. Se hubiera podido esperar la solidaridad de estos partidos con el naciente Estado soviético amenazado y atacado por todas partes, como elemento primordial de su razón de ser; y también que esta legítima actitud de solidaridad proporcionase a todas las fuerzas conservadoras un útil pretexto para tildarlos de "agentes extranjeros". Éste era un precio que, dadas las circunstancias, tenía que pagarse, y que no debió poseer efectos paralizadores. Lo que lo convirtió en paralizador fueron los rasgos excesivamente negativos que no tardaron en manchar al régimen soviético, aunado a la absurda insistencia de los partidos comunistas en que estos rasgos no tenían mayor importancia o eran una pura invención de la reacción burguesa. La legítima solidaridad se trocó de tal modo en serviles apologías de todos y cada uno de los aspectos que, mucho más tarde, se conocieron con el nombre de stalinismo, y el respaldo automático, no sólo de cada uno de los actos de la polí-

tica interior soviética sino de las decisiones soviéticas en lo concerniente al movimiento comunista internacional y a determinados países en particular, muy a menudo, como en el caso de Alemania, con resultados muy desastrosos.

De todas maneras, los partidos comunistas de los países capitalistas avanzados habrían tropezado con enormes dificultades y obstáculos en su trabajo ideológico y político. Pero bien puede pensarse que estas dificultades fueron grandemente aumentadas por su aceptación sin discusiones del liderato ruso y de las tácticas y estrategias dictadas desde Rusia. Por una parte, su aceptación añadió plausibilidad a las acusaciones de ser estos partidos de inspiración extranjera. Más importante fue la impresión que dejaron, hasta fechas muy recientes, de que creían que la experiencia soviética era el modelo ideal para la construcción de una sociedad socialista, noción que a muchos partidarios en potencia les pudo parecer no sólo grotesca, sino positivamente siniestra.

Además, y debido en gran parte a esta manera deformada de enfocar las cuestiones, los partidos comunistas se vieron grandemente sacudidos por brotes sucesivos de sectarismo y oportunismo y, muy frecuente por cierto, de ambos a la vez. Las tensiones extremas producidas dentro de dichos partidos se vieron detenidas, pero nunca suprimidas por una interpretación burocrática del principio del "centralismo democrático", que dio tanto espacio al centralismo que poco o ningún lugar dejó para la democracia. Uno de los resultados de esta deformación burocrática fue un catastrófico empobrecimiento ideológico y la transformación del marxismo, profesado por estos partidos, en una fraseología vulgarizada, manipulativa y cargada de lemas propagandísticos que afectó grandemente su influjo intelectual y político y su capacidad de "elevar el nivel de conciencia". En pocas palabras, toda su tradición histórica ha limitado grandemente la eficacia del papel por ellos desempeñado y ha creado un vasto abismo entre sus acciones reales y el esfuerzo ideológico y político requerido de las formaciones revolucionarias.

III

En su competencia política con los partidos de la izquierda, los partidos conservadores han podido contar siempre con un muy notable apoyo, directo o indirecto, y fuerza de las iglesias. Sin duda, las sociedades industriales avanzadas han llevado a cabo un notable proceso de secularización y la influencia religiosa es un factor en disminución creciente para la determinación de las opciones políticas (y morales) de sus poblaciones. Sin embargo, es cierto aún que nadie que se ponga a escribir acerca de la "socialización política" y de la competencia ideológica en es-

tos países puede darse el lujo de no tomar en consideración un factor religioso y clerical, cuya intensidad varía según las diversas culturas, pero no es insignificante, aparte de que, por doquier, actúa primordialmente en favor de las fuerzas conservadoras. Como ha señalado el profesor Dogan, "el voto de la clase obrera que favorece a partidos que no son socialistas está motivado, muy a menudo, por el sentimiento religioso. Este hecho se ha podido observar en cualquier parte de Europa".[29]

Esto tiene importancia particular en relación con países predominantemente católicos (pero no sólo en ellos; por ejemplo, Alemania)[30] en donde los principales partidos conservadores han estado estrechamente ligados a la Iglesia católica y han contado con su firme apoyo. En todo caso, los partidos demócratas cristianos habrían conquistado un apoyo electoral en gran escala, como partidos conservadores. Pero sin duda han obtenido una considerable cantidad de fuerza complementaria proveniente del apoyo de las iglesias, o por lo menos del antagonismo que estas últimas han manifestado en contra de los partidos de la izquierda, y en particular, como ha ocurrido en Italia y Francia, en contra de los partidos comunistas. Así por ejemplo, un observador ha escrito que, en las decisivas elecciones italianas de 1948, "se reconoce, en general, que sólo el esfuerzo extraordinario efectuado por el catolicismo organizado en 1948 (el éxito alcanzado en la creación de una opción electoral entre "Cristo o Comunismo") impidió a la extrema izquierda llegar, legalmente, al poder en las elecciones de ese año";[31] y respecto de Alemania, "la clara posición de la Iglesia católica la convirtió en una fuerza fundamental favorable al gobierno tanto en el período comprendido entre las elecciones como durante la campaña" (es decir, la campaña electoral de 1957).[32]

Además, esta influencia clerical y conservadora la propagan no sólo las propias iglesias, sino una vasta red de poderosas organizaciones, que agrupan a patronos y a asalariados, a jóvenes y mujeres, a médicos y abogados y cuya influencia se ejerce en todas las esferas de la vida.[33]

[29] M. Dogan, "Le vote ouvrier en Europe Occidentale", en *Revue Française de Sociologie*, 1960, vol. 1, núm. 1, p. 38.

[30] Sin embargo, vale la pena señalar que la división de Alemania, en 1945, determinó un aumento considerable de la proporción de católicos en la población general de la República Federal.

[31] La Palombara, *Organised Groups in Italian Politics*, p. 30. Obsérvese, también, que en julio de 1949 un decreto del Vaticano excomulgó realmente a todos los católicos que hiciesen profesión de la "doctrina materialista y anticristiana de los comunistas" (citado en R. V. Burks, "Catholic Parties in Latin Europe", en *Journal of Modern History*, 1952, vol. 24, núm. 3, p. 269).

[32] Kitzinger, *German Electoral Politics*, p. 65.

[33] Para encontrar una descripción de estas redes y de sus actividades, redactada por un autor que simpatizaba con ellas, véase M. P. Fogarty,

Un sector de la población es especialmente sensible a su influencia, a saber, el femenino. En este caso, la predisposición en favor de los conservadores observada, a menudo, en el voto femenino[34] no puede atribuirse únicamente al factor religioso, pero sin duda tiene importancia. Así por ejemplo, el profesor La Palombara señala que "para los millones de mujeres italianas que reciben sus ideas políticas de sus confesores, y para los otros millones de mujeres, miembros de asociaciones secundarias católicas, el proceso fundamental de socialización política sirve para consagrar la clase de conocimientos, de valores y actitudes que sólo por accidente refuerzan a las instituciones democráticas".[35] Sea cual fuere el caso de las instituciones democráticas, hay que entender que este proceso de socialización política, con mucha menos probabilidad, habrá de reforzar a los partidos de la izquierda.

Este cuadro de la participación política directa tiene que modificarse por relación a países como Inglaterra y Estados Unidos, pero mucho menos de lo que a menudo se indica. Ya no es tan cierto como antes que la Iglesia de Inglaterra es "el Partido conservador en oración", y la observación de un antiguo arzobispo de York de que "a lo largo de todo el siglo XIX, la influencia del clero parroquial estuvo del lado de los conservadores"[36] ya no se podrá hacer en la actualidad sin grandes reservas. Lo que ha cambiado es que la Iglesia de Inglaterra, y por cierto todas las iglesias inglesas, dado el surgimiento del Partido laborista como formación política importantísima y como partido que en algunas ocasiones ha llegado a formar gobiernos, han procurado evitar la identificación política explícita con cualquiera de los dos partidos principales; entre estos dos, las iglesias, como los empleados públicos de más alto rango, y militares y jueces, son oficialmente "neutrales" y "no partidistas". Otro tanto puede decirse de las iglesias de los Estados Unidos, país en donde, por lo general, han evitado la identificación con el Partido republicano o con el Demócrata. Sin duda se conocen muchos casos, en

Christian Democracy in Western Europe, 1957, capítulos 15-19. Respecto de los Estados Unidos se ha dicho que "todo interés, actividad y función de un fiel católico se realiza dentro de alguna institución católica y cuenta con una dirección católica". W. Herberg, *Protestan-Catholic-Jew*, 1956, p. 168.

[34] "En todos los países de Europa occidental, sean católicos o protestantes, muy o poco industrializados, los partidos comunistas y socialistas han sido desacreditados por los votos femeninos". Dogan, "Le vote ouvrier en Europe occidentale", p. 39; también, "Le comportement politique des femmes dans les pays de l'Europe occidentale", en *Cahiers de l'Institut de Sociologie Solvay*, 1956.

[35] La Palombara, *Organised Groups in Italian Politics*, p. 69. Véase, también, M. N. Pierini, "The Catholic Church in Italy", en *International Socialist Journal*, 1964, vol. 2, núm. 9.

[36] C. Garbett, *Church and State in England*, 1950, p. 106.

estos dos países, de violación de esta "neutralidad" entre los partidos principales por parte de los clérigos, pero no obstante tiene alguna validez lo dicho.

Sin embargo, sería un error pensar, por causa de esto, que las iglesias de estos países no hayan desempeñado y no sigan desempeñando un importante papel político, generalmente, conservador. El profesor R. K. Merton ha señalado con razón que la religión y las instituciones religiosas, en muchas oportunidades a lo largo de la historia, han desempeñado un papel profundamente "disfuncional" y "nointegrativo" en sus sociedades.[37] Pero así como es propio condenar "las grandes, intemporales e inespaciales generalizaciones de las 'funciones integrativas de la religión' ",[38] también lo es en relación a las "grandes, intemporales e inespaciales generalizaciones" del profesor Merton de la disfuncionalidad real o potencial de la religión, que al menos, son igualmente vacuas. Así, por ejemplo, el profesor Merton señala que "sería precipitado... sacar en conclusión que toda religión, en todas partes, ha tenido como única consecuencia el fomentar la apatía en las masas".[39] Esto es evidentemente cierto. Pero esto no permite ver, en relación con las sociedades capitalistas contemporáneas, el hecho difícilmente discutible y sin duda importante de que la religión organizada, en la mayoría de sus manifestaciones primordiales, *ha* desempeñado un papel profundamente "funcional" e "integrativo" en relación al sistema económico y social existente, y, con algunas excepciones de *Kulturkampf*, al Estado que ha defendido a ese orden social.[40]

En la época de las guerras napoleónicas, Arthur Young escribió que "el verdadero cristiano nunca será un igualitario, nunca dará oídos a la política francesa o a la filosofía francesa".[41] Desde entonces, las iglesias se han esforzado grandemente por lograr que sus congregaciones se conviertan en verdaderos cristianos, en este sentido y en todos los demás, tal vez por encima de todos ellos, y por advertirles de los peligros representados por los equivalentes contemporáneos de la "política francesa" y de la "filosofía francesa".

A menudo, se ha dicho que la Disensión de Inglaterra, al re-

[37] R. K. Merton, *Social Theory and Social Structure*, 1965, pp. 28 *ss.*
[38] *Ibidem*, p. 28.
[39] *Ibidem*, p. 44.
[40] Un autor norteamericano habla de la "fusión de la religión con los objetivos nacionales" que se convierte en una "explotación directa de la religión con fines económicos y políticos" Herberg, *Protestan-Catholic, Jew*, p. 274. El mismo autor señala que "el no ser (es decir, el no nombrarse ni ser conocido como) protestante, católico o judío equivale, en cierta forma, a no ser norteamericano" y "puede implicar oscuramente ser anamericano" (*ibidem*, p. 274).
[41] Citado en K. S. Inglis, *Churches and the Working Classes in Victorian England*, 1963, p. 6.

vés de la Iglesia Establecida, ha tenido como voz el radicalismo y la protesta. Ciertamente, un secretario del Partido Laborista expresó una proposición, a menudo reiterada, a saber, que el "metodismo, no el marxismo" había sido la inspiración del movimiento obrero. La proposición es más aliterativamente suave que históricamente precisa. Pues por más enemigo de la Iglesia Establecida que haya sido el metodismo, tanto del punto de vista secular como del religioso, hay muy poco en su historia que nos indique la preocupación de predicar jamás la rebelión a sus adeptos, y mucho que nos haga ver, por el contrario, que la parte más substancial de su mensaje recomendaba la adaptación y la sumisión al orden económico y político, y no el desafío de los mismos (por no hablar de la rebelión) y que desempeñó un papel, de ninguna manera insignificante, en la reconciliación de quienes sufrieron su influencia con las disciplinas de trabajo y el sistema de dominio del nuevo orden industrial.[42]

Bajo este punto de vista, tampoco es mucho lo que puede decirse en favor del socialismo cristiano en la Iglesia oficial. Por ejemplo, es significativo que el movimiento haya surgido como opción deliberada frente al cartismo, y que su fundador, F. B. Maurice haya tenido como móvil primordial "interponer el cristianismo entre los trabajadores y su ira", con lo cual ayudó a reducir la protesta militante de la clase obrera.[43] Esto no mengua la sinceridad de los socialistas cristianos, entonces y después, por lo que toca a su deseo de mejorar la suerte de los pobres, de poner en lugar destacado de la agenda social el "problema social" e incluso de ayudar a crear y fortalecer las organizaciones de defensa de la clase trabajadora.[44] Pero esto representa únicamente, en forma más acentuada, una tradición de interés caritativo por los pobres que siempre ha sido real en la mayoría de las iglesias. Tal preocupación, sin embargo, no es en lo más mínimo "disfuncional" y "nointegrativa"; ni, con notables excepciones, la mayoría de los movimientos de reforma de inspiración religiosa han deseado que lo sea. Aunque muchos de ellos han tenido una visión, más o menos clara, de una sociedad cooperativa, en la cual las relaciones de unos hombres con otros no estarían ya dominadas por el "nexo del dinero", también concibieron su advenimiento en términos que dieron amplísimo margen a la perpetuación indefinida del orden social existente; ade-

[42] Véase, por ejemplo, E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, 1963, cap. II.

[43] Un útil análisis de la ideología y papel político desempeñados por el antiguo socialismo cristiano se encuentra en J. Saville, "Christian Socialism", en J. Saville (comp.), *Democracy and the Labour Movement*, 1964; para su evolución posterior, véase P. d'A. Jones, *The Christian Socialist Revival, 1877-1914*, 1968.

[44] Véase, por ejemplo, C. E. Raven, *Christian Socialism*, 1920; y F. E. Gillespie, *Labour and Politics in England, 1850-1867*, 1927.

más una de sus preocupaciones más vivas ha sido la de persuadir a las clases trabajadoras de que la noción de premura militante no formaba parte de un verdadero cristianismo.

Esto es manifiestamente injusto para una capa delgada pero persistente de clérigos, católicos y protestantes, cuya hostilidad para con un orden social injusto y "anticristiano" no se ha situado en la cómoda perspectiva de un indefinido gradualismo, y cuyo objetivo ha sido a menudo altamente "disfuncional". Esta cepa de protesta y afirmación cristiana militante ocupa un lugar de honor en la historia de los diferentes movimientos obreros, y ha seguido siendo una fuente de desafío moral y político que, en relación, por ejemplo, a los movimientos de protesta realizados en los Estados Unidos en contra de la agresión norteamericana en Vietnam, no debe desdeñarse ni subestimarse, por su importancia.

Aun así, el anticonservadurismo clerical, lo mismo moderado que militante, ha sido siempre, y en todos los países capitalistas, una marcada actitud de minorías, que tiene que contrastarse con una pauta general de pronunciado conservadurismo, a menudo de carácter sobradamente reaccionario, en relación a las cuestiones políticas y morales que se ventilan en la sociedad.[45]

En países como los Estados Unidos, e incluso en Inglaterra, sin embargo, ésta ha sido compatible con la "neutralidad" política entre los principales partidos, a la que hicimos referencia anteriormente. Después de todo, no hay razón para que la iglesia católica de los Estados Unidos, por ejemplo, corra el riesgo de alienarse a gran número de católicos que apoyan al partido demócrata, expresando hostilidad en contra de él, puesto que la filosofía y objetivos de ese partido no son tales que puedan herir las susceptibilidades conservadoras de la iglesia. Y durante mucho tiempo, tampoco ha tenido sentido para las iglesias de Inglaterra correr los mismos riesgos en relación con el Partido Laborista, dada la probada "moderación", de sus dirigentes. En verdad, la neutralidad, incluso la benevolencia, tienen la ventaja positiva de permitir que la influencia que la iglesia y sus organizaciones filiales puedan tener se ejerza para fortalecer a los elementos

[45] Respecto de los Estados Unidos, se ha observado, por ejemplo, que la mayoría de los ministros protestantes blancos tienen inclinaciones republicanas "conservadoras" más que "liberales" G. Lenski, *The Religious Factor*, 1961, p. 262; y no hay razón para creer que las opiniones del difunto cardenal Spellman no fuesen representativas de la opinión católica oficial de ese país. Obsérvese también, en términos más generales, el énfasis quietista de la literatura "inspirativa" norteamericana en la cual, como se ha observado, "el 'héroe' se manifiesta cada vez más como el hombre 'bien adaptado', que no pone en tela de juicio las instituciones sociales existentes y que, idealmente afortunado en los negocios o en la vida profesional, no siente dolor emocional". L. Schneider y S. M. Bornbusch, "Inspirational Religious Literature", en L. Schneider (comp.), *Religion, Culture and Society*, 1964, p. 159.

"moderados" del partido en contra de los izquierdistas. En pocas palabras, cualquiera que sea su influencia, la religión organizada, en algunos países se cargará del lado de los partidos conservadores en contra de la izquierda, o, en otros, del lado de los elementos derechistas en contra de los izquierdistas dentro de un mismo partido de la clase obrera. Tal influencia podrá ser mayor en unos países que en otros, pero en ninguno carece de importancia.

En un contexto más amplio, las iglesias, en los países capitalistas avanzados, han proporcionado, en el siglo actual, un útil elemento de reforzamiento a la autoridad del Estado y a sus objetivos, en virtud de su cordial actitud de lealtad. Citando de nuevo al arzobispo Garbett "parece dudoso que en cualquiera otra Iglesia, (es decir, la Iglesia de Inglaterra) se encuentren tantas oportunidades para orar por el rey. Nuestra Iglesia nunca se ha avergonzado de su lealtad";[46] y de manera semejante, "todos los obispos, beneficiados y curas tienen que prestar un juramento de fidelidad al rey y a sus sucesores antes de ser consagrados, instituidos, u ordenados".[47] Bajo este punto de vista, no tiene mayor significado la distinción entre Iglesia establecida y otras denominaciones, o con las iglesias de otros países. En todas partes, y con excepción de períodos de tensión por problemas concretos de interés particular (por ejemplo, la educación), las iglesias han disfrutado, durante largo tiempo, de relaciones armoniosas con el Estado y se han manifestado más diligentes en dar al César lo que es del César. Sería agradable pensar que ello se ha debido porque el Estado, a cuya autoridad han dado su apoyo, ha sido "democrático". Por desgracia, a muchas iglesias no les ha costado el menor trabajo dar su apoyo a regímenes que nada tuvieron de "democrático", por ejemplo, al régimen fascista en Italia, al nazi en Alemania y al de Vichy en Francia. En estos países hubo muchos eclesiásticos, y muchos legos, que encontraron en sus convicciones religiosas la inspiración que los llevó a resistir las órdenes de regímenes que les parecieron abominables, y merecen todo nuestro respeto. Pero no fueron representativos de sus iglesias, las cuales, no sólo no se opusieron a estos regímenes sino que dieron la bendición a sus empresas. Hubiera ocurrido lo contrario, no hay duda, de encontrarse en el poder, en estos países, regímenes comunistas; sus iglesias, entonces, habrían redescubierto un deber apostólico de desobediencia que no parece obligarlas mucho en la mayoría de los demás casos. Tal vez en algunos países, la religión organizada, o al menos grandes partes de ella, *hubieran* cumplido tal deber de oposición contra

[46] Garbett, *Church and State in England*, p. 129.
[47] *Ibidem*, p. 136.

los regímenes de tipo fascista. Pero esto será siempre conjetura. Sin embargo, no me parece injusto sugerir que la razón por la cual las iglesias, en los países capitalistas avanzados, han estado tan dispuestas a servir y dar su apoyo al Estado no ha sido, o no ha sido mayormente, la de su carácter "democrático" sino la de que los gobiernos que lo representan, han tenido predisposiciones ideológicas y políticas ampliamente congruentes con las de las mismas iglesias. Dada esta congruencia, a estas últimas no les ha resultado difícil equiparar la obediencia a las órdenes del Estado con el deber religioso, y, salvo escasas excepciones, en que sus jerarquías se han visto obligadas a expresar una pálida inconformidad, bendecir las empresas del Estado, sin exceptuar las guerras, los preparativos para la guerra, las expediciones coloniales y la represión interior.

A cambio de esto, el Estado, dentro de los límites fijados por las tradiciones nacionales y los conflictos del pasado, ha prestado su cordial apoyo a las iglesias y ha recibido de muy buen grado toda la ayuda que éstas le han podido prestar para fortalecer la trama social y la autoridad del Estado mismo. El que los gobiernos de los países capitalistas avanzados desdeñen ahora el anticlericalismo y procuren identificar las iglesias con el Estado está fundado, al menos en parte, en que tal identificación, y la difundida religiosidad que es parte común de la vida y ritual oficial constituyen una contribución, modesta pero útil, a los hábitos de obediencia que son del agrado tanto del Estado como de las iglesias.

IV

Para la realización de estos y de otros fines semejantes, sin embargo, el conservadurismo contemporáneo, lo mismo del Estado que de los partidos, se ha apoyado mucho menos en la religión tradicional que en la que constituye la más poderosa de todas las religiones seculares del siglo XX, a saber, el nacionalismo. Bajo el punto de vista de las clases dominantes y del Estado, en los países capitalistas avanzados (pero no sólo allí), ésta ha sido desde hace mucho tiempo la suprema fuerza "integrativa" y estabilizadora en la sociedad, el credo "funcional" *por excelencia*.

Por supuesto, ha habido muchas situaciones y circunstancias en las que el nacionalismo ha sido profundamente "disfuncional" para el orden social y político, y se ha convertido en arma formidable *contra* las clases dominantes y el sistema político prevaleciente. Así, por ejemplo, la voluntad de independencia, elemento esencial del sentimiento nacionalista, ha sido una fuerza enormemente explosiva y perturbadora para el dominio colo-

nial e imperial, y a ella hay que atribuirle, sobre todo, el fin del dominio colonial en grandes porciones del globo.

De manera semejante, el sentimiento nacionalista ha sido también una fuerza perturbadora dentro de muchos Estados bien constituidos, en los que movimientos nacionales o étnicos, por ejemplo en Bélgica o el Canadá, han llegado a exigir una independencia mayor que la otorgada por los arreglos existentes, o han pasado a pedir, incluso, una nacionalidad independiente.

También en nombre del nacionalismo han surgido, muchas veces, movimientos poderosos, sobre todo, después de una derrota en guerra, para desafiar a las élites políticas tradicionales, a las que se consideró incapaces de defender la integridad y los intereses de la nación. Ese desafío no tuvo éxito contra el régimen establecido en Francia, durante las tres décadas previas a la primera guerra mundial, pero dejó profunda huella en la vida francesa. Por otra parte, tuvo gran éxito en Alemania, en los últimos años de la república de Weimar, cuando el nacionalsocialismo convirtió en parte medular de su programa político la redención nacional y la restauración de la "grandeza" de Alemania. Ciertamente, la defensa de la independencia nacional en contra de las clases dominantes sometidas a los Estados Unidos, desde fines de la segunda guerra mundial, ha constituido, también, un elemento notable (aunque no muy efectivo) en algunas partes de la izquierda, en particular de los partidos comunistas.

Sin embargo, y a pesar de haber utilizado frecuentemente el sentimiento nacionalista con grandes consecuencias, por diversas fuerzas representantes de la inconformidad en muchas sociedades distintas, han sido las fuerzas conservadoras las que, en las sociedades capitalistas avanzadas, lo han convertido, en el siglo actual, en uno de sus aliados primordiales, y lo han puesto al servicio del orden establecido y de la lucha en contra de la izquierda.

El nacionalismo, en estos países, ha constituido una parte importante de la ideología conservadora por diversas y afines razones.

Bajo el punto de vista de las clases dominantes, nada podía ser tan evidentemente ventajoso como la aseveración que constituye uno de los temas fundamentales del nacionalismo, a saber, que todos los ciudadanos, no importa quién, deben una suprema fidelidad a un "interés nacional" que exige que los hombres acepten de buena voluntad desprenderse de todos los demás intereses, en particular de los intereses de clase, por un fin más amplio, más comprensivo, que une, en suprema alianza, a los ricos y a los pobres, a los acomodados y a los menesterosos, a quienes dan órdenes y a quienes las reciben.

La invocación de este concepto no basta para detener la posi-

ción y el desafío, y en las condiciones de competencia política no lo puede hacer. Pero, al menos, ayuda a poner a los enemigos del orden establecido a la defensiva, pues los sitúa en una perspectiva en donde pueden aparecer como nocivos para el "interés nacional". Esto se hace regularmente, sobre todo en relación con las demandas "seccionales" de las clases subordinadas, y sobre todo en relación a la lucha militante en pro de esa demanda, por ejemplo, en forma de huelga. Una de las penas que las clases subordinadas tienen que purgar, por causa de su subordinación (lo cual, por cierto, es casi lo que las define como clases subordinadas), es que, bajo este punto de vista, puede hacerse creer que *sus* demandas son perjudiciales para el "interés nacional". Especialmente cuando a los miembros de estas clases se les mete en la cabeza hacer sus demandas con un vigor que, necesariamente y por definición, tiene que causar trastornos. Nunca se ha dicho que una huelga en gran escala, o todavía más, una huelga en general, sea perjudicial para los patronos, sino nociva para la "nación" y para los "intereses nacionales". Por eso, independientemente de la razón que les asista a los huelguistas, es preciso derrotarlos; los beneficios que los patronos obtengan en virtud de dicha derrota son puramente casuales. Y, como señalamos también anteriormente, es ésta una opinión que muchos dirigentes sindicales y dirigentes políticos de los trabajadores han compartido a menudo, y ha servido para desanimarlos, con funestas consecuencias, para sus partidarios.

Particularmente en competencia con sus opositores de la izquierda, los partidos conservadores han explotado el sentimiento nacionalista, han insistido en su propia consagración patriótica a la nación, y de manera regular y, a menudo, desaforadamente, han contrastado esta devoción nacional con los intereses supuestamente menos patrióticos, o positivamente apátridas, o, incluso, antinacionales, de los partidos de la izquierda.[48] Los partidos conservadores han librado "y ganado" innumerables batallas electorales en las que este tema, cómodamente adaptado a circunstancias y cuestiones particulares, ha desempeñado un papel importante y, a veces, decisivo. Nunca se ha explotado, más cabalmente, este tema que en los años inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial, cuando se propaló con éxito el mito de que la Europa occidental se enfrentaba a una amenaza real, y tal vez inminente, de agresión militar soviética.[49]

[48] Así, por ejemplo, McKenzie y Silver señalan, refiriéndose al Partido Conservador en Inglaterra, que "pocos partidos democráticos, tan sistemática y despiadamente, han puesto en tela de juicio la integridad, la devoción a la constitución del país y el patriotismo de sus oponentes" (*Angels in Marble*, p. 49).

[49] En relación a las maneras en que se "cultivó" y difundió ese mito, véase D. Horowitz, *The Free World Colossus*, 1965.

La guerra fría tal vez no se desencadenó con el objeto de vigorizar las fuerzas del conservadurismo en los países capitalistas. Pero, no obstante, cumplió admirablemente esta finalidad y ofreció una nueva dimensión al llamado en pro de la "unidad nacional", en tiempos de supuesto peligro militar inminente y terrible. Williams James abogó, en cierta ocasión, en pro de un "equivalente moral de la guerra". Bajo un punto de vista conservador, dicho equivalente moral, en las décadas de 1940 y 1950, se encontró en la guerra fría; y también su efectividad, grandemente reducida, en años más recientes, presenta un grave problema.

Auxilian en la explotación de los sentimientos nacionales, a los partidos conservadores, las innumerables agencias de la sociedad civil que, en mayor o menor grado, participan en la propagación de una concepción "nacional" y de un "interés nacional" definidos en términos conservadores; la prensa y otros medios de difusión en masa de la información, las instituciones educativas, las organizaciones juveniles, las asociaciones y ligas de veteranos de la guerra, las organizaciones específicamente nacionalistas, las iglesias, los círculos de negocios,[50] sus asociaciones y camarillas, etc. Y, por cierto, la corriente conservadora de propaganda de la que se hacen cargo estas diversas agencias no es menos pronunciada porque muchas de ellas pretendan ser "apolíticas" y "apartidistas". Tal vez lo afirmen con toda sinceridad, no obstante, tal aseveración, a menudo, resulta falsa; hay muchas otras maneras de abogar por la causa conservadora aparte de solicitar el apoyo para un determinado partido conservador.

Sin embargo, ésta es una de las esferas en donde las agencias de la sociedad civil no han estado solas, de ninguna manera, en su tarea de "socialización política". El mismo Estado, a través de toda una variedad de sus instituciones y medios, ha desempeñado también una parte notable y constantemente mayor en el fomento de una concepción de los deberes nacionales evidentemente "funcional" para el orden social existente, puesto que ha requerido, como uno de sus elementos principales, el rechazo de doctrinas "extremistas" y "exóticas" que podrían representar un grave reto para él.

Aquí, también, el vocabulario es muy a menudo "apolítico".

[50] Obsérvese, por ejemplo, la gran cantidad de apoyo que los hombres de negocios norteamericanos han prestado a grupos estridentemente nacionalistas de la "derecha radical". Y no fueron éstos hombres de negocios, simplemente, millonarios petroleros tejanos ávidos de "status'. Tres antiguos vicepresidentes de la National Association of Manufacturers figuraron en el Primer Consejo Gobernante de la John Birch Society. Véase F. J. Cook, "The Ultras", en *The Nation*, 30 de junio de 1962.

En su calidad de voceros de la nación y de portavoces del "interés nacional", los presidentes y los primeros ministros adoptan fácilmente una pose "por encima de los partidos" y se dirigen a la gente, sobre todo en ocasiones de crisis o de solemnidad, no como los dirigentes de determinados partidos, sino como representantes de la nación en general, y teniendo los intereses de la misma como único punto de referencia. Pero, como se ha señalado ya en un capítulo anterior, esto no excluye (por cierto, generalmente, incluye) el abogar por políticas y acciones que *poseen* una predisposición y unas intenciones muy marcadamente políticas. De hecho, cuanto más "nacional" sea el hincapié tanto más conservadora probablemente será la intención.

De manera semejante, el adoctrinamiento nacionalista a que se dedican los ejércitos está, normalmente, exento de toda predisposición "partidista" explícita; a quienes están sujetos a dicho adoctrinamiento, vistan o no el uniforme, no se les incita explícitamente, por lo común, a aceptar o rechazar a un determinado partido. *Eso* sería hacer "política", cosa que está vedada a los ejércitos. Pero sería un recluta muy estúpido, por cierto, el que descubriese, en esa propaganda "apolítica" muchas razones para dar su voto a los partidos de la izquierda o para abrazar ideales izquierdistas. Los ejércitos habrán sido o no escuelas especialmente eficaces de conformismo ideológico. Pero si no lo han sido, no se podrá culpar de ello a la falta de interés de sus oficiales.

En este campo de la "socialización política", el Estado y otras instituciones han podido hacer uso de toda una panoplia de ideas y símbolos de demostrado atractivo, a los cuales la historia nacional, y, a menudo, imperial de estos países, ha añadido un poder todavía mayor. Así, la memoria colectiva de las luchas pasadas y la constante conmemoración de los sacrificios y hazañas heroicas del pasado, independientemente de la ocasión o causa, no tienen por objeto, generalmente, fomentar una concepción particularmente crítica del orden social por cuya existencia mucha sangre fue derramada. Hasta los muertos son invocados para que ayuden a legitimar los regímenes por los cuales murieron. Así también las emociones nacionalistas "funcionales" reciben nuevo acicate por una acumulación de símbolos y por la ejecución de toda una variedad de ceremonias y rituales asociados con las luchas y sacrificios del pasado, todos los cuales poseen un valor indudable en un proceso de "socialización política" de carácter primordialmente conformista.

En relación a esto podemos mencionar el útil papel que la monarquía ha seguido desempeñando en este proceso, al menos en algunos países. El papel unificador y socialmente emoliente

de la monarquía inglesa, por ejemplo, se ha reconocido y comprendido desde hace mucho tiempo y nunca tanto como desde la aparición de la "política popular".[51] Este mismo reconocimiento explica en gran parte la decisión del poder norteamericano de ocupación en el Japón, que al final de la guerra mantuvo la institución imperial, puesto que se consideró como "un instrumento para favorecer la transición suave durante una revolución limitada dirigida desde arriba y como inhibición preventiva de revoluciones desde abajo".[52]

Por supuesto, los monarcas como las monarquías pueden volverse, por demás, "disfuncionales" y hacer las veces de foco de disensión y no de elemento de unidad, incluso hasta de amenaza a la trama nacional misma.[53] Pero donde no ocurre tal cosa, la monarquía no es simplemente un elemento más del sistema constitucional; es mucho más importante, en la actualidad, la función que Bagehot ha calificado de "dignificada" y, entendida como es debido, significa ese elemento de reverencia respecto del Estado y el orden tradicional de cosas que contribuye a crear y fomentar el sentimiento de unidad nacional por encima de los "meros" conflictos de clases.

V

En el capítulo anterior indicamos que, como grupo de presión respecto del Estado, los círculos de negocios disfrutan de una considerable superioridad sobre todos los demás grupos e intereses. Al menos en parte, esto tiene que relacionarse con la extensa influencia ideológica, política y cultural, en la acepción más amplia, que ejercen en la sociedad en general.

No me refiero a la influencia de los círculos de negocios en los partidos políticos, de que ya hablé anteriormente; ni a su influencia no sólo en los medios de difusión y comunicación, sino en los demás agentes de la "socialización política" que más adelante veremos. Me refiero, más bien, al esfuerzo que dichos círculos realizan para persuadir a la sociedad no sólo a aceptar las políticas por las que aboga, sino también la ética, valores y metas que le son propios, el sistema económico del cual consti-

[51] Una opinión bastante reciente del valor de la monarquía inglesa para fomentar un "sentimiento común del carácter sagrado de la vida comunal y de las instituciones", se encuentra en E. Shils y M. Young, "The Meaning of the Coronation", en *The Sociological Review*, 1953, vol. 1, núm. 2. Véase, también, N. Birbaum, "Monarch and Sociologist. A Reply to profesor Shils and M. Young", *ibidem*, 1955, vol. 3, núm. 1.

[52] A. B. Cole, *Japanese Society and Politics: The Impact of Social Stratification and Mobility on Politics*, 1956, p. 13.

[53] Como ocurrió, por ejemplo, en Bélgica en lo que respecta a Leopoldo III después de la guerra.

tuye la parte central, el "modo de vida" que constituye el meollo de su ser. En la medida en que la creencia en la empresa capitalista es parte esencial de la ideología conservadora, los círculos de negocios desempeñan un importante papel en su propaganda. Y en la medida en que los países del capitalismo avanzado son "civilizaciones de negocios", empapadas por una cultura y ética de los negocios, estos mismos negocios han desempeñado un papel fundamental en la configuración de dichas sociedades.

En primer lugar, los círculos de negocios han creado o al menos han financiado la mayor parte de los gastos de la creación de "grupos de promoción", que, juntamente con las particulares organizaciones de defensa de los empresarios anteriormente examinadas, se ocupan específicamente de la diseminación de la propaganda en pro de la libre empresa, y de la defensa y ensalzamiento del sistema económico capitalista.

Existen muchos otros "grupos para la promoción", es preciso señalarlo de nuevo, en las sociedades pluralistas del capitalismo avanzado y los fines de algunos de ellos se oponen a los de los círculos de negocios, o por lo menos no están relacionados con ellos. Pero, hay que aclararlo también, los recursos de los grupos a quienes concierne la promoción del sistema de libre empresa son enormemente superiores a los de los grupos a quienes concierne oponérseles. Así por ejemplo, en un caso de Inglaterra, el profesor Rose observa que uno de los más importantes "grupos de promoción" de las empresas, el llamado Aims of Industry, o sea Fines de la Industria, posee un ingreso anual de cerca de 100 000 libras;[54] y "en relación a lo que se espera que hagan los funcionarios de Aims, se asemeja al semanario izquierdista *Tribune*".[55] Tal vez sea cierto. Pero la idea que debemos inferir de tal contraposición, a saber, de que se trata de organizaciones equivalentes en cuanto a sus recursos, podemos descartarla sin el menor escrúpulo.

En todo caso, Aims of Industry no es sino uno de los muchos "grupos de promoción" procapitalistas. Otro es la Economic League o sea la Liga Económica, formada en 1919 que, como dice el profesor Harrison, "contaba con un personal de tiempo completo que ascendía a 180 personas, en 1955. Distribuye revistas a los gerentes, capataces y aprendices, y pretende haber distribuido 19 200 000 folletos, llevado a cabo 8 932 reuniones al aire libre y 9 388 reuniones a cubierto, así como 33 700 charlas para grupos".[56]

[54] Rose, *Influencing Voters*, p. 98.
[55] *Ibidem*, p. 98.
[56] M. Harrison, "Britain", en "Comparative Studies in Political Finance", *Journal of Politics*, p. 667. Pero obsérvese, también, los esfuerzos realizados por las empresas individualmente consideradas, por ejemplo, a través de las "publicaciones de la compañía", de las que había cerca de

Por supuesto, en todos los demás países capitalistas existen "grupos de promoción" semejantes en igualdad de recursos, o, en el caso de los Estados Unidos, mayores aún, que podrían exhibir un mismo historial de actividad. Simplemente, no se pueden comparar los esfuerzos, que tales grupos pueden desplegar en forma de propaganda, con los de los "grupos de promoción" dedicados a propagar sentimientos hostiles a los círculos de negocios, a la empresa libre. Tales grupos, uniformemente, están mal dotados de personal y recursos para las actividades de propaganda; de ningún otro campo es más notable el desequilibrio entre los círculos de negocios y sus oponentes.

Por supuesto, a los "grupos de promoción" interesados en cuestiones diferentes de la del ensalzamiento de la empresa libre, nada les impide convertir a ese ensalzamiento en tema principal de su propaganda. Así, por ejemplo, numerosas organizaciones nacionalistas de los Estados Unidos se dedican de hecho, precisamente, a ensalzar la empresa libre como parte de su defensa del verdadero norteamericanismo, y obtienen de los círculos de negocios una parte, por lo menos, de sus recursos económicos. Evidentemente, *todo* "grupo de promoción" con inclinaciones antisocialistas más o menos pronunciadas se entrega por definición, explícitamente o no, a la defensa, de una o de otra forma, de la libre empresa.

En segundo lugar, tenemos las campañas que las propias empresas por sí solas o junto con asociaciones patronales, comerciales o de otra índole, ocasionalmente libran en pro o en contra de determinadas políticas, pero poseen una resonancia ideológica y política mucho mayor. Así, por ejemplo, algunas compañías productoras de acero de manera individual y la Steel Federation, o sea la Federación del Acero, en Inglaterra gastaron 1 298 000 libras para oponerse a la nacionalización del acero antes de la campaña electoral de 1964.[57] Pero esa propaganda no se concentró simplemente en los méritos o deméritos técnicos de la propiedad privada en comparación con la propiedad pública de la industria del acero. Fue el Partido Laborista el que, profundamente preocupado porque no se le tomara por partido "doctrinario", e inclinado en principio a la nacionalización, procuró limitar sus justificaciones de la nacionalización del acero en razones puramente técnicas. Los intereses de las

10 000 en los Estados Unidos, al comenzar la década de 1960. T. Peterson, J. W. Jensen, W. L. Rivers, *The Mass Media and Modern Society*, 1965, p. 176.

[57] Rose, *Influencing Voters*, p. 130. El profesor Rose señala, también, que "el gasto es enorme comparado con los recursos de los partidos políticos y sobrepasa los de la oficina Conservadora Central en cerca de un tercio, y es más de cuatro veces superior a los de la Transport House (*ibidem*, p. 130). Véase, también, C. W. Ross, *The Nationalisation of Steel: one step forward, two steps back?*, 1965.

acerías, por su parte, ampliaron el debate hasta abarcar las virtudes generales de la libre empresa, los males del control estatal y de la burocracia, la libertad, los derechos individuales y todo lo demás. Esto es característico de los encuentros entre gobiernos reformistas y círculos de negocios. Los primeros hacen gran hincapié en sus objetivos puramente pragmáticos, empíricos, adoctrinarios, que de ninguna manera pueden considerarse "anticapitalistas". Son los círculos de negocios los que amplían el debate y agresivamente invocan cuestiones ideológicas y políticas más generales.

No obstante, es útil recordar que, a pesar de sus vastos recursos y campañas, los intereses de las acerías de Inglaterra no pudieron impedir la nacionalización del acero. Esto puede servir de correctivo necesario a la noción de que tales intereses, en virtud de sus recursos, son todopoderosos. Como señalamos anteriormente, no lo son, y se les puede derrotar. Esto, sin embargo, mal desmiente el hecho de *que son* poderosos, de que esgrimen una vasta influencia política y pueden lanzarse a tareas de adoctrinamiento ideológico que superan con mucho las capacidades de cualquier otro grupo social.[58]

Este esfuerzo ha cobrado sus mayores proporciones en los Estados Unidos, país en donde se ha señalado que

> ...las actitudes, opiniones, argumentos, valores y lemas de los círculos de negocios norteamericanos son muy conocidos por la mayoría de los norteamericanos. En años recientes, el punto de vista de los círculos de negocios ha encontrado expresión abundante en toda clase de medios de información y publicidad: carteles en los autobuses que hablan del "milagro económico de los Estados Unidos", anuncios en los periódicos y en las revistas de los peligros de una excesiva imposición fiscal; discursos de los ejecutivos de negocios acerca de los deberes y derechos de la gerencia; editoriales que lamentan la magnitud de la deuda nacional; libros de texto patrocinados por asociaciones de industriales o de comerciantes, en los que se explica el funcionamiento de la economía de la libre empresa; folletos que explican los peligros de la imprudente intervención política en los asuntos económicos; testimonios rendidos por voceros de los círculos de negocios, ante comités del Congreso, a propósito de toda una multitud de cuestiones de política pública.[59]

Otro autor norteamericano, el profesor Heilbroner, concreta esto mismo:

[58] Tampoco debe pasarse por alto que la derrota, en esta clase de campaña, tiene sus compensaciones. La intensidad de la campaña contribuye a intimidar al gobierno reformista y lo conduce a mostrarse "razonable" en la ejecución de la política disputada. Derrotados en la cuestión principal, los intereses poderosos pueden lograr todavía muchísimo limitando el daño e incluso suprimiéndolo casi por completo.

[59] Sutton, y otros, *The American Business Creed*, pp. 11-12.

La característica notable de nuestra atmósfera ideológica contemporánea es que los grupos "disidentes" del sector obrero, del gobierno o de las universidades, *procuran* ajustar *sus proposiciones de cambio social a los límites de adaptabilidad del orden económico prevaleciente.* Nadie se propone alcanzar metas que puedan rebasar las capacidades de ajuste de ese orden. En verdad, todos estos grupos se encogen ante la idea de tal prueba... así pues, corresponde a la ideología de los círculos de negocios, como la única doctrina socioeconómica digna de consideración, proporcionar a los grupos no pertenecientes a los círculos de negocios y, en particular a la comunidad intelectual, el sentido de misión y destino que es la parte que comúnmente emana de ideologías rivales.[60]

En otros países capitalistas avanzados, una combinación de circunstancias históricas, económicas, culturales y políticas ha permitido una mejor propagación de las "ideologías rivales"; incluso el conservadurismo, en muchos países, está mucho menos estrechamente definido en la ideología y valores de los círculos de negocios. Pero esto, por supuesto, no representa por fuerza un inconveniente para dichos círculos. Por el contrario, la fuerza persistente de valores sociales provenientes de una era precapitalista, como ocurre en Inglaterra, o de otros valores históricos y culturales puede impedir ver la realidad del poderío de los círculos de negocios y fusionar sus valores con otros más antiguos y sagrados.

En todo caso, los círculos de negocios, en todos estos países, tienen a su disposición un tercer medio, enormemente importante, para ejercer su influencia en la sociedad, a saber, el poder de su propaganda, que es también de autopropaganda.

La publicidad de los círculos de negocios puede tener connotaciones directamente políticas e ideológicas, sobre todo en los Estados Unidos, pero a veces, también, en otros países, pero la defensa de la empresa capitalista y la propagación de sus valores no se vuelve menos efectiva, incluso puede tornarse más efectiva aún, por estar exenta de tales connotaciones manifiestas, y por ser mucho más difusa y "no política", por cierto.

Desde hace un tiempo considerable, y cada vez con mayor interés, la publicidad de los círculos de negocios, especialmente la de las más grandes empresas, y las actividades del ramo de las relaciones públicas, no se han dedicado, simplemente, a incrementar la venta de productos,[61] sino a convencer al público de

[60] R. L. Heilbroner, "The View from the Top. Reflections on a Changing Business Ideology", en Cheit, *The Business Establishment*, p. 2 (cursivas en el texto).

[61] Gran parte de la publicidad, de hecho, por la naturaleza del producto (por ejemplo, aviones de caza y estaciones de energía nuclear) no puede tener como objeto promover las ventas. La finalidad, más bien, es crear un estado de opinión favorable a la compañía y sus demás productos, y a las empresas de negocios, en general.

las virtudes del sistema capitalista, cuya actividad presentan como si fuera totalmente beneficiosa, no sólo para quienes son dueños del mismo, sino también para quienes trabajan para él, para quienes compran sus productos y para la sociedad en general. Como dijo en cierta ocasión el señor David Ogilvy, una de las figuras más destacadas del mundo de la publicidad capitalista, "la publicidad es el lugar en donde los intereses egoístas del productor coinciden con los intereses de la sociedad".[62] Lo que quería decir, por supuesto, era que la publicidad (y las relaciones públicas) tienen como objeto hacer *que parezca* que los dos coinciden. Es aquí, por cierto, y mucho más eficazmente que a través de los discursos pospandriales de los ejecutivos de las grandes empresas, o de la propaganda de los grupos pro círculos de negocios, donde la empresa gigantesca cobra un "alma", piensa en el interés público, se comporta con elevado sentido de responsabilidad social y casi vive literalmente obsesionada por el bienestar del yo, del cliente. Es aquí donde la empresa gigantesca se preocupa, sobre todo, por servir y poco por ganar, aparte de que se interesa en las ganancias *únicamente* porque ofrecen a la empresa una mejor oportunidad de servir al cliente y a la comunidad. Como ha señalado Raymond Williams acerca de gran parte de la publicidad de las empresas, "la línea divisoria que separa a esto de la franca publicidad política es, a menudo, muy difícil de advertir".[63] Además, aun a riesgo de aburrir al lector, hay que recalcar que sólo los círculos de negocios pueden utilizar de esa manera la publicidad. Por lo común, los sindicatos no emplean a empresas de relaciones públicas para que pongan por los cielos al producto que "venden" ellos, *los sindicatos*.

Más difuso aún, pero no menos notable, es el esfuerzo persistente de las grandes empresas por asociar no sólo a sus productos, sino a sí mismas y a la empresa libre en general, con valores y normas socialmente aprobados: integridad, confiabilidad, seguridad, amor paterno, inocencia infantil, espíritu de buena vecindad, sociabilidad, etc.; así como, por supuesto, los deseos y pulsiones que consideren dignos de realzar y explotar las "investigaciones de la motivación" de los "persuadidores ocultos". Aun así, tal vez no se logre el amor para la empresa. Pero mal podría dudarse que la empresa, y el sistema del cual forma parte, sería todavía mucho menos amada y, por consiguiente, más vulnerable a los ataques de ideologías rivales, si los círculos de negocios no pudieran llevar a cabo tan gran esfuerzo de crear una halagadora imagen de sí mismos.

Por último, y haciendo caso omiso de la imagen de sí mis-

[62] M. Mayer, *Madison Avenue, U.S.A.*, 1958, p. 59.
[63] Williams, *Communications*, p. 40.

mos, la publicidad de los círculos de negocios contribuye poderosamente a fomentar valores ligados a lo que Tawney calificó de "sociedad adquisitiva". No pretendo reprobar moralmente las comodidades y placeres que nos puede producir toda una variedad de "gadgets", o sea, de "chismes" palabra que en el inglés no tenía antes una connotación peyorativa. Ni tampoco me preocupa, mayormente, señalar aquí que gran parte de la publicidad se dedica a la creación de necesidades cuya satisfacción nada tiene que ver o es incompatible, con la satisfacción de necesidades humanas auténticas y apremiantes, y en gran parte, o en su totalidad, no encuentran satisfacción porque no le interesa a la empresa privada que se satisfagan.[64] Esto es tan sólo otra manifestación más de un sistema fundamentalmente irracional, capaz de imponer su irracionalidad a las sociedades en las cuales medra.

Más bien quiero señalar que los círculos de negocios pueden difundir libremente una "ética", según la cual la adquisividad privada se presenta como el medio primordial, si no el único, de realización de uno mismo; según la cual la "felicidad' o el "éxito" están definidos, por tanto, por la adquisición privada; según la cual la competencia de adquisición y por consiguiente, la "felicidad" y el "éxito" recibe categoría de ley primordial o se supone como tal, de la vida, y según la cual, por último, toda acción racional y concertada para la consecución de fines humanos es, en el mejor de los casos, algo que no viene a cuento. *La empresa* es todo alma, es benevolente, está inflamada de espíritu cívico y es socialmente responsable. Siendo así, el *individuo*, por consiguiente, puede seguir estando orientado, sin temor, al interés privado, y portarse como un individuo adquisitivo, depredador y contentarse con disfrutar de las bendiciones con que lo colman.

Las personas reaccionarán diferentemente a éstos y a otros "mensajes" parecidos, y no tiene sentido elevar la felicidad al rango de influencia *decisiva* en la manera como, quienes están sometidos a la misma, entienden el mundo. Pero tampoco tendría sentido menospreciar la *contribución* que, a través del poderío de su publicidad, los círculos de negocios pueden hacer a lo que, aunque sólo sea en sentido antropológico, podemos llamar atmósfera cultural de sus sociedades. Como se ha dicho siempre en su defensa, la publicidad es una parte necesaria y valiosa de un sistema económico avanzado. No tenemos por qué discutirlo. El problema real es otro, a saber, que la publicidad, en *esta* clase particular del sistema económico, cobra algunas características no propias de la actividad en sí misma (sobre todo, no en su corrupción del lenguaje y del sentido, y en su banalidad idiota tan común), y que entre esas características fi-

[64] A este respecto véase por ejemplo, Baran and Sweesy, El capital monopolista, Siglo XXI Editores.

gura la intención de "manipular" a la gente para que no sólo adquiera determinados bienes, sino acepte también "un modo de vida".

Las diversas agencias de la persuasión política mencionadas en este capítulo no trabajan de concierto. Muchas de ellas ni siquiera son "políticas", y decididamente rechazan la "política". Y ninguna de ellas, independientemente de ser o no "política", propaga una ideología conservadora precisamente definida y apretadamente entretejida, y mucho menos una ideología oficialmente sancionada. Sin embargo, por más independientes, diversas, incluso discordantes que sean esas voces, hablan el idioma de la adaptación a la sociedad capitalista, y sobre todo cuando hablan de reformas que, por lo común, se conciben como parte de esa adaptación. Por eso, no obstante la diversidad de formas y de modismos que su lenguaje pueda cobrar, ha de entenderse que, junto con el Estado, están dedicadas a una empresa combinada y formidable de adoctrinamiento conservador. Sin embargo, esa empresa cobra características inconmensurablemente más formidables gracias a la ayuda que recibe de otros agentes de la "socialización política", a saber, los medios de difusión masivos y la educación, que consideraremos en el capítulo siguiente.

EL PROCESO DE LEGITIMACIÓN-II

I

En ninguna esfera, las afirmaciones y pretensiones de diversidad democrática y libre competencia política, que se hacen en favor de las "sociedades abiertas" del capitalismo avanzado, parecen ser más válidas que en el campo de las comunicaciones, de la prensa, la palabra escrita en general, la radio, la televisión, el cine y el teatro. Pues, en contraste con los regímenes comunistas y "monolíticos" en general, los medios de expresión, en los países capitalistas, no están normalmente monopolizados por el poder político imperante, ni sometidos a él. Incluso en los países en donde las agencias de comunicación son instituciones públicas o mixtas, como es el caso común de la radio y la televisión, no son nada más voceros del gobierno del momento, ni órganos exclusivos de la política o de las opiniones oficiales, también se oyen y ven los puntos de vista de la oposición.

Tampoco, como ocurre en muchos regímenes en donde las comunicaciones *no* están monopolizadas por el Estado, quienes trabajan para ellas abrigan temores de represalias extremas por si lo que dicen o dejan de decir públicamente ofende a su gobierno o a otros personajes de las instituciones públicas. Sin duda están sujetos a diversas restricciones y presiones legales y de diversa índole oficial, a veces severas. Pero estas restricciones y presiones, que analizaremos enseguida, solamente matizan la noción de independencia de los medios de comunicación respecto de los dictados y los controles del estado; no la anulan.

Por cierto, ni siquiera puede decirse que las opiniones profundamente hirientes para los diversos "establecimientos", independientemente de que tengan relación con la política, la cultura, la religión o la moral, estén estrechamente confinados a canales de expresión marginales y vanguardistas, patrocinados únicamente por minúsculas minorías.

Tales opiniones contenciosas encuentran su camino, en todos estos países, en periódicos y revistas de gran circulación; grandes casas editoriales las presentan en forma de libro, a menudo en ediciones baratas, "de bolsillo";[1] se las oye por la radio y se

[1] Al comentar la eflorescencia del "marxismo legal" en la Rusia de la década de 1890, B. Wolfe señala que "habiendo descubierto que el marxismo era mercancía vendible y distinguida, los editores hicieron traducciones

las ve expresadas en la televisión; son inspiración de películas que se exhiben en los grandes circuitos de salas cinematográficas y obras teatrales que se ejecutan en las salas "comerciales" y nadie (o casi nadie) va a parar a la cárcel.

No hay que subestimar la importancia y el valor de esta libertad y de estas oportunidades de expresión. Sin embargo, la noción de una diversidad pluralista y de un equilibrio en la competencia, en esta esfera como en todas las demás, es más bien superficial y engañosa. Pues las agencias de comunicación y sobre todo los medios de información masivos son en realidad, no obstante opiniones disidentes, un elemento de importancia capital en la legitimación de la sociedad capitalista. No por ello pierde todo su sentido la libertad de expresión. Pero ésta hay que verla e interpretarla dentro del contexto económico y político real de esas sociedades; y en ese contexto la libre expresión de ideas y opiniones significa *principalmente* la libre expresión de ideas y de opiniones útiles para el sistema dominante de poder y de privilegios. Por cierto, los profesores Lazarsfeld y Merton llegaron al extremo de decir que:

> Cada vez más, los principales grupos de poder, entre los que ocupan el lugar más espectacular las organizaciones de los círculos de negocios, adoptan técnicas para manipular a las masas a través de la propaganda, en lugar de medios de control más directos... El poderío económico parece haber reducido la explotación directa [?] y recurrido a un tipo más sutil de explotación psicológica efectuada en gran parte mediante la diseminación de propaganda a través de los medios masivos de comunicación... Estos medios se han echado la tarea de lograr que el público en general acepte el *status quo* social y económico.[2]

La función ideológica de muchos medios de difusión queda oculta por muchos rasgos de la vida cultural de estos sistemas, por ejemplo, la falta de dictados del Estado, la existencia del debate y controversia, el hecho de que el conservadurismo no es un conjunto apretado de normas de pensamiento y que la flojedad de su trama hace posible la existencia de variaciones y divergencias dentro de la misma, y muchas otras cosas. Pero aunque no sea fácil advertirlo, es evidente que los medios de difusión para las masas, en las sociedades capitalistas avanzadas, tienen como objetivo primordial el cumplimiento de un papel

de los clásicos y de las obras marxistas contemporáneas de autores alemanes y franceses". *Three Who Made a Revolution*, 1966, p. 140. El mismo fenómeno que podríamos describir como marxismo comercial, se produjo también, en escala mucho mayor, en los países capitalistas avanzados, en la década de 1960.

[2] P. F. Lazarsfeld y R. K. Merton, "Mass Communication, Popular Taste and Organized Social Action", en B. Rosenberg y D. M. White (comp.), *Mass Culture. The Popular Arts in America*, 1957, p. 457.

grandemente "funcional"; son también, a la vez, expresión de un sistema de dominio y maneras de reforzarlo.

El ejemplo primero y más evidente de dicho papel social, es el que nos ofrece la prensa. Los periódicos varían enormemente por su calidad, contenido y tendencia en los diversos países. Algunos son de mente serena y equilibrados, otros, sensacionalistas y estridentes; unos son inteligentes, otros, estúpidos; en unos hay decencia y decoro, en otros, no; los hay reaccionarios y conservadores; liberales o "radicales"; unos no están comprometidos con nadie, en tanto que otros son vehículos de expresión de un partido, de una facción o de un grupo de interés; unos critican a la autoridad y otros la ensalzan; y así sucesivamente.

Pero cualesquiera que sean sus innumerables y diversas diferencias, la mayoría de los periódicos del mundo capitalista tienen en común un rasgo esencial, a saber, su vigorosa y, a menudo, apasionada hostilidad para todo lo que se encuentre muy a la izquierda de las formas más benignas de la social democracia, y, muy comúnmente, contra estas formas benignas también. Esta hostilidad se explicita más durante las campañas electorales; la mayoría de los periódicos, tanto si son independientes de partidos más o menos conservadores, o están específicamente dedicados a expresar las ideas de los mismos, casi invariablemente dan su apoyo a la parte conservadora, o, por lo menos, critican profundamente a la anticonservadora, a grandes voces y muy indecentemente, también, a menudo. Esta preponderancia conservadora es por lo común aplastante.

Constituye el meollo de esta devoción a las opiniones conservadoras una aceptación general de los modos de pensamiento dominante, en lo concerniente al orden económico y social, así como una aceptación específica del sistema capitalista, aunque a veces matizada, por considerarlo natural y conveniente. La mayoría de los periódicos aceptan que una determinada intervención estatal en la vida económica y social es inevitable, incluso digna de encomio; y algunos, atrevidísimos, incluso dan su apoyo a alguna proposición inocua de nacionalización. No obstante todo esto, la mayoría de los órganos de la Prensa han estado por siempre profundamente convencidos de la validez de que la ampliación del "sector público" es contraria al "interés nacional" y que el fortalecimiento de la empresa privada es la condición necesaria de la prosperidad económica, el bienestar social, la libertad, la democracia etc.

De manera semejante y consistente, la Prensa ha sido siempre una firme fuerza antisindical. No es que los periódicos, en general, se opongan a la existencia de los sindicatos y demás. Unicamente se oponen a los sindicatos, para decirlo de manera por demás sobada, que haciendo caso omiso del bienestar del país y de

los intereses de sus propios miembros, avara e irresponsablemente, buscan obtener ventajas a corto plazo que, tarde o temprano, se volverán contra ellos mismos. En otras palabras, los periódicos quieren a los sindicatos mientras estos cumplen de mala manera la tarea para cuya realización existen. Al igual que los gobiernos y los patronos, los periódicos se quejan amargamente de las huelgas, y cuanto más grande es la huelga tanto mayor la hostilidad: anatema contra los dirigentes sindicales que dan pábulo o no logran impedir formas de conducta tan manifiestamente asociales, irresponsables y *obsoletas*. No tienen mayor importancia estos dimes y diretes de toda disputa; lo que cuenta es la comunidad, el consumidor, el público, a los que se *debe* proteger, a cualquier precio, en contra de las acciones de hombres que obedecen ciegamente las órdenes de dirigentes descarriados.

De igual manera, en su mayoría, los periódicos del mundo capitalista no se han podido quitar nunca de la cabeza a la "extrema izquierda", sobre todo a los comunistas, únicamente han discrepado en su actitud respecto de esa parte del espectro político por la virulencia y hostilidad exhibidos en contra de ella; y también es cierto que, para tales periódicos, la historia del mundo, desde 1945, ha sido en gran parte una lucha maniquea de las fuerzas del bien, encabezadas por los Estados Unidos, en contra de las fuerzas del mal, representadas por el comunismo agresivo, lo mismo soviético que chino. Los movimientos revolucionarios casi siempre son "de inspiración comunista" y, por definición, malos, por atroces que sean las circunstancias que hayan dado lugar a su surgimiento; y, en las luchas de descolonización de este siglo, la actitud de la gran mayoría de los periódicos ha oscilado siempre entre una fuerte antipatía y una apasionada hostilidad en contra de los movimientos y de los dirigentes (o, mejor dicho, terroristas) que han buscado una independencia.

Hay que subrayar que todo esto no ha sido ni es simplemente *una* corriente de pensamiento entre muchas; ha sido y sigue siendo *la* corriente de pensamiento predominante, y, por lo general, opresivo, de la prensa nacional (y local) de los países capitalistas avanzados.

Como ya se ha subrayado repetidamente en capítulos anteriores, este punto de vista profundamente conformista puede tener muchas variantes y desviaciones: por cierto, no estorba la existencia de una opinión crítica de tal o cual aspecto del orden existente. Mientras que los gobiernos socialdemócratas, por más conservadoras que sean sus políticas, suelen recibir un trato mucho más áspero de la Prensa que los propiamente conservadores, estos últimos no gozan de inmunidad a sus críticas y ataques. En este sentido, bien puede decirse que la Prensa es "independiente" y cumple una útil función de perro guardián. Lo que tal afirmación pasaría por alto, sin embargo, es el hecho patente

y repetido de que es la izquierda, contra lo que los perros guardianes ladran en general con mayor ferocidad, y es el *statu quo* lo que guardan sobre todo.

Muchos periódicos "populares", que tienen gran circulación entre las masas, se preocupan enormemente por causar la impresión opuesta y hacer creer que sienten una impaciencia radical contra todo "poder establecido", por más exaltada que sea su posición, y sientan verdaderos apremios de cambio, reforma y progreso. En realidad, es verdad, la mayor parte de este airado radicalismo no es más que un amaneramiento de estilo; detrás de la irreverencia iconoclasta y del populismo demagógico encontramos una singular vacuidad, así de diagnóstico como de prescripción. El ruido es muy grande, pero los golpes puro cuento.

Por otra parte, la radio y la televisión cumplen una finalidad principalmente conformista, aunque tampoco en este caso exclusivamente conformista. Aquí también tenemos una apariencia de gran diversidad de concepciones y opiniones; acalorada controversia y apasionado debate. A estos medios de información, además, independientemente que sean de propiedad pública o comercial, se les exige, o en todo caso se les sugiere, que posean una elevada imparcialidad y objetividad políticas. Los periódicos podrán ser todo lo partidistas y comprometidos, políticamente, y exhibir todos los prejuicios que quieran en su presentación de las noticias y opiniones. Pero no la radio y la televisión.

Sin embargo, por casi todos conceptos, esta supuesta imparcialidad y objetividad son muy artificiales. Pues operan con formaciones políticas que, aunque estén divididas en lo tocante a muchas cuestiones, no obstante, forman parte de un consenso fundamental. Así, por ejemplo, la radio y la televisión, en países como Inglaterra y los Estados Unidos, podrán manifestar una elevada imparcialidad entre los partidos Conservador, Liberal y Laborista y los partidos Republicano y Demócrata respectivamente; pero esto no obsta, de ninguna manera, para soltar una corriente constante de propaganda en contra de todas las concepciones y opiniones que queden comprendidas fuera del consenso. La imparcialidad y objetividad, en este sentido, terminan en donde el mismo consenso político acaba; y cuanto más radical es la disensión, tanto menos imparciales y objetivos los medios de difusión. No me parece extravagante indicar ahora que la radio y la televisión de todos los países capitalistas han sido consistente y predominantemente agencias de adoctrinamiento conservador y han hecho todo lo posible para inocular a su auditorio y espectadores en contra del pensamiento disidente. Esto no requiere que se impida, por todos los medios, la expresión de tal disensión. Se necesita únicamente que los medios de

difusión y comunicación se inclinen aplastantemente del otro lado. Este requisito se ha cumplido sobradamente.

En los países en donde la vida política está dominada por partidos que operan dentro de un marco de consenso, la predisposición que hemos venido mencionando, y a la cual partidos rivales por otros conceptos hacen una común contribución, es muy fácilmente pasada por alto. En países, como Francia e Italia, donde grandes partidos comunistas constituyen la oposición principal, la noción de imparcialidad política es más difícil de sostener. En los primeros de los países mencionados, una predisposición ideológica general tiene un menor número de connotaciones políticas inmediatamente obvias, puesto que los partidos y movimientos que más padecen por causa de la hostilidad y discriminación constituyen un factor político pequeño, incluso desdeñable. En los segundos, la radio y la televisión participan de manera mucho más directa en la lucha política y son, en efecto, instrumentos de los partidos del gobierno que han de utilizarse en contra de la oposición, y nada de tonterías de "tiempo igual" o de otros lujos liberales, por demás impropios, dadas las circunstancias políticas. En Francia, tanto la radio como la televisión se han convertido de manera muy deliberada en instituciones de Gaullistas, que deben utilizarse en favor del general, de su gobierno y del partido que los apoya;[3] y, de manera semejante en Italia, estos medios de información y comunicación han sido predominantemente instrumentos de la Socialdemocracia cristiana y de sus gobiernos.

En estrictos términos *políticos*, ésta es una situación muy diferente de la que ha prevalecido en un país, como Inglaterra, en donde los dirigentes laboristas han conquistado, a partir de la guerra, una suerte de igualdad con sus rivales conservadores. Sin embargo, en términos *ideológicos* más amplios, el contraste ha sido bastante menos dramático; lo mismo puede decirse, con mayor fuerza aún, respecto de los Estados Unidos, en donde, según se ha dicho, "los círculos de negocios organizados, e intereses no tan poderosos como son los partidos políticos principales y los más grandes grupos eclesiásticos, ejercen virtualmente un 'monopolio psicológico' de los medios de información y comunicación". Las noticias y comentarios, los entretenimientos, la publicidad, la retórica política y la exhortación religiosa por igual se preocupan mucho más por servir de vehículo a las creencias

[3] Esto no quiere decir que los gobiernos de la Cuarta República no ejercieran presión en pro de una exposición de sus políticas, por la radio y la televisión que los favoreciese. Para esto, y para encontrar ejemplos del esfuerzo muchísimo más sostenido del régimen de De Gaulle, véase el debate en la Asamblea Nacional del 24 de abril de 1968, *Le Monde*, 25 de abril de 1968.

existen que por cambiarlas radicalmente.[4] La radio y la televisión, en todos los países capitalistas, han inclinado la balanza entre todos los matices del consenso, por una parte, y todos los matices de la contraideología, por otra, con mucho en favor de los primeros.

Hasta ahora hemos hablado de estos medios de información y difusión para las masas como si únicamente se preocuparan de la política y la ideología. Por supuesto, no es así. Las revistas y libros, principalmente políticos, constituyen una parte muy pequeña del total, y todos los periódicos consagran mucho espacio a cuestiones que no guardan relación directa, o siquiera indirecta con la política; en efecto, muchos periódicos dedican mucho más espacio a otras cuestiones que a las políticas. De manera semejante, la radio, la televisión, el cine y el teatro no funcionan como si fueran agencias de la comunicación y el adoctrinamiento políticos; también, y aun predominantemente, se ocupan de las diversas clases de "entretenimientos". En verdad, y en el caso de los medios de información y de comunicación de propiedad y control privados, el objetivo y la preocupación primordiales son las ganancias. También puede decirse lo mismo de los periódicos. Lord Thompson no se estaba expresando de manera excéntrica y singular cuando dijo que lo que quería de sus periódicos era ganar dinero.

Por otra parte, el hacer dinero no es de ninguna manera incompatible con hacer política, y en un sentido más general, con el adoctrinamiento político. Así pues, el *objetivo* de la industria del "entretenimiento", en sus diversas formas, tal vez sea la ganancia; pero el *contenido* de su producción no está por ello, ni de ninguna manera, exento de connotaciones políticas e ideológicas de carácter más o menos definido.

A menudo se ataca a los medios de difusión y comunicación para las masas por causa de su pobreza cultural, su desvergonzado mercantilismo, su sistemática trivialidad, su gusto por la brutalidad y la violencia, su deliberado manoseo de los temas del sexo y del sadismo y por muchas otras cosas parecidas. La censura es de sobra conocida y en gran parte está justificada.

Pero esa censura tiende también, muy a menudo, a rebajar o a no tomar en consideración el contenido ideológico específico de esos productos y el grado en que se utilizan como vehículos de propaganda en pro de una determinada concepción del mundo. "Un inventario superficial de los contenidos y la motivación de los productos de las industrias del entretenimiento y de las publicaciones en general en nuestra civilización 'occidental' —ha observado el profesor Lowenthal— abarcaría temas tales como

[4] T. Peterson, J. W. Jensen, W. C. Rivers, *The Mass Media and Modern Society*, p. 26.

los de la nación, la familia, la religión, la libre empresa y la iniciativa individual".[5] De hecho, tal inventario haría más que incluir estos y otros temas altamente "funcionales"; tendría que señalar, también, el lugar marginal asignado a temas "disfuncionales". El profesor Meynaud ha dicho, del mundo de las revistas, que "por la estructura de sus rúbricas y la aparente neutralidad de sus artículos, contribuyen a la formación de ese clima de conformismo, que es una de las grandes desgracias del capitalismo contemporáneo. Bajo este punto de vista, el papel desempeñado por las revistas femeninas semanales que, sin aparentarlo, dan una visión falsa de nuestro mundo, es de suma importancia".[6] Lo aquí dicho tiene una validez más general, lo mismo que la observación de Raymond Williams acerca de lo que llama "televisión de las mayorías", a saber, que es "sobre todo, expresión de la falsa conciencia de nuestras sociedades particulares".[7]

Además, vale la pena señalar que gran parte del "mensaje" de los medios de difusión e información para las masas no es vago, sino muy concreto. Por supuesto, sería ridículo considerar a autores, como Mickey Spillane y Ian Fleming (para mencionar dos autores cuyas ventas han sido muy elevadas), como autores políticos de verdad políticos. Pero también lo sería el no hacer caso de que sus héroes son dechados de virtudes anticomunistas y que sus aventuras, sin exceptuar las aventuras sexuales, las más de las veces, están situadas en el contexto de una lucha desesperada en contra de fuerzas subversivas, lo mismo extranjeras que nacionales. Como se ha dicho acerca del anticomunismo de la producción de Spillane, "está entretejido en la textura de presupuestos de la novela. Todo el que piense de otra manera ha de considerarse como traicionero o como irremediablemente ingenuo".[8] Esta clase de burda "ideología para las masas" no invade todo el campo de la "cultura para las masas"; pero sí invade una parte muy grande de ella en la mayoría de los medios de difusión e información. Por supuesto, el resto de la "cultura para las masas" no está muy empapado de material contraideológico. En términos generales no se puede decir que existan muchos equivalentes izquierdistas y revolucionarios de James Bond. Tal vez el *género* no se presta a ello; y sin duda no se presta la atmósfera política de las sociedades capitalistas avanzadas.

[5] L. Lowenthal, "Historical Perspective of Popular Culture", en Rosenberg and White (prep. ed.), *Mass Culture. The Popular Arts in America*, p. 50.

[6] Meyanud, *Rapport sur la classe dirigeante italienne*, p. 192.

[7] R. Williams, "Television in Britain", en *The Journal of Social Issue*, 1962, vol. 18, No. 2, p. 11. Un análisis clásico de los valores reaccionarios de las revistas para chicos de Inglaterra en un período anterior, véase en G. Orwell, "Boys' Weeklies", en *Collected Essays*, 1962.

[8] S. Hall y P. Whannel, *The Popular Arts*, 1964, p. 148.

II

El carácter de la aportación, que los medios de difusión y comunicación masivos hacen al ambiente político, está determinado por las influencias que pesan más sobre ellos. Estas influencias son varias y todas actúan en un mismo sentido conservador y conformista.

La primera y más obvia de ellas se desprende de la propiedad y control de los "medios de producción mental". Con excepción de la propiedad estatal de estaciones de radio y de televisión y de algunos otros medios de comunicación, los medios de información y difusión masivos se encuentran, en aplastante mayoría, en manos de particulares (y esto, además, es cierto respecto de la mayoría de las estaciones de radio y de televisión de los Estados Unidos). Además, estas agencias se encuentran en esa parte del dominio privado que está dominado por la empresa capitalista en gran escala. Lo más notable aún, es que estos medios de información y comunicación no son sólo negocios, sino que pertenecen a los grandes negocios. La norma de concentración manifiesta en todas las demás formas de empresa capitalista es evidente aquí también: la prensa, las revistas y los libros, los cines, los teatros y también la radio y la televisión dondequiera que son han sido de propiedad privada y han pasado a ser, cada vez más, propiedad de un número pequeño y constantemente decreciente de empresas gigantescas, que tienen intereses mixtos en diferentes medios de la información y difusión, y también, a menudo, en otras esferas de la empresa capitalista. Como se ha señalado, "el imperio Hearst comprende doce periódicos, catorce revistas, tres estaciones de televisión, seis estaciones de radio, un servicio de noticias, un servicio de material gráfico, un sindicato de "tiras cómicas" y los libros de bolsillo Avon"; y, de manera semejante, "además de revistas, la empresa *Time, Inc.*, es dueña de estaciones de radio y de televisión, de un club del libro, de fábricas de papel, de bosques, de pozos petroleros y de diversos bienes raíces".[9] La misma clase de concentración se puede observar en todos los demás países capitalistas: el imperio Axel Springer, por ejemplo, por sí sólo controla más del 40 % de los periódicos y las revistas alemanes y cerca del 80 % de los periódicos de Berlín. En lo que respecta a las películas, se ha observado que "en Inglaterra, por ejemplo, la distribución de películas depende virtualmente de dos compañías que administran los cines de circuito, y como las películas, por lo común, sólo encuentran quien las financie si se obtienen garantías de distribu-

[9] G. W. Domhoff, *¿Quién gobierna Estados Unidos?*, Siglo XXI Editores, México, 1969, p. 118.

ción, esto quiere decir que las dos compañías ejercen un control casi completo de las películas que se filmen y de los temas que se consideren adecuados".[10] También vale la pena señalar que las nuevas empresas que surgen en esta esfera de actividad son fácilmente capturadas por intereses ya existentes de esta misma esfera o de otros campos. Así, por ejemplo, los señores Hall y Whannel, en referencia a la televisión comercial en Inglaterra, nos dicen que "en vez de distribuir el poder en muchas manos, ha incrementado el poder de quienes ya lo tienen. Más de la mitad de los recursos de la televisión comercial son propiedad de algunos periódicos, de la industria cinematográfica y de los empresarios de teatro".[11]

Quienes poseen y controlan los medios masivos de información y difusión en el mundo capitalista pueden ser, obviamente, hombres cuyas inclinaciones ideológicas van desde lo sólidamente conservador hasta lo profundamente reaccionario; y, en muchos casos, sobre todo en algunos periódicos, el influjo de sus opiniones y prejuicios es inmediato y directo, en el sentido, liso y llano, de que los dueños de periódicos no se han limitado sólo a ser dueños de los mismos, sino también han controlado firmemente sus puntos de vista políticos y el contenido de sus editoriales, y los han convertido, mediante una intervención constante, incluso diaria, en vehículos de sus opiniones personales.[12] En el caso del imperio de Axel Springer, se ha señalado que "gobierna sus periódicos como un monarca. Niega que exista un control ideológico central, y, ciertamente, tal control no ha sido formalizado de ninguna manera. Pero Herr Springer es un hombre de muy vigorosas ideas políticas. Profundamente religioso, anticomunista militante, está profundamente imbuido de un sentimiento de misión. Tal vez no dirija sus periódicos patentemente, pero sus ideas van calando y penetrando cada vez más abajo".[13] Otro tanto

[10] A. Hunt, "The Film", en D. Thompson (comp.), *Discrimination and Popular Culture*, 1964, p. 101.

[11] Hall y Whannel, *The Popular Arts*, p. 343. Uno de los promotores principales de la televisión comercial en Inglaterra, el señor Norman Collins, describió este proceso de la manera siguiente: "...al teleauditorio se le ofrece un servicio que es expresión de la experiencia combinada de los hombres que durante años han regido los teatros, los cines, las salas de concierto y los periódicos de la nación. Es también una cosa saludable y democrática [*sic*] que los intereses financieros de la televisión independiente estén tan ampliamente distribuidos. Es satisfactorio que tantas ramas de la industria, de la prensa y del espectáculo público puedan participar en la televisión independiente" (*ibidem*, p. 344). Satisfactorio ha sido todo esto sin duda para los participantes: lo que ya no es tan evidente es lo que haya podido tener de "democrático".

[12] Como dijo Lord Beaverbrook a la Comisión Real de Prensa: "publico el periódico, puramente, con fines de propaganda, y sin ningún otro motivo". Citado en R. M. Hutchins, *Freedom, Education and the Fund*, 1956, p. 62.

[13] *The Times*, 15 de abril de 1968.

puede decirse de muchos de los dueños de periódicos en todos los países capitalistas avanzados. Si el derecho de propiedad confiere el derecho de hacer propaganda, allí donde se ejerce dicho derecho, suele ejercerse al servicio de prejuicios fuertemente conservadores, ya sea mediante una afirmación positiva, o mediante la omisión de todo lo que a los propietarios les parezca inconveniente publicar. En un sistema de empresa libre, la censura no es sólo prerrogativa del estado. Sin duda, la censura privada a diferencia de la gubernativa, no es absoluta. Pero allí donde no existen, o no es fácil encontrar, otras fuentes de información periodística o de opinión política (como ocurre en la mayoría de los pueblos, ciudades y regiones de los Estados Unidos),[14] así como en otras partes[15] tal censura es de todas maneras muy efectiva, sobre todo cuando la radio y la televisión, como suele ocurrir a menudo en los Estados Unidos, están sujetas también al mismo control y la misma propiedad.[16]

Sin embargo, no siempre quienes son dueños o ejercen el control decisivo de los medios de difusión y comunicación masivos procuran ejercer una influencia directa e inmediata sobre su producción. Es muy común que a editores, periodistas, productores, gerentes, etc., se les conceda una considerable independencia, incluso bastante libertad. Aun así, las ideas tienden a "calar y penetrar hacia abajo" y proporcionan un marco ideológico y político que tal vez sea amplio, pero de cuya existencia no pueden desentenderse quienes trabajan en esas empresas. Tal vez no se les *exija* tratar con sumo cuidado a las vacas sagradas del establo conservador. Pero, por lo menos, sí se *espera* que no hieran las susceptibilidades conservadoras de los hombres a cuyo servicio están, y que mantendrán una actitud conveniente respecto de la libre empresa, de los conflictos entre el capital y el trabajo, los sindicatos, los partidos y movimientos de la izquierda, la guerra fría, los movimientos revolucionarios, la misión de los Estados Unidos en el mundo y muchas otras cosas. La existencia de este marco no exige una conformidad total; basta con la conformidad general. Una vez conseguida ésta, se encontrará lugar para hacer concesiones a la disensión, que a veces serán generosas concesiones.

[14] Sólo el 6 % de las ciudades que tienen periódicos diarios en este país tienen ahora diarios que compiten entre sí. W. Schramm, "Its Development", en C. S. Steinberg (comp.), *Mass Media and Communication*, 1966, p. 51. Estas cifras se refieren a 1953-4.

[15] Así, por ejemplo, respecto de Francia, se ha señalado que "en la provincia, los habitantes de unos treinta departamentos no disponen más que de un sólo diario". F. Goguel y A. Grosser, *La politique en France*, 1964, p. 157.

[16] Respecto del uso de la televisión y de la radio con objetivos anticomunistas y afines por parte de los ricos en los Estados Unidos, véase F. Cook. "The Ultras" en *The Nation*, 30 de junio de 1962.

En 1957, el señor James Wechsler, editor del *Post* de Nueva York, observó algo de la prensa norteamericana que valdrá la pena citar con alguna amplitud, puesto que su validez es mucho más general:

La Prensa norteamericana (dijo), en su inmensa mayoría, es propiedad de republicanos, quienes también administran y fijan las reglas del debate político norteamericano. Más que fijar debería decir "arreglan".

Sé que es una Prensa más libre que la de cualquier país comunista o fascista; pero no nos debemos preciar demasiado de eso. Es una Prensa que, por lo general, se ha vuelto comodona, gorda, y pagada de sí misma, sobre todo en relación a su moralidad; la cual, con algunas excepciones dignas de encomio, expresa los prejuicios y preconcepciones de los intereses creados, en vez de las virtudes de la indagación crítica y del espíritu rebelde que solemos asociar a nuestras tradiciones periodísticas más nobles.

Es una Prensa que, por lo general, se preocupa mucho más por los privilegios fiscales de un pez gordo que por cuidar y alimentar al paria.

Es una Prensa que, con toda beatería, se vanagloria de su independencia y entiende por tal el derecho a hacer lo que quiera a sus dueños republicanos. Solíamos considerar a la Prensa como una suerte de bien público y no como un campo de juegos privado.

Es una Prensa mucho más decidida y resuelta a combatir la tiranía comunista en Hungría que a librar las batallas de la libertad en los Estados Unidos.[17]

Con las variaciones locales del caso, y con algunas y raras excepciones,[18] estas condenas podrían lanzarse también contra la prensa de otros países capitalistas.

Una segunda fuente de la presión conformista y conservadora sobre los periódicos y los demás medios de información es la que ejercen, directa o indirectamente, los intereses capitalistas, ya no como dueños, sino como compradores de publicidad. La influencia política directa de los grandes compradores de publicidad en los medios comerciales de difusión no tiene porqué exagerarse. Sólo ocasionalmente tales compradores de publicidad pueden o intentan siquiera dictar los contenidos y las políticas de los medios cuyos clientes son. Pero su clientela, no obstante, tiene una importancia fundamental para la salud económica de la empresa de la difusión, pues constituye la vida misma de los

[17] Citado en J. E. Gerald, *The Social Responsibility of the Press*, 1963, p. 108. O, como ha dicho Robert Hutchins, "por supuesto que tenemos una Prensa de un solo partido en este país, y la seguiremos teniendo mientras sea un gran negocio, y las personas que tienen dinero sigan sintiéndose más seguras del lado republicano". Hutchins, *Freedom, Education and the Fund* (p. 61).

[18] Por ejemplo, *Le Monde* nos ofrece un ejemplo diario de lo que debe ser un periódico realmente grande.

periódicos y, en algunos casos, aunque no en todos los de las revistas, de la radio y la televisión comerciales. Este hecho tal vez haga algo más que *reforzar* una disposición general de estos medios de difusión a tratar con cuidado excepcional todo lo relacionado con dichos intereses poderosos y valiosos. Pero eso es útil también, puesto que da nuevas garantías a los círculos de negocios, en general, de que se les tratará con comprensión llena de simpatía, y a la "comunidad de los hombres de empresa", por lo menos, se le concederá esa indulgencia que rara vez o nunca, se tiene para con los intereses obreros y los sindicatos: *su* desagrado no tiene la menor importancia.

Además, viene ahora perfectamente al caso lo que dijimos en el capítulo anterior, lo que los recursos considerablemente superiores a los intereses capitalistas, comparados con cualesquiera otros pueden poner a contribución en el campo de las relaciones públicas. Pues estos recursos se utilizan también para "ablandar" los medios de información adecuados, sobre todo la Prensa, la cual contribuye, una vez más, a que se presente "el caso de los patronos" a la mejor luz posible.

El profesor Meynaud ha indicado que el control que los intereses capitalistas ejercen sobre gran parte de la Prensa en Italia produce una "docilidad ejemplar" respecto de sus "tesis y preocupaciones".[19] En relación a Francia, se ha dicho que "Las consignas que el dinero hace pesar sobre la Prensa consisten en prohibiciones, en no mencionar temas o dar instrucciones sobre lo que hay que publicar".[20] El hincapié tiene que cambiar según los países y según los periódicos. Pero independientemente que la presión directa de los intereses capitalistas sea grande o pequeña, o siquiera inexistente, en todas partes perjudica grandemente a las finanzas de los periódicos y revistas al ponerse en contra de los círculos de negocios. Nada tiene de sorprendente que los órganos de la extrema izquierda, incluso donde, como ocurre a veces, tienen una gran circulación, no puedan confiar en obtener mucho dinero por concepto de publicidad pagada por las empresas,[21] o del gobierno.[22]

[19] Meynaud, *Rapport sur la classe dirigeante italienne*, p. 192.

[20] Goguel y Grosser, *La politique en France*, p. 156.

[21] "Las razones primordiales de los problemas económicos de la Prensa comunista [en Italia] no parecen estribar en una circulación insuficiente, sino más bien en la falta casi completa de publicidad pagada, como muestra claramente una comparación con los periódicos independientes más grandes e influyentes. Mientras que *Il Corriere della Sera* dedica el 45 % de su espacio a la publicidad y a otros anuncios pagados, y *La Stampa* el 43 %, *L'Unità* sólo puede contar con un 6 %. S. Passigli, "Italy", en "Comparative studies in political finance", *The Journal of Politics*, p. 722.

[22] Obsérvese, en relación a esto, la exclusión sistemática del *Morning Star* comunista de las inversiones en publicidad del gobierno, lo cual produce una situación que hace que el gobierno laborista, mientras castiga a

Un tercer elemento de presión sobre los medios de información proviene del gobierno y de las diversas partes que componen el sistema del Estado en general. Esa presión, como señalamos anteriormente, por lo general, no constituye un dictado categórico. No obstante es real, y por muchos conceptos.

Por una parte, los gobiernos, los ministerios y demás organismos oficiales se dedican, en la actualidad, con más detalle y sistema que nunca, a proporcionar a los periódicos, a la radio y a la televisión explicaciones de la política oficial que, naturalmente, son de carácter tendencioso y constituyen verdaderas apologías de su propia manera de actuar. Para decirlo de otra manera, el Estado en la actualidad manipula cada vez más las noticias, sobre todo en tiempos de tensión y crisis, lo cual quiere decir, en relación a la mayoría de los principales países capitalistas, que lo hace casi permanentemente; y cuanto mayor es la crisis, tanto más deliberada es la manipulación, los escamoteos de la verdad, las semiverdades y las francas mentiras. Además como nunca antes, los gobiernos llevan a cabo hoy lo que podríamos calificar de manipulación cultural, particularmente en el extranjero, donde utilizan la educación y la cultura como instrumentos de la política exterior. Con mucho, el mayor esfuerzo realizado en este campo, desde que terminó la guerra mundial, ha sido realizado por los Estados Unidos cuyas actividades, sobre todo en el Tercer Mundo, han dado nuevas dimensiones a la noción de "imperialismo cultural".[23] Además, hay que añadir que estas actividades, como puso de manifiesto la revelación de las actividades de la CIA en el campo cultural, no han perdonado al mundo capitalista avanzado, sin exceptuar a los Estados Unidos.

Por lo que respecta a los periódicos, los gobiernos y demás agencias del sistema estatal, en su voluntad de manipular las noticias, pueden recurrir a toda una variedad de presiones e incitaciones[24] (incluso amenazas)[25] que pueden ser más o menos efectivas. Pero, sobre todo, se ven obligados a confiar grandemente en la cooperación y buena voluntad de los publicistas

un periódico de la extrema izquierda, distribuya grandes subsidios a sus más acerbos críticos de la derecha.

[23] Véase, por ejemplo, "The Non-Western World in Higher Education" en *The Annals of the American Academy of Political and Social Science* vol. 356, 1964.

[24] A veces, como en la Alemania Federal, de carácter directo: "en el presupuesto del canciller, existe un fondo secreto de trece millones de francos que parece servir, parcialmente, para sostener periódicos y periodistas amigos del gobierno y, en parte, para fines más honorables". V. Dueber y G. Braunthal, "West Germany", en "Comparative Studies in Political Finance", *Journal of Politics*, p. 774.

[25] Como, por ejemplo, en el caso del intento realizado por el gobierno alemán para aplastar a *Der Spiegel* cuyas críticas tanto lo molestaban. Véase O. Kirchheimer y C. Menges, "A Free Press in a Democratic State: The *Spiegel* Case", en G. M. Carter y A. F. Westin, *Politics in Europe*, 1965

editores y periodistas. En muchos casos, esa cooperación y esa buena voluntad se obtienen fácilmente, puesto que una mayoría de los periódicos, hablando en términos generales, tiende a compartir la visión de los intereses nacionales propia de los gobiernos en donde predomina el credo conservador. Pero cuando los periódicos son recalcitrantes, cosa que ocurre a menudo por diversas razones, el gobierno puede hacer relativamente poco para remediarlo. En este sentido también, los periódicos son instituciones independientes; y, no obstante todos sus defectos, es un hecho importante aún en la vida de tales países.

La radio y la televisión de propiedad pública, por otra parte, son instituciones "oficiales", y como tales son mucho más susceptibles que los periódicos a toda una variedad de presiones oficiales. Bien pueden, como en el caso de Inglaterra, disfrutar de una elevada independencia y autonomía respecto del gobierno; no obstante, viven profundamente adentradas en un ambiente oficial y envueltas por una atmósfera oficial, lo cual garantiza, en relación a lo político e ideológico en general, que estos medios de información desempeñen un papel más conformista que crítico. Esto no impide que se critique y ataque a los gobiernos y a las políticas oficiales. Pero la crítica y el ataque tienden a mantenerse dentro de un espectro seguro y bastante estrecho. Y parafraseando a Lord Balfour, cuando habló en referencia a la Cámara de los Lores, sean los conservadores o los laboristas quienes estén en el poder, por lo general, lo que predomina es el punto de vista conformista. En el momento de la huelga general, John Reith le escribió al primer Ministro, como gerente general de la BBC, que "partiendo del supuesto de que la BBC es para el pueblo y el gobierno para el pueblo, se sigue que la BBC tiene que estar del lado del gobierno en esta crisis también".[26] Tal vez hayan cambiado las cosas desde entonces, pero no tanto como se pretende a menudo o como nos haría pensar la noción de independencia y de autonomía. El señor Stuart Hood, que en años recientes escribió a propósito de la televisión de la BBC, ha observado que los juicios de lo que debe producirse "se fundan en lo que podríamos calificar de 'ética' del programa, es decir, de una concepción general de lo conveniente y correcto, de lo aceptable y lo inaceptable, que gradualmente van absorbiendo las personas encargadas de preparar los programas".[27] Esta "ética del programa" suele producir controversias mucho más frecuentes dentro del consenso que fuera del mismo. Cuando los programas son o parecer ser, consistentemente antipoderes establecidos, entran en actividad presiones oficiales, que no provienen necesariamente del gobierno mismo, sino de organismos tales como la junta de regentes de la BBC (y la Independent Television

[26] J. W. C. Reith, *Into the Wind*, 1949, p. 108.
[27] S. Hood, *A Survey of Television*, 1967, p. 50.

Authority). Estos últimos son personajes insospechadamente progobiernistas y prointereses creados, sean conservadores, liberales, laboristas o "apolíticos".[28] Así, por ejemplo, bajo su "responsabilidad personal", el director general de la BBC quitó de la circulación un programa agudamente satírico titulado That Was the Week that Was (literalmente, lo que pasó en la semana que pasó). Pero, como señala también el señor Hood, "nadie que conozca el vigor de los sentimientos y emociones que agitaron a algunos de los regentes en aquel tiempo, puede dudar que el director general hubiese podido hacer, realmente, otra cosa, si quería conservar su puesto".[29] Vale la pena señalar también que, a pesar de todas sus irreverencias y veneno, la TW3 eludió todo compromiso político; en verdad, el programa partió del supuesto de que tal compromiso era absurdamente *anticuado*. De otra manera, nos podemos imaginar que no hubiera continuado todo ese tiempo.

El punto de carácter general que queremos establecer, en relación a las presiones gubernamentales y oficiales sobre los medios de información, no es simplemente que existen, y son más o menos, intensas; sino que, dada la coloración política e ideológica común de los gobiernos y de las élites estatales, estas presiones refuerzan las tendencias al conservadurismo y al conformismo que ya existían independientemente de ellas.

Sin embargo, una explicación del carácter y papel asignado a los medios de información por las presiones, privadas y públicas hasta ahora consideradas, es inadecuada. Pues hace pensar que quienes tienen a su cargo el contenido de la información (productores, editores, periodistas, redactores, comentaristas, directores, autores dramáticos, etc.) son, contra su voluntad, instrumentos de fuerzas conservadoras y comerciales, rebeldes sofocados, radicales e izquierdistas intimidados, que producen y diseminan, de mal grado, ideas y opiniones que detestan, airados inconformistas que muerden rabiosamente el freno capitalista.

Este cuadro no es realista. Por supuesto *hay* muchas personas que trabajan en los medios de información y difusión que pade-

[28] "En la cúspide de la jerarquía de la BBC se encuentra la Junta de Regentes, designada por el gobierno, compuesta por nueve hombres y mujeres caracterizados por su capacidad, posición y distinción. En términos generales, representan a la clase superior de la sociedad inglesa, es decir, al 'Establishment', equivalente inglés de la 'élite del poder' de los Estados Unidos. Jamás intentaron nombrar regentes de extracción sindical u obrera, y muy rara vez los miembros de dicha junta tienen experiencia en el campo de la radio, del periodismo o de otras esferas afines". B. Paulu, *British Broadcasting in Transition*, 1961, p. 17. En relación a la composición por clases de los regentes de la BBC y del "Directorio Cultural" en general, en la década de 1950, véase Guttsman, *The British Political Elite*, pp. 342 *ss.*

[29] Hood, *A Survey of Television*, p. 49.

cen diversos grados de frustración política y procuran, unas veces con éxito y lo más a menudo sin él, perforar las fronteras de la ortodoxia. Pero no tenemos mayores pruebas de que constituyan algo más que una minoría de los "trabajadores culturales" empleados por dichos medios. La hegemonía cultural y política de las clases dominantes no podría ser tan pronunciada si lo dicho no fuese cierto.

Un cuadro realista de las tendencias ideológicas de quienes trabajan para los medios de información y comunicación los dividiría en tres amplias categorías: aquellos que acabamos de mencionar y que pertenecen a los diversos matices de la izquierda; las personas de ideología más o menos fuertemente conservadora; y, un tercer grupo, probablemente el más numeroso, cuyas convicciones políticas son más bien vagas, y desean sobre todo "no meterse en líos". En efecto, tales personas ocupan alguna porción del espectro del conformismo y pueden fácilmente ajustarse a las exigencias de sus patronos. Como sus colegas conscientemente conservadores, sobre todo "dicen lo que quieren"; pero esto se debe sobre todo a que sus patronos gustan de lo que dicen, o por lo menos, no ponen mayores reparos a lo que suelen decir. A estos "trabajadores culturales" no les habrán de molestar gran cosa las limitaciones y constricciones impuestas a los medios de comunicación e información por el sistema económico y político dominante, puesto que su propia constitución ideológica y política, por lo general, no los hace topar con estas limitaciones. La rienda que llevan puesta es lo suficientemente larga como para permitirles toda la libertad de movimientos que deseen tener; y, por tanto, no sienten su freno; o al menos, no tanto que la vida les resulte insufrible.

No es de particular sorpresa el carácter y el papel que desempeñan los medios de información para las masas en la sociedad capitalista avanzada. Dado el contexto económico y político en el que funcionan, no pueden menos de ser, predominantemente, agencias de la diseminación de ideas y valores que afirman más que ponen en tela de juicio, las pautas existentes del poder y privilegio, y, así, son armas del arsenal del dominio de clases. Que pudiesen ser, en grado sumo, alguna otra cosa es una pura ilusión o engaño deliberado. Pueden cumplir un papel "disfuncional", y a veces lo hacen; y no hay que desdeñar, a la ligera, que les está permitido hacerlo. Pero, decididamente, en el contexto dado, tal no es y no puede ser, por cierto, su papel principal. Se les ha asignado una función conservadora, y la cumplen.

Sin embargo, esto no quiere decir que el control de los medios de información para las masas y la "movilización de los prejuicios" que puede llevarse a cabo de ese modo, garanticen el éxito

de los partidos conservadores en la competencia electoral o aseguren efectivamente el acuerdo ideológico.

Respecto del primer punto, se ha señalado que, en las elecciones generales inglesas de 1966, sólo un periódico, el *Sunday Citizen*, con una circulación de sólo 232 000 ejemplares, estuvo "sin reservas del lado del gobierno que terminaba" (es decir, el gobierno laborista), en tanto que el resto de la Prensa (con circulación de 38 millones) se mostró, más o menos, crítico".[30] Las cifras tienden a darnos una imagen exagerada de la predisposición específica de la mayoría de los periódicos en favor del Partido Conservador. Pero subsiste el hecho de que la tendencia general de la Prensa, como siempre, se inclinó en contra de los laboristas. Sin embargo, esto no impidió que el gobierno laborista incrementara su mayoría parlamentaria desde seis hasta cien. De manera semejante, se ha observado, a menudo, que aunque la gran mayoría de los periódicos norteamericanos se inclinan por los republicanos, el Partido Demócrata, en las elecciones, no ha sufrido gran cosa por ello. Así también, el control degaullista de la televisión y las tendencias conservadoras de la mayor parte de la Prensa francesa no impidieron a la oposición realizar notables avances electorales en muchas elecciones,[31] ta y como las tendencias anticomunistas más pronunciadas, aun de la mayor parte de la Prensa, en todo momento, no han impedido que el Partido Comunista conserve una parte notablemente estable del apoyo popular; lo mismo puede decirse, con mayor razón aún, del Partido Comunista italiano. Simplemente no es verdad que pueda confiarse en los medios de información para las masas en llevar los votos al bando conservador.

En términos ideológicos y culturales más amplios, tampoco es realista creer que el inconformismo y la disensión puedan quedar finalmente crucificados en las antenas de la televisión. En el artículo ya mencionado, los profesores Lazarsfeld y Merton hablan de la "disfunción narcotizadora" de los medios de información masivos.[32]

Explican que la razón por la cual emplean el término de disfunción se basa en el "supuesto de que no interesa a la compleja sociedad moderna mantener en estado de apatía e inercia políticas a las grandes masas de la población".[33] Esto es mucha suposición. Pues, sean cual sean "los intereses de la compleja sociedad moderna" es, ciertamente, por el interés de las clases dominantes en las sociedades capitalistas avanzadas, el que grandes masas

[30] *The New Statesman*, 25 de marzo de 1966.

[31] Véase, por ejemplo, R. Rémond y C. Neuschwander, "Télévision et comportement politique", en *Revue Française de Science Politique*, 1963 vol. 13.

[32] "Mass Communication, Popular Taste and Organized Social Action" p. 464.

[33] *Ibidem*, p. 464.

de la población se mantengan en estado de apatía e inercia políticas, al menos en relación a cuestiones que, desde el punto de vista de estas clases, son peligrosas políticamente. Pero, mientras que los objetivos de los medios de información masivos puedan ser "narcotizadores" su influencia, desde este punto de vista, deja mucho que desear. Por cierto que la dicha influencia puede conseguir precisamente lo contrario de lo que se propone. Así, por ejemplo, la visión de las diarias matanzas en Vietnam, que la televisión norteamericana ofreció a su público, no tenía como objeto, por cierto, provocar indignación y repugnancia por la intervención norteamericana en ese país. Pero, de todas maneras, desempeñó un papel de considerable importancia en abrir los ojos de muchas personas a los crímenes que se estaban cometiendo en su nombre y fortaleció el movimiento de resistencia a la guerra. De manera semejante, en años recientes, la televisión ha exhibido, con dramáticos efectos, una pauta internacional de violencia policíaca en contra de manifestantes (y de otros también) de tal modo que ha hecho advertir, a millones de televidentes, un aspecto importante del poder estatal, cuya exhibición ha resultado, a menudo, embarazosa para "las autoridades".

Sin embargo, no es esto lo que la televisión tiene como finalidad. El señor Hood ha señalado, también, que "una de las dificultades principales con que tropiezan los locutores, al tratar cuestiones controvertidas, proviene de la tendencia del auditorio para obtener, de los medios de información, la confirmación de sus propias convicciones profundas"; e indica que "esta ley general es válida respecto de todas las partes del espectro político, independientemente de que los televidentes sean duros o blandos, radicales o conservadores".[34] Esto no deja de ser ingenioso. Pues, aunque "la ley general" tal vez tenga validez, lo importante es que en la televisión, pública o comercial,[35] hay muchísimo más para confirmar al auditorio conservador en *sus* actitudes que mantener en las suyas a los "radicales". En relación a estos últimos, la televisión, tomando con seriedad el significado de "radical", es un ejercicio permanente de disuasión.

Pero, aun no tomando en cuenta esto, y siendo verdad que "lo que sabemos, en general, de los medios de comunicación masivos, indica que su función es mucho más importante en confirmar o reforzar las opiniones ya existentes que en cambiarlas".[36] La ventaja que esto representa para el orden establecido es considerable, puesto que su finalidad, precisamente, es impedir un

[34] Hood, *A Survey of Television*, p. 63.

[35] "La aparición de la televisión comercial, dice la leyenda, habría de llevar a la televisión inglesa un espíritu impetuoso, poco reverente, sin sentimiento de clase. Ahora, bajo la égida de la ITA, está más apretadamente amarrada al 'Establishment' que la BBC, pues es más conformista, más conservadora, mucho menos atrevida" (*ibidem*, p. 62).

[36] L. Epstein, *Political Parties in Western Democracies*, 1967, p. 237.

apartamiento radical respecto de las "opiniones existentes", predominantemente vertidas en un molde conformista. Los medios de información masivos no pueden garantizar un acuerdo general pro conservador, ni nada puede conseguirlo. Lo que sí pueden hacer, y lo hacen, es fomentar una atmósfera de conformismo, no mediante la supresión total de la disensión, sino mediante la presentación de opiniones que caen fuera del consenso como si fueran curiosas herejías o, todavía más efectivamente, tratándolas como si fueran excentricidades más o menos absurdas, a las que las personas serias y razonables no pueden dar mayor importancia. Esto sí es muy "funcional".

III

Por mucho que se pueda discutir de la influencia política real de los medios de información masivos, de sus inclinaciones o de si tienen notables predisposiciones, nadie se atrevería a negar que hacen de la política su incumbencia y desempeñan *algún* papel en la vida política de las sociedades capitalistas avanzadas. Tal vez no se estaría igualmente de acuerdo en el carácter de la educación en dichas sociedades. Por el contrario, la opinión más común y fuertemente sostenida acerca de la educación es que "no hay lugar en ella para la política", y que el adoctrinamiento político, de cualquier índole, debería ser, y es, totalmente extraño y aborrecible para la teoría y la práctica educativas en los regímenes de tipo occidental.

Sin embargo, con sólo examinar la cuestión con alguna seriedad, se ve que ni la práctica, ni la teoría siquiera, son tan puras.

En el caso de la educación, más aún que en el de los medios de información masivos, es esencial trazar una distinción entre adoctrinamiento político en un sentido estricto, explícito y partidista y en uno más amplio, general y difuso de "socialización política". En relación al primero, puede aceptarse sin dificultad que las escuelas y maestros, por lo general (aunque no siempre, ni mucho menos) procuran apartarse de un partidarismo declarado y mantienen, en este sentido, una postura formal de impecable neutralidad política. En cuanto al segundo, por otra parte, las escuelas tal vez se dediquen o no *conscientemente* a una "socialización política", pero lo cierto es que no pueden evitar hacerlo, sobre todo de maneras por demás "funcionales" para el orden social y político predominante. En otras palabras, las instituciones educativas, en todos los niveles, por lo general, cumplen un papel conservador importante y actúan, con mayor o menor eficacia, como agentes legitimadores en y para sus sociedades.

Hay un tipo de escuela en donde esta función, lejos de ejecutarse furtivamente o ser rechazada, ha constituido, siempre, uno

de sus objetivos primordiales y declarados. Son las escuelas que dan cabida, sobre todo a los hijos de las clases privilegiadas, cuyo ejemplo sobresaliente en Inglaterra constituyen las llamadas "escuelas públicas".[37] "En su conjunto —se ha señalado— las actitudes y valores inculcados por las escuelas públicas victorianas abarcan una definición casi completa de conservadurismo".[38] Esa definición tal vez haya sufrido modificaciones por el contenido e interés, a lo largo de los años, pero la predisposición subsiste. Hoy como ayer, las escuelas de la élite, deliberadamente, procuran inculcar en sus educandos una filosofía conservadora cuyos temas siguen siendo los de la tradición, la religión, el nacionalismo, la autoridad, la jerarquía y una concepción muy estrecha del significado de la democracia, por no hablar de una acusada hostilidad en contra de las ideas y de las finalidades socialistas. Como en muchos otros casos, en éste, también, el adoctrinamiento puede tener sus fallas, pero no por falta de voluntad.

Tampoco hay que olvidar que estas escuelas para la élite ejercen una influencia considerable en muchas instituciones educativas de menor rango; en Inglaterra, por ejemplo, los objetivos y el espíritu de las escuelas públicas, incluso sus costumbres y tradiciones, a menudo, han sido copiadas por escuelas primarias "comunes y corrientes" y han hecho las veces de prototipos resplandecientes para gran parte del sistema educativo, en su totalidad.

Hasta hace relativamente pocos años, además, no sólo a las escuelas para particulares se las concibió como agentes de adoctrinamiento, pues, en gran medida, también lo fueron las escuelas para las "masas".[39] Tal educación perseguía más de una finalidad; pero no era la menos importante la de inculcar en quienes la recibían una sumisa aceptación del orden social del cual, con algunas excepciones sin duda, habrían de constituir la base.

Sólo, gracias a la fuerza creciente de los movimientos obreros, la ampliación de los derechos políticos, el surgimiento de partidos importantes de la clase obrera, la aparición de una "política popular" y de la irresistible propagación de una retórica democrática igualitaria, la escuela pasó a dar su apoyo y a difundir un concepto de "ciudadanía democrática" que contrasta con el antiguo concepto de "mi lugar y mis deberes".

Sin embargo, esto no quiere decir que las escuelas hayan dejado de ser agentes de la "socialización política" y de la afirmación del *statu quo*, sino más bien que ahora desempeñan este

[37] Se llama *Public School* a la escuela privada [T.]
[38] R. Wilkinson, *The Prefects*, 1964, p. 110.
[39] Véase, por ejemplo, D. V. Glass, "Education", en M. Ginsberg (comp.), *Law and Opinion in England in the 20th Century*, 1959, pp. 324 *ss.*; y H. Silver, *The Concept of Popular Education*, 1965.

papel de manera mucho menos explícita y directa aunque, por fuerza, no menos eficaz.

Puede decirse que la legitimación del orden social por obra del sistema escolar, en los países capitalistas avanzados, se lleva a cabo a tres niveles, estrechamente relacionados entre sí, pero que hay que distinguir para el análisis.

En el primer nivel la educación, por lo que respecta a la gran mayoría de los niños de la clase obrera, desempeña un importante papel de *confirmación de clase*. El profesor Talcott Parsons ha descrito a la escuela diciendo que es "un agente a través del cual se entrena a las personalidades individuales para que sean idóneas, motivacional y técnicamente, en el desempeño de papeles propios de adultos. La función de socialización suele resumirse diciendo que es el desarrollo, en los individuos, de las vocaciones y capacidades que son los requisitos previos y esenciales de los papeles futuros que habrán de desempeñar".[40] Pero aunque es perfectamente válido lo dicho por este sociólogo, su expresión constituye un ejemplo excelente de ofuscación ideológica. Pues lo que oculta es que, en relación a la mayoría de los niños de la clase trabajadora, las "vocaciones y capacidades" que sus escuelas "desarrollan" (palabra que, en su contexto concreto, no carece de algunas connotaciones irónicas) son las adecuadas a un papel que habrán de desempeñar en el futuro, el de asalariados poco calificados. Es muy cierto que, para algunos niños de las clases trabajadoras, las escuelas son un medio de movilidad hacia arriba: después de todo, la sociedad capitalista avanzada necesita recurrir a un depósito constantemente mayor de personal más o menos entrenado. Sin embargo, para la gran mayoría de estos niños, las escuelas desempeñan un papel esencial en la *confirmación* de su destino y posición de clase. Y lo hacen, con la mayor eficacia, en virtud de la pobre educación que proporcionan y mediante la *reducción* más que el "desarrollo" de nuevas oportunidades educativas, lo cual se combina con circunstancias ambientales desfavorables. Que algunos niños de la clase obrera sean capaces de vencer estos obstáculos sirve para afirmar que quienes no lo hacen así son, por causa de su propia falta de aptitud, arquitectos de su propia triste suerte y que su situación es culpa tan sólo de ellos. El sistema educativo conspira para crear la impresión, de la cual no se libran ni sus propias víctimas, de tal manera que las desventajas sociales son en verdad consecuencia de una incapacidad personal, innata, dada por Dios e insuperable. Como han dicho dos autores franceses, "la autoridad legitimadora de la escuela puede aumentar las desigualdades sociales, ya que las clases más pobres, muy conscientes de

[40] T. Parsons, "The School Class as a Social System: Some of its Functions in American Society", en Halsey, Floud y Anderson (comp.), *Education, Economy, Society*, pp. 434-5.

su destino y muy inconscientes de los caminos por donde se realiza, contribuyen a su realización".[41] No sólo *los demás* creen, a la manera aristotélica, que el hecho de la esclavitud demuestra que algunos hombres son esclavos naturales, sino que gran número de los equivalentes modernos de estos últimos lo creen también, y, por consiguiente, creen de la misma manera que son presas, no de un sistema social, sino de un destino ineluctable.

A un segundo nivel, este sentimiento de incapacidad personal está poderosamente reforzado porque, para la mayoría de los niños de la clase trabajadora, la educación, tal cual es, es experimentada como imposición de una cultura, de unos valores y aun de un lenguaje extraño,[42] como una separación casi traumática de la familia y del ambiente. "En Inglaterra, los maestros", ha dicho un autor, "se han convertido en un agente mediante el cual se intenta transmitir los valores característicos de la clase media. Puesto que el sistema educativo no nació y se desarrolló en la comunidad, sino que le fue impuesto desde arriba, fueron los valores de las personas de rango social más elevado las que se consideraron, por lo común inconscientemente, como dignos de ser inculcados.[43] En relación a los Estados Unidos, Margaret Mead ha dicho que "cuando el norteamericano oye la palabra 'maestro'... piensa en un maestro de primaria que enseña también en el tercero o el cuarto grados; este maestro será una mujer de edad más o menos indeterminada, entre los treinta y los cuarenta años, ni joven ni vieja, de la clase media, que tiene, como propios, los modales y las normas éticas de un mundo de la clase media";[44] y "la maestra de la escuela urbana sobrepoblada —añade— enseña a sus alumnos a adquirir hábitos de higiene y de industriosidad, a prepararse diligentemente para alcanzar el éxito, a realizar los sacrificios necesarios para el éxito, a prestar oídos sordos al impulso inmediato, a despojarse de toda tradición que parezca levantar obstáculos en el camino conducente a la meta, *pero a deshacerse de ella de manera que merezca las sanciones del hombre de empresa*".[45] El objetivo es "integrar" al niño de la clase trabajadora en la sociedad *dada*. A los "listos" se les ayuda a pre-

[41] Bourdieu y Passeron, *Les héritiers*, p. 117.

[42] A este respecto, véase por ejemplo, B. Bernstein, "Some Sociological Determinants of Perception", en *British Journal of Sociology*, 1958, vol. 9, Nº 2 y "Language and Social Class", *ibidem*, 1960, vol. II, Nº 3. Dos autores franceses han señalado, también, que "en una época en donde el trabajo colectivo toma una importancia considerable, el sistema de enseñanza está más centrado en el éxito individual, en una fuerte valoración de las cualidades de expresión y abstracción, desarrolladas más en los niños de origen burgués". Bon y Burnier, *Les nouveaux intellectuels*, p. 259.

[43] P. W. Musgrave, *The Sociology of Education*, 1965, p. 227.

[44] M. Mead, *The School in American Culture*, 1951, p. 5.

[45] *Ibidem*, p. 25 (cursivas del autor).

parar su escapatoria de la clase obrera; al resto se le ayuda a aceptar su subordinación.

Esa ayuda, a un tercer nivel, tiende a cobrar una forma ideológica y política bastante fuerte. El sistema educativo no busca meramente inculcar "valores de la clase media" en general, sino una concepción algo más particular de la sociedad dada y del mundo. Durkheim subrayó, en cierta ocasión, la necesidad de socialización, que la sociedad experimenta, mediante la educación consistente en la transmisión de "valores fundamentales", a los que llamó "principios esenciales, del respeto por la razón, por la esencia, por las ideas y sentimientos que constituyen las raíces de la moralidad democrática".[46] Sin duda, tenía razón; las sociedades necesitan transmitir "valores fundamentales" y "principios esenciales". Sin embargo, los valores y principios, hay que recalcarlo, que se consideran por lo general "fundamentales" y "esenciales" son sancionados por las fuerzas dominantes en la sociedad; y la "moralidad democrática" sin muy grandes dificultades, puede adaptarse a fines profundamente conformistas.

En relación al Japón, el profesor Dore escribiendo, en términos contrastantes, acerca de la "unidad nacional" y la "división en clase" y ha señalado que "el sistema educativo japonés moderno se ha esforzado, de diversas maneras, en impedir el desarrollo de una conciencia de clases en el Japón".[47] Pero otro tanto, a pesar de la diferencia de enfoque, cultura y tradiciones, puede decirse también de otros países capitalistas avanzados. Martin Mayer, por ejemplo, ha dicho de la educación norteamericana que "hay muchas y diversas maneras de confirmar la etnocentricidad, es decir, la insistencia en que el mejor país es mi país y las mejores personas, nosotros. Salvo momentos de crisis, a la comunidad no le preocupa la manera en que se afirma tal cosa. Pero sí se debe recalcar".[48] Para recalcarlo, dicho sea de paso, no se necesitan instrucciones ni directivas de un Ministerio de Educación. Las autoridades educativas de menor rango también desempeñan su papel, a este respecto, sobre todo en tiempo de crisis.[49] Aun sin instrucciones ni directivas, las mis-

[46] É. Durkheim, *Education et sociologie*, 1922, p. 62.

[47] R. E. Ward y D. W. Rustow (comp.), *Political Modernization in Japan and Turkey*, 1964, p. 199.

[48] Mayer, *The Schools*, p. 48.

[49] Robert Hutchins cita los pasajes siguientes de una carta dirigida a todos los maestros de una ciudad del Medio Oeste por un inspector general de escuelas, el cual, según la ley estatal, tiene facultades para quitar a cualquiera de ellos su empleo: "la amenaza que constituye el comunismo internacional para las instituciones norteamericanas hace imperioso dar mayor interés, en nuestras escuelas, al estudio del significado, sentido y valor de la democracia norteamericana. El adoctrinamiento no ha gozado nunca de buena reputación entre los educadores de los Estados

mas escuelas, aunque con diferencias importantes por el interés y estridencia, están dispuestas a participar en el festival nacionalista, y no en oposición a la "moralidad democrática", sino en su defensa. En el capítulo anterior, se dijo que el nacionalismo se ha convertido en fuerza poderosa para el sostenimiento de los regímenes capitalistas; las escuelas han sido una vía importante para su diseminación e "interiorización" o apropiación de los valores ligados a él.

Según los diversos países, se hace hincapié en distintos elementos de la ideología conservadora. En los Estados Unidos, se ha observado que, "a través de sus escuelas, la sociedad enseña la ideología económica predominante en los Estados Unidos, una variedad de capitalismo (*sic*), a la que a menudo se llama sistema de libre empresa".[50] En relación a Italia, se ha dicho que el sistema educativo

> ...conserva una vigorosa orientación católica romana. Grandemente centralizado en un Ministerio de instrucción pública en Roma, sirve para inculcar un sistema de valores que coincide más con la doctrina católica conservadora, incluso con la fascista que con la idea central del nuevo enfoque de los problemas sociales, políticos y económicos propio del ala izquierda de la democracia cristiana. Sobra añadir que las escuelas (cuyo personal está constituido, en gran parte, por maestros procatólicos) son todo menos campos de incubación de las ideas políticas de la extrema izquierda.[51]

Sin embargo, aunque el hincapié y contenido puedan variar, el mensaje total concuerda con el orden social y económico predominante y lleva a su aceptación, así como de sus instituciones y valores principales. Tal vez, no siempre *induzcan* las escuelas la aceptación del sistema de poder predominante; pero sí *la enseñan*, de múltiples y diversas maneras, vagas y específicas. Por supuesto, en todas partes se encontrarán excepciones a esta norma. Pero *son* las excepciones a una norma de conformidad general.

Una razón importante de esto es que en todos los sistemas educativos, centralizados o no, quienes se encargan de nombrar maestros y directores procuran por lo común no contratar maes-

Unidos... Hoy, es necesario que las escuelas de los Estados Unidos adoctrinen a la juventud norteamericana en la democracia norteamericana... En nuestro confuso mundo actual, es esencial que enseñemos a nuestros jóvenes que la democracia norteamericana es el mejor gobierno del mundo y les expliquemos por qué es el mejor... Deben comprender que la democracia norteamericana se fundó en la empresa privada y que este sistema económico ha dado lugar a una nación grande y poderosa que se seguirá desarrollando hasta volverse más poderosa aún perpetuando y protegiendo a la empresa privada". *Freedom, Education and the Fund*, p. 110.

[50] R. J. Havighurst y B. L. Neugarten, *Society and Education*, 1957, p. 146.

[51] La Palombara, *Interest Groups in Italian Politics*, p. 68.

tros, y menos aun directores, que puedan ser muy agudos "controvertidos". Aunque esto no sólo abarca a la política, sin duda comprende a las concepciones políticas "controvertidas", y significa, sobre todo, tener ideas izquierdistas avanzadas.

Un país en donde esto ha afectado considerablemente a la contratación de personal son los Estados Unidos, en donde

> ...en el período posterior a 1945, varios Estados promulgaron leyes que convirtieron en requisito el no pertenecer al Partido comunista o a cualquiera de las organizaciones calificadas de subversivas por el procurador general. Uno de los efectos de ese requisito es apartar de la enseñanza a cuantas personas puedan tener ideas políticas subversivas. Otro efecto es apartar de la enseñanza a un número mayor de maestros cuyas concepciones políticas y económicas, juzgadas unos años antes o unos años después, tal vez no serían ni subversivas ni peligrosas, sino tan sólo impopulares o inconformistas.[52]

Pero independientemente de estar institucionalizada o no, y con muy diferentes grados de rigidez, la predisposición, en todas partes, de manera natural e inevitable obra en contra de aquellos maestros cuyas concepciones y actitudes no logran ajustarse a los modos de pensamiento predominantes; y el conocimiento, incluso la sospecha, de la predisposición puede influir muy nocivamente en las perspectivas de una carrera, y es, en sí misma, un poderoso argumento para convencer de la prudencia de no incurrir en actividades o en opiniones que puedan ser causa de desagrado para la autoridad superior. A menudo se hace honorable resistencia a tal persuasión implícita. Pero no tenemos pruebas fuertes de que los maestros, en general, sean más inmunes a la dicha persuasión que otros hombres y mujeres.

IV

En el contexto del capítulo presente, debemos prestar atención también a las universidades. Por supuesto existen muchas diferencias obvias y profundas entre las escuelas, por no hablar de los medios de información para las masas, por una parte, y las universidades, por la otra. Pero existen también, en relación con el proceso de legitimación, más semejanzas entre ellas de las que muchos académicos estarían dispuestos a admitir, o puedan haberse dado cuenta, siquiera, muchos de ellos. Pues las universidades, de diversas maneras, desempeñan un papel importante en dicho proceso. Ésta no es su función principal, tal y como no es la función explícita de las escuelas primarias o de los medios de información masivos. Pero es, no obstante, una función

[52] Havighurst y Neugarten, *Society and Education*, p. 267.

que cumplen con diferente intensidad y éxito, y conviene subrayar tanto cuanto que gran parte de lo dicho y escrito acerca del "papel de la universidad en el mundo moderno" no nos permite advertir el hecho. En parte, cumplen esa función por causa de las presiones e influencias externas a que están sujetas; y en parte, también, independientemente de dichas funciones.

Nadie discute que (es, en verdad, un simple lugar común), con excepción de algunas instituciones privadas de enseñanza superior, sobre todo en los Estados Unidos, las universidades dependen en gran parte del Estado en el financiamiento de sus actividades principales, a saber, la enseñanza y la investigación. Una consecuencia evidente de eso es que el Estado tiene cada vez más voz y voto, directa o indirectamente, para determinar la manera en que las universidades usan el dinero que se les asigna. En relación a los Estados Unidos, el profesor Clark Kerr ha observado que, en 1960, "la educación superior recibió alrededor de 1 500 millones de dólares del gobierno federal, lo que constituye una cantidad cien veces mayor que la de veinte años antes";[53] y añade, además, "es evidente que la forma y el carácter de las investigaciones universitarias están profundamente afectadas por los dineros federales".[54] Ciertamente, en su discurso de despedida acerca del "complejo militar industrial", el presidente Eisenhower llegó al extremo de afirmar que "la universidad libre, históricamente fuente de ideas y de descubrimientos científicos libres, ha sufrido una revolución en la realización de las investigaciones. Debido en parte a sus enormes costos, un contrato del gobierno se convierte, virtualmente, en sustituto de la curiosidad intelectual".[55] Probablemente haya alguna exageración en esto; más justo es que un contrato gubernamental y los estudios en general tienden a *dirigir* la curiosidad intelectual hacia unos campos en vez de otros, sobre todo hacia el de la "defensa". Lo mismo puede decirse, sin quitar gran cosa, de las universidades de otros países; en la actualidad el Estado, en todas partes, desempeña un papel importante, y aún decisivo, en la determinación de cómo, en la enseñanza y en la investigación, las universidades pueden desempeñar la parte que les corresponde en el "servicio de la comunidad". Así por ejemplo, completamente aparte del gobierno mismo, el University Grants Commite, o sea el comité para la subvención de las universidades, ha pasado a desempeñar un papel más positivo que en el pasado y ahora entiende que su tarea es "ayudar, mediante consulta a las universidades y otras instituciones interesadas, a la preparación y ejecución de los planes para el desarrollo de las

[53] Clark Kerr, *The Uses of the University*, 1963, p. 53.
[54] *Ibid.*, p. 53.
[55] Citado en Cook, *The Warfare Stage*, p. 3.

universidades que, de vez en cuando, sea necesario realizar para tener la seguridad de que sean plenamente adecuadas a las necesidades nacionales".[56] Podemos tener la seguridad que habrá de aumentar el control, intervención y dirección que esto implica.

Pero aunque sea inevitable que así ocurra, y dentro de algunos límites pueda considerarse incluso conveniente, tiene también, en el contexto particular en donde se producen, algunas implicaciones importantes ocultas a los abogados de la intervención estatal.[57] El profesor Clark Kerr indica que "la universidad se ha convertido en instrumento primordial para la realización de los fines nacionales"; [58] y de esto se hace eco un antiguo rector de la Universidad de Orleans, diciendo que la universidad es la "colectividad responsable de la misión más esencial del futuro nacional, juntamente con la Defensa nacional formando, cada vez más, parte de ella".[59] Pero los objetivos nacionales o la "misión", de la que son instrumentos las universidades, "primordial" o no, es algo en cuya determinación las universidades mismas, por supuesto, nada tienen que ver. En otras palabras, lo que cumplen es, en sentido literal, una finalidad ajena, la del Estado. Y no sólo la cumplen; sino que al hacerlo, se identifican con él, y lo aceptan como legítimo, digno de darle apoyo.

Muy a menudo, las universidades y sus voceros procuran desentenderse de un compromiso tan explícito. Lord Robbins, en discurso pronunciado ante la asamblea de rectores y vicerrectores europeos reunida en Gotinga, el año de 1954, tal vez haya dado expresión a un sentimiento común cuando dijo que el deber de las universidades consistía en desarrollar

> ...el hábito del juicio social en atención a las consecuencias y no en función de categorías. Debemos estimar el valor de las acciones no de acuerdo a una clasificación establecida de antemano, según tal o cual ética *a priori*, sino más bien en términos de su efecto en la felicidad humana. Debemos enseñar que la máxima *cúmplase la justicia pase lo que pase* nos viene desde la infancia del género humano; y la manera civilizada de estimar las cosas, es que constituye una de las cosas necesarias de considerar antes de poder decir que una determinada acción es o no "justa".[60]

Pero esa manera civilizada de Lord Robbins en apreciar las

56 W. Mansfield Cooper, "Change in Britain", en W. Mansfield Cooper y otros, *Governments and the University*, 1966, p. 7.

57 Véase, por ejemplo, R. O. Berdahl, "University-State Relations Reexamined", en P. Halmos (comp.), *Sociological Studies in British University Education*, 1963.

58 Kerr, *The Uses of the University*, p. 87.

59 G. Antoine y J. C. Passeron, *La réforme de l'Université*, 1966, p. 25, (cursivas del autor).

60 Lord Robbins, *The University in the Modern World*, 1966, p. 15. (cursivas en el texto).

cosas más probablemente se interpretará de manera conservadora que inconformista. En general, la Universidad, como institución, rara vez se ha negado a cumplir los "fines nacionales" según los ha definido el Estado, y le ha resultado relativamente fácil racionalizar su aceptación en sus propios ideales proclamados. Bajo este punto de vista, que las universidades, a diferencia de algunos de sus trabajadores, son centros de disensión, es pura mitología. La Universidad, sin exceptuar a la mayoría de sus maestros, sobre todo en tiempos de gran crisis nacional, y precisamente cuando están en juego graves cuestiones morales, ha tendido siempre a formarse una mala opinión de sus inconformes, lo mismo maestros que estudiantes, y, muy a menudo, ha ayudado al Estado a actuar en contra de ellos. Como ha señalado el profesor MacIver, "no tenemos pruebas para confirmar la acusación de que los educadores son señaladamente radicales. Por el contrario, sólo tenemos testimonios que nos indican su tendencia general hacia lo conservador".[61] Esto no quiere decir que se subestime a la minoría, a veces considerable, que se ha negado, como ha ocurrido en los Estados Unidos respecto a la guerra en Vietnam, a aceptar como propios los "fines nacionales" según los ha definido el Estado. De hecho, esa minoría, en todas partes, tal vez sea ahora más grande, proporcionalmente, que en el pasado. A medida que la educación superior se amplía, para satisfacer las necesidades del sistema económico, así también abarca a un número cada vez mayor de maestros que conciben que su vocación no los obliga a insistir en que la justicia debe cumplirse, pase lo que pase, y, por tanto, entran en conflicto con una sociedad injusta y un Estado que expresa sus injusticias. No obstante, sigue siendo verdad que la gran mayoría de académicos de dichos países ha encontrado poca o ninguna dificultad en reconciliar su vocación con el apoyo dado a los "fines nacionales", cualesquiera hayan sido dichos fines.[62] Ciertamente, muchos académicos norteamericanos no sólo han estado dispuestos a poner sus destrezas al servicio de *cualquier* política que su gobierno haya decidido llevar a cabo, sino lo han deseado. Como ha señalado el profesor Riesman "los catedráticos norteamericanos, no obstante la tradición de pluralismo y estudios hechos en el extranjero, en su mayor parte se han enlistado ya en una era de guerra total y fidelidad total".[63] Pero, vale la pena repetir, los catedráticos de otras partes no son di-

[61] R. MacIver, *Academic Freedom in our Time*, 1955, p. 132.

[62] Una útil discusión de las posturas morales y políticas de los científicos sociales norteamericanos en años recientes se encuentra en T. Roszak (comp.), *The Dissenting Academy*, 1967, C. W. Mills, *The Sociological Imagination*, 1959; y P. Lazarsfeld y W. Thielens Jr., *The Academic Mind. Social Scientists in a Time of Crisis*, 1958.

[63] D. Riesman, *Constraint and ariety in American Education*, 1956, p. 90.

ferentes, a este respecto, de sus colegas norteamericanos; la única diferencia es que los catedráticos norteamericanos, en años recientes, han tenido mayores oportunidades.

Esto nos conduce a otro gran cambio efectuado en la vida universitaria. No sólo el Estado está más interesado en la Universidad sino que los catedráticos están muchísimo más interesados que antes en la vida del Estado. Lord Bowden ha dicho, refiriéndose a los Estados Unidos:

> ...en Washington, por todas partes se encuentran profesores, dirigen los comités de política científica, aconsejan al mismo presidente y a la mayoría de los jefes de sus departamentos... Las mismas universidades son parte esencial de esta nueva máquina. El sistema depende de un intercambio de personal, libre y frecuente, entre el gobierno, los círculos de negocios y el mundo académico.[64]

A esto, el profesor McConnell ha hecho un comentario singularmente atinado:

> ...en este intercambio [escribe] las universidades casi sin duda han perdido parte de sus prerrogativas de crítica, de su libertad para hablar a propósito de cuestiones políticas y económicas controvertidas. El presidente Clark Kerr de la universidad de California, como dijo el presidente Eisenhower al terminar su período, advirtió que la alianza entre la industria y el Departamento de Defensa podría ejercer una influencia excesiva en la política nacional. El presidente Kerr podría haber advertido, también, los posibles peligros que para la integridad de la universidad representaba el complejo militar industrial universitario.[65]

No se trata simplemente, hay que aclararlo, de que los catedráticos produzcan material utilizable en la determinación de la política pública, sino de la aceptación de un papel oficial, de su ingreso al servicio del gobierno a "medio tiempo", o, transitoriamente, a tiempo completo. Tal vez existan catedráticos cuya independencia de espíritu y facultades críticas (en el supuesto que las hayan tenido) no se vean menguadas por esta participación en el mundo oficial y del poder. Pero, al menos, es probable que, en la mayoría de los catedráticos, tal participación en los asuntos oficiales produzca una "comprensión" de los "problemas" del gobierno que propicia una suerte de crítica "responsable", que guarda una semejanza notable con una apologética, más o menos, refinada y "corrida". Tales hombres son, frecuentemente, académicos distinguidos; no puede subestimar-

[64] T. R. McConnell, "Governments and University — A Comparative Analysis" en Mansfield Cooper y otros, *Governments and the University*, pp. 89-90.

[65] *Op. cit.*, p. 90.

se su contribución a la "oficialización" del pensamiento y la conducta universitarios.

Además del Estado, la influencia más importante en las universidades es la de los círculos de negocios, por múltiples razones. Por una parte, un número cada vez mayor de catedráticos queda incorporado a este mundo en calidad de consultores y consejeros; y así como los catedráticos que prestan sus servicios al Estado habrán de llevar a sus universidades una apreciación "responsable" del punto de vista oficial, así también quienes mantienen un contacto estrecho con los círculos de negocios habrán de exhibir, en sus trabajos profesionales, una viva apreciación de las virtudes y finalidades de la empresa privada. Igual que sus colegas "oficializados" en relación con el gobierno, ellos mostrarán una fuerte propensión a "comprender" los "problemas" de los empresarios. Como ha dicho el profesor McConnell de ambos:

...son obvios algunos de los peligros que tienden a unir a la universidad con el gobierno y la industria. Otros son sutiles. Considero que un estudio cuidadoso nos mostraría que los valores del hombre académico se han ido convirtiendo, cada vez más, en los valores del mercado o de la esfera gubernamental, pero no en los valores del intelecto libre. La era de la opulencia de los profesores y de las universidades ha exaltado las ventajas económicas a expensas de los valores humanos y humanitarios.[66]

En segundo lugar, las instituciones privadas de enseñanza superior, sobre todo en los Estados Unidos, dependen, en gran medida, de la ayuda económica de algunos individuos ricos, hombres de negocios o no, y de las grandes empresas organizadas en sociedades anónimas. Pero, aun las universidades que se apoyan, sobre todo, en la ayuda económica del Estado consideran muy útiles los donativos y las dotaciones, y éstos, de manera semejante, provienen, sobre todo, del mundo de los negocios y de los miembros de las clases dominantes. La liberalidad que han mostrado los benefactores privados para con las universidades, a menudo, se ha ofrecido como prueba tangible del sentido de responsabilidad social y del "alma" de las empresas y de los ricos en general. Pero, sea como fuere, la influencia de tales beneficencias y el conocimiento de que se las podrá recibir, muy raramente producirá entre los recipientarios, reales o potenciales, una actitud de independencia crítica respecto de los benefactores o de las actividades que hacen posible dichas beneficencias. Así, por ejemplo, una escuela de comercio y economía sostenida, en gran parte, por los círculos de negocios y cuyos maestros disfruten de relaciones íntimas y cordiales en los círcu-

[66] *Op. cit.*, pp. 90-1.

los de negocios, no descubrirá profundos inconvenientes en la empresa privada, incluso cuando la dotación o el donativo no venga "ligado". De manera similar, un proyecto de investigación universitario patrocinado y pagado por los círculos de negocios habrá que efectuarse dentro del marco de los presupuestos y valores de los círculos de negocios y sus resultados, de igual manera, muy poco probablemente, podrán causar un profundo desagrado a los patrocinadores.

En tercer lugar, los hombres de negocios, así como otros "líderes de la comunidad", cuyas tendencias ideológicas no los llevan al radicalismo, dominan en las juntas de regentes o de gobierno en las cuales descansa en última instancia el control de las universidades; y, aunque esto se ha señalado, sobre todo en relación a los Estados Unidos, tiene igual validez para otros sistemas en donde regerentes legos desempeñan un importante papel en las instituciones de enseñanza superior. Refiriéndose a los Estados Unidos, el profesor MacIver ha señalado que "en las instituciones no gubernamentales, el miembro característico de la junta de gobierno pertenece a las esferas de negocios, como banquero, industrial, ejecutivo o abogado destacado. Su ingreso figura siempre en los niveles superiores".[67] Un estudio más anterior, publicado en 1947, observó que los 734 fideicomisarios de 30 universidades destacadas se dividían, casi por partes iguales, entre las profesiones, por una parte, y los propietarios, gerentes y funcionarios, por la otra". En este último grupo, los "banqueros, corredores de bolsa y financieros en general", así como "los empresarios y los gerentes industriales" constituían, con mucho, el grupo más grande, y en el grupo de los profesionistas, los abogados y jueces constituían el elemento más numeroso, teniendo a la zaga a los clérigos.[68] Por lo que respecta a las preferencias partidistas conocidas, el 61 % eran republicanos y el 35 % demócratas, y quizás el porcentaje de republicanos haya sido más elevado en relación al grupo total".[69] Este estudio se basó en los años de 1934-5. Pero como ha dicho recientemente el profesor Domhoff,[70] "no hay razón para creer que el dominio de las universidades mejores por miembros de la élite del poder haya disminuido" en años posteriores.

El control real de la vida universitaria que este "dominio" trae consigo varía mucho, sin duda, y, en circunstancias normales, quizá tenga sólo carácter formal. Pero es frecuente que las circunstancias tiendan a no ser normales; y cualquiera que sea el control en cualquier momento, la influencia de los regentes legos casi, sin duda, se ejercerá en favor de lo conservador, y

[67] MacIver, Academic Freedow in Our Time, p. 78.
[68] H. P. Beck, *Men Who Control our Universities*, 1947, pp. 51 *ss.*
[69] *Ibid.*, p. 103.
[70] Domhoff, *¿Quién gobierna Estados Unidos?* p. 114.

para reforzar en la medida de lo posible, las tendencias conformistas de la universidad.[71]

Además, puesto que los jefes, administradores y maestros de las universidades son también susceptibles a otras influencias "externas", estas influencias probablemente también fomentarán dichas tendencias. Para decirlo con palabras del profesor MacIver, de nuevo, "nuestras universidades y, todavía más, nuestras escuelas, son los blancos de un volumen tremendo de protestas, acusaciones y apelaciones".[72] Podría haber añadido que tales protestas, acusaciones y apelaciones rara vez o nunca se basan en la opinión de que las universidades son demasiado conservadoras; por su liberalismo y su "indulgencia" para con los inconformes, las autoridades universitarias sufrirán los ataques, sobre todo en tiempos de crisis, de la Prensa y de toda una variedad de fuerzas conservadoras, y no sólo en los Estados Unidos.

En cuarto lugar, el desarrollo de la empresa por acciones, independientemente de la influencia de los hombres de negocios, ha ejercido una influencia profunda en las universidades. El profesor Galbraith ha observado que "la educación superior moderna, por supuesto, se ajusta ampliamente a las necesidades del sistema industrial".[73] Y el señor Williams Whyte ha demostrado cuál es uno de los aspectos de este "ajuste" al mencionar que, de entre todos los estudiantes norteamericanos graduados en 1954-5, el grupo más grande de todos (19.4 %) había estado estudiando comercio y administración o sea *más que todos los hombres* dedicados a las ciencias fundamentales y a las profesiones libres juntos. (Y más que todos los hombres dedicados al derecho, a la medicina y a la religión...)[74]

Otros países capitalistas avanzados todavía tendrán que recorrer un largo camino antes de que los estudios de comercio y administración ocupen un lugar tan destacado en sus universidades. Pero la proliferación de departamentos de comercio y administración de negocios, de relaciones industriales, de escuelas comerciales superiores, etc., indica que, por lo menos, se está recuperando parte del atraso.

Hay una característica en este tipo de estudio a la que rara vez se le concede la atención merecida, a saber, lo que propor-

[71] Un distinguido educador norteamericano, en el año de 1930, escribió que "su influencia indirecta y, según creo, en gran parte inconsciente, sin embargo, puede ser, y lo es a menudo, considerable... En las esferas de lo social y de lo económico crea una atmósfera de timidez que no carece de influencia en las designaciones para puestos importantes y en los ascensos". A. Flexner, *Universities: American, English, German*, 1930, p. 180. En Beck, *Men Who Control Our Universities*, p. 34. Tampoco esto debe haber desaparecido con el transcurso de los años.

[72] MacIver, *Academic Freedom in Our Time*, p. 62.

[73] Galbraith, *The New Industrial State*, pp. 370-1.

[74] W. H. Whyte, Jr., *The Organization Man*, 1956, p. 88 (cursivas en el texto). Véase también su capítulo 8, "Business Influences on Education".

ciona a sus estudiantes no es sólo un entrenamiento en materia de "técnica de administración" y otras destrezas más, sino también un entrenamiento en la ideología, valores y finalidades de la empresa capitalista. Quienes se dedican a tales estudios, lo mismo maestros que estudiantes, tal vez estén llevando a cabo esa indagación intelectual que supuestamente, es característica del trabajo universitario: pero son también servidores de un culto que es el culto de Mammón.

La Universidad se "ajusta", también, a las exigencias de los círculos de negocios de otras maneras. "En algunos casos", ha señalado también el señor Whyte, "la demanda de los círculos de negocios ha influido en ellas por el tipo de hombre que prefiere al hacer la selección de alumnos y al otorgar becas. Un encargado de los exámenes de selección me dijo que en la elección de los aspirantes procedentes de la segunda enseñanza, consideraba ser de sentido común tomar en consideración no sólo lo que la facultad deseaba sino lo que, cuatro años más tarde, querrían encontrar los seleccionadores de personal de las empresas".[75] A este respecto también, otros países capitalistas tal vez se vayan quedando a la zaga. Pero también hay sobradas razones para creer que las universidades y sus alumnos se van dando cuenta, cada vez más claramente, de las exigencias de las empresas, no sólo desde el punto de vista técnico, sino también ideológico.

En esta perspectiva tenemos que situar al papel que desempeñan las universidades como instituciones de enseñanza. Tanto en la designación de sus maestros, como en el contenido de su enseñanza, las universidades de los países del capitalismo avanzado conservan una muy amplia autonomía formal y real, que muy a menudo es casi absoluta. Pero esa autonomía, de todas maneras, se ejerce dentro de un contexto económico, social y político determinado que afecta profundamente a las universidades. No quiere esto decir que las autoridades y maestros universitarios sean víctimas inermes de presiones externas a las cuales se les permite ejercer su autonomía a condición tan sólo de que no ofendan al poder de turno. A veces será así. Pero es mucho más común que tanto las autoridades universitarias como los maestros acepten el contexto, sean *parte* de él y ejerzan su autonomía de maneras congruentes con él, no porque se vean obligados a hacerlo, sino porque los mueven modos conformistas de pensamiento. Así, por ejemplo, en un discurso pronunciado, en 1961, ante la sociedad de alumnos de Harvard y titulado "La era del erudito", nos encontramos al doctor Pusey, que entonces era presidente de Harvard, defendiendo al personal de su facultad de economía y a otros maestros en los términos siguientes:

[75] Whyte, *The Organization Man*, p. 116.

¿Puede alguien acusar a estos hombres y a otros maestros de sus departamentos, como no sea en broma, de estar conspirando contra el modo de vida norteamericano? Y, como no sea en broma, ¿puede alguien acusar a la Universidad, en su conjunto, habida cuenta de su programa de historia, gobierno, administración pública y relaciones sociales, así como de su esfuerzo en materia de negocios, de largo alcance, que está dirigido casi completamente a lograr que el sistema de empresa privada siga operando efectiva y benéficamente en un mundo lleno de problemas? [76]

Hay quienes pensarán que este servilismo es totalmente incompatible con los ideales vinculados a una Universidad. Pero nada indica que su expresión haya hecho violencia a las ideas y creencias del doctor Pusey, o que no estaba presentando una imagen precisa de la ideología de sus maestros.

Esto guarda relación directa con las normas de que se valen las universidades para designar a su personal. Pues la tragedia de las universidades norteamericanas en la época de McCarthy (y después) no es tan sólo que a muchas se les prohibiera dar empleo a comunistas y a otros "subversivos"; una tragedia igual, o aun mayor, es que en su mayoría, no les resultó muy difícil cumplir con los requisitos de "fidelidad" y que las universidades a las que no se prohibió contratar disidentes, utilizaron su autonomía y libertad para hacer designaciones cuyo objeto fue apartar a tales hombres y, a menudo, deshacerse de ellos cuando los tenían. A este respecto, mucho nos dicen las atormentadas vacilaciones de un administrador universitario tan liberal y humano como el doctor Hutchins. Por una parte, "tal vez sea necesario contar, entre el profesorado, con marxistas convencidos y capaces, para que la conversación acerca del marxismo no sea puramente histérica y superficial". Por otra parte, "puede decirse que un marxista no puede pensar [*sic*] y por tanto, no se se le puede elegir como miembro de una comunidad universitaria de acuerdo con mi definición de la misma. *Reconozco que tal es el sentido de mi presupuesto*", pero, así también, "tengo que añadir que el considerar irrefutable el presupuesto es tan peligroso como decir que alguien por estar en desacuerdo conmigo es incapaz de pensar". Después de procurar trazar una distinción entre buenos miembros del Partido comunista (es decir, los que, a pesar de la "sólida presunción" de que existen "pocos campos en donde un miembro del Partido comunista puede pensar independientemente", sin embargo lo pueden hacer) y los malos miembros (es decir, un comunista que no podría demostrar su "independencia en el campo de su enseñanza y

[76] N. M. Pusey, *The Age of the Scholar*, 1963, p. 171. Tal vez sea conveniente subrayar que este discurso se pronunció en 1961, y no en el apogeo de la era de McCarthy.

lleva a cabo su investigación"), el doctor Hutchins a continuació dice:

Es por *demás dudoso* que llegue a recomendar a nuestra junta l designación de un marxista, o de un mal miembro del Partido comu nista, o de un buen miembro cuyo campo no estuviera afectado po la línea del partido. Pero *en caso, por demás improbable*, de que tale personas apareciesen en mi horizonte académico, *excepcionalment capacitadas* para enseñar e investigar en sus campos por ellos elegi dos, *tendría el valor* de decir que era preciso designarlos sin tomar e consideración sus concepciones o sus asociaciones políticas.[77]

Tales criterios son demasiado exigentes para ser improbable que al doctor Hutchins se le presentara la oportunidad de pone a prueba su "valor". Por lo menos, el doctor Hutchins sentía escrúpulos. Han existido siempre muchos otros, de rango más o menos igual, cuya conducta nos ha convencido de haber tenido menos escrúpulos.

Pero repitiendo, no se trata sólo de tener o no "valor" para enfrentarse a la presión externa; sino también, y fuera de los Estados Unidos mucho más a menudo, de una desconfianza y hos tilidad perfectamente autónomas de algunas formas de heterodo xia intelectual o política, a las cuales se las racionaliza fácilmente y se las convierte en una sincera creencia de que tales formas de heterodoxia, "por razones académicas", arrojan graves du das de la idoneidad de una persona para el desempeño de un cargo académico, sobre todo de alta categoría. La mayoría de los economistas académicos, por ejemplo, suelen creer que la economía marxista carece totalmente de sentido. Por consiguien te, si les disgusta nombrar a un economista marxista en su de partamento, no es porque sientan algo tan vulgar como el prejui cio, ni lo quiera Dios, sino porque están convencidos de que ta persona no podría ser un "buen economista", lo cual nada tiene de sorprendente puesto que los buenos economistas son, por defi nición, nomarxistas. Esta manera de pensar, y otras semejantes son de sobra conocidas en las universidades de todos los países capitalistas avanzados. No producen algo que pueda considerarse como una prohibición absoluta de nombrar a tales personas, n siquiera de elevar a los cargos de mayor prestigio y rango a pro fesores agudamente discrepantes. Pero sí contribuyen a la for mación de un ambiente en donde, por no decir más, algunos modos de pensamiento y compromiso político heterodoxo encuen

[77] Hutchins, *Freedom, Education and the Fund*, 1956, pp. 158-9 (las cur sivas son del autor). Sin embargo, el doctor Hutchins señala también cor pesar que "nadie se atrevería a decir que todos los profesores deben se miembros del Partido Republicano; pero nos estamos acercando al momen to en que se les exigirá a todos que sean o bien republicanos o bien demó cratas". (*Ibidem*, p. 153).

tran muy poco que los estimule, y todo esto sin ninguna presión externa.

Que las universidades sean, en general, instituciones muy conformistas, y la mayoría de sus maestros se mantengan en sus pensamientos dentro del espectro de consenso prevaleciente, no puede menos de afectar a la manera en que cumplen su función magisterial.

En el discurso anteriormente citado, Lord Robbins dijo a los rectores y vicerrectores europeos: "somos las universidades de las sociedades libres; y nada sería más extraño al espíritu de tales sociedades que el convertirnos de nuevo en instrumentos para la inculcación de dogmas o credos particulares".[78] Pero, añadió, "existe, sin embargo, una excepción a esta regla. Hay un credo que la sociedad libre no puede repudiar sin decretar su propia muerte, el credo de la libertad misma".[79]

Excelente, pero hay que pormenorizar. Pues muchas personas, que suscriben el credo de la libertad, entienden que incluye, y aun exige, una determinada concepción de las disposiciones económicas, sociales y políticas adecuadas a una "sociedad libre". Esto, como es natural, va, muy a menudo, acompañado de un enfoque por demás negativo de todas las ideas no concordes con esa opinión. En otras palabras, si un hombre que acepta el credo de la libertad cree además que la libre empresa es parte esencial de él, sentirá aborrecimiento por todas las teorías sociales que postulan su abolición. Bajo este punto de vista, el credo de la libertad no nos garantiza la creación, en quienes lo suscriben, del "hábito de la objetividad crítica", que para Lord Robbins es uno de sus ingredientes básicos.[80] Después de todo, precisamente en nombre de la libertad, muchas universidades norteamericanas, perfectamente convencidas de su rectitud, se han dedicado a la eliminación virtual, a través de los nombramientos, de algunas formas de disentimiento. El amargo lamento de Madame Roland, "Libertad, cuántos crímenes se han cometido en tu nombre", podría arreglarse así, "Libertad, cuántas ortodoxias se han defendido en tu nombre", y en nombre de la democracia.

Existen, por cierto, algunos sentidos importantes según los cuales es verdad que la mayoría de las universidades de los países del capitalismo avanzado no son "instrumentos para la inculcación de dogmas o credos particulares"; por ejemplo, que ni a los maestros ni a los alumnos se les exige, por lo general, juren obediencia a algún partido, dirigente o doctrina en particular; que, por lo común, no se apagan las disputas intelectuales, y a menudo, por cierto, se las estimula; y porque los alumnos, en

[78] Robbins, *The Universites in the Modern World*, p. 14.
[79] *Ibidem*, p. 14.
[80] *Ibidem*, p. 15.

la mayoría de las instituciones universitarias respetables, tiene acceso a concepciones e ideas diferentes de las que les ofrecen l mayoría de sus maestros.

Son estos, por cierto, rasgos admirables e inapreciables d la vida universitaria. No obstante, y sin pretender rebajarlos en l más mínimo, en este campo, como en muchos otros, el pluralism y la diversidad que sugieren no son tan lujuriantes como a pr mera vista podría parecer. Pues, aunque las universidades so centros de diversidad intelectual, ideológica y política, a su alumnos se les pone en contacto, sobre todo, con ideas, concep tos, valores y actitudes adecuados para propiciar mucho más l aceptación de la "sabiduría convencional" que una aguda disen sión respecto de ella. Muchas universidades podrán abrigar poner a disposición de sus alumnos todas las corrientes de pen samiento imaginables, pero en todas partes algunas corriente son mucho más fuertes que las otras.

No obstante, hombres y mujeres jóvenes a menudo dejan s universidad en un estado de ánimo mucho más rebelde que e que traían a su llegada; y gran número de estudiantes de todo los países capitalistas (y de los no capitalistas también) han de mostrado espectacularmente que las universidades, como agen cias de socialización, tienen limitaciones claras. Se enseña much más a los alumnos a comprender el mundo de modo que en ve de aumentar disminuyan sus propensiones a cambiarlo. Sin em bargo, este objetivo se ve a menudo frustrado por la decisió de un número cada vez mayor de estudiantes de escapar de l red conformista tejida por sus mayores.

Sin embargo, esto no afecta que las presiones en pro de l conformidad generadas por la universidad sean muy fuertes; el que las universidades sigan siendo instituciones de la élit para crear en muchos de quienes han logrado llegar a ella, sin exceptuar a los estudiantes provenientes de las clases trabajado ras, un sentimiento de alienación de las clases subordinadas de empatía con las clases superiores, de tal modo que no s presta a alimentar el espíritu de rebeldía. Ni tampoco se prest a ello el conocimiento de que tal rebeldía podría arruinar la perspectivas de una carrera para cuya realización, en mucho casos, y sobre todo en el de los hijos de obreros, a menudo s han hecho grandes sacrificios familiares y personales. Aun cuan do se haga resistencia a tales presiones, o a muchas otras, en e transcurso de una carrera universitaria, las severas expectativa del "mundo exterior", una vez obtenido el título, son de tal ín dole que convencen a muchos graduados de que la rebeldía y e inconformismo son lujos caros de los cuales será prudente pres cindir hasta alguna fecha futura. Pero muy a menudo este futur nunca llega; antiguos rebeldes, a seguro en alguna parte de "mundo real", contemplan retrospectivamente con una mezcla d

diversión y de nostalgia lo que han llegado a considerar como aberraciones juveniles.

El papel desempeñado por las universidades en el proceso de legitimación está de muchas maneras relacionado con el papel más general, desempeñado por los intelectuales (que, por supuesto, tal vez no sean catedráticos, como no todos los catedráticos son intelectuales) en la forja, diferente de la simple transmisión, de ideas y de valores.

Como se recordará, en *La ideología alemana,* Marx califica a los intelectuales de "pensadores de la clase [imperante] (de ideólogos activos, conceptuadores, que hacen del perfeccionamiento de la ilusión que la clase se hace de sí misma, su fuente primordial de sustento"),[81] siendo dicha ilusión la idea de que "su interés, es el interés común de todos los miembros de la sociedad, puesto en forma ideal; [la clase imperante] dará a sus ideas la forma de universalidad y las presentará como si fueran las únicas racionales y universalmente válidas".[82] Esta concepción de la función de los intelectuales en la sociedad burguesa se matiza sólo parcialmente en *El Manifiesto Comunista* con la noción de que "en los períodos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace... una parte de la burguesía se pasa al proletariado, particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado teóricamente hasta la comprensión del conjunto del movimiento histórico".[83]

Desde entonces, el mundo en general ha intentado entender el papel de los intelectuales de manera muy diferente y también lo han hecho muchos de los mismos intelectuales. La palabra misma nació en la época del caso Dreyfus, y se la utilizó, peyorativamente, para describir a quienes se negaban a aceptar la interpretación nacional y patriótica de la cuestión.[84] El término "intelectual" ha continuado llevando, desde entonces, la marca de su origen y ha quedado vinculado, no con una vocación apologética, sino con una voluntad de disentimiento; y el papel desempeñado por muchos intelectuales en los movimientos y en los partidos de la clase trabajadora ha servido grandemente para confirmar esta opinión. También el fuerte prejuicio "antiintelectualista" que ha sido característico de la mayoría de los movimientos derechistas.

Pero esta concepción del intelectual como inconforme "natural" es, en gran medida, una pura ilusión de óptica, producida

[81] Marx, *The German Ideology,* p. 40.

[82] *Ibidem,* p. 41.

[83] Marx y Engels, *El manifiesto del partido comunista,* en *Obras selectas,* vol. 1, p. 29.

[84] L. Bodin y J. Touchard, "Definitions. statistiques et problèmes", en *Les Intellectuels dans le Société Française Contemporaine, Revue Française de Science Politique.* 1959, vol. 9, No. 4, pp. 836 *ss.*

por la mayor visibilidad de los intelectuales que disienten, por el mismo hecho por el que se destacan al disentir. El cuadro real es diferente. Incluso quienes más virulentamente atacaron a los intelectuales que defendían a Dreyfus, y los atacaron en nombre del nacionalismo, a menudo fueron intelectuales. Como ha observado René Rémond "esta ira contra los intelectuales no debe disimular que el mismo nacionalismo tiene un pronunciado carácter intelectual: sus padres Barres, Maurras, son escritores. El nacionalismo es, por una parte, creación literaria".[85] Este punto puede desarrollarse mucho más. No sólo son sus intelectuales los que han dado forma y expresión a las diversas versiones de la ideología conservadora, lo cual después de todo nada tendría de sorprendente, sino, lo más importante es que los calificados, con propiedad, de intelectuales conservadores han sobrepasado siempre numéricamente, con mucho, a los discrepantes. La historia recuerda, principalmente a los Voltaire, los Rousseaus y los Diderot, y de tal manera lo hace para que sea mucho más fácil olvidar que hasta muy tarde en la Francia de la Edad de la Razón, estos hombres no sólo luchaban contra el *antiguo régimen* sino también contra el nutrido ejército de sus partidarios *intelectuales*. Así ha venido ocurriendo desde entonces. Muy naturalmente, son los partidarios intelectuales de todo el *antiguo régimen* quienes tienen acceso a los medios principales de influencia ideológica. Como observa el profesor Porter, "por definición, los intelectuales de mayor poder dentro del sistema ideológico son los tradicionalistas, el clero, los ideólogos, los conservadores... los utopistas, los rebeldes o los vanguardistas quedan, más o menos, al margen de los medios de comunicación, salvo en situaciones perfectamente controladas, cuando se les presenta como curiosidades.[86]

Sin embargo, la contribución de los intelectuales a la estabilidad del orden social existente (el papel que desempeñan, para decirlo con frase de Gramsci, en calidad de "expertos en materia de legitimación") ha cobrado muchas otras formas además de la defensa conservadora franca y explícita del mismo.

Es evidente que el mayor peligro para el sistema capitalista es que el número cada vez mayor de personas, sobre todo de las clases subordinadas, llegue a pensar como posible y conveniente un orden social totalmente diferente, basado en la propiedad social de, por lo menos, la parte más importante de los medios de actividad económica, y consagrada a la eliminación del privilegio y del poder desigual; y que las "masas" deben también procurar dar expresión a esta creencia en la acción política.

El propósito primordial del proceso de legitimación, descrito hasta ahora, es precisamente el de impedir la propagación de tal

[85] R. Rémond, "Les intelectuels et la politique", en *ibidem*, p. 870.
[86] J. Porter, *The Vertical Mosaic*, 1966, p. 493.

conciencia. Pero esa finalidad no sólo se cumple insistiendo en las virtudes del *statu quo* capitalista. También se cumple, con no menor eficacia, mediante la crítica de muchos de los aspectos del orden económico, social y político existente, aunada, sin embargo, al rechazo de la opción socialista. Ese rechazo podrá fundarse en muchas y diversas razones; por ejemplo, que las deficiencias de la sociedad capitalista, por reales que sean, pueden remediarse dentro de su ámbito, y sin recurrir al cambio revolucionario; o que la propiedad colectiva no ofrece garantía de democracia y de igualdad, lo cual es cierto, y que no es necesaria para la realización de estas últimas, lo cual es falso; que la propiedad colectiva, en todo caso, no tiene que ver con los problemas de un "sistema industrial", que ha convertido en obsoleta también a la noción de "capitalismo"; y así sucesivamente.

Con tal de no poner en tela de juicio la base económica del orden social, su crítica por áspera y aguda que sea, puede resultar muy útil, puesto que da lugar a una controversia y a un debate vigorosos, pero seguros, y a la proposición de "soluciones" a problemas que estorban y desvían la atención respecto del mayor de todos los "problemas", a saber, que se trata de un orden social gobernado por la búsqueda de la ganancia privada. A través de la formulación de un radicalismo sin filo ni garra, y de la expresión de una crítica que no tiene consecuencias peligrosas, aparte de la franca apología, muchos intelectuales han desempeñado un papel por demás "funcional". Y el que muchos de ellos hayan desempeñado tal papel, con la mayor sinceridad y sin tener conciencia de su carácter apologético, no ha rebajado, en lo más mínimo, su utilidad.

V

Existe un último aspecto del proceso de legitimación al que debemos hacer referencia, pues tiene una importancia capital que subraya las de todos los demás. Y es que el capitalismo, como sistema económico y social, tiende a producir, en sí mismo, por su mera existencia, las condiciones de su legitimación en las clases subordinadas y en las demás clases.

Según el esquema marxista clásico, tenía que producirse, precisamente, lo contrario: el capitalismo, por sus propias contradicciones y abusos, engendra en el proletariado las condiciones que lo llevan a desear su emancipación. Como dijo Marx en 1867:

> Conforme disminuye progresivamente el número de magnates capitalistas que usurpan y monopolizan este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, de la opresión, del esclavizamiento, de la degeneración, de la explotación; pero crece también la rebeldía de

la clase obrera, cada vez más numerosa y más disciplinada, más unida y más organizada por el mecanismo del mismo proceso capitalista de la producción.[87]

Desde entonces, muchos se han burlado de tales predicciones por considerar que la evolución del capitalismo las ha desmentido patentemente, y le han atribuido el que las clases trabajadoras no se hayan rebelado en contra de él.

Por otra parte, muchos otros, sobre todo izquierdistas, han encontrado una explicación, o una explicación complementaria, de no haberse dado la rebelión, en la hegemonía cultural de las clases dominantes respecto de las subordinadas. En la fabricación, valga la expresión, de una falsa conciencia de las últimas por obra de las primeras. Y, ciertamente, como se ha dicho en éste y en el capítulo anterior, el control ejercido sobre los "medios de producción mental" ha tenido una gran importancia para la legitimación del poder capitalista.

Sin embargo, la atribución de esa legitimación a las capacidades de mejoramiento del capitalismo, cuestión por demás relativa, o a los poderes manipulativos y persuasivos del aparato cultural dominante no toma en consideración algo que tiene enorme importancia.

Ese algo fue observado por el propio Marx, el cual, en el *Capital*, escribió que "el avance de la producción capitalista crea una clase obrera, que por educación, tradición, hábito, considera las condiciones de ese modo de producción como *leyes naturales evidentes de suyo*... la sorda compulsión de las relaciones económicas completa la sujeción del trabajador al capitalista".[88] La "socialización", pues, es producida por la operación del sistema mismo y no sólo se ve realzada por el proceso de legitimación.

Esta subordinación "natural" no estorba, decididamente, la existencia de una voluntad de mejorar las condiciones en que se da. Pero en general sí crea formidables barreras mentales contra la voluntad de suprimir por completo tales condiciones. Por supuesto, tal cosa es lo que Lenin quiso dar a entender cuando escribió, en un famoso pasaje de *¿Qué hacer?*, que "la historia de los países muestra que la clase trabajadora, por su propio esfuerzo exclusivo, es capaz de desarrollar tan sólo una conciencia sindical".[89]

El hecho simple pero fundamental es que el *statu quo* de subordinado propende, no siempre, pero sí las más de las veces, a engendrar su aceptación con reservas, en vez de su rechazo total. George Orwell escribió en 1937 que "esto de las pequeñas

[87] Marx, *El capital*, t. I, p. 648.
[88] *Ibidem*, p. 737. (Las cursivas son del autor.)
[89] V. I. Lenin, *¿Qué hacer?* 1942, pp. 33-4.

inconveniencias e indignidades, de que lo tengan a uno esperando, de tener que hacerlo todo a gusto de otro, es inherente a la vida de la clase trabajadora. Miles de influencias obran constantemente sobre un trabajador y lo llevan a desempeñar un papel 'pasivo' ".[90] En el transcurso de unos treinta años, no obstante, todos los cambios en la vida de la clase trabajadora que tan ruidosamente se han proclamado, no se ha convertido en rareza histórica dicha observación.[91]

Además, las clases, sin exceptuar a las trabajadoras, no sólo se reproducen físicamente, sino también mentalmente, y tienden a inculcar en sus hijos la conciencia, las expectativas y hábitos mentales propios de su clase. De todas las funciones de socialización que cumple la familia, ninguna es más "funcional" que esta última; pues, en el contexto actual, significa que la familia de la clase trabajadora tiende a hacer que sus niños acepten, de múltiples maneras, su posición de subordinados. Aun cuando, como ocurre cada vez con mayor frecuencia en la actualidad, los padres de la clase obrera ambicionen grandes cosas para sus hijos, el éxito por el cual se esfuerzan y desean alcanzar se consigue, sobre todo, en una integración a un nivel superior dentro del sistema y en las condiciones de este último; y esto tiene que llevarlos a tratar de persuadir a sus hijos de que el camino del éxito no está en la rebelión en contra de los valores, prejuicios y modo de pensamiento del mundo al que desean ingresar, sino en su aceptación.

En pocas palabras, la condición de la clase obrera es, en sí misma, un elemento primordial de su "socialización política" y crea un campo abonado para todas las demás fuerzas que tratan de fortalecer ese proceso.

Sin embargo, no acaba con esto, de ninguna manera, el relato. Ciertamente, las fuerzas de armonización que operan en la sociedad capitalista avanzada, tanto si son resultado de un propósito deliberado como si se desprenden del peso del sistema mismo, son en verdad formidables. Pero, de todas maneras, esto no es tanto como decir que su influencia combinada es irresistible, que la muerte del ideal socialista ha quedado determinada a plazo fijo por ellas, que anuncian la llegada del hombre "unidimensional". Constituyen un factor primordial en la ecuación del conflicto de clases. Pero las esperanzas de unos y los lamentos de otros, de que son lo suficientemente poderosas, junto con la "so-

[90] G. Orwell, *The Road to Wigan Pier*, 1937, p. 49 (las cursivas están en el texto).

[91] Una útil reseña de las investigaciones europeas recientes en materia de la "resignación" de la clase obrera se encuentra en S. Herkommer "Working Class Political Consciousness", en *International Socialist Journal*, 1965, vol. 2, No. 7.

ciedad opulenta", para poner fin a dicho conflicto, para determinar que las clases trabajadoras abandonen el campo de batalla, y para dejar tan sólo en el terreno pequeñas bandas de guerrilleros, fáciles de combatir, todo esto constituye una subestimación fundamental de las fuerzas profundamente desestabilizadoras que operan en la sociedad capitalista y una sobreestimación, igualmente fundamental, de su capacidad de enfrentarse a ellas. La perspectiva realista que nos ofrecen las sociedades capitalistas avanzadas no es de armonía y estabilidad, sino de crisis y conflicto. En el siguiente y último capítulo se examina todo lo que esto nos dice del carácter que tendrán sus regímenes políticos en los próximos años.

9

REFORMA Y REPRESIÓN

El hecho político más importante de las sociedades capitalistas avanzadas, según se ha venido diciendo en este libro, es el de la continuada existencia en ellas de un poder económico privado y cada vez más concentrado. A consecuencia de ese poder, los hombres (dueños y administradores), en cuyas manos está, disfrutan de una preponderancia enorme en la sociedad, en el sistema político y en la determinación de las políticas y actividades del Estado.

Dada esta preponderancia permanente la afirmación común, y por cierto la presunción común, de ser estos países en donde se ha alcanzado, desde hace mucho tiempo, la igualdad política, cualquiera que sea la igualdad económica y social, constituye uno de los grandes mitos de la época. La igualdad política, salvo formalmente, es imposible en las condiciones del capitalismo avanzado. La vida económica no puede divorciarse de la vida política. El poder económico desigual, de magnitud y carácter de las sociedades capitalistas avanzadas, *produce* por necesidad una desigualdad política más o menos grande, independientemente de lo que pueda decir la constitución.

De manera semejante, el contexto capitalista de la desigualdad generalizada en donde opera el Estado es lo que determina, fundamentalmente, sus políticas y acciones. La opinión prevaleciente es que el Estado, en dichas sociedades, puede ser, y lo es en verdad, sobre todo agente de un orden social "democrático", que no se inclina inherentemente en favor de ninguna clase o grupo; y que sus olvidos ocasionales de dicha "imparcialidad" pueden atribuirse a algún factor accidental ajeno a su "verdadera" naturaleza. Pero es también una concepción fundamentalmente equivocada: el Estado en estas sociedades de clases es primordial e inevitablemente guardián y protector de los intereses económicos en ellas dominantes. Su objetivo y misión "reales" son asegurar la continuación de su predominio, y no impedirlo.

Sin embargo, la manera como el Estado cumple ese papel y el grado con que manifiesta sus inclinaciones difieren grandemente, según los lugares y las circunstancias. El mantenimiento de un orden social, caracterizado por el dominio de una clase sobre las demás, tal vez requiera de la dictadura estatal, de la supresión de toda oposición, de la abrogación de todas las garantías constitucionales y de todas las libertades políticas. Pero en

los países del capitalismo avanzado, por lo general, no ha tenido que hacerlo. Con ocasionales y notables excepciones, el imperio de una clase en estas sociedades ha sido compatible con una amplia gama de libertades civiles y políticas; y su ejercicio, sin duda, ha contribuido a mitigar la forma y contenido del dominio de una clase en muchas de las esferas de la sociedad civil. El agente principal de esa mitigación ha sido el Estado, lo cual ayuda a comprender por qué ha podido presentarse a sí mismo, y se lo ha creído mucha gente, como servidor de la sociedad. De hecho, esta función mitigadora no destruye el dominio de una clase sobre las demás, incluso sirve, aunque haya que pagar algo por ello, para garantizarlo. Pero esto no resta nada a su importancia para las clases subordinadas.

Es muy cierto que las libertades civiles y políticas de los regímenes capitalistas avanzados han estado férreamente circunscritas por el marco económico, social y político en el que han existido; y a menudo se las ha violado en la práctica y, sobre todo en tiempos de crisis, se las ha reducido todavía más drásticamente; las garantías constitucionales no han impedido la sistemática discriminación y opresión de minorías, tales como las de los negros en los Estados Unidos; las libertades, que han disfrutado los ciudadanos de los países capitalistas metropolitanos, las más de las veces, han brillado por su ausencia en los territorios que sucumbieron a la ocupación imperialista; y no obstante toda su retórica democrática y liberal, estos regímenes han demostrado ser capaces de la realización de matanzas gigantescas para proteger sórdidos intereses.

Sin embargo, una vez dicho todo esto, y más aún, a propósito de los límites y del carácter contingente de las libertades civiles y políticas de que se goza en una "democracia burguesa", y cuando se ha tomado debida cuenta que algunas de estas libertades son un mero disfraz del dominio clasista, sigue siendo verdad que muchas otras libertades han constituido un elemento importante y valioso de la vida en las sociedades capitalistas avanzadas, y han afectado materialmente al encuentro entre el Estado y el ciudadano, y entre las clases dominantes y las subordinadas. Es una peligrosa confusión creer y afirmar que, porque las "libertades burguesas" son insuficientes y están constantemente amenazadas de herrumbre, carecen por tanto de importancia. No obstante todas sus enormes limitaciones e hipocresías, media un amplio abismo entre la "democracia burguesa" y las diversas formas de autoritarismo conservador sobre todo de fascismo, que han constituido el otro tipo posible de régimen político para el capitalismo avanzado. El meollo de la crítica socialista de las "libertades burguesas" no es (o no debería ser) que carezcan de importancia, sino que son profundamente inadecuadas y tienen que ampliarse mediante la transformación radical del

contexto, económico, social y político que las condena a la erosión y a la insuficiencia.

En verdad, la más grande interrogación en relación a los regímenes de tipo occidental es durante cuanto tiempo seguirá siendo compatible su marco "democrático-burgués" con las necesidades y finalidades del capitalismo avanzado; si sus contradicciones económicas, sociales y políticas son de índole tal que volverán inoperante al orden político al cual, en general, hasta ahora se han podido ajustar.

Fueron éstas las preguntas que se formularon, con angustiada insistencia, acerca de los regímenes capitalistas en las décadas de 1920 y 1930, cuando el fascismo y el nazismo, a muchas personas de la izquierda, y no sólo de la izquierda, parecieron anunciar la dirección en que probablemente habría de avanzar el "capitalismo liberal" en muchos países, aparte de Italia y Alemania. En las décadas subsiguientes, esa interrogación quedó profundamente enterrada bajo el ensalzamiento de la democracia occidental, del mundo libre, del Estado benefactor, de la sociedad opulenta, del fin de las ideologías y del equilibrio pluralista. El haberla formulado de nuevo, hace apenas unos pocos años, habría resultado risible, o maligno, pero de seguro claramente obsoleto. Independientemente de lo que se hubiera dicho de las deficiencias económicas sociales y políticas del capitalismo occidental (y, después de todo, la tendencia consistía en cantar sus alabanzas, o, mejor dicho, en cantar las alabanzas de la sociedad poscapitalista), por lo menos se consideraban seguros y a salvo de todo riesgo sus fundamentos "democráticos" y "liberales", con excepción, claro está, de la amenaza que representaba para ellos la izquierda.

En fechas recientes, sin embargo, esa vieja pregunta ha surgido de nuevo, y se la ha formulado con creciente frecuencia, y no sólo por los izquierdistas. Nada tiene esto de sorprendente, dadas las tendencias exhibidas cada vez más por el capitalismo avanzado y el sistema político asociado a él. No es que la "democracia burguesa" tenga que avanzar inminentemente hacia un fascismo a la antigua usanza. Más bien que las sociedades capitalistas avanzadas están sujetas a tensiones mucho más fuertes que las experimentadas durante muchos años del pasado, y que su incapacidad de resolver estas tensiones incrementa la probabilidad de que evolucionen hacia formas, más o menos, pronunciadas de autoritarismo conservador.

Son muchas las razones para formarnos esta opinión de las perspectivas políticas de dichas sociedades. Pero la más fundamental de ellas, y en virtud de una fatal paradoja, es el éxito de su productividad. Pues a medida que la capacidad material del sistema económico va desenvolviendo, con velocidad cada vez mayor, su

inmensa promesa de liberación humana, así también su incapacidad de hacer coincidir ejecución con promesa se torna más flagrante y obvia. La contradicción no es nueva: pero se rebela con mayor claridad con cada nuevo avance productivo y tecnológico.

A fin de actualizar sus potencialidades humanas, las sociedades industriales avanzadas necesitan una elevada planeación, coordinación económica, uso premeditado y racional de los recursos materiales y no sólo a escala nacional, sino también internacional. Pero las sociedades capitalistas avanzadas no pueden realizarlo dentro de los límites de un sistema económico que sigue siendo, principalmente, orientado hacia los objetivos privados de quienes poseen y controlan sus recursos materiales.

De manera semejante, y relacionada con esto, estas sociedades requieren de sus miembros un espíritu de socialidad y cooperación, un sentimiento de participación e interés genuinos, igualmente inalcanzable en un sistema cuyo impulso dominante es la apropiación privada. Se dice y se repite que la industria es una sociedad, una empresa cooperativa, una tarea social, y así sucesivamente. Sin duda es lo que necesita ser, pero la naturaleza misma del sistema capitalista lo hace imposible. Las "dos caras de la industria" siguen siendo dos bandos en conflicto, en oposición permanente e inevitable. Por cierto, la sociedad en su totalidad, hundida, por así decirlo, en las miasmas de la competencia y el mercantilismo, es un campo de batalla más activo unas veces, menos activo otras, pero sin perspectivas de paz auténtica.

Sin duda, la trascendencia del capitalismo (en otras palabras, la apropiación pública de la mayor parte de los recursos de la sociedad) no puede, por sí sola, resolver todos los problemas vinculados a una sociedad industrial. Sí puede, sin embargo, levantar la más grande de todas las barreras que se oponen a su solución y crear, por lo menos, las *bases* para la constitución de un orden social racional y humano.

Todos los agentes de la legitimación tratan de esconder esta necesidad de trascendencia del capitalismo. Sin embargo, no pueden ocultar la discrepancia entre la promesa y la realización. No pueden ocultar que, aunque sean sociedades ricas, subsisten en ellas grandes zonas de oprimente pobreza; las disposiciones colectivas que toman para atender a la salubridad, el bienestar, la educación, el alojamiento, el ambiente social ni siquiera son proporcionales a las necesidades; la ética igualitarista que se ven llevadas a proclamar queda desmentida por los privilegios y desigualdades que instauran; la estructura de sus "relaciones obrero-patronales" sigue siendo de dominio y sujeción, y que el sistema político de que se precian es una versión corrupta y tullida de un orden verdaderamente democrático.

La conciencia de estas discrepancias no conduce automática-

mente, de ninguna manera, a un rechazo del sistema social que las produce; y aun cuando pueda conducir a él, el rechazo a menudo se hace en favor de seudosoluciones perfectamente "funcionales" y, por consiguiente, no conducen a nada. En efecto, la experiencia ha mostrado suficientemente que la traducción de la conciencia de males profundos en una voluntad de cambio *socialista* es un proceso doloroso, complejo, contradictorio, "molecular" que puede ser grandemente retardado, desviado y deformado por toda una interminable variedad de factores como los comentados en capítulos anteriores.

Sin embargo, un profundo malestar, un universal sentimiento de posibilidades individuales y colectivas que no se han realizado, penetra y corroe toda sociedad capitalista avanzada. No obstante todo lo que ha dicho acerca de la integración, del aburguesamiento y de todo lo demás, ese sentimiento nunca ha sido mayor que ahora, y nunca antes, en la historia del capitalismo avanzado, hubo un tiempo en que más personas se dieran más perfecta cuenta de la necesidad del cambio y de la reforma. Tampoco ha habido un tiempo en que más hombres y más mujeres, aunque no las muevan intenciones revolucionarias, se hayan mostrado más decididos a obrar en pro y en defensa de sus intereses y expectativas. El blanco inmediato de sus demandas tal vez sean patronos o autoridades universitarias o partidos políticos. Pero como señalamos al principio de este estudio, el Estado es aquello con lo que los hombres tropiezan constantemente en sus relaciones con otros hombres, hacia el Estado se ven llevados cada vez más a dirigir su presión; y del Estado esperan obtener el cumplimiento de sus esperanzas.

Ante esta presión y conscientes del malestar general que la produce, los detentadores del poder responden de dos maneras. En primer lugar, proclaman su propia voluntad de reforma. Podemos decir, sin temor, que nunca antes han abundado tanto en el lenguaje de la política ortodoxa términos como los de reforma, renovación, incluso revolución. Ningún político, por reaccionario que sea, es ahora simplemente "conservador". Tal vez no todos seamos socialistas ahora, pero sí somos todos reformadores sociales fervorosos. Gran parte de la retórica de "cruzada", hoy moneda corriente en la política, sin duda es pura farsa. Pero no todo es farsa. Sería trivial describir a los hombres en cuyas manos está el poder estatal como si fueran totalmente indiferentes a la pobreza, a la existencia de barrios sórdidos, a la desocupación, a la insuficiencia de la educación, a los pobres servicios de bienestar, a la frustración social y a muchos otros males que afligen a sus sociedades. Formarse tal concepción equivaldría a entregarse a una demonología burda y sentimental que no permite advertir la cuestión real.

El problema no está en los deseos e intenciones de los tenedores del poder, sino que los reformadores, de verdad y de mentira, son prisioneros y, por lo común, prisioneros contentos de un marco económico y social que necesariamente trueca sus proclamas reformistas, por más sinceras que sean, en pura verborrea.

A menudo se ha señalado, en relación a los países subdesarrollados, por ejemplo a los de la América Latina, que aunque llegasen a recibir una ayuda totalmente desinteresada, que no la reciben, quedaría anulada por las estructuras económicas, sociales, políticas y administrativas que dominan su existencia, y cuya preservación interesa a quienes proporcionan tal ayuda. Otro tanto puede decirse en relación a la acción estatal con objetivos reformistas en el contexto del capitalismo avanzado. Pues esa acción tiene que confinarse dentro de los límites estructurales creados por el sistema económico donde se produce. A menudo se afirma que éstos son los límites inevitables que impone a la acción estatal un sistema político "democrático": con mucha mayor precisión, son los límites impuestos por los derechos de propiedad y por el poder económico desigual, los cuales el Estado acepta y defiende de buen grado.

En tales circunstancias, por supuesto, es posible la reforma. Pero, salvo en casos excepcionales, cuando la presión popular es excepcionalmente fuerte, es también insuficiente, incapaz de resolver los problemas y enderezar los entuertos que dieron origen a esa misma presión en pro del cambio. Incluso esta clase de reforma puede ayudar a mitigar, por lo menos, algunas de las peores "disfuncionalidades" de la sociedad capitalista; y, como se ha subrayado repetidamente, esta mitigación es, ciertamente, una de las atribuciones más importantes del Estado, una parte intrínseca y dialéctica de su papel de guardián del orden social. No obstante, la reforma, siempre y necesariamente, queda muy por debajo de lo que se había prometido: las cruzadas que habrían de llegar a las "nuevas fronteras", de crear "la gran sociedad", de eliminar la pobreza, de liquidar la lucha de clases, de dar justicia a todos, etc., etc., tales cruzadas, regularmente, se detienen chirriando y el Estado queda sujeto a una presión renovada y aumentada.

Para hacer frente a dicha presión, el Estado entonces echa mano de una segunda opción, a saber, la represión; o, mejor dicho, se intentan simultáneamente la reforma y la represión. No son opciones distintas, sino complementarias. Sin embargo, cuando la reforma resulta incapaz de sofocar la presión y la protesta, entonces se hace hincapié en la represión, la coerción, el poder policíaco, la ley y el orden, la lucha contra la subversión, etc. Enfrentados como están a problemas insolubles, quienes manejan las palancas del poder se ven cada vez más en la nece-

sidad de ir limando esos rasgos de la "democracia burguesa", a través de los cuales se ejerce la presión popular. Es preciso reducir todavía más el poder de las instituciones representativas y aislar más efectivamente aun al ejecutivo respecto de ellas. Hay que suprimir la independencia de los sindicatos, y a los derechos sindicales, especialmente al derecho de huelga, se les debe rodear de inhibiciones nuevas y más constringentes. El Estado tiene que armarse con medios de represión más amplios y eficientes, debe procurar definir con mayor estrechez la esfera de la disensión y de la oposición "legítimas" y meter miedo a quienes pretendan salirse de ella.

Este proceso exhibe tendencias fuertemente acumulativas. Pues la represión no alcanza sus fines mejor que la reforma. Por el contrario, cuanto más pretende asfixiar y contener el Estado, tanto mayor es la oposición que llega a engendrar; y cuanto mayor es la oposición que engendra, tanto más grandes son los poderes a los que debe recurrir. A lo largo de este camino se encuentra la transición desde la "democracia burguesa" hasta el autoritarismo conservador.

Esta transición no tiene por qué cobrar carácter dramático o requerir un cambio violento en las instituciones. Ni su avance, ni su resultado final tienen por qué ser idénticos al fascismo de los años comprendidos entre las dos guerras mundiales. Es muy poco probable, por cierto, que cobre las formas particulares de este último, por causa del descrédito en que no ha dejado de ser tenido, y del aborrecimiento que el fascismo sigue provocando en la gente. En efecto, el uso del fascismo como punto de referencia encierra el peligro de impedirnos ver otras opciones sustitutivas menos extremas, las cuales no requieren el desmantelamiento total de todas las instituciones democráticas, la supresión total de todas las libertades ni, por cierto, la renuncia a una retórica democrática. Es fácil concebir formas de autoritarismo conservador, que no serían "fascistas" en la vieja acepción del término, de las que se diría que eran "democráticas" precisamente porque no eran "fascistas" y cuyo establecimiento se defendería en nombre de los mejores intereses de la propia "democracia". Esto no es avanzar con mucha antelación hacia un futuro improbable: describe un fenómeno que ya está ocurriendo, y, en las circunstancias del capitalismo avanzado, en vez de invertirse, lo que hará será acentuarse. La transición gradual del capitalismo al socialismo tal vez sea un mito: pero no lo es la transición gradual de la "democracia burguesa" hacia formas más o menos pronunciadas de autoritarismo.

Esta visión de la evolución de los países capitalistas avanzados parece no tomar en consideración a las fuerzas de la izquierda, a los movimientos y partidos de las clases trabajadoras y al

poder "contrarrestador" que tienen estas sociedades. Por desgracia, son las circunstancias en que actualmente se encuentran estas fuerzas, las crisis que las afectan, lo que proporciona un elemento más de probabilidad a esa evolución.

Históricamente, los movimientos laboristas y socialistas han sido la fuerza motriz primordial para la ampliación de los rasgos democráticos de las sociedades capitalistas; y han sido ellos también los que, por pura necesidad, han sido los más firmes defensores de las libertades civiles y políticas en contra de las infracciones dirigidas primordialmente contra ellos y contra su capacidad de actuar como agentes de la contrapresión. Pero en el desempeño de este papel se han visto muy sustancial y negativamente afectados por la integración política e ideológica, cada vez más pronunciada, de los dirigentes socialdemócratas a la estructura del capitalismo.

Los partidos socialdemócratas, o mejor dicho los dirigentes socialdemócratas, han dejado de hacer creer a nadie, salvo a los más crédulos de sus partidarios (y a los más estúpidos de sus oponentes) que tenían como propósito, en cualquiera de las acepciones del término, dar nacimiento a una sociedad socialista. Por otra parte, tanto ellos como sus equivalentes del Partido Demócrata de los Estados Unidos han seguido proclamando su consagración a la reforma y al cambio radical y han hecho de esto el elemento principal de distinción entre ellos y sus rivales conservadores.

Pero los dirigentes socialdemócratas que han llegado al gobierno ejemplifican con particular claridad los límites de la reforma. Pues aunque despiertan grandes esperanzas en sus partidarios, y en muchos otros, mientras están en la oposición, las constricciones impuestas a ellos mientras están en el gobierno, aliadas a las disposiciones ideológicas, que los empujan a tolerar dichas constricciones, no les dejan mayores posibilidades de cumplir sus promesas. Esto, sin embargo, es sólo la mitad del cuento. La otra mitad consiste en que, al enfrentarse con demandas a las que no pueden dar satisfacción y con presiones que no pueden aflojar mediante reformas, también ellos se convierten en protagonistas del Estado reforzado. Al igual que sus rivales conservadores, también ellos procuran minar la fuerza de las organizaciones de defensa de la clase trabajadora, por ejemplo, como en el caso del gobierno laborista en Inglaterra, mediante la reducción legislativa de los derechos sindicales o, como en el caso de los ministros socialdemócratas alemanes que forman parte de la "Gran coalición", suscribiendo y respaldando la promulgación de leyes de emergencia principalmente destinadas a tratar con mayor eficacia con la oposición de la izquierda. Cada vez que que se les ha dado la oportunidad, los dirigentes socialdemócratas se han puesto diligentemente a administrar el

Estado capitalista: pero esa administración requiere, cada vez más, el *fortalecimiento* del Estado capitalista, para cuya realización, desde un punto de vista conservador, estos dirigentes han hecho una valiosa contribución.

Al trocarse en pilares del orden establecido, los dirigentes socialdemócratas producen dos reacciones contradictorias. Por una parte, producen en algunos de sus partidarios, y en otros, sobre todo de una generación más joven, que bien podrían haberse convertido en sus partidarios, la reacción que Raymond Williams expresó cuando escribió, apoyándose en la experiencia de cuatro años de gobierno laborista: "ha fracasado una definición y andamos buscando nuevas definiciones y nuevas direcciones".[1] En la medida en que esto ayuda a disipar viejas ilusiones y produce una búsqueda de soluciones diferentes, nos hace concebir muchas esperanzas, aun cuando la búsqueda tenga que ser lenta y difícil y andar en direcciones innumerables y falsas pistas.

Por otra parte, los fracasos y negligencias socialdemócratas producen también, y más comúnmente, un apreciable movimiento de apartamiento de la izquierda, y una creciente vulnerabilidad a las insinuaciones de la derecha. El fracaso de la socialdemocracia envuelve no sólo a quienes tienen la culpa del mismo, sino a todas las fuerzas de la izquierda. Por ello, se allana el camino de los seudosalvadores populares, cuyo extremo conservadurismo queda cuidadosamente encubierto por una retórica demagógica de renovación nacional y de redención social adornada, cuando resulta conveniente, con un recurso a los prejuicios raciales o cualesquiera otros irracionalismos lucrativos.

El fracaso de la socialdemocracia tendría perspectivas mucho menos sombrías si las soluciones sustitutas tradicionales en vez de los partidos socialdemócratas, a saber, los partidos comunistas no estuvieran afectadas, casi sin excepción, por algunas debilidades profundas, la más grave de las cuales es su falta de democracia interna auténtica.

Un partido revolucionario digno de tomarse en serio, en las circunstancias del capitalismo avanzado, *tiene* que ser esa clase de partido "hegemónico" de que habló Gramsci, lo cual quiere decir que debe ser capaz de "crear una unidad, no sólo de fines económicos y políticos, sino también una unidad intelectual y moral, que plantee todas las cuestiones no en el nivel corporativo, sino en el nivel 'universal' " y, además "concretamente coordinado por los intereses generales de los grupos subordinados".[2] Pero la creación de tal partido es posible únicamente en condi-

[1] R. Williams, *The May Day Manifesto*, 1968, p. 14.

[2] Citado por Merrington, "Theory and Practice in Gramsci's Marxism', en *The Socialist Register*, 1968, p. 154. Véase también A. Gorz, "Reform and Revolution', en *ibidem*, pp. 131 *ss.*

ciones de discusión libre y de democracia interior, de estructuras flexibles y sensitivas.

Esto no es esencial únicamente para impedir la anemia ideológica y la esclerosis política. Lo es también como demostración de la clase de orden social y político que tal partido quiere crear. En sus propias estructuras *actuales*, en sus propios modos *actuales* de conducta, como en sus actitudes y hábitos, debe prefigurar la sociedad que aspira a crear. Pues sólo de esa manera podrá convencer a la gran mayoría de la población, cuyo apoyo necesita, de que su objetivo no es sustituir un sistema de dominio por otro, que puede ser peor. Si la democracia socialista es su aspiración para el mañana, así la democracia socialista interna debe ser su regla actual. No basta con meras proclamaciones de intenciones futuras.

Es conjetura que los partidos comunistas existentes puedan llegar a convertirse en agentes adecuados de una nueva política socialista. Pero aun si se afirma, sólo en Italia y en Francia podría esperarse que tal transformación ayudase a resolver los problemas de la izquierda. En todas las demás partes, estos partidos, independientemente de lo que puedan hacer, habrán de ser durante mucho tiempo formaciones políticas de importancia secundaria, partidos vanguardistas carentes de los vastos ejércitos de miembros y partidarios del cambio revolucionario que estas sociedades claramente requieren; y lo mismo es todavía más evidente en relación a otros agrupamientos situados a la izquierda de la socialdemocracia. En el futuro previsible, al menos, ninguna formación de la izquierda se encontrará en situación de inscribir la cuestión del socialismo en la agenda de las sociedades capitalistas más avanzadas. Ni, por cierto, habrá de alcanzarse esto mediante elección espontánea. Los acontecimientos de mayo-junio de 1968, en Francia, mostraron perfectamente bien el anhelo de cambio fundamental que borbotea debajo de una superficie política aparentemente tranquila, y, para decirlo con frase de Regis Debray, el grado en que el "motor pequeño" de un movimiento estudiantil puede activar el "motor grande" de la clase trabajadora. Pero estos acontecimientos mostraron igualmente bien que, cuando no existe una organización política adecuada, son posibles el motín y la presión, pero no la revolución.

La falta, en el momento actual y durante mucho tiempo del futuro, de tales agencias políticas adecuadas, aunada a la existencia de trastornos y descontentos profundos, es lo que hace que el movimiento de la "democracia burguesa" hacia el autoritarismo sea especialmente probable. Una creencia común de las propensiones de los regímenes capitalistas en esta dirección es que salen a la superficie cuando los intereses dominantes y los tenedores del poder político que los protegen se enfrentan a un

movimiento revolucionario que parece estar a punto de llegar al poder. Se dice a menudo, en la izquierda, que al enfrentarse a tal amenaza estos intereses optan por la respuesta autoritaria a la misma, y aceptan o apoyan la destrucción del marco constitucional para salvarse de la revolución.

Tal vez así pueda ocurrir. Pero las reflexiones indican que independientemente de los deseos de las clases dominantes, las élites económicas y las fuerzas conservadoras en general, tal momento es uno de los que menos se prestan a dar viabilidad a tal respuesta. Pues en el momento en que un movimiento socialista ha llegado a tal posición dominante, que significa, en las condiciones del capitalismo avanzado, que se ha convertido en un vasto movimiento popular, extendido mucho más allá de las clases trabajadoras, tal vez sea *demasiado tarde* para que las fuerzas del conservadurismo echen mano de la opción autoritaria con alguna perspectiva de éxito. Sólo cuando los movimientos obreros y los partidos socialistas están divididos y no se sienten seguros de sí mismos y de sus finalidades se torna posible la realización de tal opción. Los antecedentes históricos parecen confirmar esta opinión. Pues en casi todos los casos en que el autoritarismo conservador y el fascismo han sustituido a la "democracia burguesa" los movimientos obreros y socialistas, lejos de constituir una auténtica amenaza para el orden capitalista, estuvieron de hecho enconadamente divididos y hondamente confundidos. Sin duda es esto lo que quiso dar a entender Marx cuando, al escribir acerca del régimen bonapartista en Francia, dijo que era la única forma de gobierno posible "si el proletariado no estaba *todavía* en condiciones de gobernar a Francia, la burguesía *ya* no podía seguir gobernándola".[3]

Tarde o temprano, y a pesar de todos los obstáculos inmensos que se levantan en su camino, las clases trabajadoras y sus aliados de las demás clases adquirirán dicha facultad. Cuando lo hagan, la sociedad socialista que crearán no requerirá del establecimiento de un Estado todopoderoso sobre las ruinas del antiguo. Por el contrario, su "facultad de regir a la nación", por primera vez en la historia, les permitirá dar a luz un orden social auténticamente democrático, a una sociedad verdaderamente libre de hombres y mujeres que se gobiernen a sí mismos, en donde, como también dijo Marx, el Estado se convertirá "de órgano que está por encima de la sociedad en un órgano completamente subordinado a ella".[4]

[3] K. Marx, *La guerra civil en Francia*, en *Obras escogidas*, vol. 1, p. 463.
[4] K. Marx, *Crítica del programa de Gotha*, *ibidem*, vol. 2, p. 24.

aburguesamiento, 259; *véase también* burguesificación
acuerdos Matignon, 101
Adenauer, K., 88
administración, 11, 30-40
adoctrinamiento, 176, 230-1, 235
África, 16, 83
Aims of Industry, 204; *véase también* grupos de promoción
Alemania, Dieta de la Industria y el Comercio, 151; educación, 42-3; élite, 47, 62-3, 91; gobierno local, 169-70; militares, 96, 129-131; nacionalsocialismo, 91, 199; nazis, 22, 53, 86-90, 259; negocios e industria, 10, 14, 45-6, 56, 88-90, 92-4, 162, 164, 178, 182; Partido Comunista, 81; Prensa, 219, 224; República de Weimar, 90, 127, 136; sindicatos, 184, 188; socialdemócratas, 96
Allen, V. L., 153
Almond, G. A., 164, 182
Ambler, J. E., 61, 125, 127
Ambler, J. S., 61
América Latina, 16, 260
Anderson, C. A., 43
Apter, D., 175
Arbenz, gobierno de, 83-4
aristocracia, 45, 59, 70, 90
Aron, R., 12, 46, 56, 76
asamblea parlamentaria, 54-5, 66
asambleas legislativas, 54, 159, 161; *véase también* Congreso de los Estados Unidos
Asia, 16, 83
Attlee, C. R., 106, 108-9
autoritarismo, 265; *véase también* ideología conservadora

Bachrach, P., 168
Baldwin, S., 22, 57, 127
Balfour, 69
Banco Mundial, 147
bancos, 102, 104, 111-2, 147, 150
Banks, J. A., 34
Baratz, M., 168
Baumier, J., 102, 122
BBC, 225; *véase también* medios de comunicación de masas
Bélgica, 86, 199
Bendix, R., 9, 33, 43, 44, 56, 187
Berle, A. A., 31, 32
Bevin, E., 111-2
Bidault, G., 111
Bismark, 183
Blackburn, R., 25, 154
Blaisdell, D. C., 59, 161
Blough, R., 146
Blum, L., 100-3, 108
Bon, F., 61, 64
Bonaparte, L., 92, 129
Bourdieu, P., 42, 233
Bowden, 240
Brady, R. A., 73, 105
Brand, W., 189
Brandeis, 134
Braunthal, G., 46, 66, 88, 151, 162; 170, 182, 224
burguesía, 7, 8, 64, 259
burguesificación, 45, 64, 70, 259
Burnier, M. A., 61, 64
burocracia, 51, 64, 77, 124; Estado y, 51, 77, 98
Byrnes, J., 109

cabilderos, 163; *véase también* grupos de interés
Cámara de los Lores, 161, 225; *véase* Estados Unidos, asamblea representativa
Canadá, nacionalistas en, 199
"capitalismo del pueblo", 27
capitalismo gerencial, 31, 35-6, 48; reclutamiento, 37-41, 45, 121, 170-1; relación con la propiedad, 29-30; "revolución", 32
capitalismo internacional, 15, 82-4,

120, 148, 150; trascendencia, 11, 95, 258
Cardozo, 13
Carsten, F. L., 127, 130
Casa Blanca, 131
católicos, 179, 192, 196
centralismo democrático, 191; democratización, 90, 93; sistema, 6, 23, 77, 255, 258-9, 260; *véase también* pluralismo
CIA, 85, 224
clase, 5, 17-22, 27-30, 40-6, 59, 64-7, 253, 256, 265; acceso comparativo a la educación, 41-4, 60-1; conciencia de, 20-1, 24, 48, 64; conflicto, 89, 149; desaparición de, 17, 72; dominante, 23, capítulo 2 *passim*, 55, 91, 95-8, 113-4, 165, 174, 178-80, 198-9, 241, 252, 255-6; élite del Estado y, 60, 63-6; empleados públicos y, 123; imperante, 5-6, 16, 30, 49, 55, 165, 174, 249; media, 18-21, 37-45, 60-1, 94, 159, 171, 174-5, 233; movilidad, 40-6, 64-6; negocios y, 18, 33, 45-6, 90, 93-4, 178; poder judicial y, 133, 135, 138-9; superior, 36-45, 60-1, 64, 94, 160, 174; surgimiento del fascismo y, 86-91; *véase también* Estado, élite del
clase baja, *véase* clase trabajadora
clase dominante, *véase* clase
clase media, *véase* clase
clase trabajadora, 17-20, 28-9, 38, 45, 80, 95, 97, 107, 139, 252-4, 264-265; conciencia de, 25; educación, 231-5; fascismo y, 88-91; fuerza del gobierno local y, 169-70, 181; influencia religiosa en, 192-4; interés nacional y, 160; movilidad, 40-5, 60-7; no determinada por la izquierda, 262-5; partidos políticos y, 65, 95, 112-3, 171-7, 181, 183-7, 190, 240, 261-2; tendencia conservadora, 70, 74, 128, 171-2, 179, 192; *véase también* clase, conciencia de; educación
clases superiores, *véase* clase
Claude, H., 74
Clements, R. V., 38
coaliciones, 70, 86, 95-6, 109, 188
Cockburn, A., 25, 154
coerción, 52-3, 73, 114, 132, 260; *véase también* militares
colonización en el sistema estatal, 57
competencia, 1, 2-3, 47-8, 71, 81, 95, 141, 176, 183; pluralista, 176, 211-2
comunicaciones, 176, 211-2, 250; Prensa, 211-4, 219-30; *véase también* medios de comunicación de masas; grupos de promoción
Comunidad Económica Europea, 15
comunistas, 81, 154-5, 190-1
concentración monopolista, 14
Conferencia de Potsdam, 108-9
Congreso de los Estados Unidos, 5, 164; *véase también* Estados Unidos
Congreso de los sindicatos, 148
Connally, J., 146
consenso, 47, 71-2, 81, 120, 175
conservadurismo, clase trabajadora y, 70, 75, 128, 171, 180, 192; de los medios de comunicación de masas, 212-222, 227-230; movimientos reformistas, 97-108, capítulo 9 *passim*; universidades y, 239-40, 241-8; *véase también* comunicaciones; ideología conservadora; izquierda, moderación de los dirigentes
Cook, F. J., 126, 131, 237
Cooper, W. M., 238
Cripps, S., 108
Crosland, C. A. R., 32
Cuarta República, 111, 127

Chamberlain, J., 77
Chamberlain, N., 57
Chapman, B., 170
Checoslovaquia, 9
Churchill, W., 108-9

Dahl, R. A., 5, 166-7
Dahrendorf, R., 19, 41-2, 60, 63
Dalton, 108
De Gaulle, Ch., 72-4, 110-3, 128, 148
Debray, R., 264

democracia, 24, 73, 81, 85; burguesa, 23, 256-7, 261, 264
demócratas cristianos, 154, 185-9, 216
democrático burgués, 23, 256-7, 261, 264; partido, 66, 184; *véase también* partidos políticos
"descartelización", 94
desigualdad, 26-9, 79
"desnazificación", 93
"desradicalización", 113; *véase también* izquierda, moderación de los dirigentes
Deutsch, W., 90
Dicey, A. V., 134, 139
Dieterlen, P., 120
dirigentes sindicales, 58, 80, 152-6, 160, 170, 208
discreción judicial, 134, 137-94; élite, 60, 66-7, 114, 133, 138; restricciones a los sindicatos, 137-138; *véase también* poder
disputas obrero-patronales, 79-80
Disraeli, 186
Dogan, M., 192-3
Dore, R. P., 38, 234
Drancourt, M., 14
Dreyfus, caso, 249-50
Durkheim, E., 234

Early, J. S., 35
Ebert, 130
Eckstein, H., 175
École Nationale d'Administration, 60
"economía mixta", 12, 70, 106-7
Edinger, L. J., 63, 90
educación, acceso a la, 41-5, 60, 231; clase y, 43, 231-5; influencia política, 230-1; igualdad, 42-43, 60, 63; *véase también* universidades
Ehrmann, H. W., 32, 158, 161
Eisenhower, D. D., 57, 75, 84, 237, 240
elemento administrativo del Estado; *véase* Estado
élite, 5-6, 117; circulación y, 40, 120-1; conservadora y gobierno local, 171, 183; económica, 17, capítulo 2 *passim*, 59, 86-94, 118, 131, 150, 171; reclutamiento, 40, 60, 64; teorías del poder, 6; *véase también* Estado
empresario, 33-4, 45; *véase también* negocios
empresas en gran escala, 13, 18, 21, 30, 151, 157
empresas medianas, 12-3, 18, 30, 151
Engels, F., 7-8, 15, 22, 93-4, 187
Epstein, L., 229
espartaquistas, sublevación de los, 129
Estado, 3-4, 54-5, 72, 74, 211; acceso al servicio del, 63; clase dominante y, 55, 65-6, 255-6; elemento administrativo, 51-3, 60, 114, 117, 123-4; élite del, 1, capítulo 3 *passim*, 55-9, 66, 68, 156; gobierno y, 50-1; intervención, 10-5; modelo marxista, 7-8, 23; poder, 3, 50, 54-6; 91, 95, 144, 255-6; politizado, 51-2, 115-20; universidades y, 236-7, 240-1; *véase también* educación; gobierno; producción; servicio civil; universidades
Estado benefactor, 11, 78, 107, 257
Estado y gobierno, 74-5, 98-100, 141-7, 156, 167-8
Estados Unidos, 20-2, 26, 53, 76, 117, 120, 224, 256; asamblea representativa, 53, 160, 162; Casa Blanca, 131; clase de los gerentes, 36-7, 41; comunicaciones, 215-22, 228, 243; educación, 43, 61, 233-7, 239-47; gobierno subcentral, 54, 165-9; grupos de promoción, 205; iglesias, 193, 196-7; instituto armado, 52, 62, 126, 130-1; negocios e industria, 13, 30-1, 48, 57, 122, 126, 142, 144-5, 163-4, 168, 206; partidos, 69, 178; pluralismo, 5-6, 239; políticas exteriores, 62, 134, 137; Senado, 160, 167; sindicatos, 154, 158, 169; *véase también* Congreso de los Estados Unidos; Partido Demócrata; Partido Republicano; pluralismo
estudiantes, 20, 40-1; *véase también* educación
Evershed, 136

fascismo, 86-8, 89-92, 198, 257
Fauvet, J., 111-2
Federación de la Industria Alemana, 151
Finer, S. E., 66, 132
Fondo Monetario Internacional, 147
Foot, P., 154
Forrestal, J., 109
Francia, 28, 47, 63, 74, 86, 110, 199, 250; Banco de, 102, 111; control de la Prensa, 223-228; Cuarta República, 111, 128; educación, 42, 60-1, 63-4; élite, 47, 120, 158; fascismo, 101; gobierno del Frente Popular, 100-3; gobierno provisional, 111-2; industria y comercio, 14, 38-40, 55-8, 112, 157-8, 178; militares, 125, 127, 131; Mouvement Republicain Populaire (MRP), 112, 178; Partido Comunista, 81, 100-1, 111-4, 180, 192, 216, 264; Partido Socialista, 100-2, 111-3; sindicatos, 153-4
Frente Popular, 96, 100-4, 112
Friedmann, W., 134
fuerza, monopolio legítimo de la, 50; *véase también* coerción
fuerzas de seguridad y el Estado, 52-3; *véase también* Estado, elemento administrativo

Gaitskell, 33
Galbraith, J. K., 11, 14, 39, 243
Garbett, C., 193, 197
General Motors, 37, 74
Gerald, J. E., 221
Girardet, R., 61, 127
Gitlin, T., 166
Glass, D. V., 40, 231
Glennester, H., 38, 61
gobierno, apoyo a los intereses privados, 76-83, 97-100, 103-7, 156; consagración al capitalismo y, capítulo 4 *passim*; dependencia respecto del mundo de los negocios, 74, 141-6; 167-8; directores de bancos centrales y, 147; Estado y, 49-54, 76-7; grupos de presión y, 155-7; local, 165-71; medios de comunicación de masas, 232-5; neutralidad, 79-82; partidos, 54, 81, 177-8; pérdida de confianza, 145, 156; poder de compra, 144; reformista, 147-8; regional, 165, 170; subcentral, 52-3, 171; transformación al socialismo y, 81-2, 95, 103-8; universidades y, 231-41; *véase también* Estado; gobierno local; grupos de interés; grupos de promoción; medios de comunicación de masas
gobierno conservador, 57, 104, 107-110, 147
gobierno laborista, 15, 103-10, 148, 151, 228, 262-3; confianza en el mundo de los negocios y, 146; moderación y, 103-8; nacionalización, 104-8
gobierno local, 165-71
Goguel, F., 120, 178, 221
golpe de Estado; *véase* militares
Gordon, R. A., 34
Gouin, F., 113
Graham, B. D., 112
Gramsci, A., 8, 176, 180, 250, 263
Granick, D., 37, 45, 91
Grecia, 93
Grosser, A., 119-20, 221
grupos de interés, 6, capítulo 6 *passim*, 183
grupos de promoción, 203-9
Guatemala, 83
guerra fría, 6, 83, 137, 201
Guttsman, W. L., 38, 66, 171

Hacker, A., 143
Hall, S., 218, 220
Harris, S. E., 75
Harrison, M., 182, 204
Havighurst, R. J., 235-6
Hegel, G. W. F., 72
"hegemonía" de la clase dominante, 174-5, 176; *véase* clase dominante; Gramsci, A.
Heilbroner, R. L., 36, 207
Hitler, A., 65, 87-91, 92-3, 127
Hodges, L. H., 145
Holmes, 134-5
Hood, S., 225, 229
huelgas, 101, 150, 153
Huntington, S. P., 126
Hutchins, R. M., 220, 245-6

ideología, 25, 46, 72, 78; conservadora, 82, 86-7, 189, 199, 231, 235, 261, 263
iglesias, nacionalism e, 201; apoyo a los partidos conservadores, 191-8
igualitarismo, 24
Ike, N., 46, 171
imperialismo, 8, 83; *véase también* capitalismo internacional
Independent Television Authority, 225-6
India, 9
individualismo, 10
industria del Ruhr y Hitler, 88
Industrial Reorganization Corporation, 15
industrias; *véase* negocios
Inglaterra, 22, 28, 38, 66; comunicaciones políticas, 215; educación, 42, 61, 231, 237; gobierno local, 171; Iglesia, 192-3, 194-7; militares, 127, 131; nacionalización, 106-7, 205; negocios, 14, 25-6, 56, 69, 164, 179; partidos políticos, 69, 103-10; poder judicial, 135; política exterior, 93, 108-10; Servicio de Salud Nacional, 107; servidores públicos, 111-2; *véase también* comunicaciones; educación; gobierno; gobierno local; partidos; poder judicial
intelectuales, 249-50
interés nacional, 33, 59, 72, 74, 80, 82, 116, 119, 120, 125, 153, 159, 160, 199, 202, 213
"interés público", 32-3; *véase también* interés nacional
internacionalismo, *véase* capitalismo internacional
Italia, mundo de los negocios, 92-93; clases privilegiadas, 91-2, 175; comunistas, 81, 113, 192, 216, 228, 264; educación, 235; fascismo, 53, 92; partidos de la clase trabajadora, 185; Prensa, 223; sindicatos, 152, 154; socialdemócratas, 86
izquierda, 81, 88; antagonismo de la Iglesia, 192, 196-7, 201; discriminación contra, 173, 263; intereses capitalistas y gobierno, 97-100; moderación de los dirigentes, 97-100; 103-8, 187-8; *véase también* Partido Laborista

Japón, mundo de los negocios, 38, 44, 93-4; educación, 234; élite, 63, 156; militares, 126-7, 131
Johnson, L. B., 75, 131
Jones, F. C., 127

Kapp, putsch de, 129
Kariel, 123, 145, 154, 168
Kautsky, K., 55
Kaysen, C., 13, 32, 167
Keller, S., 37
Kennedy, J. F., 76, 85, 131, 145-6, 164
Kerr, A., 42
Kerr, C., 237-8, 240
Key, V. O., 162, 184
Kidron, M., 14, 80
Kirchheimer, O., 185, 224
Kitzinger, U. W., 179, 192
Kolko, G., 10, 26, 36-7, 48

La Palombara, J., 178, 192, 193, 235
laissez faire, 10
Lalumière, P., 121
Lampman, R. J., 26
Laski, H., 41
Laswell, H. D., 57, 65
Law, B., 57
Lazarsfeld, P. F., 212, 228
Lafranc, G., 100, 103
legislatura y negocios, 155, 161-5; proceso de la toma de decisiones y, 159-65
legitimación, 1, 99, 174, 236, 250, 258, capítulos 7 y 8 *passim*; *véase también* grupos de promoción; medios de comunicación de las masas; socialización
Lenin, V. I., 8, 252
"ley de hielo de la oligarquía", 98
Ley Taft-Hartley (Ley de relaciones obreropatronales de 1947), 158

Liddell, H. F., 27
Liebknecht, K., 129
Liga Económica, 204
Lipset, S. M., 11, 19
Little, A., 42
Lockwood, D., 28
Lockwood, W. W., 94
Lowenthal, L., 218
Lübeck, 55
Luxemburgo, R., 129
Lynd, R., 73
Lloyd, D., 134

MacDonald, R., 188
Magdoff, H., 16, 28
Mallet, S., 28-9
Mandel, E., 13, 15
Manifiesto comunista, 7, 15, 249
Mannheim, K., 51
Martin, K., 109
Marx, K., 7-8, 12-3, 22, 30, 34-5, 38, 48, 69, 91-2, 174, 249, 251-2, 265
marxismo, 6, 47, 69, 154, 191, 145-6
Mason, E. S., 13
Mason, T. W., 89
Matthews, D. R., 62, 65, 90, 163
Maxwell, R., 144
Mayer, M., 208, 234
McCarthy, 245
McConnell, T. R., 240-1
Mead, M., 233
Meade, J. E., 26-7
Medio Oriente, 16
medios de comunicación de masas, 1, 81, 153, 163, 201, 203, 212-31; *véase* grupos de promoción; comunicaciones
Meisel, J. H., 25
meritocracia, 44-5, 64
Merton, R. K., 194, 212, 228
Meynaud, J., 30, 39, 52, 60, 122, 132, 144, 157, 218, 233
Miliband, R., 91, 103-6, 188
militares, 52, 124-5, 128-9, 131-2; conservadurismo, 124-7, 132; élite, 60, 62, 67, 124-8, 131-2; golpes, 126-30; relaciones con las industrias, 126; relaciones con los civiles, 126, 130-2; *véase también* coerción
Miller, H. P., 26
Miller, S. M., 40
Millis, W., 109
Mills, C. W., 21, 36, 52, 57, 62, 131, 142, 166
monarquía, 203
Montgomery, J. D., 93
Moore, W. E., 37
Morrison, H., 108
movimiento obrero, 24, 262
MRP, *véase* Francia
Mussolini, B., 65, 87-8, 91, 92, 127

nacionalismo, 125, 198-203, 255
nacionalización, 104-6, 111, 165, 205
National Council of Foreign Trade, 83
nazis, 22, 88-90, 93, 197, 257
negocios, Business Advisory Council, 145-6; confianza de los, 145-147; élite administrativa y, 120-124, 155, 158; élite militar y, 125-6; Estado y, 55-60, 141, 203, 206; publicidad de los, 207-10, 212; *véase también* Estado y gobierno; clase; grupos de promoción
Nettl, J. P., 129
Neugarten, B. L., 236
Neumann, F., 89, 91
Neustadt, R. E., 117
neutralidad del servicio civil, del militar *véase* militares; servicio civil
New Deal, 100
Nigeria, 8
Noske, 129-30

OCED, 44, 150
Orwell, G., 218, 253

Parker, 136
Parsons, T., 12, 175, 232
Partido Comunista, discriminación contra el, 173, 245, 263-4; Prensa y, 214, 223, 228
Partido Conservador, 47, 108-10, 159-70, 179, 185, 189, 215; ayuda de la Iglesia, 191-4, 201; comerciantes y, 47; intelectuales y, 249-50; financiamiento, 181-5;

nacionalismo y, 198-202; trabajadores y, 123
Partido Demócrata, 178, 193, 196, 214, 242, 262
Partido Laborista, 33, 94, 103-10, 171, 185, 188, 193-7, 215, 225; Conferencia, 104; Iglesia y, 191-4; *véase también* partidos; partidos socialistas; izquierda
Partido Liberal, 179; políticos, 105
Partido Nacional Socialista, 91, 199
Partido Radical Socialista, 100
Partido Republicano, 178, 215, 242
partidos, 1, 22, 54, 68-9, 71, 96-7, 100-2, 111-3, 114, 177-8, 180-1, 187-188; burgués, 66; nacionales, 180; políticos, 69, 71, 73; revolucionarios, 54; *véase también* gobierno; clase trabajadora; partidos socialistas
partidos socialistas, 70, 94, 97, 111, 262; Estado y nacionalización, 88; transformación desde el capitalismo, 95, 258-9; sociedad, 77, 81, 85; *véase también* Partido Laborista
Passeron, J. C., 42, 233
pequeño empresario, 18, 21; *véase también* negocios; empresas medianas
Perlo, V., 27
Pickles, D. M., 103
Pizzarno, A., 28
Pléven, R., 111
pluralismo, 4-6, 11, 24, 48, 81, 146, 149, 158, 165-9, 204, 239, 248, 257
poder, concentración del poder privado, 15, 255; difusión, 4-6, 24; élite del, 5-6, 75, 165; *véase también* Mills, W.
"poder contrapesador", 11
poder de la comunidad local, *véase* gobierno local
"política de ingresos", 80, 107, 149, 151
poder judicial, 22, 136, 138-9; predisposición conservadora, 128-135; dependencia, 127, 130-2
política deflacionista, 80
políticos conservadores, 70
Porter, J., 250
presión, grupos de, *véase* grupos de interés
producción, propiedad de los medios de, 7, 8-12, 24, 30, 69, 122, 174, 219, 252; relaciones de, 17
propiedad, 26-7, 29-38, 49; *véase también* producción
protestantes, 179, 195
Pryke, R., 38, 61
publicidad, *véase* grupos de promoción
Pusey, N. M., 244
putsch de Kapp, 129

Radcliffe, 135
radio, *véase* comunicaciones
rebelión argelina, 127-9
reclutamiento, *véase* clase, movilidad
reforma, 147, 148, capítulo 9 *passim*
regímenes fascistas, 86-88, 198
Reith, J. W. C., 225
relaciones obrero-patronales, 39, 79, 258; revolución, 11
religión; *véase* iglesias, clase trabajadora
Rémond, R., 228, 250
represión, capítulo 9 *passim*; *véase también* coerción; militares
República de Weimar, 90, 127, 136, 199
República Democrática Alemana, 9
Reuther, W., 154
Revolución bolchevique, 84, 190
"revolución del consumidor", 28
Riesman, D., 239
Robbins, 238, 247; informe, 42
Rokkan, S., 187-8
Roland, 247
Rose, R., 185, 204-5
Ross, T. B., 83
Rowen, H., 27, 145, 163-4
Russett, B. H., 10, 17
rutinización del conflicto, 79

Salengro, R., 101
Salvemini, G., 87-8
Sauvage, G. M., 121
Saville, J., 25, 195
Scalapino, R. A., 164, 182

Scrutton, 135
Schattschneider, E. E., 158
Schmidhauser, J. R., 62
Schoenbaum, D., 88-9
Schonfield, A., 10-1, 58
Schumpeter, J., 9, 46, 56
Schweitzer, A., 87, 89
sector nacionalizado, 58
"sector privado", 10, 121
"sector público", 11, 122
servicio civil, 52, 116, 119; acceso, 61, 119; conservadurismo, 116-120, 124; clase y, 123; mundo de los negocios y, 120-4; neutralidad, 108-9, 115, 118; *véase también* Estado, elemento administrativo
Sheehan, R., 30, 37, 39
sindicatos, 39, 101-2, 138, 150-5, 184, 208, 214, 223, 261
Sisson, C. H., 118
sistema federal, 53
socialdemócrata, gobierno, 86, 97-100, 116-7, 214; partido, 94-7, 152, 160, 174, 181, 188-90, 262-4
socialistas cristianos, 195
socialización, 175-7, 191-3, 201-2, 210, 231-5, 252-3
sociedad de masas, 25
"sociedad opulenta", 28
sociedades anónimas, 30
Spaak, P., 189
Springer, A., 219-20
Strachey, J., 29
Steffens, L., 169
Suecia, 63, 86; socialdemocracia, 86
Sutton, F. X., 32, 206

Tawney, 209
tecnócratas, 121-4
televisión, *véase* comunicaciones
Tercer Mundo, 17, 21, 84, 149
The Economist, 105
The Times, 144
Thompson, 217
Thorez, M., 111, 113
Titmus, R., 25
Tocqueville, A., 23
toma de decisiones, 49, 52, 91, 166, 167-8; legislaturas y, 159-65; militares y, 126, 131; mundo de los negocios y, 142, 149-50; servicio civil y, 50-2, 115; *véase también* militares
trabajadores, desigualdad con el capital, 141, 145-6, 149-50, 169
trabajadores "de cuello blanco", 20
trabajadores manuales, *véase* clase trabajadora
trabajadores organizados, 80, 129
tribunal Vassall, 136
Tsuru, S., 8

universidades, 236-49; *véase también* educación

Veblen, T., 76
Venecia, 55
Vietnam, guerra, 131, 196, 229
violencia, administración de la, y el Estado, 51; *véase también* Estado, elemento administrativo

Weber, M., 12, 50, 56, 64
Wechsler, J., 222
Westergaard, J., 40
Whannel, P., 218
Wheeler-Bennet, J. W., 88, 96, 127
Whyte, W., 253
Wilkinson, R., 231
Wilson, H., 146, 148-9, 151, 189
Williams, G., 174
Williams, R., 176, 208, 218, 263
Wise, D., 83
Wooff, R. P., 5

Yalta, espíritu de, 113
Young, A., 194

1219

papel ediciones crema de fábrica de papel san juan, s. a.
impreso en imprenta de juan pablos, s. a.
mexicali 39 – méxico 11, d. f.
dos mil ejemplares más sobrantes para reposición
9 de octubre de 1981

passem "elite"

La sociedad capitalista ha vivido, en el pasado, bajo la sombra de una radical alternativa para sus propios principios y valores: el socialismo. Pero tanto el comunismo extremo, desacreditado desde el stalinismo, como el socialismo moderado se han visto enfrentados a "un pragmático consenso" centrado en las ideas del pluralismo y de la economía mixta. Pero Ralph Miliband —para quien socialismo quiere decir **socialismo** y no el pulimento de las asperezas del capitalismo ni una guía del desarrollo— cree firmemente que la adopción de esta radical alternativa es la materia clave para todo progreso real. Su argumentación está basada en una completa documentación sociológica y en el análisis, más que en abstracciones, y es un intento para explicar cómo la sociedad se las arregla para evadir el socialismo y cómo sus pretensiones parecen menos insistentes y persuasivas para muchos. R. Miliband es catedrático en ciencias sociales en la London School of Economics. Autor de **Parliamentary Socialism** y coeditor de **Socialist Register.**

siglo veintiuno editores
MÉXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA

LECTORUM
$4.95

ISBN 968-23-0086-x